

ARCHIVO FACULTATIVO DE ARTILLERIA

Indice por orden { alfabético 9
de materias 4

Estante 10

Tabla 2

Nº 27

MUSEO DE LITERATURA MILITAR

ESTADO MAYOR

SERVICIO HISTORICO



EJERCITO ESPAÑOL

Inscripción
Colocación { Sala
Estante 15
Tabla 4
Clasificación Núm. 1.896
23-

Número ... 25.548

Clasificación... { División...
355.48(46) 1808.1809-77
Subdivisión

Colocación/V... { Estante..... 2
Tabla 6
Número..... 4

32133

topográfico

1896

23

BD2-4677

ML-R-225-C



HISTORIA

SITIOS DE GERONA

1808 Y 1809

EMILIO GRABETT



7
11
r

HISTORIA
DE LOS
SITIOS DE GERONA

EN
1808 Y 1809

POR
D. EMILIO GRAHIT

ABOGADO



ARCHIVO
FACULTATIVO DE ARTILLERIA

GERONA
IMPRESA Y LIBRERIA DE PACIANO TORRES
Plaza de la Constitución 9
1896



HISTORIA

DE LOS SITIOS DE GERONA EN 1808 Y 1809

INTRODUCCIÓN

Gerona en 1808 presentaba los caracteres de las ciudades sujetas de antiguo á las servidumbres que llevan consigo las plazas de guerra. Encerrada en un recinto murado, sus calles eran estrechas y tortuosas por más que tuviese algunos edificios bastante bien contruidos, sobre todo iglesias y conventos. La vida que llevaban sus habitantes, era monótona con sus ribetes de triste; sin reuniones, sin apenas teatro, sin diversiones, cada familia parecía vivir por sí sola. La población llegaba á unos catorce mil habitantes, cuya cuarta parte la componían frailes, monjas, clérigos, estudiantes, pobres y asilados en los establecimientos benéficos. Contaba además de la catedral, la colegiata de San Félix, cinco parroquias, nueve conventos de hombres, tres de mugeres, una casa de beatas, un seminario, un hospital general, un hospicio y otros establecimientos análogos.

Había un gobernador encargado á la vez de lo militar y de lo político, un teniente de rey, un sargento mayor, un alcalde llamado también mayor para la administración de justicia, un ayuntamiento y una corta guarnición del regimiento de Ultonia.

No tenía Gerona otras manufacturas que algunos telares y su industria se reducía á los pequeños talleres de menestrales que con los individuos de la familia y algún dependiente satisfacían las necesidades de la población y de las gentes de la comarca.

Los habitantes eran formales, sóbrios, muy religiosos, amantes del orden, respetuosos con las autoridades, y muy entusiastas por todo sentimiento patriótico, pero sin dar nunca lugar á manifestaciones bullangueras, antes al contrario, dispuestos á sufrir como sus antepasados toda suerte de sacrificios en defensa de la integridad del territorio y de la independendencia nacional.

Actualmente es dable formarse una idea muy exacta de las fortificaciones que entonces existían, pues el recinto de la ciudad y del castillo de Montjuich se conservan bastante y respecto á los demás fuertes, sus ruinas señalan suficientemente la disposición que tenían.

La situación de Gerona al declive de unos montes que se levantan al Este y la división de la ciudad en dos partes por el río Oñar que la atraviesa de Sud á Norte, así como la profunda cañada del Galligáns que divide y separa en dos grupos los montes indicados, esplica perfectamente los órdenes de fortificaciones que existieron en Gerona algunas de las cuales se conservan todavía.

La parte de la población situada á la orilla derecha del río Oñar, es la principal así en estensión como en número de habitantes, encerrando los edificios mas importantes. Está rodeada por una muralla antigua sin terraplén que arrancando de la parte mas elevada donde estaba la famosa torre Gironella, hoy en ruinas, bajaba hasta rematar en el baluarte de la Merced y la torre del Carmen en la entrada del río, y en el baluarte de San Pedro junto á la salida. Subiendo la vertiente de la misma montaña y en dirección al Sud-este, se encontraban los fuertes que la remataban.

El mas avanzado hacia el Sud era el de Capuchinos sobre la actual carretera del cementerio. Tenía la figura de un cuadrilongo con pequeños baluartes y un hornabeque simple, sobre el frente, al medio día, que descubría el barranco por donde pasan dicha carretera y el río Oñar. Batía la altura de Montilivi, casi toda la llanura, las alturas de levante y cubría los demás fuertes. Siguiendo la cresta de la montaña hacia el norte, venía el fuerte de la Reina Ana, situado entre Capuchinos y Condestable, consistente en una tenaza simple,

qué cubría al último, flanqueaba al primero y barría y enfilaba las avenidas á la montaña por las cañadas de derecha é izquierda. El fuerte del Condestable estaba situado mas al Norte, tenía la figura de un trapecio con pequeños baluartes y una media contraguardia, cubría el recinto de la plaza al levante, batía el llano y la montaña de Montjuich y flanqueaba los fuertes de Reina Ana y Calvario. Destacándose del Condestable en dirección al Noroeste, había dos reductos llamados del Cabildo y de la Ciudad, colocados sobre dos alturas entre un barranco, y cubrían la plaza por el mismo lado de levante para el caso de perderse los demás fuertes. Sobre un cerro de pendientes muy rápidas internado en el valle de San Daniel y al Noreste del Condestable había el pequeño fuerte del Calvario, en figura de una estrella, cubría al Condestable, batía dicho valle y parte de la montaña de Montjuich y dominaba los caminos de aquellas partes. Estos fuertes y reductos no tenían foso ni camino cubierto en casi todo su recinto: sus muros estaban descubiertos desde su retreta, sus flancos eran muy pequeños y endebles, había muy pocos alojamientos á prueba y sus cisternas tenían agua solamente para una corta guarnición en tiempo de paz.

Frente al Condestable mediando el profundo barranco ó cañada del Galligans, se levanta la montaña de Montjuich al Noreste de Girona. En su cima había el castillo del mismo nombre, del cual se conservan todavía los muros y baluartes, presentando la figura de un cuadrado de 200 varas de lado exterior. Estaba fortificado según el arte entonces admitido, con dos medias lunas, bóvedas á prueba para 400 hombres, foso en dos frentes, y camino cubierto en toda su circunferencia. Formaban la base de este castillo dos planos inclinados de Norte al mediodía y de levante á poniente que lo desfilaban en parte de las alturas inmediatas. Lo cubrían tres torres, dos al Norte y Noreste llamadas de San Luis y San Narciso respectivamente, que defendían y enfilaban la cañada que sube á la montaña desde la carretera de Francia: la tercera llamada de San Daniel batía el llano de este nombre y enfilaba el camino de Campdurá. Otra había llamada de San Juan, entre el castillo y la plaza, que enfilaba el camino de Francia y defendía el baluarte de San Pedro y el arrabal de Pedret, dominándolos á buena altura.

La parte de la ciudad situada á la orilla izquierda del río Oñar,

llamada Mercadal, es completamente llana y estaba como está circuida hacia el llano por un muro antiguo, con torreones que lo flanquean y apoyado á él un terraplén en su mayor estensión, capaz para artillería. Tiene añadidos cinco baluartes llamados de San Francisco de Paula, en la entrada del río Oñar, de Santa Clara, del Gobernador, de Santa Cruz y de Figuerola á la salida de dicho río. Dominan el llano á tiro de cañón. Cuatro de ellos carecen de foso regular y de camino cubierto. Frente al último entre los ríos Ter, Oñar y Güell y dominando la desembocadura del Galligáns hay una luneta avanzada llamada de Bournonville, en combinación con otro terraplén murado del otro lado del Oñar llamado baluarte de San Narciso.

Aunque situada en segunda línea, y completamente descuidada, tenía la plaza de Gerona en aquella época condiciones que la hacían importante. Nuestra península no puede ser invadida por tierra sinó por las dos terminaciones del Pirineo. En los puntos intermedios no hay caminos, hallándose cubiertos de nieve la mayor parte del año, y por lo mismo solo pueden ser teatro de correrías, pues no es dable internarse por ellos un ejército invasor que debe arrastrar artillería, municiones, bagajes y otras impedimentas. La posición de Gerona, en una garganta, de paso preciso para ir del Empurdán al interior, y las condiciones del llano y montañas que la rodean, recomendables por las dificultades del ataque, son nuevos motivos para que siempre se haya considerado indispensable sostenerla como plaza fuerte y de aquí el empeño del ejército francés á principios de este siglo en tomarla, comprendiendo que sin ella se le hacía muy difícil la lucha y la comunicación con Francia.

A su vez Gerona se defendió con igual interés al que para apoderarse de ella demostraba el enemigo, apesar de la falta de medios y del mal estado de conservación de sus fuertes y murallas, que estaban poco menos que abandonados, hasta el punto de hallarse convertidos muchos de aquellos, en verdaderas casas de labranza.

Semejantes ataques y defensas, mejor dicho, los sitios que sufrió Gerona en 1808 y 1809, van á ser objeto de la presente historia.

CAPÍTULO I

Sucesos anteriores al levantamiento de Gerona

SUMARIO

Concentración de tropas francesas en el Rosellón. — Perplejidad de las autoridades de Gerona. — Entrada de las tropas francesas en Gerona y su salida con dirección á Barcelona. — Opiniones sobre las ocurrencias políticas. — Agitación pública. — Convocatoria hecha por Murat para las cortes de Bayona. — Diputados que debía elegir Gerona. — Quedan elejidos diputados D. Francisco de Delás y D. José de Perpiñá. — Disgusto que causó esta noticia.

La concentración de tropas francesas en el Rosellón á últimos de 1807 y la entrada de un cuerpo de ejército por Navarra, alarmaron bastante á las autoridades de las provincias fronterizas y especialmente á los gobernadores de Gerona y Figueras, pero por más que oficiaron repetidas veces á sus superiores jerárquicos pidiéndoles instrucciones para la regla de conducta que debían seguir, no tuvieron contestación alguna. Y mucho menos la obtuvieron del gobierno que esperaba tranquilamente el cumplimiento del tratado de Fontainebleau por el cual Francia y España debían conquistar y repartirse el reino de Portugal.

Así las cosas, el gobernador de la plaza de S. Fernando de Figueras recibió el día 8 de febrero un parte del general Duhesme, quien como á jefe del ejército reunido en el Rosellón, le participaba que en virtud de las órdenes que tenía de su gobierno, pasaría al día siguiente con una división de 5.400 infantes y 1.800 caballos en

dirección á Gerona y Barcelona, siguiéndole las demás divisiones en los días sucesivos, por lo que le prevenía, que bajo su más estrecha responsabilidad, dispusiese lo conveniente para que nada faltase á sus tropas.

D. Antonio Casano brigadier y gobernador de la espresada plaza de Figueras, se enteró con verdadera sorpresa de este parte y no sabiendo qué resolver, se limitó á trasladarlo al gobernador de Gerona, quien no menos sorprendido reunió precipitadamente en su casa á los individuos del ayuntamiento y á los jefes del regimiento de Ultonia, de guarnición en la plaza, para pedirles su parecer. En vista de la perentoriedad del tiempo y de la falta de noticias de la superioridad, acordóse en esta junta despachar un expreso que pasando á Figueras, se avistase con el general Duhesme para tratar la manera de llevar á cabo los alojamientos.

De estas novedades quien más admirado quedó fué el pueblo de Gerona, que estuvo sin saber qué partido ni qué opinión formar, pues al paso que unos preveían que la entrada de las tropas francesas no podía llevar buen fin, otros se inclinaban á creer que venían de buena fé y como aliados de los españoles para la conquista de Portugal, y hasta muchos sospechaban que su venida tenía por objeto favorecer la causa del príncipe de Asturias, en quien el pueblo hastiado de la corte de Carlos IV, tenía puestos los ojos, considerándole como el predestinado para la regeneración y salvación de la abatida España.

Sea como fuere, estas diversas maneras de pensar no se ocultaron á las atónitas autoridades, de modo que en el edicto que se publicó, anunciando las ocurrencias del día y dictando reglas para los alojamientos, se procuró dar á entender que la entrada de los franceses era cosa convenida con el gobierno español y que por lo mismo debía considerárseles como buenos y leales amigos.

No se hicieron esperar las tropas francesas, de manera que el día 10 entró la primera división y en el siguiente la segunda.

Durante la estancia en Gerona de estas dos divisiones francesas, sus jefes examinaron escrupulosamente la plaza, bajo la dirección del Sr. Marescoti primer inspector del cuerpo de ingenieros de Francia, habiendo para ello mostrado al gobernador una orden del emperador en la que le mandaba reconocer todas las plazas fuertes de Cataluña.

Terminado dicho reconocimiento el Sr. Marescotti manifestó que el castillo de Montjuich era *una bicoca*, que los demás fuertes no valían nada y que la plaza era malísima, de cuyo modo de pensar participó también el general Duhesme, quien sin embargo debía bien pronto convencerse de que las plazas fuertes se defienden no sólo por sus condiciones materiales, sí que también y muy principalmente por el valor y decisión de sus defensores.

Con todo, la opinión del ingeniero francés, que bastó para que no se dejase guarnición en Gerona, no era del todo desacertada, pues el aspecto que presentaban entonces las fortificaciones era el más miserable é inadecuado para su objeto.

Calcúlese cuán poca importancia debía darse á una plaza cuyas murallas estaban llenas de malezas y arbustos, destruidos los parapetos, destinados al cultivo los baluartes, arruinadas las torres avanzadas del castillo de Montjuich, desmontada toda la artillería y descuidada la guarnición hasta el extremo de contar sólo con poco más de trescientos hombres.

Pero esta plaza que se consideraba tan poco apropósito para rechazar los ataques de un ejército regular y de tan malas condiciones para sostener un sitio formal, debía sufrir tres distintos sitios y sólo debía rendirse al último, después de más de siete meses de guerrear, vencida por el hambre y la falta de municiones.

Si la plaza carecía de condiciones, sobraban en sus habitantes el valor y la constancia y como si dentro de Gerona estuviese el aire saturado de heroísmo, cuantos militares entraron en ella se sintieron animados desde luego por la firme resolución de luchar hasta morir por la independencia de la patria, estableciéndose aquel admirable consorcio entre las tropas y el paisanaje que es la admiración de cuantos han estudiado las defensas de Gerona en 1808 y 1809.

Hasta el día 15 del mismo mes de febrero no se recibió contestación del capitán general del principado, al oficio que el gobernador de Gerona le había expedido al tener el primer aviso de la entrada de las tropas francesas. En dicha contestación, de fecha 10, manifestaba el capitán general la sorpresa que le había causado la noticia, de la cual daba inmediatamente parte al rey para que acordara lo que estimase conveniente; disponiendo que en el entretanto se suministrase á las tropas francesas, el alojamiento y demás que fuese

menester, con encargo de que se le comunicase todo cuanto ocurriera de particular.

Como se tuviese noticia de que dentro poco entrarían más tropas, al objeto de evitar el alojamiento en las casas particulares, á causa tal vez del disgusto que se sentía en el vecindario por las novedades políticas y militares de la nación, el ayuntamiento con fecha 17 del mismo febrero, pidió al gobernador el desocupo y habilitación del hospicio para cuartel de las tropas francesas, trasladando los albergados al hospital y los muebles y enseres al colegio tridentino y pidió además al capitán general el envío con urgencia de 5.000 camas.

Esta autoridad obtuvo al fin contestación del gobierno manifestándole en ella que en virtud de convenio celebrado con Napoleón, debía entrar por esta frontera un ejército francés de 15.000 hombres en dirección á Barcelona y Cádiz, al cual era preciso, por lo mismo, auxiliar con alojamiento y víveres.

Trasladó el capitán general esta contestación al gobernador de Gerona y éste al ayuntamiento, quien se afirmó en la necesidad que ya antes había hecho presente, de que se le remitieran caudales para pagar los gastos del tránsito del ejército francés, y mientras á este fin entablaba las reclamaciones necesarias, recibió varias comunicaciones de la intendencia militar, espresando que ella tampoco tenía fondos, y que por lo tanto se echase mano de los vecinos pudientes, tomando dinero á interés, formándose después las cuentas para ver de cubrirlas de un modo ú otro.

El ayuntamiento rechazó como era natural este remedio como contrario á toda buena administración normal y solo acordó formar las cuentas indicadas, pidiendo en el entretanto al gobernador que se le entregasen 6.000 libras de la caja de reemplazos y aunque al principio se negó á ello el gobernador, al fin hubo de acceder por la absoluta falta de fondos, que se demostró palpablemente con motivo del tránsito por esta ciudad de un parque entero de artillería, durante el día 26 del mismo febrero, al cual á duras penas se pudo socorrer.

Mientras tanto se iba formando entre el pueblo un partido de oposición á la marcha oficial de los sucesos; partido que habiendo tenido origen cuando el proceso del príncipe de Asturias, había au-

mentado extraordinariamente con el disgusto general de la nación por el desacertado gobierno de Godoy en una corte de las más corrompidas que habían visto los españoles.

Como el sentimiento de amor á la patria, no es patrimonio de ninguna clase, cuando entre el pueblo se forma una opinión unánime pocas veces se equivoca, por más que no acierte á comprender las causas de los sucesos que le conmueven.

El pueblo vió pasar admirado á las primeras divisiones francesas, y por los hechos que á poco ocurrieron, comprendió instintivamente que aquellos hombres de amigos que aparentaban ser, se volverían señores, así es que al poco tiempo miró á los franceses con el mayor recelo y prevención.

Las autoridades de Gerona pasmadas de lo que ocurría y perplejas ante el mutismo del gobierno, no acertaban á tomar resolución alguna de importancia, no ofreciéndoseles á su vista otra cosa que sucesos misteriosos y un desbarajuste completo en la administración, recibándose muy á menudo órdenes de los generales franceses, que obedecían casi siempre, viendo que el mismo capitán general se había doblegado á sus exigencias, haciéndoles entrega, digámoslo así, de todos los fuertes de Barcelona.

Uno de los sucesos que más llamaron la atención en este país, fué la sorpresa que intentaron los franceses para ocupar el castillo de San Fernando de Figueras, y que si no pudieron lograr en el primer momento, la alcanzaron luego por la debilidad del gobernador.

El día 20 de marzo el ayuntamiento de Gerona recibió un oficio del gobernador trasladando otro del general Duhesme, quien como si fuese el verdadero capitán general de Cataluña, ordenaba desde Barcelona que se preparase convenientemente, alojamiento *para un personaje de la más alta gerarquía que debía venir de Francia*. Inútil es que ponderemos los comentarios á que esto dió lugar, suponiéndose que el personaje de que se trataba era el mismo Napoleón. El ayuntamiento, en sesión del propio día 20, destinó para dicho alojamiento la casa del conde de Solterra, adornándola en debida forma.

Todos estos sucesos mantenían al pueblo en constante agitación que aumentó extraordinariamente con las noticias que se recibieron de la corte, en especial con la de la abdicación de Carlos IV á fa-

vor del príncipe Fernando y con la entrada de éste y de Murat en la capital de la monarquía.

El día 29 se tuvo noticia de la venida de dos nuevas divisiones francesas que debían pasar por Gerona y en su vista, se publicó un edicto para su alojamiento, dando á entender de nuevo, con objeto de calmar los ánimos, que venían como aliadas.

El día 4 de abril á cosa de las 3 de la tarde, entró la primera de estas divisiones compuesta de 2.000 hombres de infantería y unos 300 caballos alojándose 1.000 infantes en el colegio tridentino y seminario conciliar; otros 1.000 en el real hospicio, la caballería en el cuartel de Figuerola y la oficialidad en las casas particulares.

A las 5 de la mañana del día 6 salió dicha división dirigiéndose hacia Barcelona.

En el mismo día entró otra división compuesta de 1.590 hombres, saliendo á las cinco de la mañana siguiente en dirección á Barcelona.

El día 8 entró el general francés de división, Chabrán, quien después de examinar las fortificaciones visitó al ayuntamiento que le recibió presidido por el Gobernador formados todos sus individuos con las insignias y los maceros con sus gramallas y mazas.

En dicho día 9 abril á las cinco de la tarde llegó una columna de tropas francesas compuesta de 670 hombres, que al siguiente día á las cinco de la mañana salió con dirección á Barcelona siguiéndole á poco el general Chabrán.

Las noticias que se recibían entre tanto de la corte, no podían ser más alarmantes.

En efecto: la entusiasta entrada de Fernando había coincidido con la de Murat, quien al frente de un cuerpo de ejército y sin consideración á la autoridad real empezó á obrar como si él fuese el verdadero monarca. Lo más grave era que Carlos IV y su esposa acudían á él como á un superior, pidiéndole la libertad de Godoy, y á sus instancias y á las de la influencia francesa hacía público Carlos que su abdicación había sido forzada y en presencia de la insurrección que la motivara.

Si los reyes padres se arrastraban á los piés de Murat, Fernando nada llevaba á cabo que pudiese indicar siquiera que su ánimo era el de cortar los males presentes y librar á la nación de los molestos

huéspedes que la irritaban, antes al contrario, desconociendo su cargo y mostrándose tan pequeño como sus padres, no tuvo inconveniente en dejarse llevar hasta Bayona para demandar ridícula é inútilmente al ambicioso Napoleón, la mano de cualquiera de sus parientas.

Godoy obtuvo su libertad, gracias á la intervención francesa, y Carlos IV y María Luisa le seguían en su viaje á Bayona, mientras el pueblo de Madrid derramaba generoso su sangre inmortalizándose en la jornada del dos de mayo.

Toda la familia real de España quedaba en poder de Napoleón y cual si se tratase de un negocio particular, Fernando renunció la corona á favor de su padre y éste á favor de Napoleón, siendo el precio de estas renunciaciones unas doshonrosas pensiones que se estipularon, mientras en España se ocultaba la verdad de estas escenas y aparecía Murat como regente del reino nombrado por el mismo Carlos IV, en el acto de emprender su viaje hacia Bayona.

El pueblo español, sin ahondar estos acontecimientos á falta de medios de publicidad, los entendía de muy distinta manera, pues sin pararse en los motivos del viaje de la familia real á Bayona consideraba que las renunciaciones eran debidas pura y simplemente á las amenazas y á la violencia.

El ayuntamiento de Gerona tuvo oficialmente la primera noticia de estos sucesos por medio de un misterioso impreso del conde de Ezpeleta capitán general de Cataluña, participándole con fecha 16 de mayo que Carlos IV había sido restablecido en el trono, nombrando á Murat gobernador general de los reinos, por cuyos motivos el mismo Ezpeleta encargaba la unión con las tropas del emperador, como único que podía dar la salvación de España.

Admirado hasta lo sumo el ayuntamiento del contenido de este impreso, no acordó cosa alguna y temeroso del ánimo que dominaba entre el vecindario, se guardó muy bien de darle la menor publicidad.

Conociendo Duhesme el estado anormal de los ánimos de los gerundenses y no siéndole posible poner guarnición en la ciudad, envió á ella al comisario de guerra Schweisquith, con la excusa de cuidar de los enfermos que el ejército francés había dejado en los hospitales y disponer lo necesario para el tránsito de los cuerpos que

faltaban á pasar. Pero en realidad su misión tenía por objeto vigilar la conducta del pueblo, de la guarnición y de las autoridades, así es que al menor incidente que ocurría en la Ciudad ya le parecía ver el plan de una sublevación contra el poder de los franceses, traídoramente impuesto, y ofrecía al gobernador el envío de un cuerpo de tropas francesas, que procuró escusar continuamente el anciano general Mendoza.

A consecuencia de las ocurrencias políticas que acabamos de reseñar, se publicaron algunos impresos anónimos, llenos de espíritu patriótico, y habiendo llegado uno de ellos á manos del comisario de guerra francés, fué á conferenciar con el gobernador, mostrándose sumamente alarmado y temeroso de que hubiese una asonada entre el paisanaje y aunque el gobernador procuró calmarle, insistió vivamente el comisario para que se tomaran medidas preventivas, en vista de lo cual el día 18 del mismo mayo ofició al capitán general, consultándole lo que debía hacer y además á instancia del mismo comisario llamó á los regidores D. Francisco de Delás, don Martín de Burgués y D. Ramón Vilar, manifestándoles lo que ocurría, y encargándoles que se esmerasen en procurar por la quietud pública.

El conde de Ezpeleta, capitán general de Cataluña, perplejo é indeciso ante los acontecimientos que tenían lugar, contestó en ambiguos términos pero indicando que debían obedecerse las órdenes de Murat.

El gobernador trasladó este oficio al regidor antiquior para que lo manifestase con reserva al ayuntamiento esperando que éste dedicaría sus desvelos para que los vecinos conocieran la absoluta necesidad de obedecer religiosamente las órdenes del soberano, conformándose con su voluntad como único medio de asegurar el orden público y la felicidad individual y general.

En su vista, el ayuntamiento en sesión del día 23 del mismo mayo, acordó que del contenido de dicho oficio *no se hiciesen voces* y que sus individuos con el mayor disimulo se metieran en las conversaciones públicas, procurando disipar y desvanecer *las preocupaciones exaltadas é indiscretas* que acaso oyesen, y que si observasen algún *exeso* diesen luego parte.

Las instancias del comisario francés Schweisquith, se dirigieron

también á que se hiciesen demostraciones de alegría con motivo de haber el general Murat sido nombrado regente del reino, haciendo presente que en Barcelona todas las autoridades y la guarnición habían cumplimentado al general Duhesme, y como aquí no había ningún general francés, debían nombrarse comisionados que pasasen á Mataró para que lo hicieran en nombre de Gerona y de la guarnición, al general francés que con una división se hallaba acantonada en aquella ciudad.

El gobernador se escusó alegando que carecía de facultades para nombrar diputados que saliesen fuera de su corregimiento, y el municipio, en sesión del propio día 23 de mayo, acordó preguntar al de Barcelona que era lo que había practicado acerca este particular.

Por último, se acordó que el gobernador recibiría córte á las autoridades y oficialidad de la guarnición, lo que se verificó el día 28 del propio mes de mayo, en presencia del comisario francés.

Apesar de haber obtenido Napoleón las renunciaciones de todos los individuos de la familia real de España, para con ellas coronar á su hermano José, simple abogado de Córcega, deseaba que estos hechos tuviesen mayor publicidad y alcanzasen una sanción que pudiese estimarse por la de los españoles. A este fin determinó reunir un simulacro de córtes, y en consecuencia Murat, con el carácter de regente del reino dió á luz un decreto, sin fecha, anunciando los deseos de Napoleón de reunir en Bayona el día 15 del próximo junio una diputación de 150 individuos, designados en parte en el mismo decreto y nombraderos los restantes por diversas corporaciones y por las ciudades de voto en córtes.

Circulóse este decreto y habiéndolo recibido el ayuntamiento de Gerona, trató de suspender el tomar acuerdo sobre este asunto, que consideró desde luego muy peligroso para la tranquilidad pública, atendido el estado de agitación de los ánimos, y en su virtud, apoyándose en ciertas dudas que se ofrecían, en sesión de 25 de mayo acordó limitarse consultarlas al capitán general.

Recibióse la contestación á los dos días, resolviendo las dudas indicadas en vista de lo cual y de las apremiantes órdenes recibidas para el inmediato nombramiento de los diputados, el gobernador reunió el ayuntamiento, resultando de la sesión al efecto celebrada, elegidos D. Francisco de Delás por la ciudad y D. José de la Valette

por la clase de caballeros. Este último, llevado de sus ideas patrióticas, renunció en el acto siendo sustituido por D. José de Perpiñá.

Realizada la elección, se hizo saber al público por medio de edicto, para que los vecinos pudieran dirigirse á los diputados y manifestarles cuanto se les ocurriese para la felicidad del reino, de la provincia ó del corregimiento.

Las noticias que recibieron los elegidos, fueron bien distintas de las que se pedían en el edicto.

Tan luego como el público supo el nombramiento que acababa de hacerse, aumentóse en gran manera la febril agitación de que estaba poseído, considerando todo lo hecho anti-patriótico y debido sólo á las mañas de los franceses.

Aquel mismo día el diputado D. Francisco de Delás recibió un anónimo llamándole traidor á la patria, diciéndole en tono amenazador que ya podía ir á Bayona *á vender al pobre Fernando VII*, pero que tuviese en cuenta que si llegaba á haber revolución *su vida sería acabada*.

Semejantes hechos intimidaron á los dos diputados electos, quienes temerosos de que les sucediese algún daño, se apresuraron á presentar su dimisión, acompañándola Delás con el anónimo recibido y fundándola en estensas consideraciones sobre su amor á la patria.

El ayuntamiento, en sesión del día 29 del mismo mes de mayo, acordó no admitir las dimisiones, de modo que aunque Delás reprodujo la suya, el ayuntamiento la rechazó de nuevo.

Los diputados salieron de Gerona el día 2 de junio.

Pronto hemos de ver como su diputación hubo de cesar con el levantamiento de Gerona á favor de la independencia patria, que venía preparándose con la série de acontecimientos que llevamos detallada.

CAPÍTULO II

Levantamiento de Gerona á favor de la independencia pátria

SUMARIO

Situación general de España. — Estado de Gerona. — El cinco de junio. — Los representantes del pueblo exigen el levantamiento de Gerona. — Tumulto popular. — Se nombra una junta. — Entusiasmo del pueblo. — Levantamiento de la comarca. — Obras de defensa. — Los paisanos toman las armas. — Extraordinarios donativos para acudir á la defensa de Gerona y al armamento del país. — Ocupación de Rosas por un destacamento salido de Gerona. — Levantamiento del Empurdán.

A la alegría que produjo la renuncia de Carlos IV á favor de Fernando, sucedió el mayor estupor. Los españoles admirados de la serie de sucesos extraordinarios que iban ocurriendo, comprendieron que Napoleón no tenía otro deseo que dominarles para que le sirviesen en sus llamadas *grandes miras*.

Só capa de amistad y favorecidos por un gobierno inhábil, se habían los franceses apoderado de las principales fortalezas; y mostrándose luego como dueños de vidas y haciendas, llegaron al extremo de querer regalar á la España, como rey, al hermano del emperador, por medio de una serie de farsas indignas. como si se tratase de la venta ó traspaso de un rebaño ó de un almacén de mercancías.

España herida en sus más sagrados sentimientos, se levantó como un solo hombre, mas firme y resuelta que nunca, después de una larga serie de años de quietud y despotismo.

Abandonada de sus reyes, estableció juntas para el gobierno de sus comarcas; desprovista de ejércitos, armó como pudo el poderoso brazo de sus valientes hijos; falta de fortalezas, convirtió en muros inespugnables las simples cabañas; y despreciando la ponderada ciencia de los generales franceses, fueron sus mejores caudillos los humildes hijos del pueblo.

Al contemplar el levantamiento simultáneo que se operó en todas las provincias, casi en un mismo día, á últimos de mayo y primeros de junio, cualquiera diría que se ponía en planta una vasta y premeditada conspiración.

Y sin embargo sólo la alevosía y los engaños de un falso amigo, y el amor sin igual á la independencia pátria de los españoles, pudieron mostrar al mundo el ejemplo más grandioso, más espontáneo, más unánime y más decidido que registra la historia de los pueblos que se han levantado contra una invasión enemiga.

Así se explica aquella admirable unidad de sentimientos y deseos, llevada de un confín á otro confín de España por el patriotismo enardecido, que el poeta Arriaza condensaba en aquel lindísimo cantar

Vivir en cadenas
¡Cuán triste es vivir!
Morir por la pátria
¡Qué bello morir!

Gerona participaba del mismo entusiasmo y sólo se contenía por los temores que sentían sus autoridades á quienes asustaban los males sin cuento, que podían sobrevenir, con el hecho de tremolar el pendón de la pátria contra los franceses.

Una plaza fuerte de extenso recinto, y numerosos fuertes, todo desmantelado é inservible, desmontada la artillería, con una guarnición de 300 soldados, con un vecindario que apenas podía proporcionar 1.500 hombres útiles para el servicio de las armas; una población enclavada en un rincón de España, cerca la frontera francesa, precisamente en el punto más apropósito para la entrada de las tropas enemigas, ¿era prudente que se sublevase contra el poder de la Francia, cuando no contaba ni con una tercera parte de la gente para el servicio diario de sus fortificaciones, aún suponiendo que los paisanos se prestasen á ello?

Sin embargo, todo lo despreciaron los gerundenses: el sentimiento del patriotismo impulsó al pueblo á exigir el levantamiento de Gerona.

En los primeros días de junio la agitación llegó á su colmo, viéndose frecuentes reuniones de los gremios, colegios, caballeros, religiosos y demás vecinos para tratar la manera de sacudir el yugo que les oprimía.

El día 4 hubo una ligera alarma, precursora de otro suceso más trascendental. Promoviola en la calle de las Ballesterías un vecino de Bañolas, con los gritos que daba anunciando, aunque falsamente, que Figueras se había levantado.

Pero quienes con más ahinco trabajaban, eran los gremios. Comprendiendo cuán difícil era aisladamente poner en planta sus patrióticos acuerdos, se encargaron de ello el guarnicionero Francisco Serra, el tendero José Jonama, el alfarero José Roig y el carpintero Narciso Rovira, quienes con grave exposición de sus vidas, fueron preparando el terreno bajo la dirección del abogado D. José Matas.

En la mañana del día 5 del mismo junio se avistaron con D. Ignacio Andreu y Sans, síndico y procurador de la ciudad en el ayuntamiento, pidiéndole que se convocase inmediatamente á esta corporación y le expusiese los deseos del pueblo de levantarse contra los opresores franceses. Aceptada la idea, convocó el síndico al ayuntamiento bajo la presidencia del señor gobernador, en el acto de regresar sus individuos de los divinos oficios á que había asistido, por la festividad que entonces se celebraba de la Pascua de Pentecostés. Expuestos los deseos del pueblo y perplejos los regidores, no sabiendo si dar rienda suelta al amor pátrio de que todos se hallaban poseídos, ó si continuar obrando bajo la presión de los temores que les hacían presagiar días de luto para Gerona, se limitaron á resolver que se hiciese la petición, por una comisión más numerosa y que mejor representase á todo el vecindario.

Súpose inmediatamente esta determinación entre el pueblo que se presentaba ya bastante alborotado, formando corrillos por las calles y llenando por completo la plaza del Vino, donde se hallan las casas consistoriales, y en un momento se hizo la elección en medio de los alborotos de la muchedumbre.

A cosa de las once de la mañana se presentaron ante el ayunta-

miento los comisionados que se acababan de elejir, D. Francisco Puig y Dorca, notario, D. José Jonama tendero, D. Francisco Serra comerciante, D. Narciso Diví cordonero, D. Luis María Martínez Abad de San Félix, D. Bartolomé Planella claverero de la catedral, D. Ramón de Manresa y D. Alejandro Andreu y Pí caballeros.

Aun cuando los individuos del ayuntamiento estaban animados de verdadero amor pátrio, titubearon largo rato, temiendo las consecuencias que aquel acto podía llevar para la indefensa Gerona, pero los comisionados del pueblo exigían firmemente que se accediese á su demanda y como fuese pasándose el tiempo en estas conferencias, el gentío impacientándose por la tardanza, empezó á proferir gritos y amenazas, invadiendo con actitud alarmante los patios de las mismas casas consistoriales. Comprendiendo el ayuntamiento que debía accederse á la voluntad del pueblo, pasó al nombramiento de una junta compuesta de gran número de personas de todas clases y condiciones, para que cuidasen del armamento y defensa de Gerona, con lo cual se sosegó un tanto el tumulto popular que amenazaba tomar serias proporciones.

Apesar de esto, dominado el ayuntamiento por sus constantes temores, se consignó falsamente en el acta, que el armamento y defensa de Gerona que se acaba de acordar, tenía por objeto evitar el verse sorprendida por las partidas que se iban levantando.

Sosegados un tanto los ánimos con el nombramiento de la junta, se reunió ésta aquella misma tarde, con asistencia de todos los vocales elejidos, y comprendiendo la dificultad de que una junta tan numerosa, pudiese fácilmente tomar acuerdos con la rapidez que tal vez sería necesario, se acordó reducir el número de las personas que la debían en lo sucesivo componer, acordándose así bien guarnecer las puertas, las murallas y los fuertes con paisanos, y eclesiásticos.

Momentos de febril entusiasmo fueron los que se siguieron á la constitución de la junta. El paisanaje que pedía constantemente armas y municiones, se puso desde luego á trabajar en la reparación de las fortificaciones, y en montar la artillería, de modo que á la sorda agitación de los días anteriores, sucedió la mayor de las alegrías esmerándose todo el mundo en poner la plaza á cubierto de un golpe de mano.

Los pueblos de la comarca animados de iguales sentimientos acudieron en tropel á Gerona, corriendo por las calles y pidiendo se les armase.

En vista del entusiasmo popular, se decidió que la junta fuese la autoridad suprema del corregimiento, haciéndose desaparecer ciertas dificultades que se habian presentado, y publicándose el correspondiente edicto que firmó el teniente de rey D. Julián de Bolibar.

El levantamiento de Gerona fué la señal de alarma de los habitantes del obispado. Inspirados todos por el más puro amor á la patria, dieron rienda suelta al entusiasmo que hasta entónces habían comprimido, como esperando el botafuego que lo hiciera explotar. Todas las poblaciones de la actual provincia, imitando el ejemplo de la capital, trataron de organizarse nombrando sus juntas y armándose como pudieron, pora rechazar al enemigo que traidoramente se había posesionado de las principales fortalezas de España.

Nunca se había visto un movimiento tan general y tan espontáneo del pueblo; sólo era comparable el entusiasmo que estallaba, á la rastrera bajeza con que se había ofendido el honor del país.

Napoleón debía sufrir grandes desengaños en España. Había combatido con las principales naciones de Europa y con algunas señaladas victorias había logrado hacer bajar la cabeza á reyes poderosos hasta pedirle la paz. En su misma nación, había bastado que un movimiento político triunfase en París para que Francia entera lo aceptase. Pero la nueva nación que trataba de dominar se hallaba organizada de un modo desconocido para él: compuesta de diversas provincias que en otros tiempos habían constituido estados independientes, cada una de ellas se sentía con bríos bastantes para organizarse independientemente de las demás, y para declarar la guerra á aquel coloso ante quien parecía postrada la fortuna. Y no eran estos movimientos aislados, pero simultáneos, hijos de la ignorante arrogancia; nacían del más acendrado patriotismo y de un espíritu bélico tal, que sólo es dable encontrarle comparación en los hechos de los buenos tiempos de Grecia y Roma. Poco les importaba á los españoles carecer de armamento y de municiones, porque con las armas de caza y con los instrumentos de labranza debían derrotar á los aguerridos imperiales en el Bruch: poco les importaba carecer de jefes y

generales, porque en cada comarca debían convertirse los simples hijos del pueblo en hábiles guerrilleros: poco les importaba tener dominadas las fortalezas y las grandes ciudades, porque cada villorio y cada corregimiento debían nombrar su junta y organizar sus partidas de paisanos armados, y con ellas molestar de continuo á los más aguerridos ejércitos: poco les importaba por último carecer de gobierno, porque cada provincia debía nombrar el suyo, y todas juntas elegir aquellos respetables diputados que reunidos en cortes habían de dar el sublime espectáculo de acudir con una mano á las necesidades de la guerra más desigual que España ha sufrido, y dotar con otra al país de leyes venerables por la buena fé y puro patriotismo con que fueron dictadas.

El entusiasmo de la actual provincia se demostró principalmente dentro la capital donde acudieron gran número de paisanos de todas las cercanías, llenando las calles y plazas de grupos y corrillos que comentaban las ocurrencias políticas y proponían toda suerte de proyectos para emprender la lucha contra los franceses.

Temiendo las autoridades que las peroraciones de los más animosos y exaltados llegasen á producir algún incidente desagradable, dispusieron un servicio de patrullas compuestas de tropas, caballeros, religiosos y de otras personas conocidas por su honradez, á fin de calmar en lo posible los ánimos. Esto no impidió sin embargo que el célebre Sehwisquth fuese objeto de una demostración que puso en peligro su vida, pues teniendo noticia el pueblo de que aún se hallaba en Gerona este enemigo suyo, que tanto había figurado en los días anteriores, se reunió en ademán hostil frente su alojamiento con ánimo de forzar la puerta, y suerte que acudieron á tiempo la oficialidad del regimiento de Ultonia y varios religiosos, quienes condujeron á Sehwisquth al castillo de Montjuich, pues de lo contrario Gerona hubiera presenciado aquel día una escena de venganza popular.

Otra manifestación semejante tuvo lugar también por aquellos días, cual fué la petición que presentaron los gremios á la junta para que fuese depuesto del mando el gobernador de la plaza D. Joaquín de Mendoza, á cuya petición hubo de accederse para evitar un motín, y en su reemplazo fué nombrado el coronel y teniente de rey don Julián de Bolívar.

Comprendieron las autoridades de Gerona que no era dable aparentar siquiera que fuese su ánimo, apaciguar las manifestaciones de entusiasmo que hacía el pueblo y tratando con excelente acuerdo de aprovecharlo, se dispusieron gran número de trabajos para poner la plaza en estado de defensa, á los que acudió en masa el paisanaje, pudiendo así evitarse nuevos desórdenes que amenazaban. Re-compusiéronse los caminos que conducían á los fuertes, montóse y municionóse la artillería, reparáronse á espensas de los vecinos los muros, torres y fortalezas, instalóse una fábrica de chuzos, habilitáronse todos los fusiles y armas inútiles del parque de artillería, organizóse un laboratorio de cartuchos en el baluarte de Santa Clara, y abasteciéronse con víveres para un mes los fuertes y el castillo. Gerona ofrecía el espectáculo de un inmenso arsenal en los momentos de mayor trabajo.

Participando todos de tan fructífero entusiasmo, se acordó el armamento de los habitantes útiles incluso los eclesiásticos y hallándose que sumaban un total de 1.500 hombres, se organizaron varias compañías que dieron origen más tarde á la célebre Cruzada gerundense y á los renombrados tercios de Gerona y Figueras.

En Bañolas, en Cassá de la Selva y en otros puntos, por iniciativa de varios patricios, se organizaron bajo el nombre de somatenes, de voluntarios ú otros semejantes, diferentes compañías que prestaron muy buenos servicios. En Gerona además de los cuerpos de paisanos, se formó una compañía con los dependientes del resguardo quienes por estar algo instruídos militarmente, prestaron servicio desde luego en los muros y fuertes juntamente con la escasa fuerza del Regimiento de Ultonia.

La junta para atender con mayor prontitud á las necesidades que ocurrían, se dividió en tres, llamadas gubernativa, militar y económica, compuestas de las personas siguientes:

JUNTA GUBERNATIVA: D. Julián de Bolívar, teniente de rey de la plaza, presidente; D. Juan Planella, canónigo penitenciario de la catedral; D. Julián Cuffí, canónigo de la misma; D. Juan O-Donovan, comandante del regimiento de Ultonia; D. Martín de Burgués, regidor perpétuo; D. José de la Valette, caballero; D. Ramón Vilar, regidor perpétuo; D. Ignacio Andreu y Sans, síndico; D. Francisco Puig y Dorca, notario y teniente del extinguido 1.^{er} tercio de Ge-

rona; D. Carlos de Ametller, de Bañolas; D. Jaime de Basart, de Calella; D. Ignacio de Ros, de las Olivas; D. Francisco Fonolleras, de Llagostera; D. Miguel Germen, de Gerona; D. José Jonama, de Gerona; y D. Narciso Diví, de Gerona.

JUNTA MILITAR: D. Julián de Bolívar, Presidente; D. Luis María de Martínez, Abad de San Félix; D. Antonio O-Kelly, coronel del regimiento de Ultonia; D. Guillermo Minali, sargento mayor del cuerpo de ingenieros; D. Enrique O-Donell, sargento mayor del regimiento de Ultonia; D. Luis de Plandolit, comisario de guerra habilitado; D. José Francisco de Caramany, de Gerona; y D. Cirilo de Rich, de Gerona.

JUNTA ECONÓMICA: D. Julián de Bolívar, Presidente; D. Narciso Coll, arzobispo de Caracas; D. Vicente Ximenez, canónigo de la catedral; D. Joaquin Llauder, monje camarero del monasterio de San Pedro de Galligáns; D. Juan Costabella, presentado y prior de los dominicos; D. Tomás Sala y Cabirol, notario de Gerona; D. José Mercader, de Gerona; D. Juan Piserra, de Gerona; y D. Francisco Serra, de Gerona.

Dedicadas las tres juntas á los fines que sus nombres indican, demostraron desde luego la mayor actividad en todos los ramos y servicios, descollando empero la gubernativa por el mayor alcance de sus atribuciones, de manera que al nombrarse en general *la junta*, así en los documentos como entre el pueblo, se entendía la gubernativa.

Uno de los primeros asuntos que preocuparon á la junta gubernativa fué la cuestión económica, puesto que la escasez de fondos era extraordinaria. Al efecto á los 10 del mismo mes de junio, acordó hacer un llamamiento al patriotismo de los gerundenses, y no fué en vano porque á porfía acudió todo el mundo á hacer sus donativos con los cuales se pudo salir de los primeros apuros.

Al realizarse el levantamiento, no dejaron algunos de preveer que hallándose Gerona entre las plazas de Barcelona y Figueras, sería prontamente atacada, por cuyo motivo hubo necesidad de tener presente esta consideración, que se salvó con la buena voluntad de los individuos de las tres juntas gubernativa, militar y económica.

Las activas providencias de los vocales, cada uno en el ramo

que tenía á su cargo, fueron la principal parte del buen éxito. El cuadro que ofrecía el pueblo de Gerona era tan sorprendente como indescriptible, pues todo el mundo se prestó á las faenas más penosas; unos se emplearon en desbaratar las malezas y arbustos de los castillos, baluartes y fosos, de que todos se hallaban llenos, otros en montar cañones, pues no había en la Plaza más que uno montado, otros en proveer de municiones; aquí los religiosos y hasta las mugeres y niños hacían cartuchos de fusil; allí se armaba el paisanage y eclesiástico; era inmenso el tráfico de carros y caballerías para los aprestos marciales, los cuales no cesaban día y noche; en fin aunque reinaba alguna confusión, con todo, como animaba á la gente un mismo espíritu é interés, se hizo más de lo que se pedía.

La falta de oficiales facultativos para los ramos de artillería y fortificación pues solo había en la plaza un sargento mayor de ingenieros, D. Guillermo Minali, la suplió éste con su incesante trabajo.

Uno de los primeros planes de la junta fué enviar desde luego á Mallorca á pedir socorros de tropa, armas y municiones confiada en que siendo aquel capitán general hijo de esta ciudad, lo miraría con particular aprecio, para cuyo interesante encargo comisionó á don Benito Rovira, piloto de la real armada, vecino de San Feliu de Guixols, quien sin perder momento voló hacia aquella isla.

La falta de artilleros, pues no había más que dos, fué suplida con los marinos de San Feliu de Guixols y otras poblaciones de la costa.

La junta, además, mandó construir en Ripoll un gran número de fusiles para repartirlos entre la gente que carecía de armas y las pedían para la defensa de la ciudad.

Para enardecer el entusiasmo del público, se circuló profusamente una proclama invocando los sentimientos de la religión, de la patria y de Fernando VII.

La junta de Gerona, tan luego como hubo practicado las primeras operaciones necesarias para el armamento de la capital, se dirigió á procurar la defensa del país, á cuyo fin se destacó una pequeña columna de tropa para la ocupación de la plaza de Rosas que estaba poco menos que abandonada, con lo cual se realizó el levantamiento de todo el Empurdán.

CAPÍTULO III

Primer sitio de Gerona

SUMARIO

Sale Duhesme de Barcelona para sofocar el levantamiento de Gerona. — Llega á la vista de esta ciudad. — Intenta vadear el Ter y es rechazado por los somatenes. — Parlamentario francés. — El pueblo se opone á su salida. — Presentación de otro parlamentario. — Dos diputados por la junta pasan al campo sitiador. — Asalto del baluarte de Santa Clara. — Derrota del enemigo. — Su retirada. — Entusiasmo en Gerona por haber rechazado á los franceses. — Se nombra á San Narciso generalísimo de mar y tierra.

El movimiento que se operaba en las comarcas de Gerona y del Empurdán alarmó al general Duhesme, temiendo que se le interrumpiesen sus comunicaciones con Francia y que se le aislase dentro de Barcelona. Para salvar estos peligros determinó recorrer todo el país sublevado, abatiendo antes los puntos de la costa, que, animados del noble espíritu de independencia, habían lanzado el grito de guerra contra el opresor enemigo, que traidoramente se había introducido en el suelo de la patria.

El día 16 de junio salió de la capital del principado, una división francesa al mando del general Lechi, compuesta de unos 6 mil hombres de todas armas, con ocho piezas de artillería y el correspondiente tren de municiones. Luego que se tuvo noticia de esta expedición, las juntas de Gerona acordaron las más activas medidas para desbaratarla. Tomó la junta gubernativa á su cargo el dar avi-

so á los corregimientos inmediatos y el llamamiento de los somatenes: la junta económica activó la provisión de la plaza y sus fuertes, así de víveres como de los demás auxilios, tanto para los defensores de Gerona, como para los que habían de operar en el campo: y la junta militar cuidó del destino de los somatenes, para ver de ir estorbando al enemigo en su marcha, saliendo hacia la marina el capitán de Ultonia D. Daniel O-Sullivan y el teniente del mismo cuerpo D. Manuel Motes, nombró gobernadores para los fuertes de la plaza de Gerona que no los tenían y señaló los puestos que cada cual había de ocupar en el momento de un ataque. El paso del enemigo por la costa fué señalado con los mayores horrores.

Duhesme salió de Barcelona y poniéndose al frente de las tropas, pasó por Mataró, Arenys de Mar, Calella y Pineda, pernoctando en Malgrat. Al rayar el alba del 19 tomó el camino de Tordera llegando á la Granota y la Tiona, donde descansó hasta el amanecer del memorable día 20, en que se puso en marcha sin parar hasta Fornells, á seis kilómetros de Gerona, haciéndose la ilusión de que esta ciudad le abriría sus puertas al divisarle.

A las 9 de la mañana estaba á la vista de la plaza, apoyando su vanguardia en las alturas de Palau Sacosta. En el acto se tocó generala y al lúgubre sonido de la campana que llevaba la alarma á todos los ámbitos de la ciudad y de su comarca, cada cual ocupó su sitio, coronando los paisanos la muralla, con un pequeño piquete de tropa en cada baluarte y organizándose la pequeña guarnición, en cuerpo de reserva que se formó en las plazas del Vino y de las Coles.

Considerando estos acontecimientos con la calma del historiador, debiera calificarse de temeraria la defensa que intentaba oponer Gerona á las aguerridas tropas francesas. Una plaza con numerosos fuertes, que para ser guarnecida con las reglas del arte necesitaba más de 10.000 soldados ¿qué podía hacer con 300? Unos muros tan estensos y con tantos baluartes ¿cómo podían ser defendidos con 1.500 paisanos? ¿cómo habían de quedar los fuertes de los alrededores? A todas estas preguntas que debían naturalmente hacerse las personas inteligentes, contestó el pueblo presentándose á la defensa sin necesidad de mandato alguno. Reunióse la junta en sesión permanente para atender á todas las necesidades que ocurrieran; los jefes y oficiales que no tenían mando, recorrían todos los puntos de la plaza

para apreciar las faces de la lucha y las necesidades que se presentasen; replegaronse todos los hombres inútiles y los niños en los sitios señalados para la construcción de cartuchos; y por último ¡notable ejemplo! las mujeres de todas clases, deponiendo el natural temor de su sexo se emplearon voluntariamente en llevar agua, municiones y comestibles á los puntos de combate.

Gerona presentaba un aspecto al parecer tranquilo, á juzgar por el orden y serenidad con que todo se ejecutaba, pero semejante á la ceniza con que cubre un fuego voraz, debajo de aquella tranquilidad y de aquel orden, se contenía ardiente el verdadero valor, aquel valor sereno y resuelto que conduce á las más altas empresas. Todos esperaban con alegría el momento del combate.

Tan luego como el enemigo estuvo á tiro de cañón, fué acosado por la artillería de los baluartes de la Merced y San Francisco de Paula y del fuerte de Capuchinos, haciéndole un fuego tan vivo y tan certero que tuvo que replegarse y estenderse en una inmensa línea que prolongó hasta Salt y Bescanó, cuyos pueblos y casas de campo se entretuvo en saquear sin compasión. Al mismo tiempo el grueso de la caballería, al mando del coronel Zenardi intentó vadear el río Ter por la parte de San Pons de Fontajau, para pasar al llano de Domeny, pero el toque de rebato había sido oído por los pueblos de la falda de Rocacorba y de la parte de Cornellá, y armados en somatén coronaron las alturas que dominan la orilla izquierda de dicho río, de modo que rechazaron el movimiento de la caballería francesa, y bajando á ocupar la misma orilla, impidieron al enemigo el paso del río cuantas veces lo intentó, causándole muchas bajas.

Esto obedecía al primer plan que había formado Duhesme de atacar á la ciudad por la parte alta, como más débil, para lo cual llegaron á darse las órdenes oportunas, pero el contratiempo esplicado, hizo replegar otra vez, á los sitiadores hacia Palau, donde establecieron una batería de tres obuses que rompió el fuego inmediatamente, si bien con tan mala dirección que no logró poner ni un proyectil dentro de la ciudad. Al poco rato quedó además desmontada por los certeros disparos de nuestra artillería.

A las 12 del día y mientras duraban las hostilidades, presentóse un oficial parlamentario, á una de las guerrillas del llano. Habiéndose vendado los ojos á él y á un trompeta que le acompañaba, se

les introdujo en la ciudad. Conducido ante la junta, presentó una carta del general Duhesme escrita en Mataró con fecha del día 17, reducida á suponer que había pacificado á Tarragona, dispersando el cordón de Mongat, ocupado á Mataró á pesar de su resistencia, y tranquilizado á Barcelona, y sus cercanías: que venía frente de un ejército valeroso en calidad de amigo y aliado por una consideración de la buena acogida que se le dió en el tránsito con su división por esta ciudad en febrero último, esperando que el pueblo no se espondría á los horrores de la guerra: que se hallaba dispuesto á forzar las puertas si no se le abrian de buen grado, circunstancia que sería muy aflictiva para su corazón: que remitía un decreto de la junta suprema del gobierno español que debía dejar satisfechos á los verdaderos españoles y buenos catalanes, pues verían que las cortes, que habían de celebrarse en Bayona, se convocarían en Madrid, tratándose únicamente en ellas de la felicidad de España; que nadie sinó los perturbadores podían en consecuencia desear la guerra, y que así esperaba que se le enviaría una diputación, y que la junta correspondería á la amistad que él siempre había conservado á la ciudad de Gerona.

El decreto que decía acompañar, y de que el trompeta, ó el mismo edecán tuvieron el cuidado de dejar caer algunos ejemplares en su tránsito por la ciudad, consistía en una consulta, y proclama, que se atribuía á la suprema junta de gobierno y en otra suscrita por varios personajes españoles desde Bayona, diciendo que había terminado la dinastía de los Borbones, sustituida por el hermano de Napoleón, quien miraría á los españoles con el afecto experimentado por sus súbditos.

La junta contestó que la ciudad de Gerona estaba pronta á conformarse con la decisión general de la nación, representada por las cortes, y votos de las provincias, teniéndose la convocatoria en Madrid, retirándose el ejército francés, sin incendiar casas, ni cometer hostilidad alguna. Concluyó diciendo, que extrañaba que teniendo un parlamentario dentro la ciudad, sus columnas se hubiesen adelantado hacia la plaza, tomando posiciones militares para atacarla, por cuyo motivo se había continuado el fuego; y que no le devolvía el edecán para no exponer su vida, hallándose el pueblo muy irritado por haberse incendiado algunas casas desde que había entrado á conferenciar.

En efecto: apesar de estar el parlamentario dentro la ciudad, los enemigos no suspendieron sus movimientos antes bien se fueron preparando de modo todo indicaba que iba á emprenderse bien pronto un ataque formal.

Esta circunstancia y la novedad del parlamentario fueron causa de que frente la casa donde la junta celebraba sus sesiones, se reuniera un apiñado grupo de paisanos, quienes al tener noticia de la entrada del parlamentario se opusieron resueltamente á que se le permitiera marchar al campo enemigo; y aun cuando los individuos de la junta y muchos prohombres procuraban convencer al pueblo de que aquella actitud era contraria á las leyes de la guerra, nada se pudo lograr, contestando los paisanos que no debía aquella guerra considerarse regular, por la manera como el enemigo se había introducido en España, y que el sitiador era el primero en faltar á las leyes de la guerra, toda vez que durante el parlamento continuaba avanzando.

Temiéndose un conflicto se accedió á la pretensión del público, y escoltados por un piquete del regimiento de Ultonia, fueron el parlamentario y su trompeta conducidos al convento de San Francisco de Asis.

Mientras tanto el enemigo dando á conocer sus intenciones dividióse en dos columnas, una que bajó por el llano al abrigo de los cercados y de la profundidad de los caminos y barrancos llegando hasta Santa Eugenia, y otra que subdividiéndose en varias pequeñas partidas se situó entre el río Oñar y los fuertes de la montaña, ó sea hacia la parte donde se halla actualmente el cementerio.

Comprendiendo las autoridades gerundenses que este último avance tenía por objeto atacar la puerta del Carmen, reforzaron este punto con un destacamento del regimiento de Ultonia, confiando el mando al teniente coronel D. Pedro O-Daly, tapiándose además dicha puerta interiormente con una pared en seco.

Sobre las tres de la tarde emprendió el enemigo el ataque. Para disimularlo y distraer la atención de los sitiados, subió una columna á rodear el fuerte de Capuchinos, rompiendo un vivo fuego de fusilería al que contestó la escasa guarnición del fuerte de la misma manera y con certeros disparos de metralla. Una partida enemiga atacaba al mismo tiempo el edificio almacén de pólvora, pero fué ahuyentada por los somatenes de las alturas inmediatas.

Durante estos ataques otra columna se entró resueltamente en la calle del Carmen, extramuros, y formándose en batalla al amparo de los gruesos árboles del paseo de dicha calle, rompió un fuego vivísimo contra el baluarte de la Merced y muralla de la puerta del Carmen para desalojar sus parapetos, mientras una sección de artillería se adelantaba corriendo con un petardo para abrir la puerta. Pero lejos de ser por los nuestros desalojados dichos puntos se sostuvieron en ellos con mayor firmeza y contestando con brío al ataque, con un certero fuego de fusilería y metralla, mataron á todos los indicados artilleros y deshicieron de tal modo la línea de batalla de los enemigos, que huyeron precipitadamente, siguiéndoles la columna que había subido á rodear el fuerte de Capuchinos, y repasando todos el río Oñar, perseguidos por los disparos de nuestra artillería, hubieron de guarecerse otra vez en las alturas de Palau, después de haber sufrido sensibles pérdidas.

Insignificantes fueron las que experimentaron los defensores de la puerta del Carmen y aun cuando en el momento más culminante de la acción, recibió D. Pedro O-Daly una fuerte contusión en la cara, se negó á abandonar su puesto y continuó dirigiendo la defensa hasta que hubo visto por sus propios ojos la retirada del enemigo.

Terminados estos ataques, presentóse otro parlamentario por la parte de la calle de la Rutlla. Era este un jefe de estado mayor que fué recibido por uno de los ayudantes de la plaza, quien le acompañó con los ojos vendados hasta el local en que la junta celebraba su sesión permanente. Entregó un pliego del general Duhesme en el cual, á vuelta de varias ofertas de amistad y consideración, solicitaba de la junta el nombramiento de dos diputados, que pasasen á tener con él una entrevista á fin de tratar de ciertos asuntos de la mayor importancia. La junta tuvo con este motivo una animada sesión, pues mientras los más intransigentes clamaban porque se despediese secamente al parlamentario, otros más concedores de la escasa defensa que podía oponer Gerona, opinaban por que se eligiesen los dos diputados á fin de ir ganando tiempo y no dar motivo á que en aquel mismo día redoblase el sitiador sus ataques.

Esta opinión prevaleció por fin, y siendo ya al anochecer se nombró á D. Martín de Burgués, rejidor perpétuo y á D. Juan O-Donovan comandante del regimiento de Ultonia, é individuos ambos

de la misma junta, quienes acompañados del parlamentario se dirigieron al cuartel general enemigo, pasando por enmedio de una lluvia de proyectiles: porque mientras duró el parlamento ocurrió que, contraviniendo segunda vez á todas las leyes de guerra, iban los franceses tomando posiciones en el llano, hasta el punto de establecer el cuartel general en una casa de campo del camino de Santa Eugenia, y esto visto por el pueblo que coronaba las murallas, hizo que se encendiése de nuevo el fuego en todo el recinto bajo de la ciudad.

Fueron los diputados bien recibidos por los generales Duhesme y Lechi y habiéndoles aquel pedido como primer punto de las negociaciones, la entrada del ejército en Gerona, contestaron los diputados que no les era dable tratar cosa alguna con semejante base, porque el pueblo estaba resuelto á sepultarse entre las ruinas de la ciudad, antes que permitir la entrada de los franceses. Quiso entonces Duhesme tantear otros argumentos y al efecto les amenazó con asaltar la ciudad y reducirla á cenizas, pero nada logró, puesto que los diputados, parcos en el hablar, se atuvieron á su primera contestación, pasándose así las primeras horas de la noche.

En el interín dejando Duhesme á un lado todo escrúpulo, dió las disposiciones convenientes para el asalto que debía darse durante la noche, á cuyo efecto mandó recoger todas las escaleras existentes en las casas del llano, y escojiendo las gentes más animosas de su ejército, las destinó para dar el primer golpe, ordenándoles que atasen delante del pecho un haz de trigo para resguardarse de los chuzos y demás armas blancas. Al mismo tiempo mandó adelantar dos fuertes destacamentos por la parte de la calle de la Rutlla y de la actual Dehesa, para simular ataques en el baluarte de San Francisco, en el cauce del río Oñar, y en el barrio de San Pedro. Tomadas estas disposiciones, la columna asaltante fué adelantando paulatinamente y desfilando por los cercados y profundidades de los caminos, en dirección al baluarte de Santa Clara, señalado para el asalto, por contener la fabrica de cartuchos y el balerio de la plaza.

La noche era extremadamente oscura y la plaza carecía de fuegos de iluminación. Todo parecía indicar un grave acontecimiento. En la ciudad, apesar de la fatiga del combate sostenido durante el día, todo el mundo ocupaba su sitio con el mayor orden y decisión.

Entre nueve y diez de la noche el enemigo rompió el fuego contra los puntos atacados en falso y todas las baterías y toda la fusilería de la plaza contestaron con vigor tal, que las memorias de los testigos presenciales consignan que era uno de los más horrorosos á que habían asistido. Llegada la columna destinada al asalto frente el baluarte de Santa Clara, rompió un vivo fuego para despejar sus parapetos y en un momento dado se arrimaron gran número de escaleras por todas partes del muro, subiendo la tropa con el mayor silencio. Hallábase guarnecido el baluarte con un piquete del regimiento de Ultonia, algunos artilleros y 50 paisanos, gente insuficiente para cubrir siquiera su extenso perímetro. Observado el atrevimiento del enemigo, todos con el mayor valor se empeñaron en el combate, que cuerpo á cuerpo se les ofrecía, arrojando al foso con chuzos y á bayonetazos á los primeros que subieron. Duró algún rato esta lucha desigual y peligrosa, pero reemplazándose continuamente los que caían, no tuvieron otro remedio que retirarse á la gola. Un tambor enemigo logró subir al muro y al grito de, *ya es nuestro*, tocaba llamada, animando á los suyos. Era este un momento crítico, en el que peligraba la suerte de Gerona.

Desde los primeros momentos de este ataque toda la población se puso en movimiento. Los hombres armados se trasladaron de los cuerpos de guardia á los antepechos del muro, las mujeres conducían vino, aguardiente y municiones á los combatientes y los religiosos ancianos, unos se recogieron á orar en los templos, mientras otros levantando el crucifijo con sus manos, recorrían las calles y los puntos atacados, para animar á los combatientes.

D. Julián de Bolibar, se hallaba con los jefes del regimiento de Ultonia en el puente de San Francisco cuando le llegó la noticia de lo que ocurría en el baluarte de Santa Clara. En el acto dichos jefes, incluso el teniente coronel O-Daly, apesar de su herida, se trasladaron á dicho punto donde llegaron con un destacamento de su regimiento de Ultonia, con varios paisanos y religiosos, y formando en batalla, hicieron una descarga cerrada y con la mayor rapidez atacaron á la bayoneta á los enemigos que estaban dentro el baluarte arrojándolos al foso.

Hubo en aquel memento rasgos de mucho valor. El subteniente D. Tomás Magratch, halló la muerte en el momento heroico de aga-

rrar con sus manos una escalera para derribarla. Un fraile que se había mezclado con la tropa, queriendo igualmente derribar otra escalera se cayó al foso y hubo de quedar entre los heridos y moribundos hasta la mañana siguiente en que fué recojido.

El desastre de los enemigos en este asalto fué completo, pues noticiosa la guarnición del inmediato baluarte del gobernador de lo que ocurría y pudiendo tomar puntería con los fogonazos y con los ayes de los heridos, rompió un fuego muy vivo de metralla que derribó muchas escaleras y barrió por completo el foso y puntos inmediatos al baluarte asaltado, dispersando la columna destinada á esta empresa.

Después de la media noche, intentó el enemigo otro ataque contra el baluarte de San Pedro, pero los fuegos del mismo y de la torre de San Juan le pusieron en fuga. Luego que el general Duhesme se hubo enterado del resultado de estos ataques, en los que tuvo muchos muertos y unos 400 heridos, ordenó el descanso de su ejército y al amanecer, fingiendo que quería continuar el sitio, manifestó á los diputados Burgués y O-Donovan que regresasen á la ciudad y que ésta le mandase una diputación más numerosa, compuesta de individuos del clero, milicia, nobleza y estado llano. Pero tan luego como los diputados emprendieron su marcha, Duhesme dió orden de ponerse el ejército en movimiento para efectuar su retirada á Barcelona, la cual llevó á cabo con tanta rapidez, que aquella noche la vanguardia durmió en Pineda.

Llegados á Gerona los Sres. Burgués y O-Donovan, expusieron á la junta cuanto les había ocurrido y la última petición que les había hecho Duhesme. Abrióse discusión sobre lo que debía hacerse, armándose con tal motivo una gran confusión, para resolver si irían ó no nuevos comisionados, resolviéndose por la afirmativa á pluralidad de votos, después de dos horas de discutir. Propúsose que los comisionados fuesen los mismos que habían regresado, pero estos se negaron en absoluto. Indicó el presidente á dos representantes del pueblo, pero hubo de desistir por que el primero cuyo nombre fué pronunciado se levantó jurando que no iría, con lo que se armó otra vez la misma confusión y después de varios pareceres también á pluralidad de votos, fueron elejidos como diputados el penitenciario de la catedral D. Juan Planella, el P. Calixto Ucar prior de los Agus-

tinios, el regidor D. Martín de Brugués, el comandante D. Juan O'Donovan, el prohombre del pueblo D. Pedro Serra y el canónigo de San Félix D. Buenaventura Masmitjá, si bien este se retiró apenas hubo salido la puerta. Dirigiéronse los demás á la casa de campo llamada *Can Gova*, punto destinado para la conferencia, pero al llegar allí á nadie encontraron y, cerciorados de que el ejército enemigo había emprendido la retirada, regresaron á Gerona esparciendo tan grata noticia entre los habitantes y la guarnición, que la recibieron con la mayor alegría.

La junta en acción de gracias al Todopoderoso por la victoria casi increíble que se había obtenido, dispuso se cantara al día siguiente un solemne Tedeum en la capilla de San Narciso, al que asistieron el clero, la guarnición y un inmenso gentío, sin perjuicio de celebrar otras funciones religiosas.

Al ver que el enemigo se alejaba, la junta militar comprendió que no tardaría en volver por la revancha, y considerando que la plaza no estaba en disposición de sufrir ni ocho días de sitio formal, tomó las más activas providencias para ponerla en estado de defensa. El comandante de ingenieros D. Guillermo Minali se dedicó desde luego á los trabajos necesarios para ensanchar, profundizar y llenar de agua los fosos, y cortar los árboles de los alrededores, apesar de que formaban hermosos paseos, como también devastar márgenes, cercas, vallados y demás obstáculos que podían ofender y proteger los aproches del enemigo. El comandante de artillería D. Pablo Miranda estableció una completa maestranza, parque de artillería y laboratorio de fuegos artificiales; y corrijiendo los demás puntos de su ramo, consiguió poner en breve tiempo coronada la muralla con suficiente artillería, habiéndose tenido que construir y aprontar para ello en pocos días más de 50 cureñas. Fué muy celebrada la actividad de ambos jefes, que realizaron dichos trabajos apesar de no contar con el auxilio de oficiales de sus armas.

Fué una gran suerte para Gerona que el enemigo hubiese dejado intactos dos grandes almacenes existentes en las afueras, uno el de la pólvora detrás del fuerte Condestable, con una gran cantidad de barriles de dicha materia y otro en el llano, junto á la cruz del camino de Barcelona, lleno de maderas de construcción, valorada en más de un millón. Así es que apenas se perdió de vista al enemigo,

se mandaron introducir en la plaza unos y otros efectos, prestándose para ello con el mayor entusiasmo la mayor parte de los carruajes y acémilas de los habitantes, incluso los coches de las señoras y personas de posición.

El día 22 D. Benito Rovira que por comisión de la junta había pasado á Mallorca, volvió llevando 200.000 cartuchos de fusil, manifestando las dificultades que ponía el capitán general de aquellas islas en facilitar los demás auxilios que se le pedían de gente y armas y concediendo solo permiso para venir al teniente coronel y sargento mayor de ingenieros D. José Torres y Pellicer, á fin de coadyuvar á la defensa de la plaza. Causó esta última noticia mucha alegría entre los vocales de la junta, de quienes era Torres muy conocido, de modo que hasta se hizo pública la noticia para satisfacción del pueblo. El Sr. Torres y Pellicer llegó al siguiente día entrando á formar parte de la junta militar.

Como los enemigos se mantenían en las poblaciones de la costa y realizaban algunas correrías, se temió por la suerte del castillo de Hostalrich, cuya pérdida podía ser de fatales consecuencias. Para evitarlo se dispuso que el día 24 saliesen el Sr. Torres y Pellicer, el capitán de Ultonia D. Daniel O-Suliván, gobernador interino de aquella plaza nombrado por la junta, los oficiales del mismo cuerpo D. Manuel Motes y D. Pedro Sprackman, el subteniente de artillería D. Narciso Serrats y diez artilleros de marina de la villa de S. Felíu de Guixols. Llegados á Hostalrich pusieron el castillo en estado de defensa y lo proveyeron con gente, municiones y víveres, regresando á Gerona dicho jefe de ingenieros.

El día 28 se presentó ante la junta de Gerona el teniente coronel D. Francisco Miláns, fugado de Barcelona, ofreciendo derramar su sangre en defensa de la independencia patria. Expuso la conveniencia de formar un cordón cerca del Torderà para observar y detener al enemigo por cualquier carretera que viniese. La junta aceptó la idea y considerando á dicho jefe como muy práctico del terreno y hombre de valor y pericia en la guerra de guerrillas, le confió el mando del espresado cordón.

La alegría de los gerundenses por haber rechazado al enemigo en su primera intentona, con tan escasos medios era inmensa. La victoria que se acababan de alcanzar era importantísima por que

decidía á muchos pueblos á imitar el ejemplo. Las autoridades de Gerona comprendiéndolo así trataron de dar á conocer el suceso del modo que se merecía. Reunidos á este fin todos los detalles, se redactó una minuciosa y acabada reseña de este primer sitio que se publicó en un impreso titulado el *Correo de Gerona* correspondiente al mismo día 28.

La junta desde el día del ataque del general Duhesme, estuvo animada del deseo de que con toda solemnidad y pompa se nombrase á San Narciso, generalísimo de mar y tierra, por considerar que con su protección se había alcanzado la victoria. Para realizarlo, se tuvo el día 1.º de julio una gran reunión de las personas más notables que había en Gerona.

Señalóse el domingo día 3 para hacer entrega al sepulcro del santo del expresado título de generalísimo.

A las 9 y media de la mañana del expresado día salió de las casas consistoriales, la lucida comitiva al efecto combinada en dirección á la capilla de San Narciso. Abría la marcha el pendón del santo escoltado por una competente guardia de paisanos, siendo conducidos detrás de ella una bandera y una caja que se cojieron á los franceses el día del ataque. Seguían á dos filas los priores y prohombres de los colegios y gremios, los individuos de la junta y del ayuntamiento, los párrocos, prelados y demás personas de distinción, al efecto invitadas; en el último lugar iba el teniente de rey, y gobernador interino D. Julián de Bolívar, llevando en una bandaja de plata las insignias de generalísimo dedicadas al Santo, consistentes en un bastón con puño de oro, espada con empuñadura muy rica y hermosa del propio metal y faja primorosamente bordada y guarnecida. El regimiento de Ultonia, con su música, cerraba la marcha.

En esta conformidad atravesó la comitiva la plaza de las Coles y calle de Ballesterías por entre un inmenso gentío que había acudido; y llegó á la referida capilla donde fué recibida por los cabildos de la Santa Iglesia catedral y de la colegiata de San Félix. El canónigo D. Miguel Molinas, asistido de los canónigos D. Poncio Torres y don Ramón Miroso, celebró con toda solemnidad la Santa Misa que cantó la música de dicha iglesia catedral, después de la cual el provisor del obispado, D. José Pérez de Tobia, canónigo sacristán mayor

de la catedral, revestido con capa pluvial y el gobernador interino, varios individuos de la junta y del ayuntamiento, algunos señores canónigos y otras personas entraron en el camaril donde se conserva el cuerpo del mártir y abiertas las puertas de su sepulcro, se le notificó en alta voz por el notario D. Francisco Puig y Dorca el nombramiento de generalísimo y seguidamente el provisor tomando las insignias de manos del gobernador interino, las entregó al Santo, colocándolas en su debido lugar dentro del sepulcro, de todo lo cual por medio de la oportuna acta dieron fé el nombrado notario y el Dr. D. Francisco Ignacio Lagrifa, D. Francisco Carlos Befarás, respectivos notarios del cabildo y de la administración de aniversarios de la espresada colegial Iglesia y D. Juan Pérez Claras escribano secretario del ayuntamiento dejando un testimonio dentro del mismo sepulcro. Inmediatamente se cantó un solemne *Te-Deum*, y concluída la función, toda la comitiva regresó á la casa consistorial, observando el mismo orden con que había salido. El pendón de San Narciso, y la bandera y la caja que se tomaron á los franceses, quedaron en la capilla para servir de monumento perpétuo de la victoria y como muestra de agradecimiento por la intercesión y protección del Santo.

CAPÍTULO IV

Segundo sitio de Gerona

SUMARIO

Noticia de preparar Duhesme una segunda expedición contra Gerona. — Trabajos en la marina para dificultar la marcha del ejército francés contra Gerona. — Los corsarios. — Llega á la vista de Gerona. — Se le reúne Reille con su división. — Entra en Gerona el segundo batallón de Barcelona. — Posiciones del enemigo para el ataque de Montjuich. — Empieza el bombardeo. — Caldagués encargado de levantar el sitio. — Combate del día 16 de agosto. — Derrota del enemigo.

Los trabajos para poner la plaza de Gerona en estado de defensa, continuaban con un entusiasmo de que no es fácil dar una idea acabada. Era un espectáculo digno de admiración el cuadro de entusiasmo que presentaba entonces la ciudad no sólo por la puntualidad en ejecutar las órdenes y disposiciones de los jefes militares sí que también por la calidad de las personas que con mucho cansancio, sudor y fatiga, se dedicaban, como si fuesen peones, á las faenas mecánicas. Los sujetos de las más altas jerarquías no se desdaban de confundirse con los de la más baja condición, y de sacar con ellos espuelas de tierra de los fosos para profundizarlos. Los eclesiásticos seculares constituidos en dignidad, los regulares graduados en sus respectivas órdenes, y aun elevados á la alta esfera de la prelacia, los militares condecorados con los grados que les habían merecido sus servicios, las damas y señoras principales, llevaban el peso del calor y cansancio, del mismo modo que los clérigos

inferiores, los legos y dovados de los conventos, los simples soldados, las mugeres ordinarias, la gente vulgar y plebeya. De todas clases concurrían muchas personas á una obra tan importante como trabajosa, sin que se interrumpiera por esto la labor de la fábrica de cartuchos que duró mucho tiempo y á la que concurrían igualmente y trabajaban sin el menor interés, y por el solo impulso del amor patriótico, sugetos de todos sexos y estados.

No es pues de estrañar que en pocos días quedasen montadas cien piezas de artillería en disposición de hacer fuego. Se colocaron estacadas volantes en casi todos los baluartes, para dificultar el asalto. Construyéronse mil chuzos para suplir en lo posible la escasez de fusiles. Además, faltando tiempo y recursos para recomponer las torres avanzadas del castillo de Montjuich, se acabaron de arruinar las dos más inmediatas, cegándose sus fosos.

El día 3 del mismo mes de julio, tuvo la junta noticia de que los enemigos de Barcelona, proyectaban una expedición militar en toda forma para venir y apoderarse de Gerona á viva fuerza. Inmediatamente se determinó que pasase D. José Torres y Pellicer á la marina para practicar varias cortaduras en el camino y oponer otros obstáculos á la marcha del enemigo. Dirigióse dicho jefe sin pérdida de tiempo á San Feliu de Guixols, de cuya villa salió embarcado, con varios albañiles con sus correspondientes herramientas. Para sostener los trabajos que iban á practicarse, salieron tres corsarios de la propia villa, ó sean, una media galera al mando de D. Jerónimo Bassart que iba de comandante de la escuadrilla, un javeque mandado por D. Bartolomé Bosch y una falúa al mando de un hijo de éste de su mismo nombre.

El día 7 empezaron las cortaduras, abriéndose la primera entre Arenys de Mar y Caldetas.

Aquel mismo día entró en Mataró una división francesa, después de haber saqueado las poblaciones del Vallés.

Duhesme con indecible actividad reunió todo lo necesario para su expedición contra Gerona, y al ver el gran material que el día 15 tenía reunido, hubo de proferir aquella fanfarronada, *le 24 j' arrive, le 25 je l'attaque, le 26 je la prends, et le 27 je la rasse.*

Al siguiente día 16 salió de Barcelona la división Chabrán llegando á Mataró con un formidable tren de batir. El 17 se le reunió

Duhesme quien tomó el mando del ejército expedicionario, que era de unos cinco á seis mil hombres, tan bien provisto y municionado, que el general Lechi escribía á Murat diciéndole que *en medio de inmensa artillería y provisiones había partido el general en jefe.*

La marcha de este ejército se hizo por demás difícil, teniendo un combate continuo desde la salida hasta la puesta del sol, sin que lo evitase el haberse dividido en dos cuerpos uno de los cuales se internó por las montañas de Vallgorguina, mientras el otro seguía el camino real de la marina.

Este último sufrió mucho pues además del continuo tiroteo de los somatenes se vió hostigado por las fuerzas de mar.

Reuniéronse cerca de Hostalrich, á cuya plaza intimaron la rendición, y como su gobernador, el capitán O-Suliván, se burlara de ella, le atacaron aunque infructuosamente, mientras se iban preparando para venir á Gerona, no sin verse molestados por la fusilería del somatén de Arbúcias.

La marcha hacia Gerona la emprendió Duhesme al amanecer del día 22.

Día 22 de julio de 1808. La plaza de Gerona, desde el primer ataque de que fué objeto en 20 de junio anterior, se había ido preparando y poniendo en el mejor estado de defensa que permitían las circunstancias y recursos. Se habían montado muchos cañones, recompuesto los fosos y muros, y provisto de víveres, y mejorado cuanto era dable el estado de los castillos y fuertes. La junta militar formó su plan de defensa, distribuyendo la gente armada y sin armas en los baluartes y cortinas, dando á los desarmados los chuzos que había mandado construir. Del regimiento de Ultonia se formaron dos cuerpos de reserva, añadiendo al uno, mandado por el coronel D. Antonio O-kelly, una partida de migueletes, y al otro á las órdenes del coronel, teniente coronel D. Pedro O-Daly, la compañía formada con los dependientes del resguardo. El recinto se dividió en tantas partes como jefes había en la plaza para que cada uno acudiese á la que le estaba encargada. Los religiosos y gremios tenían sus puestos detallados para evitar la confusión, en el toque de alarma. El comandante de artillería tenía bien distribuidos los artilleros apesar de su corto número, con sus correspondientes fuegos de artificio, tanto para ofender, como para iluminar. El coman-

dante de ingenieros había dispuesto acopios de faginas y reunido los albañiles para hacer cortaduras en las calles y demás puntos que conviniese. Hasta á las mugeres se les detallaron los puntos á donde debían acudir para llevar municiones, agua, vino y demás auxilios á los defensores.

La propia junta militar había acordado fingir una alarma para ver si la gente acudía sin confusión á los puestos señalados, pero no fué menester este ensayo, porque durante la noche del 21 al 22 tocaron á somatén los pueblos inmediatos de Santa Eugenia y Salt. Como se sabía que las columnas enemigas estaban por las cercanías de Tordera y Hostalrich, se creyó que á marchas forzadas viniesen para alguna intentona. Así, pues, á la una de la mañana rompieron las cajas la generala y las campanas dieron el toque de somatén. Apesar de tan intempestiva hora, todo el mundo acudió á su puesto con la mayor prontitud, incluso las mugeres que comparecieron con cestos llenos de cartuchos.

Después de hecha la descubierta al amanecer, y habiéndose sabido que el enemigo aun estaba lejos, se retiró el paisanage, quedando en los baluartes los migueletes y somatenes.

Salieron algunas partidas para observar la marcha del ejército francés y hacia las cinco de la tarde se supo que estaba más acá de la Tiona. Tocóse otra vez generala, ocupando todo el mundo los puestos señalados, recorriendo los jefes los puntos de su mando y dando las oportunas órdenes para el caso de un ataque.

Luego de puesto el sol se presentaron los enemigos á la vista de la plaza, haciendo correrías con la caballería. La artillería de Gerona les saludó con algunos disparos, á los que contestaron á las diez de la noche con varias granadas.

Dos horas después hubo una alarma en el fuerte de Capuchinos que siguió hasta el Condestable y más tarde otra en Montjuich, ambas sin consecuencias.

Las continuadas exposiciones que las juntas catalanas, especialmente la de Gerona, habían dirigido al capitán general de las islas Baleares para que mandara tropas á Cataluña, dieron buen resultado. Nombrado capitán general del Principado el general D. Domingo Mariano Traggia, Marqués del Palacio, que se hallaba en Mahón, mandó que pasase una columna en auxilio de Gerona al mando de

D. Narciso de la Valette compuesta del 2.^o batallón de voluntarios de Barcelona formado de 1400 hombres, y dos cañones de campaña con un oficial de artillería, un sargento y 16 artilleros.

Habiéndose además embarcado dicho general con 4.630 hombres y 37 piezas de artillería, desembarcó en Tarragona en este día 22 de julio.

Día 23. Al amanecer nuestra artillería hizo desaparecer á las partidas de caballería de los sitiadores, que se habían adelantado á hacer la descubierta.

Por la tarde al amparo de la misma caballería intentaron los enemigos vadear el Ter. Los cañones del baluarte de Figuerola y los somatenes del otro lado del río, les contuvieron largo rato, hasta que auxiliados por su artillería de campaña y dirigiéndose aguas arriba, lograron vadear, si bien se vieron detenidos hasta la noche, sin poder avanzar, por los somatenes situados en la Juguería. El empeño en realizar esta operación obedecía á la necesidad que tenía Duhesme de ponerse en comunicación con el general Reille, quien venía desde Figueras con mucha artillería y municiones.

Todo el día lo pasó el resto del ejército sitiador haciendo evoluciones. Aparentaron también empezar trabajos en varios puntos. Desde el llano de Santa Eugenia tiraron algunos cañonazos á los baluartes, con artillería ligera, mudando siempre de posición.

Aquella misma tarde el obispo, acompañado del presidente, del cabildo y de los prelados de las religiones, visitó todos los baluartes de la plaza con objeto de animar á sus defensores. Hallándose en el de Santa Clara fué conocido por las avanzadas enemigas que destacaron algunos tiradores, pero si bien lograron que se apartase el obispo del parapeto, no dejó de seguir su visita á los demás puntos.

Recibió en este día la junta la agradable noticia de que había desembarcado en San Feliu de Guixols el segundo batallón de voluntarios de Barcelona, que como queda dicho venía para reforzar la guarnición de Gerona.

En uno de estos primeros días del sitio, tuvo lugar la unión de la junta gubernativa del corregimiento de Figueras, á la de Gerona, formando desde entonces un solo cuerpo, cuya autoridad se extendía á todo el territorio del obispado gerundense.

Día 24. El general Duhesme destacó, á las primeras horas de

la madrugada, un cuerpo de tropas con bastante caballería hacia el camino de Figueras y bien pronto se dió la mano con el general Reille que vino á reforzar el campo sitiador con unos dos mil hombres, un tren de batir y gran provisión de víveres y municiones. Extendieron entonces su línea desde Sarrià hasta Montilivi, por la parte del llano. No emprendieron obra alguna entreteniéndose en saquear varias casas de campo.

Por la mañana el gobernador del fuerte de Capuchinos dió parte de que se divisaba hacia Palol de Oñar, la vanguardia del segundo batallón de Barcelona. Desde luego los conventos dispusieron una comida extraordinaria para obsequiar á las tropas que venían. El batallón citado compuesto de 1400 hombres, con 2 cañones de campaña, un oficial, un sargento y 16 artilleros, estaba mandado por D. Narciso de la Valette natural de esta ciudad, como lo eran otros oficiales y muchos individuos. Fué preciso contener al pueblo que quería salir á recibirles fuera de la población. Entraron en medio de las aclamaciones de los paisanos y soldados, esmerándose todo el mundo en obsequiar á los nuevos huéspedes.

Aquella misma tarde prestaron servicio, por haber el enemigo hecho varias evoluciones como si tratase de dar un ataque.

Día 25. El enemigo se mantuvo á bastante distancia por cuyo motivo solo se dispararon, por los baluartes y fuertes, algunos cañonazos á las partidas de caballería que se acercaban un poco en sus evoluciones.

Día 26. No hubo más fuego que el día anterior, por los mismos motivos. El enemigo indicaba estar trabajando en varios puntos todos muy distantes, teniendo en ellos poca gente.

Día 27. Al amanecer salió del fuerte de Capuchinos una guerrilla de 16 voluntarios del segundo de Barcelona al mando del teniente D. Antonio Pellicer y al llegar á la altura de Montilivi, á tiro de fusil de dicho fuerte, se encontró con otra del enemigo compuesta de 50 hombres. Apesar de la inferioridad numérica nuestra guerrilla atacó con decisión, haciendo retirar á la enemiga hasta las casas inmediatas, donde reforzados mantuvieron un vivo fuego. Presentáronse 17 caballos para contener á los voluntarios, pero formando estos en columna, les esperaron, y los ginetes al ver que era tropa, que aun no habían visto en los alrededores de Gerona, volvieron grupas, dejando un caballo muerto.

Día 28. Una partida de los enemigos se apostó en una de las torres abandonadas, inmediatas á Montjuich, pero el comandante de artillería D. Pablo Miranda, que pasó á este castillo para reconocer y observar la posición que habían tomado, logró desalojarlos al momento con pocos pero acertados tiros.

Día 29. La oscuridad de la noche anterior, permitió al enemigo posesionarse otra vez de las ruinas de la torre de que había sido echado el día antes. Observada dicha novedad, salió del castillo de Montjuich al amanecer, una guerrilla de 60 voluntarios al mando del teniente D. Antonio Pellicer, sostenida por 20 soldados del regimiento de Ultonia á las órdenes de su teniente D. Miguel Piersón. Atacaron con tal denuedo á los enemigos, que les obligaron á abandonar el puesto dejando en él siete muertos. Condujeron á la plaza varios despojos de fusiles, mochilas, cartucheras y herramientas.

En el campo sitiador no se observó otra cosa más que movimientos de pequeñas columnas de infantería y caballería de uno á otro lado, como para indicar más fuerza. Estaba dividido en cinco campamentos.

Desertó de los enemigos un soldado de caballería de cazadores con su caballo. Fué muy bien recibido por las avanzadas. A los que le recojieron, se les premió con una onza de oro para estimularles á tratar bien á los rendidos y desertores.

Día 30. En la noche anterior se presentó el enemigo al frente del baluarte de Santa Clara, y disparó un cañonazo á metralla y algunos tiros de fusil. Se le contestó al momento con una descarga y no se atrevieron á hacer otro movimiento.

En las descubiertas de nuestras guerrillas, salidas de Capuchinos y Montjuich, hubo fuerte escaramuza con las enemigas.

Día 31. En las descubiertas de las guerrillas de Montjuich y Capuchinos, hubo mucho fuego. Estas últimas se adelantaron tanto que se metieron en el llano, lo que visto por el jefe de día que lo era el coronel de Ultonia D. Antonio O-Kelly, envió un refuerzo de 50 hombres del segundo de Barcelona con su oficial D. Luis Puig, al mismo tiempo que para distraer al enemigo por la parte de Montilivi, destacó otro el gobernador de Capuchinos D. Carlos Montignani de 50 migueletes, mandados por el capitán D. Narciso Bou y Conchs, y no solo los rechazaron, sí que también los acorralaron detrás de

las casas de Palau Sacosta, volviendo los nuestros por la puerta del Areny, cargados de despojos, mochilas, fusiles y útiles.

Apesar de las medidas hasta entonces tomadas, la situación económica era por demás deplorable. Agotados todos los recursos, incluso los donativos que se iban recogiendo y acumulándose diariamente, por las nuevas y más graves atenciones á las que era indispensable acudir, acordó la junta pedir un préstamo sin interés reintegrable cuando lo permitiese el estado de la nación, distribuído en proporción á las utilidades de cada contribuyente.

Día 1.º de agosto. Los enemigos no dejaban de trabajar en las ruinas de las torres inmediatas á Montjuich, desde que habian logrado instalarse ellas. Conducían allí tierras y otros materiales que indicaban la construcción de baterías. Como tenían fuerzas muy superiores en aquellos puntos, fué ya imposible desalojarlos con solo las guerrillas. Tratóse de hacer una fuerte salida, pero teniendo en cuenta, lo reducido de la guarnición, la imposibilidad de conservar aquellas obras avanzadas, caso de tomarlas; que se exponía á la pérdida de la plaza si la operación tuviese mal resultado; y que dándolo satisfactorio solo se conseguiría deshacer unos trabajos que en una noche podían volver á quedar como antes; se consideró más conveniente esperar á que tuviesen puesta su artillería, para ver si entonces con la salida se lograba tomarla ó inutilizarla.

Día 2. El comandante del segundo de Barcelona, D. Narciso de la Valette determinó hacer un reconocimiento de la posesión del enemigo por la derecha de la línea del mismo. Al efecto salió con una guerrilla de 40 hombres mandada por el teniente D. José Ortega, dirigiéndose á Montilivi, donde estaba apostado el capitán primero del mismo batallón D. Marcos de la Plata con otros 60. Al tiempo de llegar Ortega observó que el enemigo intentaba cortar á la Plata con unos cien tiradores, por lo que bajó con precipitación á hacerles frente, obligándoles á huir en desorden. El fuego en lo alto de Montilivi fué sostenido y duró cerca de dos horas, en cuyo tiempo practicó dicho comandante el reconocimiento que se había propuesto, acompañado del subteniente de artillería D. Pedro de la Llave, llegando cerca de una batería que tenía el enemigo en la parte superior de Palau, de la que le dispararon dos cañonazos. Se observó que los enemigos recojían bastantes heridos. Las guerrillas solo tuvieron un cabo primero herido.

Día 3. Durante los días que Duhesme venía estando delante de Gerona, ideó su plan para organizar un sitio formal, resolviendo establecer cuatro puntos principales de ataque. Los dos primeros eran dos grandes baterías para el bombardeo de la ciudad situadas una en Palau y otra detrás de Santa Eugenia. El tercer punto de ataque lo constituía otra batería en el *Puig den Roca* con una extensa paralela al río Ter, desde aquel punto, para los fuegos de fusilería contra el recinto de su frente y para servir de enlace con el cuarto punto de ataque destinado á la toma del castillo de Montjuich, consistente en varios apostaderos en la montaña de este nombre, una batería de brecha en la torre de San Luis, y dos baterías de rebote, una en la de San Narciso y otra en la de San Daniel.

En la plaza se tomaban las más activas medidas para resistir todo ataque. Se abasteció y municionó el castillo de Montjuich, encerrose la pólvora en un almacén de la Catedral, la gran bóveda de esta iglesia se cubrió con una capa de tierra de tres piés de espesor para resistir las bombas, y se terminaron unos blindajes inclinados ó para-bombas en los baluartes y en las plazuelas.

Día 4. La junta gubernativa con objeto de evitar que se propagase el mal ejemplo dado por algunos habitantes de la ciudad, que la habían abandonado temiendo las molestias del sitio, publicó un edicto mandando que ningún vecino apto para las armas así eclesiástico como seglar, se separase de ella, sin permiso de la junta, y que los ausentes que dentro del preciso término de tres días no se presentasen, serían tenidos y reputados por malos ciudadanos, y declarados por sospechosos á la patria, confiscándoles sus bienes.

Día 5. Las guerrillas salidas de Montjuich, se acercaron tanto á los trabajos de los enemigos en las torres, con objeto de enterarse de su estado, que ostigados estos salieron de sus parapetos, pero cuando estuvieron al descubierto, rompió el castillo el fuego de metralla con tanto acierto, que huyeron precipitadamente despeñándose por las desigualdades de la montaña.

Un pobre demente que el día 3 había desaparecido de esta ciudad, se presentó á la junta y entregó algunas proclamas del enemigo, en francés y español, y además una carta del general Duhesme haciéndole presente que devolvía dicho sujeto apesar de esparcir pro-

clamas españolas. La junta contestó que bien podía verse que se trataba de un loco, y que la supuesta humanidad del enemigo contrastaba con la muerte dada en Orriols á dos soldados de Rosas, apesar de haberse rendido uno de ellos y estar herido el otro. Añadía la junta que desde el principio de las hostilidades, pasaban de 500 los prisioneros franceses entrados en la plaza á quienes se había respetado en su desgracia; « por que los españoles pelean contra sus enemigos frente á frente, con las armas en la mano, pero cuando están heridos ó desarmados, ya no los consideran como enemigos sino como á prisioneros y cristianos ».

Día 6. Aún cuando los enemigos no demostraban grande actividad en las operaciones del sitio, no por esto estaban inactivos, ya que diariamente hacían diferentes correrías saqueando pueblos y casas de campo, acabando muchas veces de destruirlas con el incendio.

Se destinó al teniente coronel D. Francisco de Miláns para que con algunos migueletes y somatenes se apostase en el santuario de Nuestra Señora de los Angeles y mantuviese despejados los caminos de aquella parte, por los cuales se introducían víveres á la plaza.

El sitiador desvió el agua de la acequia Monar quedando así sin movimiento los molinos harineros de la ciudad.

Día 7. Salieron de la plaza D. Narciso de la Valette, comandante del segundo batallón de Barcelona y D. Juan O'Donovan comandante del tercer batallón de Ultonia para ponerse en combinación con el brigadier conde de Caldagués que se dirigía por Tarrasa á Hostalrich, con una división de tropas de línea, zapadores, migueletes y un pequeño tren de artillería de batalla, en dirección á esta ciudad para hacer levantar el sitio.

El enemigo continuó haciendo correrías por los lugares inmediatos, y trabajando en sus obras de ataque, siendo bastante notables y adelantadas las de las torres abandonadas de Montjuich, de Palau junto á la casa de Quintana y de la otra parte del Ter junto á la casa de Roca.

Día 8. Para asegurar el paso de Hostalrich hácia Gerona, don Francisco Miláns que como queda dicho había ocupado la altura de Nuestra Señora de los Angeles, tomó además posiciones en el pequeño pueblo de Castellar, cubriendo así al mismo tiempo el camino de herradura de San Feliu de Guixols, cuya villa continuaba surtiendo á la plaza de víveres, siempre que era posible.

Día 9. Por la tarde Miláns con una parte de su gente atacó al campamento enemigo más próximo, con lo cual hubo tiroteo largo rato y aún cuando los franceses tomaron la ofensiva fueron rechazados y tuvieron que retirarse.

Día 10. Miláns repitió por la tarde su batida hácia las posiciones enemigas de su frente, pero con más empuje que el día anterior, hasta el punto de tener que aumentar sus fuerzas los franceses con un batallón, 50 caballos y un cañón.

Día 11. Al anochecer del día anterior, las fuerzas que el enemigo tenía frente las de Miláns, con el espresado refuerzo de un batallón, 50 caballos y un cañón, se dirigieron hácia Cassá de la Selva. Apesar de haberles interceptado el paso mucho rato, así Miláns, como los somatenes, al amparo de la caballería de que éstos carecían, entraron en la villa que saquearon causando algunos incendios. Al cabo de dos horas temiendo verse cortados regresaron á su campo.

Una partida de las tropas sitiadoras se entretuvo en saquear la villa de Inglés y toda aquella comarca, pegando fuego á varias casas.

Día 12. A las 9 de la mañana se presentó á las avanzadas un oficial francés con su trompeta, diciendo que traía pliegos del general Duhesme. Conducido ante la Junta, entregó uno concebido en los siguientes términos:

«Habiendo recibido de S. M. D. José rey de España, y de las Indias, la órden formal de tener en consideración la ciudad de Gerona, en caso de sumisión á su autoridad, con la seguridad de olvidar todo lo pasado contra cualesquier que sea; propongo á ustedes que me envíen inmediatamente diputados, para tratar de la rendición de la ciudad de Gerona, de lo contrario, yo voy luego á ocuparme de las operaciones de un sitio riguroso, que comenzará por la ruína é incendio de la ciudad. Aunque calumniado por muchos de sus escritos, no estoy menos persuadido, que las gentes sensatas, y de bien, como igualmente los militares, que hay entre Vms., harán justicia á mi lealtad, y al deseo que tengo de evitar á esa Ciudad, los infortunios, que la amenazan; pido á Vms., una pronta respuesta. — Duhesme.»

Tratándose de un asunto que á todos interesaba, reunióse la Jun-

ta General y por unanimidad se acordó la siguiente contestación que se remitió sin demora al general sitiador:

«Excmo. Sr.: ha recibido esta Junta el oficio de V. E. de fecha de hoy, en su contestación, tiene el honor de decirle, que desde el momento, que esta ciudad, se decidió por la justa causa, preveyó los males que V. E. la amenaza, no la intimida, y seguirá constante en su primera resolución, en el concepto que no le faltan medios para defenderla. — Dios guarde á V. E. muchos años. Gerona 12 Agosto 1808. — Excmo. Sr. — Julián de Bolibar. — Antonio O-Kelli. — Martin de Burgués. — Narciso de Burgués y de Caramany.»

Junto con la transcrita contestación se mandó al general Duhesme una copia de la capitulación de Dupont en la batalla de Bailén y las noticias recibidas sobre la evacuación de Madrid por los franceses.

Día 13. A las doce en punto de la noche anterior empezó el enemigo el bombardeo de la ciudad y sus fuertes. Una batería de tres morteros situada en Santa Eugenia disparaba bombas y otra de dos obuses situada en Palau disparaba granadas de á 8. Muchos de estos proyectiles llevaban estopines incendiarios y aunque lograron que se pegase fuego á algunos puntos, no pasaron de amagos. Una brigada de albañiles preparada convenientemente y distribuída en secciones los iba apagando sin que los hombres armados se moviesen de los baluartes y murallas. Las mujeres se quedaron muchas en sus casas, refugiándose otras en los templos y debajo los blindajes. Durante aquella noche cayeron dentro la población 250 bombas y granadas que no causaron más desgracias personales que una mujer muerta y otra herida.

Por la mañana pasó un tanto el bombardeo rompiendo el fuego las demás baterías enemigas que eran en junto en número de cinco, ó sean, las dos de morteros y obuses ya indicadas, una de dos obuses de á 6 en el extremo de la trinchera junto al rio Ter, que dirigía sus fuegos al baluarte de San Pedro y las otras dos situadas al tiro de fusil en las dos torres abandonadas más inmediatas á Montjuich, la una de tres cañones de á 24 y un obus, y la otra de dos cañones de á 16. Ambas batían el castillo por sus dos frentes de norte y este con un fuego tan continuado como bien dirigido.

La plaza y sus fuertes contestaron con igual viveza y actividad,

causando grandes estragos en las baterías del sitiador. Los que más padecieron por parte de los sitiados, fueron los defensores del castillo y los del baluarte de San Pedro, en cuyos puntos llovían las balas y granadas, además del vivo fuego de fusilería, que desde sus apostaderos hacían los sitiadores á los que servían las piezas de artillería, y al que contestó también la gente de la muralla produciéndose un continuado estallido.

Creyendo Duhesme intimidada la guarnición y vecindario, mandó otro pliego á la junta, redactado en términos que respiraban fuego y amenazas, y reclamando el oficial y trompeta que habían intimado el día antes la rendición, á lo que contestó con prudencia y energía dicha junta.

A la puesta del sol, empezó otra vez el bombardeo con la misma violencia.

Día 14. El bombardeo durante la noche anterior fué mucho más vivo y ocasionó algunas desgracias. Fué herido el capitán del segundo de Barcelona D. Francisco María Milá, comandante del segundo tercio de migueletes de Gerona.

Aunque al principio pasaban sobre la ciudad muchas bombas, tuvieron después tal acierto que no erraban ninguna. Con los estopines, incendiaron tres casas, pero fué con prontitud apagado el fuego por los albañiles y demás gente destinada á este servicio. Este segundo bombardeo duró hasta las diez de la mañana habiendo disparado el enemigo 600 bombas y granadas.

Las demás baterías hicieron un fuego muy vivo, particularmente las dirigidas contra Montjuich, donde causaron bastantes desperfectos, pues estaba enteramente desmoronado el parapeto de una de sus caras y en gran parte demolidos los edificios que se hallaban en las direcciones de las baterías, así como señalado todo el frente que enfilaban.

Como la batería de casa Roca, no cesaba de incomodar al baluarte de San Pedro, dirigieron á ella sus fuegos este mismo baluarte, el castillo de Montjuich y la torre de San Juan, con tan buen resultado, que consiguieron pegar fuego al repuesto de granadas, cuya explosión les causó considerable daño.

En vista del estrago que ocasionaban las bombas en la casa donde estaban instaladas las juntas, sin duda por saberla el enemigo,

fué preciso trasladar la documentación y efectos á los claustros de la catedral.

Apesar de todo esto, no es posible ponderar la serenidad que reinaba en el semblante de todos los moradores. Las mujeres casi celebraban como una satisfacción el haber sufrido estragos en sus casas, y parecían como mortificadas aquellas que no los habían experimentado. El fuego del sitiador no fué bastante para suspender el mercado así en la plaza, como en las tiendas.

Al anoecer una de las caras atacadas del castillo de Montjuich, estaba con brecha que llegaba á más de una vara abajo del cordón.

A las ocho de la noche siguiente ó del 14 al 15, continuó el bombardeo como en la anterior, con la diferencia de que no habiendo podido el enemigo rehabilitar todo lo desmontado de sus baterías, se sirvió de un obús de la de Palau y de tres morteros de la de Santa Eugenia. La primera cesó de disparar á las 9 y media. La segunda continuó lanzando 3 bombas cada ocho minutos hasta la una y media de la noche en que quedó en silencio.

Aunque hubo algunos amagos de incendio fueron sofocados con prontitud.

Día 15. El capitán general de Cataluña había confiado la empresa de libertar á Gerona del sitio que estaba sufriendo, al brigadier conde de Caldagués, facilitándole 300 soldados veteranos y aguerridos de sus tropas y varias partidas de migueletes y quintos. Para realizar Caldagués su cometido, salió de Martorell encaminándose por Hostalrich hácia las cercanías de Gerona, recogiendo las fuerzas que pudo de los corregimientos de Vich, Manresa, Granollers y Tarragona y poniéndose en comunicación con la junta de Gerona.

En la mañana de este día 15 llegó Caldagués con su gente, al pueblo de Castellar, quedando de acuerdo con Miláns y Clarós que ocupaban las alturas al este de la plaza, y mandando los oportunos avisos á los somatenes de la falda de Rocacorba y comarca de Bañolas.

Los señores la Valette y O-Donovan pasaron del Castellar á Gerona, presentándose ante la Junta en el momento en que ésta se enteraba de un parte del comandante de ingenieros, haciendo saber que la brecha de Montjuich se hallaba en mal estado y por tanto en

situación apurada aquel castillo, si los enemigos daban el asalto.

En vista de esto se acordó que á la mañana siguiente se diese el ataque general por las fuerzas libertadoras, dirigiéndolo principalmente á las baterías contra Montjuich para cuando menos destruir-las, en el caso de que por la desigualdad de fuerzas no fuese posible obligar al enemigo á levantar el sitio. Así lo comunicó la junta á Caldagués.

Día 16 y conclusión del segundo sitio. El enemigo había mandado venir un grande acopio de municiones para continuar el bombardeo, pues había acabado las bombas y granadas. Apesar de ello no disparó contra la plaza, á lo cual tal vez contribuyera el que la noche fué en extremo oscura, desencadenándose una furiosa tempestad de agua, truenos y relámpagos. En los campamentos se vieron muchas fogatas que á la vez podían servir para secar las ropas, y para estar en comunicación unos con otros, lo que les era necesario teniendo tan próximas las fuerzas libertadoras.

Antes de las cuatro de la madrugada entró en Gerona D. José Torres y Pellicer, que venía de Castellar, y comunicó las últimas órdenes del conde de Caldagués para realizar la empresa que éste tenía confiada.

Al amanecer púsose en marcha el conde en dirección al valle de San Daniel pasando por detrás de los fuertes de levante con objeto de trepar por la montaña de Montjuich y atacar las baterías enemigas por el flanco. Llevaba escasamente 3.700 hombres, cuya vanguardia confió á Miláns, dando á O-Donovan la dirección de la retaguardia.

Clarós que con su gente y varios somatenes, en junto 2.500 hombres, estaba en los Angeles, al ver el movimiento de Caldagués, se puso en marcha con objeto de desalojar la altura de San Miguel, destruir el campamento de Campdurá y atacar por la espalda las baterías contra Montjuich.

Mientras estas columnas iban en marcha, en la plaza se preparaba todo lo necesario para realizar el plan acordado, señalándose en el castillo de Montjuich la guerrilla que había de salir, la cual se apostó en los fosos. A las siete de la mañana se reunieron en la plaza de San Pedro las fuerzas que habían de ejecutar la salida, que eran 126 hombres del regimiento de Ultonia mandados por su sar-

gento mayor D. Eurique O-Donell, 500 del segundo de Barcelona á las órdenes de su comandante D. Narciso de la Valette, que había de ser el jefe de la salida, una compañía de migueletes de Tarragona con su capitán D. Francisco Garrell y otra de los de Gerona con el suyo D. Narciso Bou y Conchs, dos cañones de batalla bajo la dirección del comandante de artillería D. Pablo Miranda, con los subtenientes D. Pedro La Llave, D. Narciso Serrats y el ayudante don José de Urio, con todos los útiles necesarios para clavar los cañones y destruir ó quemar las baterías.

Como la falta de tropa en la plaza era mucha y podía el enemigo hacer un ataque vigoroso contra ella al tener lugar la salida, todos los paisanos sin excepción, incluso los eclesiásticos y esceptuando solo los absolutamente imposibilitados para el manejo de la armas, ocuparon sus puestos y los que dejaban las fuerzas que iban á salir, lo que quedó realizado antes de estar éstas reunidas en la plaza de San Pedro.

El momento convenido para que todos diesen el ataque, había de ser la toma del campamento de Campdurá por las fuerzas de Clarós, señalándose por medio de la campana mayor de la iglesia catedral y para que en esto hubiese el mayor cuidado, se comisionó á don Fernando Campero, capitán de Ultonia, quien desde la punta del día estuvo en el campanario con los correspondientes anteojos.

La Valette dividió en dos fracciones las fuerzas destinadas á la salida, una compuesta de la gente de Ultonia y 274 hombres del segundo de Barcelona al mando de O-Donell, y el resto se lo quedó directamente á sus órdenes. Poco después de las ocho salieron por la puerta de San Pedro y ocultándose de la vista del enemigo, se escondieron entre las sinuosidades del camino que conduce al castillo de Montjuich.

Clarós desalojó fácilmente al enemigo de la altura de San Miguel, bajando enseguida á Campdurá cuyo campamento tomó é incendió.

Era el momento señalado. Acababan de dar las nueve, cuando la campana tocando á rebato puso en movimiento á toda la gente. Miláns subía la montaña de Montjuich desde el valle de San Daniel, Clarós destacaba una partida para que atacase al enemigo por la espalda de su batería, las fuerzas salidas de Gerona subían decididamente hácia la torre de San Daniel en donde estaba la batería y la

guerrilla del castillo saliendo del foso atacaba por el frente.

Enardecidos los ánimos por el toque de arrebato y por el deseo de llegar á las manos con los franceses, con la celeridad del rayo, sin disparar un tiro, atacaron á la bayoneta los de La Valette y O-Donell, entrando por un boquete en la batería de la torre de San Daniel, matando a cuantos intentaron defenderse. Retiráronse los enemigos hácia las torres de San Narciso y San Luis, pero bien pronto hubieron de abandonar la primera y luego la segunda. Más, en este momento recibieron varios refuerzos y adelantándose un batallón de suizos, logró recobrar la torre de San Luis y la batería más cercana á ella.

Semejante contratiempo podía malograr la empresa y era preciso desbaratarlo, y así poniéndose los jefes y oficiales al frente de los soldados y migueletes, y auxiliados por una partida de granaderos del regimiento de Soria de las fuerzas libertadoras, atacaron otra vez á la bayoneta y recobraron la disputada torre de San Luis con su batería y obligaron al enemigo á retirarse y repasar el barranco. O-Donell y Aldea fueron gloriosamente heridos en aquella acción que fué muy celebrada y valió á O-Donell mucho renombre. El ayudante O-Relly entró por una tronera. También quedaron heridos el subteniente de Ultonia D. Manuel Piersón y levemente el capitán del mismo cuerpo D. Guillermo Nash, quien después de curado de primera intención en Montjuich, volvió otra vez á tomar parte en el combate al frente de su compañía.

En estos ataques se distinguieron también el segundo de Barcelona con su comandante La Valette, las compañías de migueletes de Tarragona y Gerona, la artillería de batalla que obró cuanto pudo apesar de las dificultades del terreno, las guerrillas salidas de Montjuich á las órdenes del capitán D. Constancio de Martínez, quedando herido el teniente D. José Ortega que iba con ellas.

Las fuerzas salidas de la plaza lograron darse la mano con las de Clarós estendiéndose entonces una línea de nutrido fuego desde Montjuich hasta Campdurá, que iba desalojando los puestos enemigos, y obligándoles á huir á Puente Mayor y Sarriá. El capitán del segundo de Barcelona D. Tomás Marcos de la Plata con una partida de su cuerpo y algunos migueletes, dirigiéndose por la ladera del monte, hacia Pedret, hizo prisioneros á un oficial y 24 soldados que

se habían refugiado en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar.

Mientras tanto, una brigada de operarios á las órdenes de los oficiales de artillería, iban destruyendo todas las obras de ataque contra Montjuich y entrando los cañones, municiones y materiales dentro el castillo. Desde entonces la misma artillería francesa sirvió para su defensa.

El conde de Caldagués al llegar á la cima de Montjuich felicitó á La Valette por la rapidez y felicidad con que se habían tomado las posiciones enemigas y mandó emplazar la artillería de batalla salida de Gerona, no habiendo podido hacerlo con la que él llevaba por retardar su marcha las dificultades del terreno y por la precipitación con que había hecho marchar la gente para que auxiliase á la que había salido de la plaza.

El enemigo sacando mucha fuerza de sus campamentos de detrás del Puig den Roca, la hizo formar, con su caballería, en tres cuerpos en el llano de Sarriá, para sostener el paso del río Ter por aquella parte.

El general Duhesme sostuvo como pudo el combate durante todo el día, sin atreverse á tomar la ofensiva, por hallarse molestado por otro grueso de somatenes bajado de Rocacorba y Bañolas que le distraían por la espalda.

El día adelantaba y el fuego se hacía más nutrido por momentos, jugando la artillería de la plaza y sus fuertes. Los espresados somatenes avanzando siempre llegaron muy cerca de la trinchera y batería del Puig den Roca á la que atacaron por la espalda, obligando al enemigo á desalojarla, por lo que después de destruirla, vadearon algunos el Ter frente Pedret y se comunicaron con Caldagués y la plaza.

Duhesme considerando imposible sostenerse y temeroso de verse envuelto durante la noche, por creer más numerosas de lo que eran las fuerzas libertadoras, dió orden á Reille de que se dirigiese á Figueras, y después de anochecido, emprendió la fuga abandonando la mayor parte del material de sitio.

Reille pudo llegar fácilmente á Figueras, pero Duhesme hubo de pasar muchas desdichas y más hubiera sufrido si Caldagués hubiese tenido caballería. En su defecto destacóse aquella misma noche un grueso de somatenes y partidas de migueletes al mando de Miláns,

para que fuesen picando la retaguardia á los franceses. Llegado Miláns á Santa Coloma de Farnés, se le unió el somatén de esta villa mandado por el alcalde de la misma, D. Juan Barrera.

Duhesme atravesaba un terreno ingrato y accidentado y temiendo verse alcanzado abandonó toda la artillería. Miláns pasando por senderos y atajos logró descubrirle en Montgat, atacándole decididamente por su derecha desde las alturas cercanas al camino.

Duhesme para apresurar su marcha mandó incendiar todos los pertrechos y municiones, veinticinco carros llenos de fusiles y su propio coche. Acosado por los somatenes y por los disparos de dos fragatas inglesas y de la escuadrilla de corsarios de San Feliu de Guixols, pudo al fin entrar en Barcelona con sus tropas rendidas, descalzas y hambrientas.

Tal vino á quedar reducida su fanfarronada de que quería llegar, ver y vencer á Gerona.

CAPÍTULO V

Saint-Cyr y su ejército

SUMARIO

Entra Caldagués en Gerona. — Alvarez comandante general de la Vanguardia del ejército de Cataluña, entra en Gerona. — Saint-Cyr y su ejército. — Sitio de Rosas. — Línea española en el Fluviá. — Capitulación de Rosas. — Marcha de Saint-Cyr hacia Barcelona. — Alvarez gobernador de Gerona. — Preparativos para el tercer sitio de esta ciudad. — Bando del 1.º de abril de 1809. — Entusiasmo de los gerundenses para la defensa.

El conde de Caldagués entró en Gerona con sus tropas, menos la gente de Miláns que como queda dicho había marchado en persecución de Duhesme y la de Clarós que se dirigió hacia el alto Empurdán. La guarnición y los habitantes le recibieron con las mayores muestras de simpatía considerándole su libertador.

Tan luego como la junta del principado quedó enterada de los detalles del segundo sitio de Gerona y de las operaciones llevadas á cabo para levantarlo, concedió varias gracias, honores y grados á la guarnición y á las tropas libertadoras. El conde de Caldagués fué ascendido á mariscal de campo, cuya noticia fué recibida en Gerona con la mayor satisfacción.

Por acuerdo de la junta de Gerona, el día 25 del mismo agosto se celebró una solemne función y tedeum en la capilla de San Narciso, en acción de gracias por las victorias de 20 de junio y 16 de aquel mes. Asistieron el conde de Caldagués, todas las autoridades y corporaciones y un inmenso gentío.

Al siguiente día y con igual concurrencia, se celebró, también por acuerdo de la junta, un oficio de difuntos por los que habían muerto en los combates de los espresados días 20 de junio y 16 de agosto, cuyo acto tuvo lugar en la propia iglesia de San Félix.

Salió el conde de Caldagués de Gerona y se dirigió hacia la línea que en el Llobregat tenía establecida el marqués del Palacio, capitán general de Cataluña.

Del 20 al 27 de agosto, habían entrado en la plaza 54 desertores del enemigo, de ellos 24 de caballería con sus caballos.

En la plaza y sus fuertes continuaron con la mayor actividad las obras de defensa, siendo las más notables, la reconstrucción de las torres de San Luis y San Narciso y la construcción cerca la torre de San Juan de una batería con cuerpo de guardia, que se denominó de San Roque, día de la última derrota de Duhesme.

Atenta la junta de Gerona al deber que se había impuesto de sostener la defensa en los dos corregimientos de su jurisdicción, acordó reforzar la guarnición de la plaza de Rosas, que estaba expuesta á un golpe de mano del enemigo por su proximidad al castillo de San Fernando de Figueras. En su virtud se nombró gobernador interino de aquella plaza al coronel D. Pedro O-Daly, teniente coronel del regimiento de Ultonia, militar muy entendido y de mucha resolución, asignándole algunos oficiales de su regimiento y trescientos hombres del segundo batallón de Barcelona. Salieron todos de Gerona el día 10 de septiembre, llegando al siguiente á su destino.

En el indicado día 11 por la mañana, tuvo lugar una solemne función en la capilla de San Narciso para bendecir la bandera del primer tercio de migueletes de Gerona. Es la misma bandera negra con una cruz blanca que aun hoy se conserva en la propia capilla.

El 13 llegaron, para la guarnición de esta plaza, 300 suizos del regimiento de Wimpfen, á los que siguieron algunas compañías de migueletes de los tercios de Cervera.

Al siguiente día partió para el Empurdán el resto del segundo batallón de voluntarios de Barcelona con los migueletes de Cervera al mando del coronel D. Narciso de la Valette.

El día 17 llegaron cuatro compañías del tercio de la villa de Igualada que componían 440 hombres y dos de igual tropa de la villa

de Berga. En el mismo día por la tarde salieron para el Empurdán dos compañías del primer tercio de esta ciudad, cuya fuerza era de 400 hombres.

El día 1.º de octubre llegó á esta plaza el teniente coronel del regimiento de Wimpfen con 200 hombres del mismo, una compañía de granaderos, dos compañías de fusileros del primer batallón del regimiento de infantería de Borbón, de cuya tropa marcharon á Rosas las dos últimas compañías y 100 suizos.

El día 2 llegó el coronel barón de Hinx, teniente coronel del regimiento de Borbón con dos batallones del mismo, el primer tercio de migueletes de Tarragona, y una compañía de Vich, cuya tropa, con la compañía de granaderos de Borbón pasó al siguiente día al Empurdán á las órdenes del coronel D. Narciso de la Valette.

El día 7 llegaron á Gerona dos compañías de los tercios de Vich.

Habiéndose dado el título de Vanguardia del ejército de Cataluña, á las tropas que operaban en este país, fué nombrado comandante general de ellas el brigadier D. Mariano Alvarez, quien desembarcó en San Feliu de Guixols el día 13 del mismo octubre y al siguiente entró en Gerona y tomó posesión de su cargo.

El aumento de tropas francesas en el Empurdán obedecía á la grande expedición que Napoleón proyectaba hacer personalmente en España al frente de 250.000 hombres. Del séptimo acuerdo de este ejército, destinado á operar en Cataluña, estaba encargado el mariscal Saint-Cyr, quien estableció su cuartel general en Figueras, contando entre sus fuerzas y las de Reille con un total de 27.000 hombres. Hízose la ilusión de que podría tomar fácilmente todas las plazas fuertes situadas entre el Pirineo y Barcelona, y asegurarse por tanto cómodamente sus comunicaciones con Francia. La experiencia hubo de convencerle bien pronto de lo costoso de este proyecto, que no pudo realizar apesar de sus grandes talentos militares.

De todos modos la primera operación que para la ejecución de su pensamiento debía emprender era la toma de la plaza de Rosas, distante solo veinte kilómetros de Figueras, y resolviéndolo así, encomendó la tarea al general Reille con nueve mil hombres ó sean las fuerzas del mando de este y la brigada del general Pino.

La defensa de Rosas es una de las operaciones militares más importantes que tuvieron lugar durante la guerra de la Independencia

y puede el lector verla detallada en nuestra *Reseña histórica de los sitios de Gerona en 1808 y 1809*.

Apesar de la multitud de atenciones que pesaban sobre la junta de Gerona, aumentadas con los trabajos para la defensa de Rosas, no se echó en olvido una indicación del brigadier D. Mariano Alvarez, acerca la necesidad de tener alguna fuerza del arma de caballería, indicación que venía á confirmar la bondad de algunos trabajos hechos en este sentido, así es que mientras continuaban organizándose el segundo y tercer tercios de migueletes de Gerona y una compañía de artillería, se organizó también un escuadrón de húsares, que se denominó de San Narciso, si bien de momento no tenía completo el número de caballos que le correspondía.

Para aumentar las fuerzas de la guarnición de Gerona, hizo la junta, en 14 de Noviembre, un reparto entre los pueblos del corregimiento para que dentro el término de ocho días presentaran 1.220 migueletes, además de los que faltaban del primer cupo.

Durante el sitio de Rosas, las tropas que mandaba el brigadier Alvarez, formaron una estensa línea en el Fluviá, al objeto de ver si podían introducirse socorros dentro de aquella plaza. Alvarez se vió secundado por los somatenes y demás gentes del país, atreviéndose á atacar varias veces las líneas enemigas, por más que la superioridad de éstas hiciera inútiles sus esfuerzos.

Las operaciones militares que tenían lugar en el Empurdán, juntamente en el sitio de Rosas, llamaron la atención del capitán general de Cataluña, quien destacó una división de unos cuatro ó cinco mil hombres procedentes del ejército de Aragón, al mando del teniente general marqués de Lazán, hermano del general Palafox. Dispuso que con dicha división y las tropas que mandaba el brigadier Alvarez quedase formada la vanguardia del ejército de Cataluña.

Entró Lazán en Gerona el día 24 de Noviembre. Ocupó enseguida á Puente Mayor, Sarriá y las alturas de la derecha del Ter construyendo dos reductos que descubrían los caminos de Francia y La Bisbal por donde podía venir el enemigo, desilusionanda de este modo á los que creían que se internaría en el Empurdán para levantar al sitio de Rosas.

El extraordinario servicio de espías que con suma largueza mantenía el enemigo, hizo pensar en la conveniencia de organizar en de-

bida forma una junta de vigilancia, la cual quedó instalada al siguiente día 25.

Tenían sus vocales la obligación de vigilar por turno las cuatro puertas principales de la ciudad, desde que se abrían hasta su cierre. Debían interrogar á los que entraban y salían, si no les eran bien conocidos, por sus nombres, edad, oficio, naturaleza, de dónde y á qué venían, á donde se dirigían, caminos que habían seguido ó se proponían seguir, negocios que llevaban, á quienes conocían en Gerona, cuanto tiempo querían permanecer en la población, casa en que iban á parar, quienes podían garantizar la persona, con todas las demás preguntas que juzgasen convenientes; deteniendo á los que no se mostrasen bien esplicitos ó que presentasen algún indicio de no ir con buen fin, conduciéndolos directamente á la junta para que esta obrase como tuviese por conveniente según las circunstancias. Debían también vigilar en el interior de la ciudad, para impedir conciliábulos ó juntas secretas ó clandestinas ó cualesquiera otra clase de maquinaciones contra la defensa de la plaza.

Para cumplir estos fines con mayor reserva después de las instrucciones que se recibieron de la suprema junta del reino, se simplificó la de vigilancia de Gerona, convirtiéndola en secreta compuesta solo de cinco individuos.

En la capilla de San Narciso de la iglesia de San Felix el día 26 se celebró la ceremonia de la bendición de la bandera del segundo tercio de voluntarios ó migueletes de Gerona, con la misma solemnidad y concurrencia que en la bendición de la del primer tercio.

Cuantos esfuerzos se hicieron para la defensa de Rosas resultaron inútiles, y al último fué precisa la capitulación que se firmó el día once de Diciembre. Perdiéronse con ella 2.300 hombres que fueron conducidos á Francia como prisioneros de guerra.

Rendida la plaza de Rosas, el brigadier Alvarez comprendió que no podía sostener por más tiempo su línea del Fluviá, delante un ejército tan numeroso y aguerrido como el de Saint-Cyr. En su virtud, se replegó al paso del Ter, á la vista de Mediñá, cubriendo así á Gerona de un golpe de mano, que era lo que meditaba el general francés. Estableció su cuartel general en Celrá y mandó ocupar las alturas inmediatas.

El sitio de Rosas molestó bastante al mariscal Saint-Cyr, que se

había hecho la ilusión de que á su paso desde La Junquera á Barcelona, se le irían rindiendo, sin resistencia notable, todas las plazas fortificadas. Una pequeña ciudadela, un fuerte reducido, y unas trincheras apresuradamente abiertas en aquella villa le habían entretenido un mes en su marcha, que él creyera victoriosa y sin grandes obstáculos.

Sentíase mortificado de no poder tomar la plaza de Gerona, pues el emperador le ordenaba que apresurara su ida á Barcelona, bloqueada por las fuerzas del general Vives.

Avanzó Sait-Cyr con su ejército, procurando ponerse á la vista de los puntos avanzados de Gerona, para ver si lograba intimidarles ó sorprenderles, y como ni lo uno ni lo otro le fué dable, se extendió por el bajo Empurdán, tanteando la manera como podría salvar la cordillera que los Angeles va á parar al mar, en lo que se mostró por demas indeciso y perplejo. Despidió hácia Figueras toda la artillería de grueso calibre y los carros, y cargando en acémilas los víveres y municiones que necesitaba, se quedó solo con una parte de la artillería de campaña. Señaló también entonces definitivamente las fuerzas expedicionarias, consistentes en 15.000 infantes, 1.500 caballos y mil artilleros. Saint-Cyr con su estado mayor llegó á La Bisbal por la tarde del 11, mientras una parte de su gente pasaba por el camino de herradura de Montnegre hácia Cassá de la Selva. El general con el resto de su ejército entró en Palamós el 12 sufriendo el fuego de algunas embarcaciones, de cuya molestia se desquitó venciendo la resistencia que los somatenes le opusieron en el célebre paso de La Ganga.

Salvada la principal dificultad que á su marcha ofrecía la naturaleza del terreno, ó sea la cordillera de las Gabarras, pudo reunir su gente en Llagostera y Vidreras, y alejándose de los cañones de Hostalrich, buscó el camino que por el interior debía conducirle á Barcelona.

En este segundo movimiento, la división de Lazán logró picarle la retaguardia, pero sin graves consecuencias, como no las tuvo el combate que con la vanguardia sostuvieron las gentes de Miláns.

El día 16 tuvo lugar la batalla de Llinás en la que fué derrotado Vives con los 8.000 hombres que había creído bastantes para detener al ejército francés.

Volvamos ahora á Gerona. La cuestión más difícil para su junta era la económica. Apesar de los grandes recursos de que se había echado mano, los gastos eran de tanta cuantía que los caudales iban desapareciendo apenas entraban en caja. En vista de ello, se acordó exigir la entrega de una tercera parte de las alhajas y objetos de plata que tuviesen los vecinos del corregimiento, así eclesiásticos como seglares, y también la tercera parte de la existente en las iglesias que no fuese necesaria para el culto, organizándose una fábrica de moneda del mismo peso y quilate de la que acuñaba el antiguo gobierno de la nación. Se facultó á los contribuyentes de este nuevo tributo para redimir en metálico la cuota que les correspondiese mediante el debido justiprecio.

La rendición de Rosas y el haber quedado un cuerpo de tropas para la ocupación de aquella plaza y del castillo de San Fernando, fueron causa de que se notara menos decisión que antes en alguna parte del Empurdán. Aprovechándose de ello el enemigo, nombró maires para el año siguiente en algunos pueblos, é impuso grandes contribuciones de dinero, trigo, vino y otros géneros. Además, considerándose ya como gobierno constituido, hizo un reparto entre los pueblos, señalándoles el número de mozos que para su ejército debían aprontar, exigiéndolo á viva fuerza allí donde los jóvenes no tenían la precaución de ausentarse.

El marqués de Lazán que de Hostalrich había venido á Gerona, determinó hacer una expedición al Empurdán, tanto para reanimar el espíritu de aquellos habitantes, como para recobrar á Rosas si se le ofrecía ocasión propicia. Salió de Gerona al amanecer del 25. Vadeó el Ter en Cerviá y pernoctó en Colomé, de donde salió á la mañana siguiente, dirigiéndose á La Armentera, teniendo en Montiró un pequeño choque con el enemigo.

Llegó á Castelló de Empurias donde rechazó el ataque de una columna enemiga causándole mucha pérdida. Pero viendo que no era posible verificar sorpresa alguna en la plaza de Rosas, y hallando el Empurdán inundado hacia aquella parte por el temporal de lluvias que reinaba, se volvió en dirección á Gerona, donde entró durante la noche del 5 de enero.

A mediados del mismo mes, el capitán general de Cataluña ordenó la realización de la quinta de cuarenta mil hombres, acordada

desde el principio de la guerra. Pero ello se circularon diversas órdenes á los pueblos de los corregimientos de Gerona y Figueras.

A consecuencia de estas disposiciones, un gran número de jóvenes de Gerona y pueblos comarcanos se alistaron voluntariamente en los cuerpos de la guarnición.

Además, las operaciones del sorteo se llevaron á cabo con grande actividad. Con los quintos se volvió á formar el segundo batallón de Barcelona que había quedado prisionero en Rosas. También se completó el regimiento de Ultonia que de resultas de lo mismo había quedado reducido á 100 plazas, completándose el de Borbón, y se crearon las compañías de artillería. Así la gran mayoría de los individuos de la guarnición de Gerona, resultaron ser desde entonces hijos de este mismo país.

Para la organización de la fábrica de moneda quedó nombrada, por la junta, una comisión especial, con amplias facultades. Llevó ésta tanta actividad en el desempeño de su cometido, que dicha fábrica quedó organizada á los pocos días, de modo que en 17 de enero ya quedaban acuñadas 850 monedas de á cinco pesetas ó duros. El troquel primitivo, que era algo completo de dibujo, sirvió hasta el día 13 de marzo en que se rompió, después de haberse acuñado con él 27.030 monedas. Fué sustituido por otro mucho más sencillo, con el que se acuñaron 55.681 duros. Total 82.711 monedas de á cinco pesetas. Las últimas acuñaciones se practicaron el día 15 de noviembre, en lo más riguroso y estrecho del sitio.

El marqués de Lazán cuya estancia en este país, ningún fruto, militarmente hablando, había producido, fué una calamidad para la hacienda de la junta de Gerona, pues al marcharse hacia Vich, á últimos de enero, se llevó cuantos caudales pudo, dejando así esquilados á los corregimientos de Gerona y Figueras.

La situación crítica en que quedaba Gerona después de las derrotas sufridas por el ejército de Cataluña y de la marcha del marqués de Lazán, hacían necesario el nombramiento de un jefe militar de energía y resolución para el gobierno de la plaza. Recayó dicho nombramiento, por fortuna, á favor de un militar de grandes dotes de mando, cual lo era el brigadier D. Mariano Alvarez.

Este que se hallaba en Campdurá, entró en Gerona encargándose del mando de la plaza el día primero de febrero.

Luego de haber tomado posesión del cargo, se continuaron con grande actividad los trabajos de defensa para el caso de un nuevo ataque por parte de los enemigos. El ingeniero comandante, D. Guillermo Minali hizo presente que convenia activar la demolición de las casas dentro de las 1500 varas que prevenían las disposiciones legales en materia de zonas militares, terraplenar varios caminos y barrancos en los que se podía ocultar el enemigo, y hacer otras obras de importancia para su mayor defensa. Como para estos trabajos no eran suficientes los caudales al efecto destinados, se trató con la junta militar, de los medios de llevarlos á ejecución sin nuevos gravámenes, si era posible, del vecindario. En el acto fué secundado este pensamiento por los militares y también por los paisanos y eclesiásticos.

Los jefes de los cuerpos de la guarnición ofrecieron emplear sus tropas en cegar los caminos y barrancos, sin gratificación, y la junta gubernativa dió sus órdenes para que se demoliesen con la mayor actividad las casas extramuros. Los vecinos pudientes ofrecieron sus carros para el transporte de las tierras y demás materiales, y los eclesiásticos, seculares y regulares, los gremios y aún las mismas mujeres se ofrecieron á trabajar en la escavación del baluarte de San Pedro, en elevar con un terraplen el glacis de este baluarte, y en la construcción de un espaldón cerca de la puerta de la Barca. Aprovechóse tan noble entusiasmo y con la mayor actividad se verificaron las expresadas obras, presenciándolas muchas veces el mismo Alvarez, así como los jefes de los cuerpos.

El general Saint-Cyr después que hubo socorrido á Barcelona, batido el general Vives en Molins de Rey y al general Reding en Valls, resolvió sitiar á Gerona, para una vez tomada, tener expedita su comunicación con Francia. A tal fin dispuso que las tropas que se hallaban en el Empurdán, pasasen el Fluviá y ocupasen el pueblo de Bâscara, lo que verificaron el día 13 de marzo, cuya villa mandó fortificar para contener los acopios de víveres, municiones y todo lo demás necesario para llevar á cabo dicha empresa, que ya no consideraba tan fácil como cuando había entrado por primera vez en este país.

La salida de Barcelona de la división Lechi con un gran convoy de prisioneros y el inmenso botín que había pillado por Cataluña,

hizo creer al general Alvarez que podía intentarse el sitio de Gerona, por lo que después de publicar el 30 una ardiente proclama, dictó al otro día la orden siguiente:

« El señor comandante general de la vanguardia y gobernador interino de esta plaza, que tanto se desvela y fatiga en su defensa y que no os abandonará, esforzados geroneses, hasta haber derramado la última gota de sangre y quedar sepultado entre sus ruinas, os manda que todos sin distinción de personas asistáis con el mismo denuedo y valor que habéis manifestado en los dos sitios anteriores y á los mismos puestos que ya estaban destinados al toque de generala, á cualquiera hora que se haga, pues confía en vuestro valor y ardimiento.»

A las dos de la tarde, fingiendo una alarma mandó tocar generala y todo el mundo, militares, paisanos y eclesiásticos empuñaron las armas y corrieron á ocupar sus sitios, dispuestos y hasta deseosos de recibir al enemigo. Alvarez montó á caballo y recorrió todos los puntos de la plaza, fuertes, baluartes, murallas, retenes y demás, acompañado de su estado mayor, ayudantes de campo, el asesor, varios oficiales y una partida de caballería del escuadrón de San Narciso. El pueblo y la guarnición comprendieron instintivamente que aquel era el jefe que ellos necesitaban y á los gritos entusiastas de, *viva Fernando séptimo, y viva el comandante general*, se estableció entre Alvarez y Gerona una alianza tácita, que fué la que permitió llevar á cabo la gran defensa que historiamos.

Alvarez comprendió la confianza que desde aquel momento inspiraba, y para completarla, para satisfacer los deseos de los gerundenses, cuyo entusiasmo era inesplicable, publicó el célebre bando del día 1.º de Abril, que dice así:

« Gerundenses, los enemigos propalan querer por tercera vez probar vuestros esfuerzos; propalan además tener ganada esta ciudad por traición; pero yo que conozco por esperiencia vuestro patriotismo, vuestro valor, y la fidelidad que teneis á Fernando VII, estoy sin el menor recelo, asegurado que me acompañáis en la resolución firme que tengo hecha de defender la plaza hasta perder la última gota de mi sangre: Si gerundenses, toda la nación está prendada de vuestros procederes, y yo el más feliz de estar entre vosotros; sin embargo, para atajar cualquiera maquinación que

pudiera haber intentado el enemigo con introducir en la plaza algún perverso: para el caso de presentarse los enemigos al frente de ella: impongo pena de la vida ejecutada inmediatamente á cualquiera persona, sea de la clase, grado, ó condición que fuere, que tuviese la vileza de proferir la voz de rendición, ó capitulación. »

Publicóse y fijóse en las esquinas este bando, por el mismo asesor secretario acompañado del sargento mayor de la plaza, escoltados por varios piquetes de granaderos y partidas de tropas, entre los acordes de las músicas de los regimientos de Ultonia y Borbón, y las aclamaciones de una extraordinaria y entusiasmada muchedumbre que seguía á la comitiva oficial.

Para continuar ahora la narración de los sucesos, toca dar cuenta de lo que ocurrió en las cercanías de Bâscara. El teniente coronel D. Blas de Fournás, comandante de la cuarta división de tercios ó migueletes, que por disposición de Alvarez se hallaba acantonado en la villa de Bañolas, y tenía á sus órdenes mil hombres del primer tercio de voluntarios de Vich, 50 caballos del escuadrón de San Narciso y algunos cuerpos de paisanos armados capitaneados por el presbítero doctor Rovira; se adelantó el día 11 de abril hácia el Fluviá, reconoció la posición de los enemigos, tuvo con éstos un choque que duró casi todo el día, y se informó de que llevaban continuamente á Bâscara, municiones y víveres de todas clases.

El brigadier Alvarez envió inmediatamente al marqués de Coupigny, capitán general del ejército de operaciones, una exacta noticia de todo lo que ocurría, pidiéndole la venida de un cuerpo de ejército á Gerona, á fin de desalojar al enemigo de Bâscara, en unión de las tropas acantonadas en las cercanías de Gerona, una parte de la guarnición de esta plaza y los migueletes y paisanos armados que mandaba D. Blas de Fournás. El capitán general se limitó á contestar que si los enemigos tenían el atrevimiento de avanzar más para atacar á Gerona, él volaría personalmente con todas sus fuerzas para inutilizar sus proyectos.

Alvarez y la junta comprendieron la proximidad de un sitio y la conveniencia de hacer el debido acopio de víveres. Alvarez se enteró de los ya acopiados y no pareciéndole suficientes, pidió al ingeniero comandante un estado de los que una guarnición de 7.000 hombres podía necesitar para tres meses más, á cuya orden se dió cumplimien-

to en pocas horas. Además el coronel comandante del cuerpo de artillería, entregó un estado de todas las municiones que le faltaban. El brigadier Alvarez pasó inmediatamente el estado de víveres al ministro de la real hacienda en la plaza D. Carlos Beramendi, con la prevención de que los solicitase á la mayor brevedad del intendente del ejército en Cataluña y que los enviase por mar á los puertos de San Feliu de Guixols ó Palamós. El estado de municiones lo remitió al capitán general del ejército de operaciones.

La situación económica era como siempre alarmante. El señor Beramendi, hizo presente á la junta militar, que los caudales que le entregaba la junta económica no bastaban para pagar la guarnición, ni para las demás atenciones; que había pedido caudales al intendente del ejército y á la junta superior del principado y que en el interín los recibía, proponía suministrar á la tropa en lugar del prest, un equivalente en menestras y tocino, y aseguró que los víveres que se consumiesen en estas raciones, los reemplazaría luego con los que esperaba de Tarragona. En vista de esta exposición, la junta acordó que se socorriera á la tropa con los citados alimentos.

En medio de tal escasez, sirvió de bastante consuelo la seguridad que recibió el brigadier Alvarez, del obispo de la diócesis, de que el clero de la misma contribuiría á los gastos, con la suma semanal de 1.140 reales.

Además, los Jefes y oficiales de la guarnición, desde los subtenientes hasta el brigadier, cedieron mensualmente una parte de sus sueldos para las obras de fortificación.

No decaía tampoco el vecindario en su entusiasmo para contribuir á la defensa, no solo personalmente, si que también con multiplicados donativos. Los gremios de la ciudad solicitaron á la junta militar que se reedificase la torre arruinada de S. Daniel, del mismo modo que se había hecho con las otras de San Luis y San Narciso; ofreciendo costear esta obra de cuenta de todo el vecindario. El ingeniero comandante informó á la junta que no consideraba precisa su habilitación para la mayor defensa del castillo de Montjuich, pero los representantes de los gremios en la junta, insistieron en su proposición de reedificar la torre añadiendo que deseaban que una vez concluida la obra, se pusiera una lápida en uno de los pilares del puente levadizo, con una inscripción que indicase que se había

hecho á expensas del pueblo. La junta en vista de la insistencia de tal petición, que demostraba una vez más los escelentes sentimientos del vecindario, accedió, é inmediatamente se empezó la obra, prestándose á ella voluntariamente la tropa, sin gratificación alguna; en la limpia del foso. Colócase en efecto la lápida indicada, notándose el empeño con que el enemigo, después de perdida la torre, procuró destruirla y hacerla desaparecer.

Aún cuando desde el último sitio el gobierno del castillo de Montjuich estuvo á cargo de varios jefes de la guarnición, Alvarez teniendo á la vista la importancia de aquel puesto, nombró gobernador del mismo á D. Guillermo Nash teniente coronel del ejército y comandante del regimiento de Ultonia.

También para subvenir la junta á los inmensos gastos que la agobiaban, tuvo necesidad de acordar, que la entrega de la tercera parte de la plata existente en poder de cualquiera clase de personas, se ampliase hasta una mitad.

El brigadier D. Mariano Alvarez fué ascendido á mariscal de campo. Habiéndose hecho pública esta noticia, causó la mayor satisfacción entre los gerundenses. El día 29 de Abril pasaron felicitarle, la junta, la oficialidad de todos los cuerpos, las comunidades religiosas y otros muchos centros, así como gran número de particulares.

CAPÍTULO VI

Empieza el tercer sitio de Gerona

SUMARIO

El enemigo se establece en Mediñá y Costa Roja.—Toma posiciones al noroeste de la plaza.—Sitúa en Sarriá su parque de artillería y tiene que retirarlo por los fuegos de las torres.—Construye un reducto en el Puig den Roca.—Verdier se encarga de las operaciones del sitio.—La división Lechi refuerza el campo sitiador.—Los desertores del enemigo.—Circunvalación de la plaza. — La Cruzada gerundense.

Día 2 de Mayo de 1809. Los enemigos salieron de la villa de Bâscara y ocuparon el pueblo de Mediñá y las alturas de Costa Roja.

Día 3. Se dispuso el armamento de los hombres hábiles, desde 16 á 60 años, primero, y después hasta los 65, resultando 1717 alistados. Se ordenó que la mitad de esta fuerza coronase por turno la muralla durante la noche, para dar algún descanso á la tropa. El alistamiento fué muy fácil porque casi todos los paisanos ya tenían voluntariamente las armas.

La división Lechi, después de dejar en Figueras el convoy y los prisioneros que había conducido desde Vich, se dirigió á Bañolas con 300 acémilas, de cuya villa salió de este día y pasando por San Gregorio y pueblos inmediatos, se dirigió, por Montcal, á la villa de Amer donde pernoctó. Esta marcha produjo bastante alarma en toda la comarca, por que en las iglesias de Montcal y Llorá y en muchas casas de campo llevó á cabo excesos de tal naturaleza, que la mayoría de las familias, corrieron á refugiarse despavoridas dentro

de la plaza. Como en sus relaciones refirieron que el enemigo era en corto número, los habitantes hicieron una representación á la junta solicitando que la guarnición hiciese una salida. Pasóse esta representación al general Alvarez quien, reunió aquella misma tarde la junta militar, con los principales de la gubernativa. La junta militar opinó que la salida ofrecía dificultades y peligros de tal naturaleza, que podía acelerar la rendición de la plaza. Apesar de este dictámen, los vocales de la gubernativa expusieron, que no sería fácil de convencer al pueblo por que había dado entero crédito á los informes de las familias fugitivas, y en consecuencia se acordó verificar la salida al siguiente día, procurando llevarla á cabo con el menor riesgo posible y procurando que no quedase la plaza, sin algunas fuerzas para evitar un golpe de mano.

Día 4. Al amanecer se llevó á cabo la salida acordada, al mando del mismo general Alvarez, acompañado de sus ayudantes, con los comandantes de artillería é ingenieros, los coroneles de Ultonia y Borbón, 1300 hombres de infantería, 30 caballos del escuadrón de San Narciso y dos piezas de batalla. Para observar y contener al mismo tiempo los movimientos que podía hacer el enemigo por la parte del norte, se dejó en el reducto de Puente Mayor un destacamento de 200 hombres, colocándose la artillería en la altura de Campdurá, para defender dicho puente, que se consideró como la reserva de la expedición. Con la restante fuerza se recorrió todo el terreno por donde había andado el enemigo en el día anterior, pasando por los mismos caminos, pero sin verle en parte alguna, averiguando tan solo que se había dirigido hácia Vich. La reunión del tercio de este nombre, que Alvarez esperaba, no pudo llevarse á cabo por haber creído que nuestras tropas eran del enemigo. Al anocheecer regresó el gobernador sin haber tenido novedad.

Lechi salió en este día de Amer. Después de haber andado por terrenos muy escabrosos, pasó el Ter por Susqueda y se dirigió al llano de Vich, donde llegó con una gran cantidad de ganado que sus dueños habían escondido por aquellas breñas, creyendo poder librarlo de la voracidad del enemigo.

Día 5. Publicóse nuevamente el bando del día 1.º de Abril imponiendo pena de la vida á todo el que propusiera rendirse ó capitular. Su publicación produjo el mismo entusiasmo que la primera vez.

Día 6. Llegó á Mediñá el general Morió con la primera brigada de su división. Colocóse sobre la montaña de Costa Roja frente la antigua y abandonada torre de Montagut. En vista de este movimiento, á la una de la tarde salió de la plaza el segundo batallón de Barcelona, y fué a situarse sobre Campdurá y alturas inmediatas. Salió también el coronel de Ultonia D. Enrique O-Donell con 300 hombres de su cuerpo, 24 caballos del escuadrón de San Narciso á las órdenes del capitán D. Ramón Foixá, algunos paisanos que voluntariamente quisieron agregarse, y dos piezas de artillería que se colocaron al norte del Puente Mayor. El objeto de esta salida era tan solo practicar un reconocimiento, lo que se logró, así como se impuso al enemigo, al que se causó bastante daño, apesar de su enorme superioridad, en el vivo fuego que se empeñó entre Montagut y Costa Roja y en una carga bizarramente ejecutada por la espresada sección de caballería.

Habiendo corrido la voz por la ciudad de que las fuerzas salidas se hallaban envueltas, mandó el general gobernador una orden á O-Donell para que se retirase, y se aprontó para salir toda la tropa que había quedado en ella; pero en el momento en que lo iba á ejecutar, se supo que había sido una falsa alarma y se vió venir muy ordenadamente á los de Ultonia protegidos oportunamente por las guerrillas del segundo de Barcelona.

Día 7. El enemigo quedó reforzado con la segunda brigada de la división Morió. Vivaqueó á la derecha de su campo.

Día 8. Viéndose el enemigo con fuerzas suficientes, resolvió emprender el bloqueo de Gerona. Para esto conceptuó necesario ocupar á Sarriá, Puente Mayor y las ruinas de la torre de Montagut, juntamente con el cerro *den Roca*, y alturas inmediatas hasta San Medir, cosa sumamente fácil por no estar fortificado ninguno de tales puntos y no contar la guarnición de Gerona, con fuerzas bastantes para ocuparlos. Sin embargo, el enemigo dió á tan sencilla operación, mucha importancia, de modo que puso en movimiento todas sus fuerzas distribuídas en columnas, formando al amanecer dos fuertes divisiones que descendieron de sus alturas á derecha á izquierda de la Costa Roja. La de la derecha se dirigió hácia Montagut pretendiendo envolver la pequeña guardia que estaba allí de avanzada, lo que no logró por haberse retirado después de haberse de-

fendido bastante rato de las compañías enemigas de preferencia que la atacaban. Esta misma división enemiga entró en el pueblo de Sarriá de *dalt*, que estaba indefenso, y corriéndose por la orilla izquierda del Ter ocupó el cerro *den Roca* y alturas inmediatas al mismo, empezando enseguida sus trabajos de sitio y colocando tres cañones de campaña en la parte baja ó sea en la misma orilla, al objeto de distraer la atención de nuestras avanzadas, mientras ellos iban ocupando los demás pueblos.

La segunda división se adelantó directamente hácia el pueblo de Sarriá que igualmente estaba sin fortificar y únicamente ocupado por una pequeña avanzada nuestra, que antes de retirarse formó en una estensa guerrilla entre el enemigo y el pueblo, entreteniendo algún rato la marcha de aquel, dando así tiempo á que los habitantes del pueblo y de Puente Mayor pudieran retirarse á Gerona, y librarse de la furia de los franceses, retirándose también un cañón que existía en el último de dichos dos puntos.

Entró en Sarriá y Puente Mayor una division wesfaliana encontrando abandonadas las casas y sufriendo los fuegos de la torre de San Luis, que durante todo el día molestó al enemigo, pues se vieron reventar muchas granadas en medio de sus columnas. Una de estas pasando por Puente Mayor, ocupó las alturas de Campdurá, entablado un vivo fuego con algunos paisanos y tiradores del segundo de Barcelona, quienes apesar de su inferioridad se sostuvieron hasta el anochecer.

Como la división wesfaliana que ocupaba á Sarriá y Puente Mayor había destacado algunas partidas que llegaban hasta el puente del *Bou d' or*, y se había hecho general el fuego, al medio día salió de la plaza el teniente coronel de artillería y mayor de brigada don Pablo Miranda con un cañón y un obús, dos oficiales, los correspondientes artilleros, dos partidas de húsares de San Narciso, otras dos de granaderos y tiradores de Ultonia y Borbón, y varios paisanos. Colocáronse dichas dos piezas á tiro de fusil de Puente Mayor, en el mismo camino real, siendo tan certeros sus disparos que el primero desmontó un cañón á los enemigos é hizo retroceder á los otros dos. Las partidas que se habían adelantado hasta *Bou d' or*, fueron atacadas con la mayor intrepidez, arrolladas, perseguidas hasta Puente Mayor y acuchilladas dentro este mismo

punto, por nuestras guerrillas apesar de ser inferiores en número. Abochornados por este quebranto volvieron á salir con más fuerza, en vista de lo cual, el coronel de Ultonia D. Enrique O-Donell, se puso al frente de los húsares de San Narciso y atacando á los enemigos con bizarría, les causó muchos muertos, logrando así contenerles de tal modo, que no intentaron nuevas salidas por aquella parte.

Ocupados los puntos y alturas desde los cuales quería el enemigo emprender las operaciones del sitio, retiró á Sarriá los cañones que había adelantado y al anocheecer se retiraron también nuestras tropas y avanzadas, recogiendo dos desertores enemigos. La pérdida de ellos se calculó en unos 300 hombres entre muertos y heridos, pues tanto por la parte del llano como por la de las torres, se había acertado varias veces el tiro de metralla. Solamente la caballería de San Narciso les había causado más de cien bajas. La guarnición tuvo unas, 60 entre muertos y heridos.

Por la tarde, el jefe de día, que lo era el teniente coronel don Blas de Fournás, pasó á reconocer todas las avanzadas, dirigiéndose especialmente á las fuerzas de paisanos y del segundo de Barcelona, que por la parte de Campdurá iban sosteniendo al enemigo.

Día 9. El general Reille encargado del sitio, estableció su cuartel general en San Medir.

Al amanecer los enemigos en número de 500 hombres atacaron la ermita de San Miguel, de la que se retiraron, por ser punto demasiado avanzado é indefenso, unos cien hombres del tercio de Vich que la ocupaban. Seguidamente el enemigo empezó los trabajos de atrincheramiento por aquella altura, destacando además diversas partidas á recorrer las inmediaciones, por lo que creyéndose que trataban de atacar las torres de San Luis, San Narciso y San Daniel, se reforzaron sus guarniciones. El enemigo tenía por la mañana mucha tropa en el cerro *den Roca*, extendiéndose sus avanzadas hasta la orilla izquierda del Ter, por la parte del pueblo de Salt, quedando con esto y con la ocupación de la ermita de San Miguel y demás alturas, bloqueada la plaza por levante, norte y poniente.

En el *Puig den Roca* empezó el enemigo á formar un reducto, contra el cual, el castillo de Montjuich y la plaza, dirijieron muchas bombas, granadas y bala rasas, secundándoles las torres de

San Luis y San Narciso, con fuego continuado de obús y de cañón, logrando que los enemigos se retiraran y emplazaran su campamento á otra altura más distante.

Aquella mañana llegaron á Sarriá gran número de carros con una escolta de caballería é infantería, contra la cual dirigió la torre de San Luis muchas granadas. Causaron tanta alarma entre las tropas que ocupaban dicho pueblo y Puente Mayor, que, su parque de artillería, que lo tenían en Sarriá, lo trasladaron á Montblanch, cerca de Costa Roja. Los fuegos de las torres desalojaron igualmente de la altura intermedia entre ellas y Campdurá, á unos 400 ó 500 enemigos que habían tomado posiciones en su cresta, obligándoles á ponerse á cubierto en la cañada inmediata, apesar de lo cual empezaron algunos trabajos de ataque.

Al anochecer una partida de los del *Puig den Roca* intentó vadear el río Ter, no pudiendo lograrlo por el vivo fuego de la plaza.

El tiroteo entre las guerrillas fué bastante vivo, pero con poca pérdida, siendo sin embargo notable la de un sargento y un granadero de Borbón, que embistieron los dos solos á un grupo de unos 30 enemigos á tiro de pistola, muriendo ambos víctimas de su arrojo. Este granadero acababa de recibir dos días antes de la junta central, un escudo de valor con el siguiente lema: *por valiente defensor de la Patria*.

Nuestras avanzadas enviaron un desertor y un prisionero á la plaza.

Día 10. Los enemigos continuaron su trabajo en el *Puig den Roca*, sufriendo el vivo fuego de nuestra artillería. El reducto era de forma circular, bastante capaz y tenía por objeto resguardar y defender una batería que los ingenieros franceses, acordaron instalar allí, en el mismo punto en que se situó la de morteros que tanto daño hizo á Gerona en el segundo sitio de 1808.

Varias partidas enemigas bajaron al valle de San Daniel, cuyo caserío empezaron á saquear. Seguidamente al toque de somatén se levantaron los paisanos armados, reforzados con otros que salieron de Gerona y auxiliados por los fuegos de las torres de San Narciso y San Daniel, obligaron los merodeadores á emprender la fuga.

Las avanzadas condujeron á la plaza ocho desertores del campo contrario.

En el baluarte de San Pedro y en la torre de San Daniel se practicaron varios trabajos para su defensa.

El general Alvarez mandó publicar el siguiente bando: «Cualquier hombre, que, no habiendo cumplido los 60 años, de cualquiera clase y condición que sea, se ausentare de esta ciudad sin expresa licencia del gobierno, sufrirá irremisiblemente la pena de confiscación de todos sus bienes.»

Por otro bando se dispuso que se tomase nota de los víveres existentes en poder de los vecinos.

Día 11. Quedó perfeccionado el reducto del *Puig den Roca*. La plaza continuó su fuego sobre dicho punto. Las torres no pararon en todo el día el de obús y de cañón contra varios cuerpos enemigos que pasaban por el llano de Sarriá: el de la torre de San Luis fué tan acertado y de tal modo incomodó el parque de artillería que el enemigo tenía cerca de Sarriá, que se vió precisado á retirarlo más á retaguardia, situándolo á la izquierda del camino real de Figueras, sobre la misma línea de su campamento. El fuego de las guerrillas fué también muy vivo, habiendo las mismas recogido seis desertores del campo contrario.

En el castillo de Montjuich se trabajó en la construcción de blindages, tablados y espaldones. En la torre de San Daniel se trabajó en la construcción de barracones y en el baluarte de San Pedro, se terminaron las obras que en él se venían haciendo.

El espíritu del vecindario y de la guarnición se mantenía tan excelente como siempre, observándose como en los días anteriores que los paisanos salían voluntariamente á formar parte de las guerrillas y partidas avanzadas.

A causa de la escasez de fondos, la junta pasó una comunicación al obispo, para que se entregase toda la plata de las iglesias que no fuese necesaria para el culto.

Día 12. El enemigo desocupó el reducto del *Puig den Roca* y se mantuvo á resguardo en el barranco que hay detrás, hacia el cual la plaza y Montjuich dirigieron sus tiros. Desde la torre de San Luis se incomodó bastante el parque de artillería, apesar del movimiento retrógrado que éste había hecho el día anterior. Nuestras avanzadas enviaron á la plaza 12 desertores del enemigo y seis prisioneros.

Algunos oficiales de la guarnición indicaron que al enemigo po-

día serle bastante fácil penetrar hasta el centro de la ciudad introduciéndose de noche por el cauce del río Oñar, y arrimando escalas á las ventanas y balcones bajos de las casas, subir por ellos y producir un conflicto. En su consecuencia consideraron necesario construir un peine ó estacada en la entrada del río y otro en el punto de salida. Propúsose el pensamiento al general Alvarez quien lo aprobó en el acto, recojiéndose de los oficiales de la guarnición las cantidades que por suscripción voluntaria entregaron. Dió tan buen resultado la suscripción, que con el remanente hubo lo bastante para tapiar las indicadas oberturas bajas de las casas lindantes con el río.

Los somatenes de los Angeles sostuvieron un vivo tiroteo con los enemigos por la parte de Celrá.

Desde el primer sitio de Gerona, se hallaba establecido un campo volante en Portsacreu formado por somatenes y algunos miguelotes, al mando del intrépido domero de Llorá D. José Bertrán, presbítero, hombre de mucho valor y sagacidad, y de la más absoluta confianza del general Alvarez y de la junta, y cuya actividad fué causa de que todos los días se vieran los enemigos incomodados en sus avanzadas y campamentos.

Día 13. Llegó á Mediñá el general Verdier á quien Reille, que había sido destinado á Alemania, entregó el mando del ejército sitiador.

Fué bastante vivo y acertado el fuego de nuestras baterías, que se dirigió principalmente contra los que estaban detrás del Puig den Roca. La torre de San Luis continuó molestando el parque de artillería de las afueras de Sarriá, logrando hacer reventar tres granadas en medio del mismo, causándoles mucho desorden, de modo que lo retiraron más hácia retaguardia ó sea detrás de una pequeña altura situada á la izquierda del camino real de Figueras, fuera de tiro.

Nuestras avanzadas enviaron á la plaza seis desertores enemigos.

Día 14. Al amanecer llegó al campo sitiador, procedente de Vich, la división Lechi. A las siete de la mañana, unos quinientos hombres de la izquierda del ejército enemigo pasaron el río Ter y fueron á reforzar sus posiciones de Campdurá y alturas inmediatas. La división Lechi practicó diversas evoluciones durante el día y al anochechar una parte de la misma acampó en el llano de Domeny y

alturas cercanas, encendiendo grandes fogatas y alarmando algún tanto á la plaza y fuertes que hicieron bastante fuego, aunque inútilmente por hallarse aquellos fuera de tiro.

Las partidas de guerrilla enviaron á la plaza doce desertores. Por el camino de los Angeles entraron algunas acémilas cargadas de tocino, queso y bacalao, con diez mil pesos fuertes enviados de Tarragona.

Día 15. El fuego de la plaza y de los fuertes fué igualmente vivo que en los días anteriores. Los puestos avanzados recogieron 16 desertores del campo enemigo.

Día 16. Una división enemiga ocupó el llano de Domeny estableciendo su campamento en Tayalá, de donde salían amenudo partidas crecidas hacia el Ter para descubrir el terreno y tentar los vados.

La plaza y los fuertes hicieron el mismo fuego que en los días anteriores.

Las avanzadas de soldados y paisanos colocadas en la orilla derecha del rio Ter, recojieron 29 desertores enemigos, con los cuales resultaban ya 97 los que habían entrado en Gerona.

Día 17. La división Lechi después de haber practicado el reconocimiento de los alrededores de Gerona, se reunió á las diez de la mañana en el llano de San Gregorio, formada en cinco columnas. Más tarde vadeó el Ter y formó en batalla en el llano de Salt, donde se mantuvo una mitad durante el día. La otra mitad repasando el río se encaminó hacia Francia.

Las fuerzas sitiadoras situadas en las inmediaciones del Puig den Roca, molestadas por nuestro fuego, se retiraron hacia Domeny formando allí sus barracas á fuera de tiro.

Los campamentos enemigos de Domeny y San Gregorio se vieron muy incómodados por las fuerzas del domero de Llorà.

Día 18. A la madrugada, la mitad de la división Lechi se dirigió hacia Vilablareix, siendo muy numerosa la caballería, de modo que no correspondía á la fuerza de infantería. Siguió por Aiguaviva y Estañol, entrando á las dos de la tarde en San Martín de las Esposas y durmiendo aquella noche en San Hilario, de donde después se dirigió á Vich.

Nuestras avanzadas recojieron 27 desertores enemigos. El fuego fué como en los demás días.

Día 19. El general Alvarez hizo repartir durante estos días, un impreso entre los sitiadores, en el que se les decía que á todo soldado que se presentara á los españoles, se le darían en el acto 200 reales, se le comprarían las armas y efectos que llevase, y se le pondría libre en el punto que eligiera. Estas ofertas se cumplieron religiosamente.

Se vieron durante la noche algunas hogueras en el campo de Talyalá.

Entraron en la plaza 31 desertores enemigos.

El sitiador descató una partida de 100 infantes y 25 caballos para recojer víveres en los lugares de la falda de Rocacorba, habiéndolo verificado en Riudellots de la Creu.

Día 20. El enemigo trabajó detrás de su reducto del *Puig den Roca*. Se le hizo un vivo y acertado fuego.

Los somatenes de los Angeles desalojaron á los enemigos de Celrá, obligándoles á encerrarse en San Miguel.

La partida enemiga que el día anterior estuvo en Riudellots de la Creu recojiendo víveres, pasó á Palol de Rebardit dirigiéndose directamente á la iglesia haciendo astillas de su puerta y de los cajones. Saquearon la casa del cura y cometieron otras tropelías, por lo que los paisanos unidos á la gente del domero de Llorá, les atacaron y pusieron en fuga.

Día 21. Hubo bastante fuego entre las guerrillas, pero con poca pérdida. Montjuich y el baluarte de San Pedro tiraron con acierto sobre los que estaban detrás del cerro de Roca. Hubo pocos desertores del enemigo.

Día. 22. Hubo mucho tiroteo, pero con poca pérdida por una y otra parte.

El enemigo estableció un nuevo campamento detrás de un cerro que está más arriba de Sarriá de *dalt*. La primera bomba que disparó la batería de San Pedro pasó dicho campamento, pero la segunda reventó en su centro. Se observó la salida de un parte, sin duda para noticiar al general sitiador el acierto y alcance de la artillería de la plaza.

Día 23. Para vengarse el enemigo de los ataques que sufría diariamente de los somatenes, pegó fuego á las casas de campo de la montaña de Rocacorba y sus inmediaciones. Los incendios se descubrían desde Gerona.

Día 24. En la falda de la montaña de Rocacorba y parte más inmediata al río Ter, empezaron los enemigos á construir barracas, retirando al llano de Tayalá algunos pequeños campamentos. Por la tarde llegó al campo contrario, procedente de Vich, la división Lechi uniéndose definitivamente á las tropas sitiadoras, después de haber incendiado varias casas de campo. Al anochecer encendieron muchísimas fogatas.

El fuego de la plaza fué como en los días anteriores. Salieron de ella con destino á Tarragona los desertores enemigos recojidos durante los últimos días, en número de más de doscientos, casi todos los alemanes.

El comandante de somatenes D. Tomás Esteve dió parte al general Alvarez de haber atacado en este día y desalojado al enemigo del pueblo de Celrá, apesar de su mucha resistencia.

Día 25. Los enemigos empezaron la construcción de un puente sobre el río Ter, cerca de Salt, cubriendo su entrada y salida con parapetos de tierra y estacadas. La división Lechi continuó sus hazañas del día anterior, pegando fuego al pueblo de Aiguaviva y á todas las casas de campo de la comarca, hasta las inmediaciones de la plaza. Por la tarde bajó al llano en cinco columnas, sufriendo el fuego de algunos paisanos que estaban emboscados. En el llano se formaron en batalla extendiéndose desde Salt hacia la izquierda, pero siempre fuera de tiro de cañón, intentando pasar el río, para lo cual una partida se situó en la cumbre posterior al *Puig den Roca*, de donde tuvo que bajar por el acertado fuego de la plaza. Las acémilas que llevaban pasaron el Ter á la noche siguiente.

La brigada Morió, salió en dirección á La Bisbal y Palamós, saqueando todos los pueblos y casas de campo que halló en su camino recogiendo mucho botín y causando con su pillaje grandes estragos.

Día 26. El ejército sitiador quedó reforzado con la brigada Guillot y con el resto de la división Lechi, procedente de Vich.

Un trompeta enemigo dejó caer en el camino de Puente Mayor, por no atreverse á llegar hasta la plaza, una carta que fué recogida por nuestras guerrillas. Iba dirigida al general Alvarez, y en ella se lamentaba Verdier de que un oficial español bajo las apariencias de parlamentario, se hubiese presentado á sus avanzadas excitando á las tropas á la deserción.

El supuesto oficial español era un suizo que formaba parte de la guarnición y se había dirigido hasta dichas avanzadas, explicando á los alemanes el buen acogimiento que recibirían en Gerona.

Alvarez por toda respuesta mandó á Verdier un ejemplar de su bando imponiendo pena de la vida al que profiriese la voz de rendirse ó capitular.

Al anochecer se presentaron un oficial, 36 artilleros y 3 soldados enemigos, á quienes se obsequió con el mayor esmero.

Los somatenes de los Angeles sostuvieron con los enemigos un vivo tiroteo en un bosque de casa Estela, al que éstos pegaron fuego.

Día 27. El enemigo concluyó el puente del Ter.

Día 28. Nuestras avanzadas estuvieron tiroteándose toda la tarde con las enemigas, con poca pérdida por una y otra parte.

Día 29. El enemigo construyó algunos retrincheramientos en sus puestos avanzados, de retaguardia y vanguardia.

Las fuerzas del doctor Rovira atacaron á los sitiadores por la parte de Montagut, causándoles alguna pérdida.

Día 30. Los sitiadores ocuparon el pequeño pueblo de Santa Eugenia, en el que construyeron varios trabajos de retrinchera-
miento. Los baluartes de San Francisco de Paula y de Santa Clara les hicieron fuego con bastante acierto. Ocuparon también las alturas de Palau Sacosta y Montilivi apesar del fuego que les hizo el fuerte de Capuchinos y el baluarte de la Merced. Las tropas sitiadoras ascendían á veinte mil hombres, teniendo Verdier su cuartel general en Mediñá. Cortaron el agua de la acequia Monar, que ya no volvió á discurrir en todo el sitio. Los perjuicios que con ello sufrió la ciudad fueron de consideración. En primer lugar, no pudieron inundarse los fosos de la muralla y baluartes del llano. Quedó paralizado el molino del común que era el único existente, habiendo necesidad en lo sucesivo de acudir á los molinos de sangre para la molienda del trigo. Por último se hizo imposible la limpieza de la ciudad, pues las aguas del Oñar que atraviesan la población, engrosadas con las de la acequia, limpian y recojen las inmundicias y escorros de las cloacas y alcantarillas, y sin dicha afluencia, como el caudal de aguas del Oñar es insignificante y casi nulo en verano, se estableció en el centro de la población, un foco pestilente que contribuyó muchísimo al desarrollo de las enfermedades que diezmaron la guarnición y el vecindario en el resto del sitio.

Celebráronse los días de Fernando VII con besamanos, triple salva de artillería con bala, repiques de campanas, músicas por las calles é iluminación general por la noche. El general recorrió las murallas y baluartes, en los que, según Medrano, hubo meriendas de regocijo y «se bailó, se cantó y brindó á la salud del Rey, del General y de la Patria, todo lo que se hizo con la mayor alegría y contento, y no poca admiración del ejército sitiador.»

Una guerrilla sacó de la Iglesia de Palol de Oñar al enemigo. Otra impidió el saqueo de Quart, Llambillas y Castellar, obligando á los que lo intentaban, á repasar el rio Oñar.

Día 31. El enemigo condujo muchas faginas tablones y vigas á Santa Eugenia y á una de las alturas de Campdurá. La plaza hizo poco fuego, pero acertado.

Una partida enemiga de 250 infantes y 25 caballos se propuso batir nuestras guerrillas más avanzadas. Estas les esperan en casa Llinás de Castellar, rechazándoles y persiguiéndoles hasta cerca de su campo.

Día 1.º de junio. El enemigo acarreó muchas maderas y faginas. Sacó estos materiales de Sarriá y los condujo á Santa Eugenia. Los baluartes del llano, hicieron un fuego tan acertado, que casi todos los tiros cayeron dentro de este pueblo.

El regimiento de Berg, partiendo de San Miguel se encaminó hácia el santuario de los Angeles. Los somatenes situados en aquellas alturas eran en número de unos doscientos, cuya mayor parte estaban estendidos en guerrillas. Estas fueron fogueándose con el enemigo durante su marcha, retirándose después hácia las aldeas inmediatas.

Ocupado este interesante punto por los enemigos, quedó completado el cerco y cortada la comunicación de la plaza con los pueblos del corregimiento y con el ejército de operaciones.

Día 2. El enemigo construyó un reducto, en la orilla derecha del rio Ter, hácia Salt, que cubría el puentecillo de madera allí construido. La conducción de materiales fué mayor que en los días anteriores.

La Junta militar acordó que se desempedrarán las calles de la ciudad, recogiendo las piedras dentro de las casas, para usarlas, en caso necesario, contra el enemigo.

Día 3. Al romper el día se empeñó un vivo fuego de fusilería hácia el barranco existente entre las torres avanzadas de Montjuich y Campdurá. La guerrilla salida de la torre de San Luis desalojó la avanzada que los enemigos tenían en la casa llamada de Torrent. A la orilla izquierda del rio Ter, frente el puentecillo de Salt, construyeron los sitiadores un reducto igual al de la orilla derecha. Nuestros puestos avanzados enviaron á la plaza dos desertores enemigos.

El entusiasmo con que los vecinos de Gerona tomaban voluntariamente parte en su defensa y hasta en las guerrillas y avanzadas, motivó que D. Enrique O-Donell, propusiese al gobernador la formación de una *compañía de reserva patricia*, agregada al regimiento de Ultonia, ofreciendo encargarse de la instrucción de sus individuos.

La jente de Bertrán tuvo en este día una fuerte escaramuza con las avanzadas del enemigo.

Día 4. Apareció un tercer reducto, igual á los otros dos construídos junto al puente del Ter. Los enemigos adelantaron sus avanzadas á tiro corto de fusil, por cuyo motivo hubo mucho fuego, especialmente durante la tarde. Fueron conducidos á la plaza dos desertores enemigos.

Día 5. El derribo, que se estaba realizando, de las casas de la calle extramuros de la Rutlla, dió lugar á un vivo tiroteo con los enemigos que intentaban impedirlo. Sus avanzadas no estuvieron tan próximas, pero no por esto dejó de haber fuego mañana y tarde.

Día 6. Al amanecer atacaron los enemigos á nuestra apostada del camino de Puente Mayor, pero fueron rechazados. Volvieron segunda vez agachados al abrigo de los trigos hasta medio tiro de fusil, pero se vieron obligados también á retroceder. Las avanzadas enemigas se retiraron todavía más á retaguardia, pero los del *Puig den Roca* bajaron y se situaron en las ruinas de una casa derribada desde donde tuvieron tiroteo con nuestras guerrillas.

Día 7. A favor de una espesa niebla los enemigos, al amanecer, intentaron sorprender una guerrilla mandada por D. Pedro Juan Morell teniente del segundo de Barcelona. Este al divisarles, se adelantó echándoles de su puesto y persiguiéndoles hasta la gran guardia que tenían en el manso Gibert del Pla. Como á los enemigos les llegó un refuerzo de caballería, se retiró Morell en buen orden, trabán-

dose un vivo tiroteo. Esta guerrilla se batió con mucha bizarría, sostenida por algunos caballos del escuadrón de San Narciso y por el fuego de la plaza.

De las alturas de Palau Sacosta salió alguna fuerza dirigiéndose hacia el camino de San Feliu de Guixols, donde tuvo un choque con varios somatenes, aunque sin gran pérdida por una y otra parte.

En este día y en los dos anteriores, nuestras avanzadas enviaron á la plaza 13 desertores enemigos.

Día 8. Los enemigos empezaron á construir una batería de morteros en el *Puig den Roca*. Al amanecer atacaron sin resultado á la guerrilla del teniente D. Pedro Ferrer, que operaba más arriba de Pedret. Hubo también un vivo tiroteo en el valle y alturas de San Daniel entre los enemigos y una guerrilla del fuerte de Capuchinos.

La guerrilla de voluntarios al mando del subteniente D. Antonio Pol atacó á otra enemiga que cubría los parapetos del camino de Santa Eugenia sosteniendo un vivo tiroteo. Nuestros somatenes y migueletes atacaron á los enemigos situados en Castellar, haciéndoles replegar á las inmediaciones de la ermita de San Miguel y de casa Estela, dando así lugar á que entraran en la plaza algunos paisanos con víveres y 5.000 pesos fuertes del cuartel general.

Al anochecer los enemigos atacaron la gran guardia establecida en el camino de Francia, pero fueron vigorosamente rechazados y perseguidos por nuestra infantería y caballería, que les obligó á retirarse más allá de Puente Mayor.

Día 9. Al anochecer del día anterior la guerrilla de Ferrer apostada en el puente del *Bou d' or*, sostuvo algún tiroteo con los enemigos. Los sitiadores demostraron bastante actividad en sus trabajos, apesar del vivo fuego de la plaza.

Desde que en el *Diario de Gerona* se publicó el proyecto de O'Donnell para la organización de los paisanos armados, acudieron estos en gran número reclamando el honor de ser los primeros en alistarse. A consecuencia de las conferencias tenidas sobre este asunto se desechó la idea de formar un cuerpo agregado al regimiento de Ultonia, y se resolvió organizarlo con la denominación de *Cruzada gerundense*. Al objeto de que pudiesen sin escrúpulo de conciencia formar parte de ella los eclesiásticos, que lo deseaban vivamente, concedió el obispo la debida autorización publicando al efecto una breve pastoral.

El doctor Rovira con su gente se apoderó de un convoy destinado á los sitiadores, matándoles 20 soldados de infantería y uno de caballería.

Día 10. El enemigo siguió con mucha actividad la construcción de la batería de morteros del *Puig den Roca*, teniendo que sufrir el vivo y certero fuego de la plaza. Las tropas del flanco izquierdo de su línea, situadas en el pueblo de Campdurá, ocuparon las alturas del frente de las torres de San Luis y San Narciso, y empezaron á abrir una trinchera en la altura de Tramont. Estas hicieron un vivo fuego contra tales trabajos y contra una gran guardia que los enemigos establecieron en una casa, que por estar blanqueada, se denominó en lo sucesivo la Casa blanca.

Día 11. Antes del amanecer se apostó la guerrilla Morell en la acequia Monar. Luego que fué de día reconoció el campo y atacó las avanzadas que había delante de Santa Eugenia, que aunque numerosas tuvieron que ceder, hasta que viendo que aumentaban las fuerzas contrarias y la plaza no podía mandar auxilio, se retiró haciendo un vivo fuego. El soldado José Muro dió muerte á otro enemigo de caballería que le acosaba.

Los enemigos trabajaron sin cesar en sus baterías del *Puig den Roca* y de la casa Blanca. Por la tarde entró en la plaza un pequeño convoy de carros y acémilas.

Quedó organizada la Cruzada Gerundense en la siguiente forma:

Compañía de eclesiásticos seculares. — Se componía de un capitán, un teniente, un subteniente, cinco sargentos, ocho cabos y ochenta y siete individuos. *Capitán:* D. Francisco Condóm, canónigo de la colegiata iglesia de San Félix. *Teniente:* D. Antonio Morales, beneficiado de la iglesia catedral. *Subteniente:* D. Francisco Grau, beneficiado de la misma iglesia.

Fué destinada al baluarte de Sarracinas y cortina de San Cristóbal, puntos de mucho riesgo.

Compañía de eclesiásticos regulares. — Se componía de un capitán, un teniente, un subteniente, seis sargentos, seis cabos y ciento tres individuos. *Capitán:* Rdo. P. Fr. Manuel Cúndaro, de la orden de San Francisco de Asis y lector en teología. *Teniente:* Rdo. P. Fr. Tomás Pí, de la orden de Santo Domingo, lector de prima. *Subteniente:* Rdo. P. Fr. Silvestre de Mataró, capuchino, lector de prima.

Tuvo su destino en el baluarte de la Merced.

Primera compañía, ó de estudiantes. — Se componía de un capitán, un teniente, un subteniente, cuatro sargentos, ocho cabos y ochenta y ocho individuos. *Capitán:* D. Valentín Comas. *Teniente:* D. Sebastián Boer y Artolá. *Subteniente:* D. Francisco del Villar.

Fué destinada al baluarte de San Pedro, punto tan interesante como peligroso.

Segunda compañía. — Se componía de un capitán, un teniente, un subteniente, cuatro sargentos, ocho cabos y ochenta y cinco individuos. *Capitán:* D. Antonio Befarás. *Teniente:* D. Rafael Roig. *Subteniente:* D. Antonio Perez.

Se destinó á tener el servicio en el baluarte de Figuerola.

Tercera compañía. — Se componía de un capitán, un teniente, un subteniente, cuatro sargentos, ocho cabos y ochenta y cinco individuos. *Capitán:* D. Epifanio Ruiz de Fortuny. *Teniente:* D. Antonio Nouvilas. *Subteniente:* D. Narciso Bacó.

Hizo el servicio en el baluarte de Santa Cruz.

Cuarta compañía. — Se componía de un capitán, un subteniente, cuatro sargentos, ocho cabos y ciento doce individuos. *Capitán:* D. Ramón de Manresa. *Teniente:* D. Francisco Berga. *Subteniente:* D. Domingo Rigau.

Estuvo destinada á guarnecer el baluarte del gobernador.

Quinta compañía. — Estaba formada por un capitán, un teniente, un subteniente, cuatro sargentos, ocho cabos y ochenta y cinco individuos. *Capitán:* D. Francisco Parés. *Teniente:* D. Ignacio de Feliu. *Subteniente:* D. Juan Costas.

Fué destinada á defender el baluarte de Santa Clara.

Sexta compañía. — Estaba formada por un capitán, un teniente, un subteniente, cuatro sargentos, ocho cabos y ochenta y ocho individuos. *Capitán:* D. Francisco Rovira. *Teniente:* D. Narciso Franquesa. *Subteniente:* D. Juan Sureda.

Compuesta de hortelanos de Gerona y labradores de los pueblos de sus alrededores, prestó sus servicios en el baluarte de San Francisco de Paula.

Publicóse un aviso participando el proyecto que existía de formar con los individuos de la Cruzada que voluntariamente se prestasen á ello, una compañía de *reserva del General*, para estar cons-

tantemente al lado de Alvarez y participar de los principales peligros

Día 12. Unos quince ó veinte franceses que se acercaron durante la noche anterior al baluarte de Santa Cruz, é hicieron fuego á los que estaban en la muralla, causaron una pequeña alarma, moviendo una media hora de tiroteo. El fuego de la plaza y de las torres de San Luis y San Narciso fué más vivo que en los días anteriores y además muy acertado.

El general Alvarez pasó revista á la Cruzada gerundense, formada en el Areny: la examinó en los movimientos de carga y descarga, y manifestó la satisfacción que le cabía y las ventajas que resultarían de unirse con las tropas de la guarnición, para defender la plaza á todo trance y sufrir con resignación el bombardeo que estaba amenazando. Inmediatamente desfilaron las compañías y entraron en la ciudad acompañándoles las músicas de los regimientos de Ultonia y de Borbón.

Fué tan del agrado de los gerundenses el proyecto de la compañía de reserva del general, que enseguida hubo de cerrarse el alistamiento por exceso de voluntarios.

Compañía de reserva del general. — Quedó formada por un capitán, un teniente, un subteniente, cuatro sargentos, ocho cabos y 75 individuos. *Capitán:* D. Francisco Salvador de Delas. *Teniente:* Don Francisco Javier de Perramón. *Subteniente:* D. Jerónimo Ametller, presbítero.

Tenía señalado como punto de residencia, el alojamiento del general Alvarez, que estaba en la casa de Pastors. Su misión era la de acompañar al general y acudir á los puntos atacados y de mayor riesgo, lo que desempeñó con el mayor ardimiento y valor.

La Cruzada gerundense estaba por consiguiente compuesta de nueve compañías, con 9 capitanes, 9 tenientes, 9 subtenientes, 39 sargentos, 70 cabos y 808 individuos: total 994 hombres.

Todos los demás hombres que había en Gerona, así vecinos, como expatriados, tenían igualmente las armas, corriendo á su cargo los lienzos y cortinas de muralla de la plaza en toda su extensión, cuyo penoso servicio cumplieron constantemente con el mayor entusiasmo y decisión. Los niños, viejos y físicamente impedidos, así como las mujeres, trabajaban en la elaboración de cartuchos. La Cru-

zada gerundense ocupaba un tercio de su fuerza en el servicio diario. Por el fuego del enemigo tuvo unas cuarenta bajas entre muertos y heridos. De los oficiales hubo dos muertos, tres heridos y un contuso. Dos tambores se hallaban constantemente de guardia en la casa alojamiento del gobernador, para romper la generala, luego que el toque de alarma señalado por la campana mayor de la catedral indicase los movimientos del enemigo. A este fin establecióse una guardia fija en la torre de dicha iglesia, con un vigía y un cabo con cuatro artilleros, para dar parte durante la noche de los tiros del enemigo, quienes siendo de bomba debían señalarlo en el propio campanario y en el del convento de San Francisco de Asis, y con un solo toque siendo de granada el disparo. Los individuos de la Cruzada gerundense usaban como distintivo una medalla con una cruz, la efigie de San Narciso y las armas de Gerona.

Los somatenes situados en el Castellar, al mando de Marshal, sostuvieron un vivo combate con el enemigo, por la parte de los Angeles, que duró unas tres horas.

Día 13. La guerrilla de Morell causó por la mañana varias bajas á las avanzadas de los enemigos, alarmando sus campamentos del llano.

Los trabajos de la batería contra las torres, continuaron con mucha actividad apesar del fuego de las mismas. Antes del anocheecer se trabó un fuerte tiroteo entre las guerrillas de ambas partes. Nuestras avanzadas condujeron á la plaza 17 soldados alemanes desertores. Por el camino de Castellar entró un pequeño convoy de víveres, 5000 pesos fuertes y la correspondencia de oficio.

En este día quedaron formadas dos brigadas, una de albañiles y canteros, y otra de carpinteros, destinadas á sofocar los incendios y verificar las obras de defensa y resguardo. Estaban constituidas del modo siguiente:

Brigada de albañiles y canteros. — *Pavorde mayor:* Cipriano Almar. — *Pavorde segundo:* Joaquín Torrent, menor. — *Clavario:* Pedro Vidal.

Brigada de carpinteros. — *Pavorde mayor:* Pedro Diví. — *Pavorde segundo:* Manuel Puigpoch. — *Clavario:* Tomás Pagés.

Por disposición del general Alvarez fueron estas brigadas consideradas como séptima y octava compañías de la Cruzada gerunden-

se. Cumplieron con acierto su cometido bajo la dirección del comandante de ingenieros y capitaneados por los prohombres y clavarios, quienes fueron considerados como oficiales de la Cruzada gerundense. Los servicios que prestaron en la extinción de incendios, fueron tan eficaces que excepción hecha del primero ocurrido en el hospital militar, á todos los demás pudo acudir y sofocarse más ó menos, apesar de contarse diariamente en gran número, y de tratarse de un bombardeo como pocas plazas han sufrido igual. Fueron infatigables también en los trabajos de recomponer y defender interiormente las brechas, los cuales tuvieron que hacer muchas veces en medio del fuego de artillería y fusilería del sitiador.

De ambas brigadas se formaron tres secciones, con individuos de los tres oficios, para la extinción de los incendios, situándose la primera en la plazuela del hospital militar, hoy plaza del Grano, para las atenciones del barrio del Mercadal; la segunda en la plaza del Vino para atender desde la puerta del Carmen á las cuatro esquinas; y la tercera en la puerta de la Catedral para el resto de la población.

CAPÍTULO VII

Bombardeo. Ataques contra las torres de S. Luis, S. Narciso y S. Daniel

SUMARIO

Empieza el bombardeo. — Baterías contra San Luis y San Narciso. — Incendio del hospital militar. — Abandono del barrio de Pedret. — Salida contra la batería de Pedret. — Ruína y abandono de las torres de San Luis, San Narciso y San Daniel.

Día 14. A las nueve y media de la noche anterior, volvió á oírse el acostumbrado tránsito de carruages hacia el *Puig den Roca*, pero á la media hora cesó todo ruído, reinando el silencio más profundo.

Cinco minutos después de haber dado las doce en el campanario de la catedral, once intensas y acompasadas detonaciones anunciaron que la batería de morteros, iniciaba su fatal misión. Once líneas de fuego se levantaron, sucesivamente, como rasgando la oscuridad de los cielos. Cayeron y estallaron las primeras bombas, de aquella lluvia de hierro y fuego que tantos meses había de durar, llevando la ruina y el incendio dentro la pequeña ciudad de Gerona.

Tocóse generala. Al sonido de la campana, paisanos y militares, acudieron á ocupar los puestos. La plaza, el castillo de Montjuich y la torre de San Luis contestaron con un fuego bastante vivo, al de la expresada batería. El general Alvarez, seguido de su mayor general, el estado mayor de la plaza y sus ayudantes, recorrió en el acto el recinto y los principales puntos de la plaza. A las cinco de la

madrugada, á causa del bombardeo, el ayuntamiento pasó á instalarse en los claustros de la catedral, donde estaban ya por el propio motivo las juntas gubernativa y económica. Las mujeres, los niños y los hombres inútiles para las armas ó para las obras de defensa, se refugiaron en las iglesias y demás puntos de abrigo, habilitados para resguardarse de las bombas. Los enfermos fueron trasladados á la iglesia de San Pedro de Galligáns, por tener muy buena bóveda. El enemigo continuó el bombardeo con imponente regularidad, arrojando cuarenta bombas cada hora, hasta las diez de la mañana en que menguó algo.

A las cuatro de la misma madrugada, la batería llamada de la Casa Blanca, situada en la altura de Tramont, rompió un fuego vivísimo contra las torres de San Luis y San Narciso, con ocho cañones de á 24 y dos obuses, causando bastante estrago en la primera de dichas torres, sobre todo en las troneras, merlones y en la gola, la cual quedó muy estropeada. Las garitas, escusados y demás edificios sencillos quedaron en un instante arruinados, así como el repuesto de pólvora. Esta batería apagó su fuego á las ocho de la mañana volviendo á empezarlo al medio día, continuándolo hasta el anocheecer, abriendo varios boquetes en ambas torres é inutilizando una pieza en cada una. Era comandante de la torre de San Luis el capitán de Ultonia D. Santiago Noguer y Asprér, y de la de San Narciso D. Gabriel Lesenne capitán de Borbón.

Como las bombas enemigas llevaban estopines, causaron algunos incendios en edificios particulares, reduciendo además á cenizas el grande hospital llamado del rey, situado en la actual plaza del Grano ó de San Francisco, cuyos enfermos hubieron de ser trasladados precipitadamente á otros puntos que se habilitaron como hospitales interinos.

Día 15. A las 11 de la noche anterior avanzó con todo silencio desde Puente Mayor un batallón francés, y atacó la avanzada del arrabal de Pedret, compuesta solo de 40 hombres, quienes se retiraron á la plaza. El sitiador ocupó los molinos nuevos, y el hospital de San Lázaro. Cortó además el camino de Puente Mayor con una grande traversa, que se logró deshacer en parte por el vivo fuego del baluarte de San Pedro y de la torre de San Juan. Los enemigos apostados en el pueblo de Santa Eugenia adelantaron un ramal hasta

cerca del río Güell. Los baluartes del Gobernador y de Santa Clara hicieron mucho fuego sobre este trabajo. Con la ocupación del arrabal de Pedret los sitiadores se extendieron por las alturas inmediatas. Al salir el sol, la batería de la Casa Blanca empezó su fuego contra las torres.

La batería del *Puig den Roca* continuó el bombardeo contra el caserío. Una bomba que entró por una ventana de la catedral, tapiada de mucho tiempo, hizo caer una multitud de piedras dentro del templo, causando la muerte de nueve personas é hiriendo á cinco más. El general Alvarez durante el bombardeo, hizo la ronda por la ciudad, y habiendo visto los estragos que las bombas causaban en los cuarteles, ordenó que el segundo batallón de voluntarios de Barcelona, que se hallaba acuartelado en el colegio tridentino, pasase á situarse debajo de los arcos de la plaza del Vino, donde permaneció durante el resto del sitio, parapetado con los espaldones que formó con las piedras que se habían sacado al desempedrar la espresada plaza.

Al medio día una guerrilla salida de la torre de San Narciso practicó un reconocimiento llegando muy cerca de los trabajadores del campo sitiador.

A las dos de la tarde los enemigos atacaron la torre de San Luis, colocándose las guerrillas á unos quince ó veinte pasos de la misma, resguardadas detrás de los matorrales que allí había. Una columna de quinientos hombres quedó formada en la hondanada de la casa de Torrent, para dar el asalto, al que no se atrevieron, pues al cabo de una hora de fuego se retiraron. Como resultado de esta acción, adelantaron y aumentaron sus centinelas, de modo que para evitar una sorpresa, quedó la torre con el puente levantado.

Día 16. Durante la noche anterior las baterías enemigas hicieron poco fuego, pero sus trabajos fueron continuos. El bombardeo continuó con igual viveza, habiendo disparado el enemigo, desde que rompió el fuego de mortero, 1.150 bombas, la mayor parte de ellas con estopines incendiarios, sin haber conseguido su intento de abrasar la población, gracias á las activas diligencias que se emplearon en apagar los incendios, despreciándose el peligro de las bombas que dirigía el enemigo inmediatamente sobre las casas en que aparecían las llamas.

A las cuatro de la mañana la batería de la Casa Blanca empezó su fuego contra las dos torres, siendo mucho más vivo que en los días anteriores, y también de mayor consideración los daños causados.

Por la parte de Castellar hubo por espacio de dos horas un vivo fuego de fusilería.

Día 17. La guerrilla de Morell tuvo al amanecer un vivo tiro-troteo con las avanzadas enemigas, que perdieron cinco soldados de caballería y más de quince de infantería.

El enemigo reforzó extraordinariamente el espaldón de Pedret, hasta el punto de que no hacían en él efecto alguno los fuegos de la plaza, y tenía ya 30 varas de largo, 14 piés de alto y 20 de espesor. En vista de esto y de que á la orilla del río Ter había un grande acopio de faginas y otros materiales, para construir una batería contra el baluarte y cortina de San Pedro, el general Alvarez ordenó, á propuesta de la junta, una salida para destruir ó retardar tales trabajos. En su consecuencia salió por la puerta de San Pedro el sargento mayor de Ultonia D. Ricardo Macarty, al frente de 450 hombres divididos en dos pequeñas columnas, subiendo por la montaña de Montjuich y siguiendo por encima del arrabal de Pedret. Atacó á los enemigos en sus apostaderos, desalojándolos, arrollándolos, persiguiéndolos, y pasando á cuchillo á cuantos opusieron resistencia. Al llegar sobre el espaldón bajaron precipitadamente y cogieron por la espalda á los que lo guarnecían, degollando á los que intentaron resistirse y cogiendo algunos prisioneros, entre ellos al comandante de aquel puesto.

Durante esta operación, el teniente de Ultonia, D. Silvestre Mondeli, se adelantó por el camino real de Francia con 50 hombres, siguiéndoles un destacamento de zapadores, una brigada de albañiles y carpinteros paisanos provisto de todos los útiles necesarios, un piquete de 10 artilleros con un sargento, llevando lanzafuegos y camisas embreadas, sostenidos por 30 húsares del escuadrón de San Narciso, y mandados todos por el ingeniero comandante D. Guillermo Minali. Llegados al espaldón en el momento en que Macarty acababa de ocuparlo, se pegó fuego á los materiales de la obra mientras los trabajadores la demolían y arrasaban en menos de una hora, echando al río las tierras y materiales.

Acudieron los enemigos en número muy crecido, amparándoles las fuerzas del *Puig den Roca*, de donde bajaron dos cañones que colocaron á la orilla opuesta del Ter á fin de cojer por el flanco á los nuestros. Rompióse un vivísimo fuego por ambas partes adelantando al mismo tiempo los sitiadores varias partidas de caballería desde Puente mayor. Observado este movimiento por Minali, y toda vez que ya estaba cumplido el objeto de la salida, ordenó la retirada que se realizó con el mayor orden y en medio de un espantoso fuego en el que tomaron parte todas las baterías enemigas, á las que contrarrestaron las de la plaza y sus fuertes. Las columnas wesfalianas intentaron varias veces presentar batalla, pero siempre se vieron obligadas á retirarse con mucha pérdida.

Mientras duró la acción, el enemigo que observaba que los albañiles y carpinteros tomaban parte en la salida, redobló el bombardeo hasta el punto de que en el espacio de aquellas dos horas arrojó 210 bombas la mayor parte con estopines incendiarios, que si bien lograron pegar fuego á algunas casas, pudo apagarse por los mismos vecinos. El general Alvarez permaneció constantemente dando órdenes en la puerta de Francia y en el baluarte de San Pedro. Las compañías de Cruzada estuvieron sobre las armas en sus respectivos puntos. La de estudiantes á las órdenes de su capitán D. Valentín Comas que ocupaba el peligroso baluarte de San Pedro, sostuvo un fuego vivísimo con el enemigo. El sargento D. Juan Frigola y los individuos Francisco Perxés, Lorenzo Folgarona y Coll, Pedro Marianedas, José Bisbe y Francisco Orri, salieron voluntariamente á formar parte de la expedición, demostrando tal arrojo, que el general les premió con un escudo de *valor*. Las mujeres de la ciudad tomaron también parte en la acción, corriendo entre una lluvia de bombas y balas á los puntos de mayor peligro, para suministrar cartuchos, aguardiente, agua y demás que necesitaban los defensores de la plaza, á la vez que auxiliaban á los moribundos y recojian á los heridos llevándoles á los hospitales de sangre.

Cuando el comandante de la torre de San Luis observó la salida, ofendió cuanto pudo al enemigo causándole muchas bajas con la metralla y además protegió la retirada de los nuestros haciendo salir á 30 hombres, pero al poco rato se vieron estos atacados por fuerzas muy superiores que les obligaron á retirarse llegando á la torre en

el momento en que iba á levantarse el puente levadizo. Los enemigos guiados y animados por sus jefes llegaron hasta el mismo foso: pero la serenidad y bizarría de sus defensores hizo inútiles los esfuerzos, tomando parte en la defensa hasta los mismos heridos y contusos. Durante el ataque se voló el arcón de municiones de la misma torre produciéndose alguna confusión en aquel reducido recinto, pero bien pronto se recobró la firmeza, animados por los jefes aún en medio de los estragos que el fuego enemigo causaba, pues cada balazo que daba en las ruínas y escombros, producía el efecto de un tiro de metralla. Todos los jefes y oficiales quedaron fuera de combate: quedó muerto D. Carlos Massiá, teniente de Borbón, el subteniente del mismo cuerpo D. José Ballester quedó contuso, el capitán de artillería D. Baudilio Mallol cayó mortalmente herido al lado del comandante, quien quedó también contuso, pero apesar de ello continuó en su puesto. Al cabo de dos horas de combate fué completamente rechazado el enemigo y se retiró con mucha pérdida, siendo de unas 22 bajas la nuestra.

Después de retirado el enemigo, se reunió en el barranco del frente de la torre de San Luis, donde quedaron emboscados unos 400 hombres, regresando los demás á sus respectivos puestos. Luego aumentaron el cordón de centinelas, sosteniéndose un vivo fuego por ambas partes durante el resto del día. La espresada torre con tantos ataques quedó muy mal parada y diezmada su guarnición, temiéndose que sus restos se negarían á continuar la defensa si no se les socorría como era debido y se había reclamado. Avisado de ello el general Alvarez comisionó al teniente coronel D. Blas de Fournás para que obrase de la mejor manera posible. Este jefe subió al castillo de Montjuich, arengó á las tropas, ofreciéndoles premios y recompensas y de este modo logró mudar la guarnición y que ésta se compusiese de voluntarios que el mismo condujo dentro la torre. Al retirarse se llevó la artillería para que no cayera en poder del enemigo, dejando sólo un cañón.

Día 18. El enemigo concluyó su nueva batería, faltándole solo la artillería. La de la Casa Blanca hizo un fuego bastante vivo. Su cordón de centinelas se acercó hasta medio tiro de pistola. La batería de morteros siguió bombardeando la ciudad.

Día 19. La batería de Casa Blanca y la nueva, con 8 cañones

de á 24 y dos obuses hicieron un fuego vivísimo contra la torre de San Luis, la cual quedó arruinada en poco tiempo, por lo que, á las siete la atacaron los enemigos divididos en tres columnas. Llegaron hasta el foso intimando verbalmente la rendición, al mismo tiempo que maniobraban para cortar la retirada al castillo. La guarnición, que había perdido la mitad de su gente, viendo que no tenía medios de defensa, clavó el cañón que ya se hallaba desmontado, y puesta una mecha para volar las pocas municiones que quedaban, salió de aquellas memorables ruínas, y después de media hora de fuego, entró en Montjuich con pérdida de siete hombres. Los enemigos ocuparon la torre con algún recelo, y sin duda pudieron cortar la mecha, pues no voló el repuesto de municiones. Dueños de San Luis se dirigieron sin pérdida de tiempo hácia San Narciso, contra cuya torre habían levantado, en la pasada noche, una batería de tres piezas de á 24 que había empezado á batirla al amanecer. Su comandante que estaba herido se retiró mandando parte de su gente al castillo y dirigiéndose con el resto y arrastrando el cañón, hácia la torre de San Daniel. Acosado por el enemigo, tuvo que abandonar dicha pieza en mitad del camino y salvarse encerrándose precipitadamente en esta torre.

Los comandantes de San Luis y San Narciso bajaron á la población para dar cuenta de lo ocurrido al general Alvarez. Lo primero que éste les dijo, fué que, con arreglo al bando que tenía publicado, los iba á fusilar; ellos respetuosamente, aunque con mucha decisión, le contestaron, que no solo habían llenado todos sus deberes, sino que se habían propasado y excedido.

El general Alvarez reunió á la junta militar exponiendo que los expresados comandantes, tenían orden de defenderse hasta el último trance y sufrir el asalto, y como no lo habían esperado, decretó que quedasen suspendidos de sus empleos y que sirviesen de simples soldados voluntarios, Noguera en Montjuich y Lesenne en San Daniel. La junta tomó diferentes disposiciones para la mejor defensa de dicho castillo, comprendiendo que de él dependía el sostenimiento de la plaza y que el enemigo lo atacaría sin perder momento, nombrándose segundo comandante del mismo á D. Blás de Fournás. Al terminar la sesión los vocales se pusieron de pié, desnudaron sus espadas y cruzándolas con la del general, juraron sostener el castillo de Montjuich á todo trance.

Los capitanes Noguera y Lessene cumplieron el decreto de Alvarez. Instruida después sumaria se les concedió el grado de teniente coronel.

Los somatenes que mandaba Marshal tuvieron un reñido combate con los enemigos en la montaña de los Angeles.

Día 20. El enemigo empezó una batería contra la torre de San Daniel. Esta y el castillo hicieron un fuego muy vivo y certero. En ambos puntos se practicaron diversas obras de defensa y resguardo.

Día 21. El enemigo concluyó la batería contra la torre de San Daniel. A las cuatro de la mañana, rompió el fuego con tres piezas de á 24, causando en pocas horas los mayores estragos. Habiéndose bajado el puente para sacar algunos heridos, creyeron los enemigos que los nuestros se habían retirado, por lo que se presentó una división de granaderos emboscada en las inmediaciones. Esta visita inesperada sobrecojió á algunos bisoños de la guarnición quienes llegaron á abandonarla, dando lugar á que el enemigo avanzara hasta cerca del foso, visto lo cual por los del castillo de Montjuich dirijéronles el fuego de metralla con mucho acierto, logrando contenerles y dar tiempo para que se levantara el puente. El gobernador del castillo mandó dos guerrillas de 30 hombres cada una, que haciendo un vivo fuego y varias descargas sobre la columna enemiga la obligaron á retirarse á la torre de San Narciso con gran precipitación, dejando muchos cadáveres á orillas del foso y llevándose gran número de heridos. La batería enemiga continuó entonces un vivo fuego dirijiéndolo hacia el puente levadizo, inutilizándolo por completo, de modo que para volver á entrar los que habían salido de la torre tuvieron que verificarlo por el foso con escalas, por disposición del gobernador y del segundo comandante de Montjuich, que pasaron á reconocerla y á animar á la gente. Inutilizado el puente, el enemigo continuó sus tiros contra la obra de fábrica, que por su reciente construcción ofrecía muy poca solidez, consiguiendo desmontar la artillería y destruir los parapetos, resultando contusos ó heridos todos los oficiales y parte de los soldados, todo lo cual puso en conocimiento del general Alvarez, el comandante de la torre D. Lorenzo Fitz-Gerald. El general dispuso que los comandantes de artillería é ingenieros pasaran inmediatamente á reconocerla y diesen su dictamen. El segundo de dichos jefes no pudo entrar en la torre por la

falta de puente, por lo que mandó subir por el muro desde el foso con una escalera al ingeniero voluntario D. José Ortega. Durante este reconocimiento la batería enemiga tiró con la mayor viveza y acabó de derruir lo poco que quedaba. Los dos ingenieros informaron luego que la torre no podía sostenerse por más tiempo. En su vista se dió orden al comandante de que se retirase á Montjuich, dejando una mecha encendida. La torre se evacuó después de clavada la artillería, inutilizadas las municiones y quemado todo lo demás que se pudo, bajando al foso por medio de una escalera y pasando por la cañada inmediata. Al poco rato voló el repuesto de pólvora cuya explosión arruinó una parte del muro.

El general Saint-Cyr llegó á las inmediaciones de la plaza con el resto de su ejército y estableció su cuartel general en Fornells. Mandó reforzar las alturas de Campdurá, San Miguel y los Angeles, y destinó un grueso cuerpo de infantería y caballería á la villa de Cassá de la Selva, por cuyo camino habían pasado los pequeños convoyes entrados en la plaza, la cual con semejantes medidas quedó más estrechamente circunvalada.

La división destinada á Cassá de la Selva, atacó á la villa de San Feliu de Guixols, cuyos vecinos, después de un vivo fuego, abandonaron la población que fué bárbaramente saqueada.

CAPÍTULO VIII

Ataques y asaltos de Montjuich

SUMARIO

La batería Imperial. — Acción heroica de Montorró. — La compañía de Santa Bárbara. — La brecha de Montjuich. — Primer asalto. — Queda perfeccionada la brecha. — El grande asalto del día 8 de julio. — Derrota del enemigo. — Voladura de la torre de San Juan.

Día 22. Los enemigos continuaron trabajando en los retrinchamientos de Santa Eugenia á pesar del fuego de los baluartes de Santa Clara y San Francisco de Paula.

A la izquierda de la torre de San Daniel empezaron á construir una batería contra Montjuich. En el camino cubierto que la unía con la de San Narciso, principiaron también otra batería. El castillo hizo un vivo fuego sobre tales obras.

Día 23. El sitiador siguió con mucha actividad sus trabajos, apesar del vivo fuego que sobre ellos se hizo. El bombardeo siguió con el mismo estrago. Iban arrojadas al empezar este día sobre 5.000 bombas.

El Dr. Rovira con sus migueletes y somatenes, se apoderó, cerca de Castellfollit, de 120 caballos y un convoy de carretas del enemigo.

Día 24. La guerrilla de Pol se tiroteó durante la noche con los enemigos matándoles un soldado é hiriéndoles un caballo. El bombardeo causó muchas desgracias en el caserío. Una bomba que cayó

sobre la bóveda de la catedral, hizo saltar una piedra sillar de tres pies de largo que cayó en la iglesia sin causar daño. Los propios que salieron en este día de la plaza, tuvieron que retroceder por hallar cerrados todos los pasos. Algunos de los que intentaron introducirse en la ciudad con pliegos del exterior, cayeron en poder del enemigo y fueron ahorcados.

Se reunió la junta general con asistencia del obispo, acordándose que las cofradías, congregaciones y corporaciones entregasen en el término de un día, toda la plata que tuviesen, sin más excepción que los cálices, patenas, custodias y copones.

Las fuerzas de Rovira atacaron la brigada Guillot, causándole una pérdida de 200 hombres y obligándola á encerrarse en el monasterio de Bañolas.

Día 25. Durante la noche anterior, la guerrilla de Morell, se tiroteó con las del sitiador, causándoles algunas bajas.

Se trabajó con mucha actividad en los reparos.

A las cinco de la mañana una batería con tres morteros, escondida en una hondanada entre las torres de San Luis y San Narciso, por cuyo motivo no se había observado su construcción, empezó su fuego. La otra batería de la izquierda de la torre de San Daniel quedó acabada, teniendo dos obuses y rompió el fuego también muy de mañana, pero el castillo la hizo callar. La batería más inmediata á la torre de San Narciso apareció igualmente terminada, pero sin artillería. Cuatro morteros de la batería de casa Roca arrojaron sus bombas contra el castillo. Los demás continuaron bombardeando la población.

Día 26. Durante la noche se trabajó en Montjuich. Lo propio hizo el enemigo, colocando dos cañones en el espaldón de San Luis, que rompieron el fuego junto con las demás baterías.

Día 27. Durante la noche anterior la guerrilla de Morell atacó á las avanzadas enemigas en combinación con la artillería de la plaza. Causó una alarma general en su campamento, logrando ponerles sobre las armas y hacerles esconder un violento que tenían en Santa Eugenia. Morell al retirarse les quemó cinco barracas.

El enemigo hizo fuego con todas sus baterías, las cuales quedaron muy destrozadas por nuestra artillería.

Durante la tarde la guerrilla de Pol, alarmó nuevamente los

campamentos del llano, causándoles varios muertos y heridos y pegándoles fuego por tres veces á sus barracas.

El capitán del primer tercio de Gerona D. Pedro Boada y Bó, salió del fuerte de Capuchinos con una guerrilla, con el fin de impedir que los enemigos se apoderasen de una porción de ganado que había en el Manso Centiller. Con este motivo sostuvo algún tiroteo causándoles ocho bajas y obligándoles á retirarse. Con la guerrilla iban tres frailes franciscanos que se batieron con mucho ardor.

Hubo aquella tarde una gran tormenta de lluvia y granizo, que paralizó los fuegos de ambas partes. El enemigo durante el temporal, reforzó sus puntos de ataque con 3.000 hombres que se mantuvieron siempre sobre las armas. Al cesar, se notó mucho movimiento en sus puestos, habiendo sufrido grandes desperfectos sus trabajos, llenándoseles de agua las trincheras é inutilizándoseles gran cantidad de municiones, de manera que su fuego no fué tan violento en lo restante del día. Las obras inmediatas á Santa Eugenia fueron las que más daño experimentaron, por haber el río Güell inundado aquella parte del llano.

El gran número de enfermos y heridos, exigía la instalación de nuevos hospitales. Como los edificios de la población se hallaban arruinados y la mayoría no estaban á prueba de bomba, se habilitaron algunas capillas de la iglesia catedral. La junta publicó un pregón para que los vecinos entregaran colchones, sábanas y demás útiles necesarios, y como se recojieron bastantes, en este día quedó instalado ya el nuevo hospital.

La gente del domero de Llorá sostuvo un vivo fuego con el campamento enemigo de Domeny.

Día 28. Las baterías enemigas, reparadas durante la noche, hicieron un fuego muy acertado. El castillo lo hizo también muy vivo, auxiliado por la plaza y los fuertes. El bombardeo de la ciudad fué terrible, arruinando varias casas. Una bomba rompió el blindaje que cubría la puerta de la bóveda en donde se hallaba el General Alvarez con su familia y reventó en dicha bóveda sin causar otro daño que herir levemente al maestro mayor de la fortificación.

El heroico espectáculo que desde el 20 de junio de 1808 estaban dando las mujeres de Gerona, asistiendo voluntariamente á los puntos de mayor peligro, para llevar víveres, refrescos y municiones á

los defensores de Gerona y asistir á los heridos y conducirlos á los hospitales, hizo sugerir á ellas mismas la idea de que podían organizar una compañía dividida en escuadras. Aceptado el pensamiento con entusiasmo por el general Alvarez, lo puso en conocimiento del capitán general, creyendo que necesitaba su autorización por tratarse de un cuerpo que había de tener carácter militar. Obtenida la aprobación del superior, publicóse un edicto abriendo el alistamiento más notable que hayan visto jamás los siglos.

Día 29. Reinó un temporal deshecho. El enemigo hizo un fuego muy vivo por haber notado que durante la noche era cuando con mayor actividad se reponían los desperfectos. Nuestra artillería le desmontó algunas piezas.

La batería de morteros de casa Roca hizo un fuego muy violento. Cerca la misma empezó el enemigo otra capaz para seis ú ocho piezas. Se notó como en los días anteriores, un trabajo muy activo, sobre todo de noche, á la izquierda de la torre de San Luis, ocultado por el fuego de un cordón de centinelas. Eran las obras preliminares para una gran batería de 22 piezas, á la cual, antes de nacer, bautizó el enemigo con el pomposo título de la *Imperial*.

Día 30. En la tarde anterior, la guerrilla de Pol, atacó á la avanzada enemiga del llano, desalojándola, destruyéndole seis barracas y matándole seis soldados de á pie, con uno de á caballo herido. A las dos de la madrugada tuvo que retirarse por la superioridad de las fuerzas que le acometieron á la bayoneta. Por la mañana tuvo nuevo tiroteo causando dos muertos al enemigo. Al amanecer se descubrió mejor el trabajo del sitiador para su batería *Imperial*, viéndose que había construído una larga pared de piedra en seco.

Habiendo intentado hacer fuego la batería situada cerca de la torre de S. Narciso, el castillo la hizo callar inmediatamente. El bombardeo contra la ciudad, continuó con la misma furia de siempre.

Día 1.º de julio. La gerrilla de Morell mató tres soldados enemigos é hizo dos prisioneros.

Entre el estruendo de un violento bombardeo reparó el enemigo sus baterías contra Montjuich, con las cuales rompió un fuego vivísimo.

El castillo contestó de igual manera, pero el estrago resultó gran-

de quedando en poco tiempo inutilizada nuestra artillería que hubo de callar.

Día 2. El enemigo concluyó la pared en seco cercana á San Luis. El castillo y la plaza hicieron mucho fuego, desbaratándola en parte.

Los aprestos del enemigo eran verdaderamente formidables y capaces de poner en alarma á cualquier plaza sitiada. Persuadido Saint-Cyr de que era el momento más oportuno para proponer una capitulación, comisionó al general de ingenieros, Kirgener, Barón de Planta, quien se acercó á nuestra gran guardia del llano, y al llegar á cierta distancia despachó un trompeta, acompañando á un marinero voluntario nuestro agregado á la artillería de la plaza que había caído prisionero, á quien entregó un pliego, dándole además algunas instrucciones acerca el sitio en que aguardaría la contestación. Recojieron nuestras avanzadas al marinero y le acompañaron hasta la ciudad, en la cual notándose esta novedad y circulando rápidamente la noticia, se alborotaron los ánimos de tal modo que en el momento de entrar se vió el portador del pliego rodeado de multitud de gentes que le acompañaron hasta la puerta del alojamiento del general, llenando por completo la plaza, ó sea la del pié de la grande escalera de la Catedral.

La comunicación del general Kirgener estaba concebida en los siguientes términos: «Tengo el honor de preveniros, que estoy autorizado por S. E. el conde de Saint-Cyr general en jefe del ejército francés, para oír las proposiciones que vos podréis tener que hacer en las circunstancias en que os halláis. Yo os convido pues, á venir ó á enviar uno de vuestros oficiales superiores que merezca toda vuestra confianza, para conferenciar conmigo en las avanzadas, en donde me ha dejado el prisionero que lleva esta carta. Y para evitar toda falsa interpretación, podréis agregar un miembro de la junta, y uno de los principales sugetos del clero. — P. D. Aguardaré la respuesta hasta las diez ».

El pueblo, aunque ignoraba el contenido del pliego que había visto llevar, comprendía bien que era una proposición para entrar en tratos con el sitiador, y esta sola idea le sublevaba, de modo que empezó á dar pruebas de su impaciencia. El general Alvarez comprendió al punto la ansiedad de la multitud y para calmarla tuvo la

feliz ocurrencia de mandar fijar en la parte exterior de la puerta, el bando imponiendo pena de la vida al que profiriese la voz de rendirse ó capitular. Trocóse entonces la ansiedad del pueblo en frenético entusiasmo, vitoreando al general y à Fernando VII, retirándose bien convencido de que no se daría oídos à las proposiciones enemigas.

La contestación del general Alvarez, enérgica como todos sus escritos, estaba concebida en los siguientes términos: «Nada tengo que tratar con V. E.; conozco sobradamente sus intenciones, y para lo sucesivo sepa V. E. que no admitiré, ni tendré consideración à parlamentario, ni trompeta alguno de su ejército. — Esto digo à V. E. en contestación à su papel de hoy».

Esta contestación se entregó à los primeros centinelas enemigos, pero para llevarla fué necesario valerse de un paisano, pues el marinero se negó à regresar al campo sitiador y se quedó haciendo el servicio en su misma compañía de artilleros.

Día 3. La guerrilla de Morell causó à los enemigos un muerto y tres heridos. El enemigo trabajó con actividad desusada, logrando concluir su batería *imperial*. Tenía gran confianza en ella creyendo que su vista amedrentaría à los defensores del castillo, hasta hacerles abandonar la fortaleza. A fuerza de días y trabajo había reunido Verdier 80.000 sacos llenos de tierra, en la cañada al norte de la torre de San Luis. Las lluvias de los días anteriores malograron mucho tan extraordinario acopio, convirtiendo en barro la tierra en los sacos recojida. Esta batería, debía ocupar todo el ancho de la meseta en el espacio opuesto al frente de ataque del castillo de Montjuich, teniendo 120 metros de extensión, 6 de espesor y 2'30 de altura, y 22 piezas, apoyándose en la torre de San Luis.

Al amanecer apareció rebajada la pared y asomó la batería imperial, que fué examinada enseguida con la mayor detención por los jefes de la guarnición del castillo. Desde el frente atacado tenía la figura de un arco de círculo visto por su concavidad y distaba unas cuatrocientas varas solamente de la izquierda del recinto del norte de Montjuich. Las últimas troneras más hácia Pedret no estaban del todo perfeccionadas, observándose que trabajaban activamente en concluir las durante la primera luz del crepúsculo.

A las cinco de la mañana subieron à dicha batería 2.000 hom-

bres que se formaron en línea, y á una señal hicieron una descarga general junto con las piezas de la batería, á manera de salva. Prorumpieron en grandes vivas al emperador, con muchos gritos y algazara. Retirada la tropa siguió la batería atacando á Montjuich con 17 piezas, haciendo lo propio las baterías anteriores, incluso la de morteros de casa Roca, de todo lo que resultó un fuego extraordinario é imponente, quedando bien pronto apagados los del castillo.

Una bala de cañón derribó la bandera colocada en el baluarte batido, cayendo al fosó y quedando sepultada entre los escombros del muro que formaban ya una rampa practicable. D. Mariano Montorró, subteniente del primer tercio de migueletes de Vich, sintiendo bullir su sangre española, pidió y obtuvo permiso para recoger aquella enseña. Bajó por la rampa, cojió la bandera, levantóla desplegada enseñándola al enemigo, subió por el mismo sitio y la enarboló nuevamente sobre el baluarte. Envidioso el enemigo de una acción tan heróica, quiso ahogarla con una inmensa lluvia de balas de cañón y de fusil que cubrieron de escombros á tan bravo oficial, en su difícil movimiento de subir y bajar por un montón deleznable de ruínas. El general Alvarez premió esta azaña confiriendo á Montorró el grado de teniente.

La plaza y los demás fuertes dirijieron sus fuegos á la batería imperial, á pesar de lo cual causó grandes estragos.

Los comandantes de artillería é ingenieros subieron al castillo y dispusieron que se retirasen las piezas á la gola del baluarte batido, y se abriese una cortadura para la defensa de la brecha que empezaba á formarse.

El enemigo empezó una batería en el derrame de la montaña de Roca, por la parte del río, ocultándola con mucho ramaje.

Quedó organizada la Compañía de Santa Bárbara, en la siguiente forma:

Escuadra primera ó de San Narciso. Fué elegida comandante de la misma, D.^a Lucia Jonama y Bellsolá, hija del tendero ó comerciante de Gerona D. José Jonama. Estaba casada con D. Latino Fitz-Gerald, capitán del regimiento de Ultonia. En 1808, cuando el sitio de Rosas, se hallaba este de gobernador interino del fuerte Trinidad, y llevada D.^a Lucia Jonama de su varonil carácter, quiso compartir con su esposo las penalidades del sitio y el día del asalto

suplió con otras señoras la falta de cirujano, tomando á su cargo la curación de los heridos. Por Real decreto de 24 de noviembre de 1817 se le concedió el uso de la cruz de los defensores de Gerona.

Esta escuadra se componía de dos sargentinas, dos escuadristas y treinta individuos. Le fué señalado como punto la plaza de San Pedro, para atender á la batería de San Narciso, baluarte de San Pedro, baluarte de Sarracinas, y puestos intermedios hasta la puerta de San Cristóbal inclusive.

De la *escuadra segunda ó de Santa Eulalia* era comandanta Doña María Custí.

Se componía de dos sargentinas, dos escuadristas y 31 individuos. Su puesto fué la plaza del Mercadal para atender á los baluartes de Figuerola y Santa Cruz y sus cortinas de muralla hasta pasado el convento de San Agustín.

De la *escuadra tercera ó de Santa Dorotea* fué elegida comandanta D.^a María Angela Vivern, soltera de 22 años. Se distinguió por su intrepidez, asistiendo voluntariamente en los baluartes de San Pedro y Figuerola en los momentos en que eran más furiosamente batidos por la artillería enemiga. Varias veces por vía de distracción pegó fuego á los cañones, haciéndolo con uno de á 24 en el mismo baluarte atacado del castillo de Montjuich, apesar de que en aquel momento hacía fuego en brecha la batería imperial. Subió en diversas ocasiones á las torres avanzadas de dicho castillo cuando estaban atacadas, llevando refrescos á sus defensores y socorriendo á los heridos. El día 10 de Agosto, anterior al del abandono de Montjuich, subió al mismo durante la salida que se llevó á cabo y se mantuvo allí mientras pudo ser útil, despreciando con la mayor serenidad el horroroso fuego del enemigo. Cuando la organización de la Cruzada gerundense, presentó un hombre para que sirviese por ella, por no permitírsele hacerlo personalmente.

Componían esta escuadra, dos sargentinas, dos escuadristas y 32 individuos. Fué destinada á la plaza del Vino, para asistir al puente de San Francisco, baluarte de la Merced y trozos de muralla desde el mismo hasta el cuartel de Alemanes.

De la *cuarta escuadra ó de la Concepción*, era comandanta doña Raimunda de Nouvilas, contando con dos sargentinas, dos escuadristas y 29 individuos.

Le fué designado como punto la plaza del Hospicio, para atender á los baluartes de San Francisco de Paula, Santa Clara, Gobernador y cortinas de muralla intermedias.

Muchas de estas mujeres fueron premiadas por el general Alvarez con escudos de valor ó de distinción. Tuvo esta compañía durante el sitio cinco muertas y once heridas. Otras muchas mujeres no alistadas, prestaron los mismos servicios que estaban encomendados á la compañía de Santa Bárbara, especialmente en momentos de ataque.

El gobierno de la nación no supo honrar el mérito de estas heroínas, únicas en los fastos de la historia.

Día 4. Durante la noche anterior el comandante de los ingenieros franceses, logró practicar un reconocimiento en la brecha de Montjuich, conceptuándola practicable.

Retiróse la artillería del baluarte de Montjuich batido por la *Imperial*, colocando un mortero detrás de un espaldón. Concluida esta maniobra se empezó la cortadura, y se construyó una banquetta en escalones con pipas, barriles y sacos llenos de tierra coronada con una fila de sacos, á tres de grueso.

Por la mañana se relevaron los trabajadores que hubieron de sufrir una lluvia de balas, bombas y granadas. Quedó arruinado casi todo el muro desde la altura de la contra escarpa arriba y arrasado el parapeto. Los escombros y ruinas formaban al anochecer una rampa hasta más de la mitad del foso quedando así practicable la brecha con una anchura de doce metros. Por la tarde se cortó la comunicación del baluarte batido con la plaza de armas del castillo, por medio de un parapeto delante del cual se abrió un foso y se dejó un claro ó abertura para el paso de la tropa.

Los fuegos enemigos y los de la plaza y sus fuertes, formaban un estruendo horrible y espantoso, cual no se había oído ningún día. Inició los suyos con cuatro cañones, la nueva batería del *Puig den Roca*.

Para impedir que el enemigo se apoderase del ganado que había en las inmediaciones del fuerte de Capuchinos, se verificó una salida al mando del capitán D. Pedro Boada y Bó, con 25 hombres á los cuales se juntaron voluntariamente Fr. Rafael Orri, Fr. Francisco Bosch y Fr. Alberto Armadá, religiosos franciscanos, jóvenes de valor, que se batieron con mucha intrepidez y bizarría.

Día 5. A las diez y cuarto de la noche anterior, dos columnas enemigas de unos mil hombres cada una, se presentaron con mucho silencio delante del frente batido del castillo de Montjuich, con la intención de tomarlo por sorpresa y asalto. Al *quien vive* de nuestros centinelas, contestaron *Francia*, rompiendo enseguida un vivo fuego de fusil. Coronose al momento el recinto y se dispusieron las granadas de mano, sacos á foso, barriles fulminantes y demás fuegos artificiales convenientes para el caso, contestándose además el ataque con un vivo fuego de cañón, obús, mortero y fusil.

Advertido en la plaza el ataque de Montjuich, se tocó generala y todo el mundo, paisanos y soldados, frailes y sacerdotes, mujeres y niños acudieron á sus puestos.

Mientras tanto los asaltantes del castillo continuaban con la mayor decisión su empresa. Una de las dos expresadas columnas entró en el camino cubierto, que la guarnición por falta de gente no tenía ocupado, y parte bajó al foso con escalas, prevenida de los útiles necesarios para allanar la brecha y dar el asalto. La otra columna se colocó en frente del rebellín y empezó un vivo fuego. Fué entonces el momento culminante. El castillo además de su nutrido fuego, disparó continuamente balas de iluminación al campo enemigo y pudiendo con ello hacer puntería, rompieron un vivísimo fuego los baluartes de la plaza y la torre de San Juan, así de mortero como de obús, habiéndose visto caer muchas bombas y granadas en medio de los enemigos, y observándose que estos retiraban del glacis gran número de heridos.

Un obús que oportunamente se había colocado en el tambor que cubría la puerta de la poterna, hizo un vivo fuego de metralla sobre los asaltantes durante el ataque. El sargento primero del regimiento de Ultonia Juan Saez que con una porción de granaderos del mismo cuerpo se hallaba trabajando en la cortadura, se formó con ellos sobre la cresta de la brecha á cuerpo descubierto y permaneció en ella hasta que cesó el ataque.

Por fin, después de media hora de un combate violento, los enemigos se retiraron con precipitación, abandonando muchos muertos en el foso y camino cubierto, y dejando multitud de útiles, escalas, morriones, fusiles y demás despojos militares.

El general Alvarez subió aquella mañana á Montjuich y con una

jovialidad muy rara en él, elogió grandemente la conducta de los defensores y al ofrecerles su protección, habló particularmente á muchos y hasta llegó á chancearse con algunos, sobre las peripecias del asalto. Los demás días acostumbraba subir también al medio día para enterarse del estado del fuerte y animar á la guarnición.

Durante el día el fuego fué por ambas partes, más horroroso que el anterior. La batería imperial amaneció completa, con 20 cañones y 2 obuses todos de gran calibre, haciendo grande estrago.

La brigada enemiga de Fontana se apoderó de la villa de Palamós, saqueándola y cometiendo los demás excesos que les eran habituales.

Laporta y Rovira atacaron á un batallón francés que cubría el camino de Figueras á Francia, obligándole á encerrarse en Bellagarde.

Día 6. El fuego del enemigo fué violentísimo. El bombardeo causó como siempre mucho estrago. Se notó la construcción de otra batería en la torre de San Luis.

Sin embargo de que según su instituto las mujeres de la compañía de Santa Bárbara debían únicamente hacer el servicio en los baluartes y muralla de la ciudad, hubo muchísimas que se ofrecieron á hacerlo en el castillo de Montjuich y en los demás fuertes. Esta bizarra resolución, que asombró á los mismos jefes militares, se comunicó al general Alvarez. Pasmóse el general no creyendo que pudiese haber tamaño entusiasmo, y quedó firmemente asegurado de que todo era heroico en la ciudad que defendía. Sin embargo no creyó oportuno admitir tan bizarro ofrecimiento.

Día 7. La guerrilla de Morell causó al enemigo tres heridos de infantería y otro de caballería.

Durante la noche se trabajó, como en todas, con la mayor actividad, en el castillo de Montjuich. Como no fué posible apartar las ruinas del pie del muro batido, quedaba una rampa de 52 varas de largo. Para dificultar el asalto, se coronó el foso de la cortadura con una hilera de caballos de frisa y se colocaron por delante algunas mantas ó tablas con puntas de hierro bien atadas entre sí.

El enemigo trabajó también con mucha actividad observándose al amanecer que había construído algunas traversas ó espaldones. Su batería nueva empezó por la mañana á hacer fuego contra el castillo, con dos cañones de á 24.

Los fuegos de ambas partes fueron aun más vivos llegando á producir un estruendo infernal. La brecha del baluarte atacado quedó del todo accesible, cabiendo en ella más de 50 hombres de frente y siendo imposible limpiar su foso.

Después de anochecido y aprovechando la oscuridad que reinaba salió de la plaza el teniente coronel graduado D. Gabriel Lesenne, para pasar á Tarragona y enterar al capitán general del estado de las obras de ataque del enemigo contra la plaza y el castillo, de sus rápidos progresos, y de la urgentísima necesidad de reforzar la guarnición.

Se publicó un bando del general Alvarez, invitando á los vecinos á entregar los trapos que tuviesen para los tacos de artillería, lo que gustosamente verificaron enseguida.

Día 8. Desde que el sitiador vió frustrado su ataque de la noche del 4 al 5 comprendió que la empresa de tomar el castillo de Montjuich á viva fuerza, era árdua y exigía un sacrificio muy grande. Acordó pues el asalto para este día, destinándose para ello un batallón del 16 de línea francés, otro del 32 ligero y todas las compañías de preferencia de su ejército, además de la masa auxiliar y de reserva. Para la cabeza se destinaron los granaderos más valientes y los velites más atrevidos, sirviéndoles de guías ó vanguardia á modo de tiradores los 70 sargentos reputados como más arrojados, que voluntariamente se ofrecieron mediante la promesa de que al terminar el asalto serían oficiales. El mando de la operación se encargó al general Chabot, segundo jefe del cuerpo de ingenieros del sitio, y la dirección de la columna asaltante se confió al coronel de Berg, Muff. Todo quedó preparado con el mayor disimulo, entre el estruendo de las baterías. Los seis mil hombres que debían entrar en combate se repartieron en ocho divisiones: tres de ellas se situaron delante del rebellín y frente batido del castillo; otras dos, desde el baluarte llamado de la bandera en el mismo frente ó sea el de la brecha que iba á asaltarse, hasta el de la derecha; y las restantes desde el de la bandera hasta el baluarte vacío, y desde el de la derecha hasta el de San Daniel. La idea era de impedir la retirada. Asaltar á Montjuich y degollar la guarnición, para que con el terror, capitulara la plaza.

A las tres de la mañana reinando aun la oscuridad, y á la señal

dada con diez cañonazos, simuló el enemigo un vivísimo ataque desde la torre de San Daniel, con la mira de lograr que la guarnición del castillo, corriéndose hacia aquel punto, dejara sin refuerzo á los que iban á ser atacados. Al oír dicha señal pusiéronse en marcha los enemigos á la vez hacia sus frentes, y la columna destinada al asalto avanzó al paso de ataque, con orden de no disparar un tiro y valerse solo de la bayoneta.

Los defensores del castillo no se dejaron sorprender. Dado el aviso por las escuchas del rebellín, púsose la guarnición sobre las armas, con el mayor silencio, y cada cual ocupó su sitio. Los granaderos de Ultonia, como cuerpo más antiguo, defendían el frente de la brecha detrás de la primera cortadura en la que había un mortero bajo el mando del capitán de artillería D. José Taberner. Los granaderos de Borbón, sostenidos por un cañón, que flanqueaba la cortadura principal, y mandaba el teniente D. José Medrano, se colocaron en la cortina para batir al enemigo por el flanco. A retaguardia de los granaderos de Ultonia y Borbón, había una fuerza de 60 hombres, para ir reemplazándoles en sus bajas. La restante fuerza de infantería estaba repartida en las cortinas y otros puntos, excepto el pequeño cuerpo de reserva situado en el centro de la plaza del castillo á las órdenes del gobernador del mismo. En el baluarte de la derecha del frente batido, había un cañón que flanqueaba el foso y la brecha, á las órdenes de D. José Puig, capitán del primer tercio de migueletes de Gerona, agregado á la artillería. En el flanco del baluarte vacío que miraba al baluarte batido en brecha, había un obús mandado por un sargento para disparar contra los enemigos que intentasen bajar al foso por la izquierda del baluarte batido. Detrás de la segunda cortadura estaban colocados un obús y dos cañones, mirando la rampa del baluarte. En el tambor de la poterna que salía al puente del rebellín había un obús que flanqueaba la brecha por la parte del foso y la plaza de armas del camino cubierto, y que por falta de oficiales y sargentos, mandaba un cabo. Se había igualmente colocado en el rebellín otro obús.

En esta disposición estaban los defensores del castillo, cuando las columnas enemigas, llegando á medio tiro de pistola, rompieron un vivísimo fuego de fusilería, mientras los 70 sargentos tiradores, seguidos por los velites napolitanos y cerrados por una fuerte colum-

na de granaderos, se arrojaron al camino cubierto, bajaron al foso valiéndose de escalas, y formando una apiñada masa, subieron decididamente por la brecha. Entablóse un combate cuerpo á cuerpo, sangriento y mortífero. Con la superioridad del número lograron los más valientes llegar á la cima y formarse en ella en número de unos 40 á las órdenes de un capitán de granaderos que fué el primero en subir, y animaba con la palabra y el ejemplo á sus soldados.

La guarnición contestó con descargas cerradas al fuego enemigo, y con tanta serenidad y puntería, que causaron los mayores estragos. La artillería del tambor y del rebellín cargada hasta la boca con cartuchos de fusil, sembró la muerte entre los que estaban en el foso, quienes tuvieron que sufrir también el fuego de una multitud de granadas de mano, barriles de pólvora, frascos incendiarios, bombas, granadas reales y cuantos elementos de destrucción había inventado el hombre para tales lances.

Los que habían subido la brecha, engrosados por otros que con igual valor les habían imitado, se adelantaron decididos, pero fueron recibidos por el fuego de cortadura. Al ver que tenían que pasar por sobre esta defensa, con la que no contaban, manifestaron en sus semblantes lá más horrible sorpresa y estuvieron vacilando si retrocederían ó seguirían adelante.

Oyóse en este instante una espantosa detonación que hizo retemblar toda aquella parte del castillo. Era el inmediato repuesto de municiones que acababa de volar. Nuestros soldados obedeciendo al primer impulso del natural instinto, iniciaron un movimiento de retroceso en aquel crítico punto, pero el capitán de Ultonia D. Miguel Piersón y el teniente D. José Colubí con trece soldados decididos se mantuvieron en la cortadura encontrando el primero una muerte gloriosa entre las bayonetas francesas.

Como si el estruendo de la voladura fuese la señal de la victoria, apareció entre la humareda, el segundo comandante del castillo don Blas de Fournás, blandiendo la espada, á la cabeza de una parte de la pequeña reserva, animando con la voz, hasta quedar afónico, á los soldados. Al paso de ataque embistió al enemigo en la misma brecha, y tras sangrienta pelea á la bayoneta, cuerpo á cuerpo, lo echó al foso.

No desmayó empero con este primer contratiempo. A los prime-

ros rayos del sol, acudieron dos columnas más. La una atacó el rebellín asaltándolo con multitud de escalas, con las que rodeó su muro. La otra bajó al foso auxiliando á los que habían sido arrojados de la brecha atacándola segunda vez. Tanta serenidad tuvieron estas fuerzas, que haciéndose cargo de cuan terrible había sido el fuego de flanco que les había hecho el rebellín, plantaron escalas al puente de comunicación y empezaron á subir. Los que habían atacado los dos baluartes del frente batido, incomodados por la artillería que no pensaban encontrar en ellos, y creyendo que la guarnición estaba toda en los puntos atacados, se corrieron hácia las cortinas inmediatas y baluartes de uno y otro lado del castillo, buscando un punto débil ó mal guardado para asaltarlo también. Pero todo fué inútil, no había puesto descuido y todos habían sido reforzados con la pequeña reserva, y en cambio se encontraron con nuevos fuegos de artillería que no esperaban, y tan bien dirigidos como los primeros que les diezmaron á porfía.

D. Juan de Candi, capitán del regimiento de Borbón y comandante del rebellín, estaba herido en la cabeza, pero conservó la serenidad. Lejos de retirarse, dictó acertadas disposiciones y con su ejemplo infundió tal ánimo en su escasa guarnición, que se defendió con todo heroísmo, á pesar de ser casi tantas las escalas como los defensores. Rechazáronse los que escalaban, quienes poseídos de admiración y espanto al ver tan obstinada resistencia, se retiraron en desorden.

No sabían los sitiadores darse cuenta de su derrota, mejor dicho, no se avenían á sufrirla, y sus caudillos llenos de desesperación, los reunieron nuevamente volviéndoles á la pelea. Encendióse por tercera vez la lucha, pero los enemigos no se atrevieron á pasar del camino cubierto. Sostuviéronse un momento, más, convencidos de que eran impotentes para conquistar aquellas ruínas, á pesar de ser tan pocos los defensores, emprendiendo la fuga, corriendo con la mayor precipitación á encerrarse en sus trincheras, dejando la brecha, el foso, el camino cubierto y todos los alrededores llenos de cadáveres, fusiles, sables, escalas y toda clase de útiles y trofeos militares. Tres horas había durado el asalto.

La pérdida del enemigo fué extraordinaria, y sensible por cuanto recayó en sus mejores tropas. Quedaron heridos Chabot y Muff, y

muertos ó heridos casi todos los oficiales. Los setenta sargentos que iban de tiradores, murieron todos. Más de cien cadáveres se contaron en la brecha y 130 todos de granaderos al pié de la rampa de la misma. El enemigo tuvo más de tres mil bajas. Nuestra pérdida fué de 110 hombres.

El enemigo además de los fuegos de Montjuich tuvo que sufrir los de la plaza, pues en ella se tocó desde el primer momento á ganarla y á somatén, cubriendo enseguida sus puestos, así los paisanos como los militares y también las mujeres de la compañía de Santa Bárbara. Los baluartes de la plaza, la torre Gironella, la de San Juan y el fuerte de Condestable, durante el avance de las columnas asaltantes hicieron contra ellas, un fuego muy vivo y acertado de mortero y de cañón, dirigiendo la puntería á favor de las balas de iluminación que disparaba el castillo. Iguales fuegos hicieron al retirarse el enemigo á sus trincheras.

Con las pocas tropas que quedaron sin tener lugar señalado en la ciudad, formóse una pequeña reserva en la plaza de San Pedro por si hubiese convenido acudir en auxilio del castillo. Durante el asalto, el enemigo bombardeó furiosamente la población.

Concluído el ataque el general Alvarez subió al castillo con uno de sus ayudantes, el ingeniero comandante, la compañía de reserva de la Cruzada, una sección de la de Santa Bárbara y 100 soldados con los que reforzó aquella guarnición. Dió el general las gracias al gobernador y á todos los defensores de Montjuich por el valor, bizarría y serenidad con que se había portado en tan señalado y glorioso combate, repartiendo entre los soldados todo el dinero que llevaba. La partida de mujeres de la compañía de Santa Bárbara que acompañó al general, despreciando el fuego enemigo, se empleó en aliviar á los heridos.

Apenas terminado el combate, ó sea á las siete de la mañana, se voló la torre de San Juan por imprudencia de un artillero que entró con una vela encendida en el repuesto de pólvora. Su explosión no fué de las más estrepitosas, pero cayeron sus muros y bóvedas, quedando convertida en un montón de ruinas, debajo de las cuales quedó sepultada una parte de su guarnición. El resto se salvó gracias á hallarse de guerrilla. Esta torre era de mucha utilidad para la defensa del castillo, del baluarte de San Pedro y de las baterías

llamadas de San Roque situadas en la misma montaña, cuya artillería hubo de retirarse enseguida á la plaza. Tan luego como se observó esta desgracia, acudieron á prestar socorro el intendente don Carlos Beramendi y muchos paisanos, así como una partida de mujeres de Santa Bárbara con la comandanta D.^a María Angela Vivern. Lograron retirarse ocho heridos á pesar del vivo fuego de mortero que el enemigo dirigió hácia aquel punto tan luego como observó lo ocurrido.

Al oirse en Montjuich la explosión de la torre de San Juan cada cual corrió al sitio que le estaba destinado en caso de ataque. El general Alvarez que aún se hallaba allí, con su acompañamiento y los jefes y estado mayor del castillo, se presentó en la brecha, como puesto de honor, por si se trataba de un nuevo asalto. Sabida la verdad del caso, regresó á la plaza, visitando de paso el lugar de la catástrofe.

La junta gubernativa y D. Andrés Oller, vocal de la de Cataluña, felicitaron al general por la victoria alcanzada, y enviaron un abundante refresco á la guarnición de Montjuich, á la que hizo un regalo en metálico la compañía de presbíteros seculares de la Cruzada, y otro obsequio igual á los artilleros del propio castillo la compañía de estudiantes. A las once la mañana cantóse un Te-Deum en la iglesia Catedral por el obispo de la diócesis, asistiendo el general Alvarez, la junta gubernativa, el ayuntamiento y un numeroso concurso, que despreciaba el estallido de las bombas que caían sobre las bóvedas del templo.

Fué verdaderamente conmovedor el afán con que los gerundenses, incluso las mujeres, cuidaron de los heridos en aquella famosa jornada, disputándose la preferencia de poder conducirlos sobre sus hombros desde el castillo hasta la plaza y después hasta los hospitales.

Así que los asaltantes de Montjuich se hubieron replegado dentro de sus baterías, rompieron un vivo fuego para desquitarse del ultraje recibido. Desahogaron su despecho enviando á Montjuich bombas, granadas, balas, metralla, piedras, y cuantos proyectiles encontraron.

Antes de anochecer, recelando el enemigo de la bravura de los sitiados, reforzó sus baterías con una fuerte división que sacó de sus

campamentos del llano. La guarnición de Montjuich fué á su vez reforzada con un retén de 200 hombres.

En el foso de Montjuich se encontraron 482 fusiles. Con ellos y con los que se habían cojido á los prisioneros y los de los desertores, se armó de nuevo el primer tercio de Gerona, que hizo en adelante fuego al enemigo con sus propias armas.

Algunos días antes del que ha sido objeto de la precedente reseña, habían salido de Gerona, en dirección á Hostalrich, D. Rodolfo Marshal, y el capitán Rich, ayudante del general Alvarez, en busca de refuerzos que tenía ofrecidos el general Coupigny. Alvarez tuvo noticia de que Marshal había salido de Hostalrich con 1.500 hombres y debía entrar en Gerona pasando por Palol de Oñar. En su virtud, mandó salir á las dos de la madrugada de este día 8, una columna de 400 hombres sacados de los varios cuerpos de la guarnición, al mando de D. Ignacio Ramirez de Estenós, sargento mayor del regimiento de Borbón para proteger la entrada de aquellos. Dirigióse este jefe hácia el indicado punto, y encontrando dos pequeños campamentos enemigos los quemó, después de una débil resistencia que opuso la tropa que los guardaba, la cual huyó á la ermita de los Angeles. No habiendo visto en ninguna parte el refuerzo que se esperaba, lo avisó por medio de un ordenanza al general Alvarez quien le mandó regresar, verificándolo á las 4 de la tarde sin haber tenido pérdida alguna.

Marshal con su fuerza había tomado la dirección convenida; pero denunciado cerca de Llagostera, por un rezagado, hecho prisionero, se encontró, poco después, sorprendido entre fuerzas numerosas que había destacado Saint-Cyr, dispersándosele las suyas, de modo que solo logró escaparse con doce hombres que se resolvieron á seguirle, después de fingida una capitulación. Mil hombres quedaron con este contratiempo prisioneros de los franceses.

CAPÍTULO IX

Pérdida del rebellín y abandono de Montjuich

SUMARIO

Las obras de ataque se adelantan hasta el foso de Montjuich. — Incendio de las trincheras enemigas. — El tambor Ansió. — Nuevas baterías. — Nueve soldados pegan fuego á las obras del enemigo. — Pérdida de San Daniel. — Asalto del rebellín. — Heroísmo de algunos miguelotes. — Voladura de la contraguardia. — Baterías en el mismo glacis. — Abandono de las ruinas de Montjuich.

Día 9. La noche fué muy quieta. El enemigo dió á conocer su desconfianza, pues en toda ella, y por primera vez durante el sitio, fué disparando varias balas de iluminación. Temía una salida de la guarnición, cosa imposible por ser muy corta en número y muy inferior á la que correspondía al castillo, y á la plaza y sus fuertes.

Reunidos los jefes del ejército sitiador, convinieron en la necesidad de llevar las trincheras hasta el foso del castillo.

Día 10. El enemigo sacó un ramal por su izquierda, á cuyo extremo construyó una batería que después del amanecer rompió el fuego con dos piezas, al que contestaron el castillo y la plaza con mucha viveza.

El presbítero Rovira atacó á los enemigos en la Cruz de Fallinas, tomándole el campamento, haciéndole 40 muertos, y cogiéndoles 4 prisioneros con muchos trofeos militares.

Día 11. El enemigo elevó y reforzó sus traversas y construyó un ramal de trinchera y dos gruesos espaldones, empleando mucha gente en estos trabajos, apesar del fuego del castillo.

El coronel Laporta se apoderó de un convoy enemigo, al que hizo 114 muertos.

Día 12. Durante la noche anterior la guerrilla de Morell mató cuatro centinelas enemigos, dos de caballería y dos de infantería. Esta y las demás guerrillas tenían fuego diariamente con las contrarias.

En el castillo se abrió otra cortadura en el baluarte de la derecha del frente atacado. Se empezó á quitar la rampa de la brecha asaltada.

El enemigo siguió sus trabajos con actividad. Adelantó su ramal de trinchera y reforzó sus espaldones, con una precaución que indicaba claramente que quería aproximarse á la segura y sin exponer su gente.

Entró en la plaza el teniente coronel D. Rodolfo Marshal, después de haber pasado por mil peligros, y dió cuenta del fracaso de su expedición. Al medio día los prisioneros españoles pasaron por el llano escoltados por una división de 2000 hombres.

Salió de Gerona D. Enrique O-Donell comisionado por el general Alvarez para pasar á Tarragona y hacer presente á los generales Blake y Coupigny el mal estado del castillo y de la plaza, y la imprescindible necesidad que había de reforzar la guarnición y remitirle víveres por estarse acabando los existentes, de todo lo cual les había ido enterando sin tener contestación.

Día 13. El enemigo construyó muchas traversas, y á la vez que deshizo parte de la batería Imperial, concluyó la de San Luis abriendo siete troneras y colocando artillería de grueso calibre. Esta batería resultaba ya á tiro de piedra. Rompió el fuego al amanecer batiendo en brecha al rebellín.

En el castillo continuó trabajándose con la mayor actividad en sacar la tierra y piedra de la brecha. Se llenaron de piedras las escaleras que desde el camino cubierto bajaban al foso y se continuó la cortadura en el baluarte de la derecha.

Día 14. Una columna enemiga bastante numerosa, se adelantó á las 9 de la noche anterior hasta la plaza de armas, en el camino cubierto del castillo de Montjuich. Los escuchas dieron aviso á la guarnición, la cual rompió un vivo fuego de fusilería. En la ciudad se tocó arrebató ocupando cada cual su sitio con prontitud y deci-

sión, encendiéndose luces en las puertas de las casas y practicándose lo demás que estaba prevenido. A las dos de la madrugada compareció nuevamente el enemigo en el mismo sitio, ocurriendo igual escena en el castillo y en la población. No pudo ponerse en claro si se intentaba una sorpresa ó un reconocimiento. Ambas veces hizo un vivo fuego de fusil y de mortero, correspondiéndole el castillo y la plaza.

La guerrilla de Iglesias reconoció las avanzadas enemigas de la parte de Pedret, causándoles algunas bajas. La de Pol mató también al enemigo algunos soldados.

Se bajó á la plaza la artillería gruesa de Montjuich, así como las bombas, balerío y demás pertrechos, por ser ya inútiles, quedando solo las piezas necesarias para el caso de un nuevo asalto.

El enemigo continuó deshaciendo una parte de su batería Imperial, alargándola por su derecha, donde emplazó un obús y un cañón, que hicieron un fuego muy vivo á los baluartes de San Pedro y Figuerola, á la batería de la muralla de San Cristóbal, á la torre Gironella y á las casas del barrio de San Pedro.

El castillo hizo mucho fuego de mortero, obús y fusil, únicos que le quedaban, para incomodar al enemigo en sus obras de ataque, pero sufrió grandes destrozos, quedando desmontada casi toda su artillería.

Día 15. Sin embargo de lo expuestos que estaban los trabajadores, continuaron limpiando el pie de la brecha grande.

El enemigo formó nuevos apostaderos, desde los cuales hizo un vivo fuego de fusil. Las dos piezas que el día anterior tanto habían molestado el barrio de San Pedro, fueron aumentadas con otras dos haciendo un fuego vivísimo.

La corrupción y hedor insoportable de catorce cadáveres enemigos que desde el asalto del día 8 permanecían insepultos sobre la cresta del camino cubierto, resultaban muy perjudiciales á los defensores del castillo. Para remediarlo, el gobernador del mismo ofreció veinte reales por cada cadáver que se quitase y echase al foso para ser enterrado. La operación no podía ser más arriesgada por hallarse el enemigo parapetado á pocos pasos. Algunos soldados se presentaron voluntariamente, subiendo al glacis, apesar de las descargas del enemigo que intentaba oponerse á esta obra de caridad y que tam-

bién debía beneficiarle. Resultaron algunos muertos y heridos pero se logró el objeto propuesto.

Día 16. El enemigo adelantó sus trabajos hasta un corto tiro de piedra del rebellín. Construyó muchas transversas en el mismo glacis, desde las cuales, hizo un fuego de fusil muy vivo, que unió al de sus baterías. El bombardeo continuó como siempre.

El fuego de la plaza fué tan vivo que hizo callar algunas piezas enemigas.

Día 17. En el castillo se hicieron muchos reparos, al igual que en los días anteriores. Se principió á sacar del foso del frente batido, el inmenso balerío que el enemigo había arrojado desde sus baterías.

El propio castillo hizo un vivo fuego contra los trabajos del enemigo, los cuales quedaron muy adelantados. En frente del ángulo del rebellín y en medio del glacis construyó un fuerte y largo espaldón. Para esta obra seguía deshaciendo la batería grande en la que solo se contaban ya 14 troneras de las 22 que antes había.

Las guerrillas enemigas, que durante la noche habían estado haciendo el fuego graneado contra el castillo, fueron reforzadas al amanecer, relevandose de hora en hora. Su número era de 300 á 400 hombres.

Por la noche y al amanecer se arrimaron algunos enemigos hasta el mismo camino cubierto para reconocer el foso y las brechas. Se les hizo fuego y hubieron de retirarse.

Día 18. A las diez y cuarto de la noche anterior, un crecido número de trabajadores se situaron sobre la cresta del camino cubierto correspondiente al rebellín y empezaron á trabajar, sostenidos por una fuerte columna. Unos cuatrocientos hombres atacaron el rebellín y el frente norte de Montjuich. Como lo mismo podía esto tener por objeto el sostenimiento de los trabajadores, que disimular por este medio un ataque real, la guarnición se puso sobre las armas y correspondió con un fuego muy vivo, auxiliada por la artillería del castillo y de la plaza, que hizo un fuego muy acertado, hasta el punto de haberse visto caer en un momento dado cinco bombas á la vez entre los trabajos enemigos. La sospecha de que con estas estratagemas intentase el enemigo un nuevo asalto, se vió un tanto robustecida con el hecho de arrojar granadas de mano, algunas de las cua-

les entraron en el rebellín y rebentaron. En la plaza se tocó generala y al punto acudieron á ocupar sus respectivos puestos y coronar los baluartes y murallas, la guarnición, las compañías de la Cruzada y Santa Bárbara y todo el resto del paisanage armado. Encendiéronse como en los demás casos, luces en las puertas de las casas y fogatas de tea en las esquinas de las calles. Al cabo de media hora cesó el fuego enemigo y se retiró su columna, cesando también el nuestro.

El enemigo elevó su caballero de trincherera con un gravión más. Construyó dos fuertísimos espaldones que dominaban y enfilaban los fosos de las caras del rebellín y prolongó sus ramales de trincherera, con el fin de impedir la comunicación entre el castillo y el propio rebellín.

El sitiador hizo más fuego que en los últimos días. Una granada entró en la Catedral por una ventana, causando la muerte á un cirujano é hiriendo á varios paisanos

Día 19. El fuego de fusilería del enemigo no cesó en toda la noche. Se le incomodó del mismo modo y con polladas, y se practicaron muchos reparos. Así el castillo como la plaza hicieron un fuego muy vivo, siéndolo igualmente el del enemigo que causó mucho daño.

De regreso de Tarragona entró en Gerona el teniente coronel Lessenne. Dió cuenta de que había informado al marqués de Coupigny de la situación en que se hallaba la plaza, habiéndole contestado tan solo, que daría parte al general Blake por ser este el jefe del ejército de Aragón y Cataluña.

Día 20. Las guerrillas de Pol y de Iglesias, atacaron en la noche anterior á las avanzadas enemigas, matándoles dos soldados é hiriendo á cuatro.

El castillo y la plaza hicieron un fuego incesante á los ataques del enemigo, apesar del cual alargó este el caballero de trincherera por la izquierda, aumentando su altura con dos gaviones más. En mismo castillo se hicieron los acostumbrados reparos. Para que el enemigo no pudiese incomodar la comunicación con el rebellín atacado, que se hacía por medio de un puente de madera, se formó sobre este una especie de galería á cielo descubierto con sacos llenos de tierra, desde la cortina hasta la gola de dicho rebellín. Este tra-

bajo fué de suma utilidad, pues sirvió de resguardo á la tropa y flanqueó por derecha é izquierda los dos baluartes cercanos y los fosos.

Una carcasa disparada desde el castillo incendió las faginas de las trincheras y habiendo los enemigos intentado apagarlas, se les hizo un vivo fuego de todos los puntos de donde eran descubiertos.

Los baluartes de la plaza empezaron á las seis de la mañana un vivísimo fuego contra la batería de casa Roca, consiguiendo hacerla callar hasta las 10 y media de la noche siguiente, apesar de la mucha actividad que los enemigos desplegaron para recomponerla.

Día 21. A las once menos cuarto de la noche pasada, un mixto tirado desde Montjuich incendió una porción de faginas del enemigo.

Entró en Gerona un oficial del segundo de Barcelona con 17 soldados de diferentes cuerpos.

Día 22. Una carcasa incendió otra vez las faginas y gaviones del enemigo, que en poco tiempo quedaron reducidos á cenizas. Como intentaran cortar los progresos del incendio, pagaron muy caro su atrevimiento.

En virtud de orden que al efecto recibió el gobernador de la plaza, salieron de ella nueve oficiales del regimiento de Ultonia, para reunirse con su coronel D. Enrique O-Donell que estaba en el ejército de operaciones.

Día 23. A las doce de la noche anterior, una carcasa pegó nuevamente fuego á las faginas de los enemigos, que acudieron para apagarlo. Se les hizo un nutrido fuego de fusilería, al que contestaron, pero al cabo de un rato se avivó el fuego con más furia, por lo que desistieron de su empeño. Al verlo nuestros soldados, les gritaban desde el muro: *acudid gabachos al incendio, que se abrasa el palacio de Lechi.*

En la mitad del glacis colocó el enemigo una larga hilera de gaviones, con algunos espaldones detrás, á fin de acercarse al camino cubierto del rebelín. Para rechazar esta obra de ataque, se intentó una contramina, pero se halló que el terraplén se componía de un relleno de piedras sueltas, cubiertas con una capa delgada de tierra. Rompióse entonces la contra escarpa, y se halló detrás de ella un puro peñasco, por lo que se desistió de este trabajo.

En uno de estos días ocurrió aquel episodio del tambor Luciano Ansió, individuo de la compañía fija de artillería de Gerona. Estando de vigilancia para indicar con la caja los tiros de bomba y granada que se dirijían contra el castillo, un casco de bomba se le llevó con la parte superior de la pierna gran porción de la rodilla. Cayó en tierra casi moribundo, y cuando fueron para transportarlo al hospital, se resistía diciendo: *no, no, aunque estoy herido de la pierna, tengo los brazos libres y puedo tocar la caja, para que se libren de las bombas mis amigos.*

Reuniéronse las juntas gubernativa, militar y económica, y acordaron que los habitantes entregasen las pipas y toneles vacíos para la reparación de las obras de defensa, y así mismo los colchones, sábanas, mantas y otros enseres para los nuevos hospitales que se estaban habilitando. El vecindario contribuyó enseguida al nuevo servicio que se le imponía.

Día 24. Los enemigos siguieron sus trabajos con actividad. Se les incendió una parte de sus faginas con una carcasa, pero lograron apagarlas.

Día 25. La guerrilla del subteniente D. José Macip, al hacer la descubierta, por la madrugada, se encontró con la del enemigo y se tirotearon; mató un centinela é hirió á dos más.

Durante la noche sacó el enemigo dos cañones de la batería intermedia entre San Daniel y San Narciso, y extendió su línea de centinelas en dirección á San Juan.

Día 26. El enemigo mantuvo toda la noche un fuego incesante de fusilería contra los parapetos de Montjuich, y prolongó su ramal de trinchera.

Durante el día continuó reforzando este trabajo, en medio de una lluvia de proyectiles del castillo y de la plaza.

Entró en Gerona D. Narciso Masanas, teniente del primer tercio de migueletes de Gerona, con 101 hombres del segundo tercio del mismo cuerpo.

Día 27. El enemigo trabajó con mucha actividad, adelantándose en dirección á las ruinas de la torre de San Juan, hacia cuyo punto construyó dos pequeños reductos. Al apuntar el día rompió el fuego con sus baterías y con cuatro cañones y cuatro morteros más. Uno de estos arrojaba piedras causando una molestia extraordinaria

á los soldados, pero avivando su buen humor con el calificativo que dieron á estos nuevos proyectiles. A las bombas y granadas las denominaban *toques de misa*, por que se señalaban con la campana mayor de la catedral, á las balas rasas, *correos de gabinete*, y á las piedras arrojadas como proyectiles, *maynada* (chiquillería).

Día 28. Los sitiadores colocaron un cañón más contra el ángulo del rebellín, á fin de que desplomándose, se uniesen las brechas de cada lado y quedase formada una sola.

Todas las baterías del enemigo estuvieron en fuego durante el día, causando muchísimo daño.

Los gobernadores de Montjuich propusieron al general Alvarez el abandono del rebellín, por no ser posible su defensa, y estar en peligro inminente los 82 hombres que componían su guarnición. El general contestó: *que se sostenga la guarnición y se defienda hasta el último extremo.*

No satisfecho el enemigo con sus obras de avance hacia el rebellín, resolvió dirigirse al mismo por debajo tierra. Al efecto abrió una galería de cinco pies y medio de altura, por tres y medio de ancho.

Día 29. La brecha del rebellín iba aumentando por momentos, teniendo la rampa practicable. Los enemigos apostados en la misma contra escarpa iban echando continuamente escombros al foso, de modo que quedaba sumamente disminuída la dificultad de la bajada al mismo y la entrada por la brecha.

La guarnición de Montjuich celebró consejo de guerra, y mandó al general Alvarez un oficio, exponiéndole la imposibilidad de continuar defendiendo el rebellín. La contestación se redujo á que debían hacerse los esfuerzos imaginables para defenderlo á todo trance.

El enemigo amplió sus ataques subterráneos abriendo otra mina igual á la del día anterior. Con ser el rebellín un puesto tan pequeño é insignificante, constituía para el sitiador una mortificación y un bochorno.

Día 30. Perfeccionaron los enemigos su paralela, hasta la cresta del glacis. Construyeron un ramal hasta el ángulo saliente del camino cubierto, empezando en su extremo una batería en figura de martillo.

Día 31. Los enemigos trabajaron en reparar los destrozos sufri-

dos y en adelantar la batería que estaban construyendo, haciendo al mismo tiempo un fuego muy vivo de mortero y fusil. Correspondióles el castillo, consiguiendo tales ventajas, que el enemigo se vió obligado á desistir y abandonar sus obras hasta la noche.

Por la mañana una bomba disparada desde uno de los baluartes de la plaza, cayó en el gran repuesto de pólvora que los enemigos tenían en la torre de San Luis, incendiándolo. Oyóse una espantosa detonación que hizo retemblar toda la montaña de Montjuich, una inmensa humareda se elevó hasta las nubes, viéndose volar un cañón, muchísimos proyectiles, tablones, piedras, gran número de cuerpos y miembros humanos, fusiles mochilas y cuantos objetos estaban allí depositados.

A las dos de la tarde el sargento Francisco Costa, el cabo Buenaventura Vila y los soldados Pablo Rubio, Poncio Saez y Francisco Morell, todos migueletes, se presentaron á los jefes del castillo, manifestando que deseaban permiso para ir á pegar fuego á la batería que el enemigo estaba construyendo. Altamente temeraria había de reputarse semejante empresa, tanto por el valor que exigía, como por estar sumamente cerca el enemigo. No se trató empero de hacerles desistir, y entregándoseles las oportunas camisas embreadas, salieron aquellos cinco héroes, atravesaron el castillo y rápidos como el rayo, sin perder un momento la serenidad, llegaron hasta la batería, pegaron fuego á las faginas y demás obras, y regresaron felizmente después de haber burlado la vigilancia francesa.

Esta heroicidad dió lugar á otra mayor. Otros cuatro soldados llamados Pedro Euders, Francisco Dordell y José Verges, del regimiento de Borbón y José Boell voluntario del primer tercio de Girona, estaban contemplando semejante hazaña, y viendo que por ser contrario el viento, no era posible la propagación del incendio, sin embargo de estar ya prevenido el enemigo, corrieron á buscar nuevas camisas embreadas, y con una bizarría que no se concibe, salieron y fueron á incendiar nuevamente aquellas faginas, con tan feliz acierto, que las llamas duraron toda la tarde, apesar de los vivos esfuerzos que los contrarios hicieron para apagarlas.

Ninguno de los nueve valientes sufrió el menor daño. Los últimos tuvieron que sufrir constantemente, hasta su regreso, un vivo fuego del enemigo. Este, mortificado en su altanería, puso en juego

todas sus baterías, contestando de igual manera las nuestras durante el resto del día.

Como las balas, bombas y granadas del enemigo, que no entraban en el castillo, iban á parar al camino carretero que lo unía con la ciudad, causando diariamente algunas desgracias, se empezó á abrir otro á la izquierda y á cubierto de tales proyectiles y de los fuegos de la batería del Puig den Roca, la cual apenas divisaba algún carro ó tropa, dirigía allí sus tiros.

Día 1.^o de Agosto. Las llamas de la batería incendiada, siguieron toda la noche y mañana siguiente, á pesar de los esfuerzos que hicieron sus defensores para apagarlas. Al fin abandonaron esta obra, contentándose con aumentar las demás baterías con un mortero y un cañón.

El enemigo intentó incomodar la construcción del nuevo camino de Montjuich, apostando sus tiradores en las ruínas de la torre de San Juan. En su vista el general Alvarez dispuso que los tenientes del segundo de Barcelona, D. José Camps y D. Vicente Llorens, con un piquete del mismo cuerpo, hiciesen una salida para desalojarlos. Verificada esta, empeñose un vivo tiroteo por ambas partes, teniendo el enemigo que ceder al ardimiento de los nuestros y retirarse á sus trincheras.

Día 2. El enemigo volvió á alojarse en las ruínas de la torre de San Juan, para incomunicar la plaza con el castillo. En su vista salió de la ciudad, por la tarde, el oficial D. Buenaventura Pol del segundo de Barcelona, con 50 hombres escoltando los carruajes que llevaron los viveres y municiones al castillo, y rompiendo un vivo fuego contra los que ocupaban las ruínas espresadas, les desalojaron de ellas y les obligaron á retirarse á las casas del arrabal de Pedret.

Día 3. Muy abundante en sucesos es el día tres de agosto, cuya reseña nos toca hacer.

Los avances subterráneos del enemigo contra el rebellín, quedaban terminados, tocando sus minas á la misma contra escarpa, en la que abrió hornillos y colocando en ellos algunos barriles de pólvora, voló un gran trozo, haciendo caer sus ruínas al foso para tener más facil el acceso. De modo que el enemigo avanzando por debajo tierra, quedaba delante de la inmensa brecha del rebellín de la que

no le separaba más que el foso. Acto seguido empezó á parapetarse sobre las mismas ruinas que la voladura acababa de ocasionar, formando desde el camino, hasta el foso, un ramal de trinchera, con gaviones, sacos y faginas. En todo el día el castillo hizo un vivísimo fuego sobre estos trabajos, arrojando á los mismos una lluvia de bombas, polladas y cascos.

El fuego del enemigo fué vivísimo empezando al anochecer del día anterior y durando toda la noche. Aprovechando su estruendo ocupó las casas del barrio extramuros de Pedret, más cercanas á la plaza, abriendo una comunicación interior en todas ellas y aspilleando sus paredes exteriores. Por la mañana hubo algún tiroteo entre las fuerzas enemigas que acompañaban estas faenas, y una guerrilla de la compañía de estudiantes que salió al efecto del baluarte de San Pedro.

Durante la misma noche estuvo el enemigo trabajando con igual actividad en la torre de San Daniel. Al amanecer apareció una batería de dos cañones de á 24 en la misma torre y otra semicircular también de dos cañones del propio calibre, más abajo del glacis y cerca de la contra escarpa. Estas cuatro piezas rompieron el fuego contra el fuerte del Calvario, batiendo el muro que descubrían desde su retreta. Contestaron con mucha valentía el castillo de Montjuich, el Condestable, el reducto del Cabildo y la torre Gironella.

Otra operación más importante realizó el enemigo. Una fuerte columna de 800 á 1000 hombres, salió á las cuatro de la madrugada de su campamento de Campdurá y bajó al llano de San Daniel, atacando el monasterio de este nombre, que estaba habilitado para hospital militar, y no tenía guarnición ninguna, pues la guardia que existía era solo para la policía del establecimiento. La guerrilla del capitán D. Marcos Iglesias, que intentó impedir el paso, no pudo lograrlo por su escasa fuerza, apesar del auxilio que le prestó el oficial D. Matías Ferrán.

La columna enemiga atacó el rastrillo del parapeto que con su estacada cerraba la entrada á la plazuela vulgarmente llamada calle del monasterio. El mayor Maysancuve que mandaba la operación, cayó muerto á los primeros disparos de nuestra guardia. Esta se retiró en breve, entrando enseguida los enemigos en el edificio. En vano se esforzó un oficial de los mismos en persuadir á los enfermos

que permaneciesen en sus camas, asegurándoles que no se les molestaría. Animados por el contralor D. Narciso Germén, salieron por la puerta del huerto, en número de más de 300 y se dirijieron hacia el fuerte Condestable. La precipitación de esta salida no les había dado tiempo para cojer el menor abrigo y así puede considerarse el estado lastimoso en que trepaban la montaña, descalzos casi todos, muchos en camisa y la mayoría con el ardor de la calentura. Apenas se divisó esta terrible fuga, salieron de la plaza y de los fuertes varios paisanos y partidas de tropa, que para proteger á los fugitivos estuvieron tiroteándose con los enemigos, pero estos subiendo al campanario del monasterio, no solo contestaron á su fuego, sino que lo dirijieron contra los enfermos, de cuyas resultas perecieron veinte y tres de los mismos, juntamente con el párroco del hospital y el del pueblo de San Daniel. Tan luego como los infelices enfermos estuvieron al amparo de los fuertes de la montaña, bajaron hacia la ciudad, acudiendo los vecinos y las mujeres á recibirles y consolarles.

Los enemigos se extendieron por los olivares y barrancos que hay debajo de la torre de San Daniel, adelantándose hacia el camino de Montjnich que quedó durante algunas horas incomunicado con la plaza, por haberse dado la mano dichas fuerzas con otra partida enemiga que procedente de Pedret ocupó las ruinas de la torre de San Juan.

Como convenía que un convoy de carros subiese al castillo, el gobernador mandó que fuese protegido por una guerrilla de 34 migueletes ó voluntarios al mando de su teniente D. José Camps, mientras salía otra del castillo al mando del subteniente D. Manuel Clercí. Ambos atacaron con la mayor bizarría, emprendiendo el enemigo la fuga y corriendo á ampararse detrás de sus primeras baterías. Pero nuestras guerrillas apesar de sumar en junto tan solo unos 60 hombres, les persiguieron dentro de ellas obligándoles á abandonarlas. Ocho granaderos con dicho oficial Clercí ocuparon la batería más cercana al rebelin. Un miguelete llamado Manuel Nuét, con asombro de todo el mundo, se entró solo en la batería de morteros. El teniente Camps con los suyos después de asaltar estas baterías, llegó á tiro de piedra de la Imperial. Los enemigos admirados de tanta bizarría, se limitaron á hacer fuego de fusil desde lejos. Nues-

tros soldados no sabiendo darse cuenta de sus proezas y no estando prevenidos, enviaron á Montjuich un recado para que les mandasen clavos, pidiéndolos á los que desde el muro eran testigos de su valor.

En este intermedio una fuerte columna enemiga subió del arrabal de Pedret y estando ya muy cerca no tuvieron los nuestros mas remedio que retirarse. No lo ejecutaron empero sin hacer patente que habían tomado posesión de las piezas de artillería, poniendo sus manos sobre las mismas á la vista del enemigo.

En su retirada se reunieron con otra partida que salía del castillo llevando todo lo necesario para clavar la artillería. Juntos se tirotearon con la columna antes indicada.

Durante esta acción las baterías de casa Roca y todas las de la montaña de Montjuich dirijieron sus fuegos contra nuestras tropas, pero apesar de ser vivísimos no causaron gran daño. A su vez la plaza y el castillo hicieron un fuego terrible de cañón, mortero, obús y fusil á las columnas enemigas, habiéndose visto caer muchas bombas y granadas en medio de ellas, lo que hubo de ocasionarles mucha pérdida.

Fué mortalmente herido D. Andrés Pons, otro de los que habían salido con los enseres necesarios para clavar la artillería enemiga. Su desgracia fué muy sentida, por ser un hombre que tenía algo de extraordinario. Era fraile capuchino y habiéndose alistado en la compañía de artilleros de Girona, se distinguió de tal manera, que alcanzó el empleo de subteniente. Se decía que antes de ser religioso había estado embarcado en un buque corsario, donde había adquirido sus conocimientos en el arma de artillería. Lo cierto es que cuantas piezas se le encargaron fueron perfectamente servidas y dirijidas, especialmente el mortero situado detrás de la cortadura, con cuyos fuegos causaba mucho daño á los enemigos. Poseyendo un valor á toda prueba, prestó su servicio en Montjuich como punto de mayor peligro, hallándose siempre dispuesto para cualquier expedición. Falleció seis días después de su gloriosa herida.

Por la tarde la guarnición del castillo hizo otra salida contra los ataques, pero no pudo penetrar en ellos por haberlos hallado guarnecidos con mucha fuerza.

Entró en la plaza el teniente coronel graduado y capitán del regimiento de Ultonia D. Pedro Sarsfield con 60 hombres del tercio de

migueletes ó voluntarios de Tarragona. Este oficial conducía un refuerzo de 200 hombres de varios cuerpos, proporcionado por el coronel O-Donell, y atravesando las líneas enemigas había llegado ya à las cercanías del fuerte de Capuchinos, cuando fué atacado por fuerzas superiores. La columna que desfilaba por la montaña quedó cortada por el centro y hecha prisionera en su mayor parte, junto con varios oficiales que cubrían la retaguardia.

Día 4. A las diez de la noche anterior los enemigos apostados dentro del foso del rebellín intentaron el asalto reforzados por otras tropas. El sargento que estaba de escucha cerca del ángulo flanqueado, avisó à su comandante, que lo era aquella noche el teniente del segundo de Barcelona D. José Macip. Observándose que subían ya la brecha, se presentó dicho oficial con toda su tropa haciendo un fuego tan vivo de fusil que obligó à los asaltantes à retirarse con mucha precipitación. Hubo con este motivo una alarma general, haciéndose mucho fuego desde el castillo.

A la una hicieron los enemigos otra tentativa para penetrar en el rebellín. El centinela les dió el *quién vive* y como respondieron *Francia*, les disparó su fusil, à cuya señal se formó en el terraplén la guarnición y los enemigos no se atrevieron à avanzar. Rompióse con este motivo el fuego y se reprodujo la alarma, durando más que la primera.

Los enemigos al ruido siempre de un vivo fuego de mortero y de fusil, perfeccionaron sus espaldones de bajada al foso, pudiendo ya subirse à la brecha con toda seguridad.

La guerrilla de Camps chocó en las alturas de Palau con otra enemiga hiriéndole tres centinelas.

El fuego de las baterías de la torre de San Daniel contra el fuerte del Calvario fué tan vigoroso, que quedó abierta en él una brecha bastante capaz.

Una hora antes del anochecer, teniendo que subir à Montjuich un convoy de carros, salió à escoltarlo, una fuerte guerrilla, para defenderlo de los enemigos apostados en las ruínas de la torre de San Juan. A poco rato de empezado el fuego, los nuestros se arrojaron sobre los contrarios y con su acostumbrada intrepidez les desalojaron de dichas ruínas. Estos escarmentados con los resultados que podía tener una acción igual à la del día anterior, en un mo-

mento coronaron toda la montaña con nuevas tropas. Una fuerte división se dirigió á recuperar las ruínas de la torre, que tuvieron que abandonar los nuestros por la extraordinaria desigualdad de fuerzas. Durante esta operación el convoy entró en Montjuich, que era el objeto propuesto.

Día 5. A las siete y media de la noche anterior los enemigos se presentaron sobre las ruínas de la brecha del rebellín é hicieron ademán de querer entrar en él, apesar de ser pocos en número. Los defensores de dicho punto y los que se hallaban sobre la muralla del frente batido del castillo, empezaron contra ellos un vivísimo fuego de fusilería que duró un cuarto de hora y los rechazaron.

A las nueve una columna de gente escojida, formando una masa compacta de unos quince ó veinte hombres de frente, sin disparar un tiro y con el mayor silencio, subió la rampa que estaba casi allanada. Nuestro centinela disparó su fusil y mientras gritaba *á las armas*, fué muerto á tiros. Los asaltantes lograron subir al terraplén, desde donde intimaron á la guarnición para que se rindiera, pero ésta contestó atacándoles á la bayoneta. Entablóse una lucha sangrienta por espacio de una hora, hasta que acosados los nuestros por todas partes y abrumados por la superioridad numérica, se retiraron echándose unos al foso desde lo alto del muro, y corriendo los demás hácia el puente levadizo que estaba levantado. Bajarlo hubiera sido una imprudencia, pues el enemigo habría podido entrar también con los fugitivos. La noche era en extremo oscura y no se distinguían los unos de los otros y ante el recelo de que los enemigos estuviesen en el puente de comunicación, una pieza del castillo disparó varias veces con metralla matando é hiriendo á varios de los que huían del rebellín. Solo cincuenta de estos lograron salvarse entrando por la poterna. Su comandante, D. Francisco Grifols, capitán del segundo de Barcelona fué hallado muerto debajo de dicho puente. Durante este ataque la guarnición del castillo estuvo formada en el muro y sus baterías y las de la plaza hicieron mucho fuego por espacio de dos horas.

Así terminó la defensa de aquel famoso rebellín que no era más que un reducidísimo triángulo, en el que apenas cabía la guarnición que tenía señalada y que por ser sitio del mayor peligro se cambiaba cada noche. Tuvo el fin que habian previsto los dos gobernadores

del castillo, con sólidos argumentos, de los que no quiso hacer ningún caso el inflexible general Alvarez.

Luego que se conoció en Montjuich que el enemigo era dueño del rebellín, desde la cortina y flancos colaterales se empezó un vivísimo fuego de fusilería y artillería á metralla, que les causó mucho daño, durando hasta el amanecer. Semejantes fuegos obligaron á los enemigos á retirarse otra vez á la brecha, en cuya cresta se alojaron, colocando un espaldón de tres órdenes de gabiones, con cuatro centinelas detrás de ellos. De modo que ni siquiera acabaron de reconocer su conquista,

El fuego contra el Calvario fué muy vivo, quedando destrozado el muro. Sus ruínas empero no llegaban á formar rampa porque las piedras rodaban por el rápido declive de la montaña, hasta el fondo del valle de San Daniel.

Día 6. Durante la noche última reinó el más profundo silencio, contrastando con el estrepitoso estallido de las anteriores.

Dentro del rebellín no avanzó el enemigo ni un solo paso, no atreviéndose siquiera á reconocerlo, pues continuaban viéndose en el repuesto de pólvora los mismos efectos de artillería abandonados, así como algunos heridos nuestros en el terraplén. Habiendo reparado el cabo segundo Cárlos Dañans y los migueletes Salvio Dausá, Matías Formen, José Callicó y Cárlos Dalmau, que un cabo herido de su cuerpo yacía en dicho rebellín dando señales de vida, se ofrecieron voluntariamente para ir á recogerlo. Arriesgada era la empresa, y más que arriesgada temeraria, pues el enemigo estaba á los cuatro pasos justos y cabales del herido, y resguardado para poderles hacer fuego impunemente, pero como en tales casos no es conveniente coartar los impulsos del valor, se concedió el permiso. Salieron pues aquellos cinco héroes, atravesaron el foso y por una escalera de mano subieron al rebellín. El cabo herido lo estaba gravemente de ambas piernas, de modo que al intentar recogerlo exhaló tales gritos y quejidos, que apercibiéndose el centinela enemigo, les hizo fuego y les obligó á abandonarlo. Retiráronse pero no sin recoger á un voluntario de Barcelona, herido, oculto debajo de los tablones del cuerpo de guardia.

Tan luego como tuvieron á este infeliz dentro del castillo, resolvieron los cinco atrevidos expedicionarios volver á buscar al cabo,

proveyéndose de una parihuela, para su mejor conducción. Siguiéronles en esta segunda expedición, aún más arriesgada que la primera, los migueletes Francisco Morató y Francisco Caballer, un soldado del regimiento de Borbón, cuyo nombre no se ha conservado, y el artillero José Corriols. El soldado de Borbón subió al puente de comunicación entre el castillo y el rebellín, echando al foso varios cadáveres que estaban en él tendidos á fin de darles después la debida sepultura. Los demás se dirijieron á recoger al herido, objeto de su empresa, pero fué preciso dejarle perecer allí mismo entre los cadáveres de sus compañeros, pues se resistió, aunque moribundo, á que le moviesen de su sitio. No quisieron volver al castillo sin realizar una nueva hazaña y así apesar del fuego que les hacían los centinelas enemigos, desnudaron los muertos, recojieron más de 40 fusiles, unas 300 granadas de mano y otros efectos de artillería que quedaban dentro del rebellín, mientras el artillero maniobraba de manera que pegando fuego á una mecha voló el depósito de pólvora en el mismo momento que entraban todos en el castillo, cargados de despojos, dejando atónitos á los enemigos que no sabían darse cuenta de un atrevimiento tan extraordinario.

Día 7. Los enemigos cortaron el ángulo del rebellín con un retrincheramiento formando un arco hácia el castillo, pero no se vió en él tropa alguna, manteniéndose alojada detrás del ángulo del primer espaldón.

Los que estaban apostados en las ruínas de la torre de San Juan continuaron molestando al baluarte de San Pedro y perturbando el paso por el camino de Montjuich á la plaza. Como diariamente tenían que subirse municiones, víveres y materiales, iban estos pequeños convoyes, á la subida y bajada, escoltados por guerrillas que tenían choques y escaramuzas continuas con los tiradores enemigos.

Con motivo del mucho consumo de sacos, se recogieron en las tiendas todas las telas y demás lienzos útiles.

Día 8. La guerrilla de Camps causó al enemigo un muerto y un herido.

Animado el sitiador por el buen resultado de sus avances subterráneos contra el rebellín, empezó otra mina en dirección á la contraguardia de la plaza de armas del camino cubierto, construida allí después del segundo sitio de 1808 para cubrir la brecha entonces abierta por el enemigo.

Desde que empezó el sitio que estamos reseñando, el general Alvarez y la junta elevaron repetidas exposiciones al marqués Coupigny capitán general de Cataluña, á Blake general en jefe de Aragón y Cataluña, y á la junta del principado, haciéndoles patentes los progresos del enemigo, la escasez de la guarnición, la falta de víveres y caudales, y los peligros por que pasaban la plaza y sus fuertes.

Las contestaciones que se recibieron estaban llenas de esperanza, y redactadas en términos laudatorios para los defensores de Gerona, como merecían sus heroicos esfuerzos, menos las del marqués de Coupigny, quien, desde un principio, pareció tener empeño en molestarles con censuras é inconveniencias, llegando hasta querer dar lecciones de patriotismo, á quienes desde tanto tiempo venían demostrándolo con peligro constante de sus vidas, mientras él residía tranquilamente en Tarragona, sin manifestar afán ninguno para la salvación de nuestra ciudad.

La junta de Gerona rechazó enérgicamente los conceptos ofensivos de Coupigny cruzándose con tal motivo comunicaciones muy ágrias, hasta que cansada de un debate tan impropio, en unas circunstancias críticas por demás, en que se trataba de la vida de todo un pueblo, elevó en este día una enérgica exposición á la junta central del reino, en la cual después de reseñar las reclamaciones anteriores, formuló cargos durísimos conta Coupigny y sus allegados y terminó pidiendo, « que la causa del injusto abandono que está sufriendo la importante plaza de Gerona, por la desidia é indolencia del marqués de Coupigny, sea juzgada con toda circunspección y rigor, privándole desde luego de tomar en ningún tiempo providencias contra esta junta. »

Día 9. El enemigo concluyó su mina de la contraguardia de la plaza de armas del camino cubierto. A las dos de la tarde la tropa de la trinchera se retiró á la torre de San Luis donde se formó en batalla, mientras se pegaba fuego á la mecha. Todas las baterías enemigas rompieron un vivísimo fuego, produciendo un ruido espantoso. A los pocos momentos estalló la mina con una terrible explosión que hizo conmover al castillo, cubriéndolo de escombros, y llenando el foso de ruinas. Despejada la inmensa humareda se vió que la contraguardia había desaparecido hasta sus cimientos.

Descubierta así aquella cara del castillo, empezó el enemigo á batirla con mucha viveza.

Día 10. El fuego de los enemigos fué vivísimo y continuado durante la noche. Al ruido del mismo construyeron sobre el glacis una batería de dos cañones, con la cual y con las anteriores rompieron el fuego con la mayor actividad, produciendo un estruendo comparable tan solo con el que hizo la batería Imperial en los días 3 y 4 de julio. Sus estragos sobre las ruinas del castillo fueron grandísimos. Los escombros producidos, junto con los que de resultas de la voladura de la contraguardia habían caído dentro del foso, llegaban casi á cegarlos, haciéndose fácil el acceso á las brechas y poniendo por tanto en el mayor apuro á la guarnición del castillo.

En el otro baluarte atacado de la derecha del castillo, se construyó una banqueta en su gola para parapetar la tropa y colocar los centinelas. Al mismo objeto se colocó una hilera de pipas, no habiendo sido posible continuar la cortadura que se había empezado en la gola, por su poca capacidad. Se hicieron otros reparos en el castillo, en la plaza y demás fuertes, como venían haciéndose desde el principio del sitio.

Los progresos de las baterías contra Montjuich en vez de abatir á su guarnición, dieron motivo para que se realizara un nuevo acto de valor. Varios jefes y oficiales de la plaza se ofrecieron voluntariamente á subir al castillo de Montjuich y hacer una salida desde el mismo con objeto de clavar la artillería de las baterías enemigas. Aceptada la idea por el general Alvarez, dispuso que se hiciese en combinación con otra salida que ejecutasen los fuertes de la montaña. Escojiéronse 300 hombres de las guarniciones de la plaza y del castillo que voluntariamente se ofrecieron y se dió el mando á don Blas de Fournás. Dicha gente, con los útiles necesarios, se apostó en el camino cubierto del frente de medio día. Encargóse al teniente coronel de artillería D. Pablo Miranda y al capitán D. José Medrano el reconocimiento de los trabajos de la trinchera y el muro de la cara del baluarte de la derecha.

Distribuyó Fournás su tropa en tres pequeñas divisiones. La primera la destinó para el ataque de la batería de morteros colocada á la entrada derecha de las baterías enemigas. Dió orden á la segunda de echarse sobre las otras baterías de la misma paralela al rebellín. Señaló la tercera como cuerpo de reserva, con la consigna de que

sí se presentase coyuntura favorable, se adelantase hasta la otra paralela y sus baterías.

La idea de combinar esta salida con otra de los fuertes de la montaña, era debida á la necesidad de distraer á los enemigos que ocupaban en bastante número el monasterio de San Daniel, el pueblo del mismo nombre y las alturas del Puigventós, á fin de que no acudiesen á reforzar las baterías contra Montjuich. En su virtud se dispuso que esta salida auxiliar la ejecutasen una guerrilla del fuerte de Condestable y otra del de Capuchinos. Comisionó el general Alvarez para esto á su ayudante el teniente coronel D. Narciso Rich. Salieron de Capuchinos 50 hombres y ocuparon la loma derecha del fuerte Calvario. Otros treinta hombres se destacaron del Condestable y se apostaron á la izquierda.

Poco antes de la una de la tarde se dió la señal de ataque que fué inmediatamente ejecutado. Apresurando el paso nuestros bravos, arremetieron á los sitiadores en sus mismos apostaderos, trincheras y baterías de brecha de la parte del norte. En pocos momentos se apoderaron de toda la tercera paralela, pasando á cuchillo á cuantos enemigos trataron de resistir, excepción hecha de unos cuantos que quedaron prisioneros y lograron salvar los oficiales del furor de la tropa. Huyeron los sitiadores de aquel punto á pesar de ser en número de 500 á 600, reuniéndose á los que estaban cerca la torre de San Luis y aunque en junto eran más de 2.000 hombres, no se atrevieron á atacar, y esperando el refuerzo, se entretuvieron en hacer de lejos fuego de fusil á los nuestros, que con el mayor arrojo clavaron tres morteros, un obús y tres cañones, cuya operación practicaron D. Pablo Miranda, el teniente D. Manuel Ontañón y algunos artilleros. Al mismo tiempo D. José Medrano con otra partida de la misma tropa pegó fuego á los gaviones y faginas de los retrinchamientos enemigos, con las camisas embreadas y estopines incendiarios que tenían prevenidos.

Al darse la referida señal de ataque, otra guerrilla se echó sobre las ruinas de la torre de San Juan, con tal resolución, que los enemigos que las ocupaban, no teniendo tiempo de retirarse, quedaron todos muertos ó prisioneros.

También á la misma señal de ataque, lo emprendieron las partidas salidas de los fuertes de Condestable y Capuchinos rompiendo

su fuego sobre San Daniel. Muchos de los que ocupaban este pueblo salieron del mismo, molestados por los que ocupaban la izquierda, pero se encontraron con los de la derecha, y sufrieron muchas bajas. Lograron estas dos guerrillas del todo su objeto, pues mientras duró la salida de Montjuich, tuvieron entretenidos á los 400 hombres ó más, que estaban en aquellos apostaderos.

Durante la operación de clavar las piezas enemigas y de incendiar los gaviones y faginas, fueron llegando los refuerzos al enemigo, que entonces se adelantó hacia los nuestros. Por esta causa no fué posible clavar los dos cañones de la batería cercana, ni los demás morteros, pero Medrano pudo reconocer los trabajos del sitiador y los progresos que sus multiplicados fuegos habían hecho sobre el castillo.

Mientras tanto el enemigo iba avanzando, acompañado de un nutrido fuego de metralla desde la batería imperial y de bombas desde la de Roca, por lo que se mandó tocar retirada, verificándose esta con el mayor orden, cargada la tropa de armas, mochilas, gorros y demás trofeos cojidos en la misma trinchera enemiga.

Durante estos combates la guarnición de Montjuich estuvo formada sobre el frente atacado y procuró proteger la salida y la retirada con sus fuegos, á pesar de los de bala rasa, metralla, granadas y bombas que desde todas sus otras baterías no cesó de dirigirle el enemigo.

Al bajar á la plaza las tropas que de la misma habían subido voluntariamente para realizar la salida, oyeron el fuego que aún se sostenía por la parte de San Daniel, y sin tener orden, ni esperar aviso, llevadas de su natural bizarría, fueron á atacar á un enemigo muy superior en número y muy fuerte por la ventajosa posición que ocupaba encerrado en el monasterio. Embistieron con un brío digno de los mayores elogios, de modo que desamparando las casas y apostaderos que ocupaba se encerró dentro del edificio con tanta precipitación, que dejó abandonados el tambor y las armas de la guardia que defendía la puerta, siendo estos despojos militares recogidos por los nuestros. El enemigo subió al campanario y á las rejas, desde donde con la mucha fuerza de que disponía, hizo un nutridísimo fuego de fusilería hasta el punto de causar á los nuestros unas 50 bajas. No por esto desistían las guerrillas de su ataque

y fué necesario mandarles orden terminante de retirarse.

La pérdida sufrida con estas acciones y con la salida de Montjuich ascendió por nuestra parte á unos cien hombres. La pérdida del enemigo hubo de ser mucho mayor, porque á más de los 80 que quedaron muertos á bayonetazos en las trincheras y baterías, hubieron de perder muchos más por el fuego de fusilería que se les hizo desde las ruinas de la torre de San Juan y desde Montjuich, como también por el de bombas y granadas que se les dirigió desde los baluartes de la plaza, hasta el punto de que este fuego de artillería se conceptuó uno de los más acertados que hubo durante el sitio.

Descolló en este día el ardor de las mugeres gerundenses. Despreciando las balas de cañón y de fusil, las bombas y granadas, y los demás fuegos y proyectiles, subieron animosas por la montaña de Montjuich para ausiliar á los heridos. Entraron con varonil aliento dentro el castillo convertido ya en un montón de ruinas, suministrando agua y aguardiente á sus defensores y conduciendo en brazos ó en parihuelas á dichos heridos hasta el hospital habilitado en el Hospicio, ó sea más de media hora lejos. Llevaron á cabo estos actos de valor y caridad no sólo las mugeres de la compañía de Santa Bárbara, sí que también muchas que no pertenecían á la misma. Una de las escuadras con varias mugeres que voluntariamente se prestaron, recorrió durante el combate los baluartes y murallas de la plaza haciendo el servicio á que estaban destinadas.

El enemigo se sintió muy mortificado al ver que el agonizante Montjuich hubiese tenido bríos para echarle de las baterías y trincheras y para clavar su artillería. Quiso hacer un tardío alarde y fué el de disparar á poco rato con las mismas piezas clavadas, lo que no le fué difícil porque todas ellas estaban desfogonadas y podían sin grande esfuerzo desclavarse.

Día 11. Durante la noche anterior el segundo gobernador del castillo D. Blas de Fournás, acompañado de los oficiales de artillería D. José Taberné y D. José Medrano y el ingeniero voluntario don Luis Bou y Campredón, con un competente número de soldados, trabajadores y un piquete de tropa armada, ocuparon el foso del baluarte de la derecha del frente atacado, al objeto de sacar si era posible la rampa de aquella brecha. Empezaron por separar las ruinas del pié del muro, con el mayor silencio y procurando hacer el me-

nor ruido posible, pero los enemigos apostados en la misma plaza de armas de la derecha, se apercibieron en el acto y rompieron un vivo fuego de fusil contra nuestros trabajadores. Observando también esta novedad los que ocupaban el rebellín, se pusieron sobre las armas y rompieron un fuego igualmente vivo, de manera que mataron é hirieron á muchos soldados, obligándoles á suspender el trabajo. Reanudado al poco rato, por más que los trabajadores procuraron resguardarse con las mismas piedras de la brecha, fué tan activo el fuego de las partidas enemigas, que no tuvieron más remedio que retirarse quedando por tanto esta brecha del todo practicable.

Se procuró reparar los guarda cabezas en el frente atacado, pero hasta en el mismo terraplén quedaba ya muy poco espacio para colocar los saquillos, á causa de hallarse el muro demolido casi todo y el mismo terraplén muy rebajado, de modo que apenas había lugar para el tránsito de la tropa.

Se intentó abrir un foso delante del retrincheramiento en el baluarte de la derecha, pero no fué posible mantener en él á los trabajadores por caer en aquel sitio una verdadera lluvia de piedras y granadas, que arrojaba el enemigo desde sus baterías de ataque, y hubo de abandonarse la obra.

El sitiador, aunque molestado por nuestro fuego de mortero y de fusil, trabajó toda la noche con la mayor actividad en rehacer los destrozos que le causó la salida del día anterior, reemplazando la artillería clavada, con otra más apta para el servicio.

Su fuego durante la noche fué muy vivo, aumentándolo extraordinariamente desde el amanecer y continuándolo hasta el medio día. La batería de seis cañones la aumentó con dos más. Con esta y las demás batió sin cesar un momento, las dos caras del frente atacado y parte de la cortina. Con las baterías situadas entre las torres enfiló el baluarte de la derecha y la cortina colateral, por hallarse rebajados por su artillería los parapetos de la otra cara y del flanco. En pocas horas quedaron destruídos los reparos de la noche anterior y demolido enteramente el baluarte de la brecha vieja. La tropa quedó al descubierto en los terraplenes, particularmente los centinelas, de los cuales apesar de reemplazarse á menudo para observar los movimientos del enemigo, murieron más de cuarenta en muy poco tiempo, por cuyo motivo hubo necesidad de retirarlos y poco des-

pués las guardias también, haciéndose la vigilancia por medio de algún atrevido que pasaba al foso por la poterna y dando con el mayor peligro una ojeada, se retiraba perseguido por las balas de los centinelas franceses. La tropa que no estaba de servicio hubo necesidad de encerrarla en las bóvedas, porque no había lugar donde no cayeran continuamente multitud de proyectiles, sobre todo bombas, granadas, cascos y piedras.

El ingeniero comandante de la plaza, subió al castillo para reconocer los rápidos progresos que hacían las baterías de ataque. Conociendo la necesidad de poner al corriente el retrincheramiento del baluarte de la derecha, que estaba destrozado, y reparar el parapeto de la cortadura de la izquierda pidió al gobernador los trabajadores necesarios. Con ellos y con los pocos zapadores que aún quedaban en estado de servicio, empezó los trabajos indicados, intentando además abrir un foso delante del retrincheramiento expresado. Trabajóse con una pena terrible: las bajas así por muertos como por heridos no cesaban un instante, y al cabo de una hora no hubo más remedio que cesar y retirarse.

El expresado jefe de ingenieros, acompañado del oficial comandante de artillería del castillo, reconoció el miserable estado de sus defensas y en su vista bajó enseguida á la plaza é informó al general gobernador de que las brechas estaban muy practicables, no quedando ni un fuego de cañón para defenderse, siendo imposible tener la tropa parapetada en ningún punto de las caras atacadas, por hallarse arrasados todos sus parapetos, no pudiendo repararlos y menos antes de intentar, como era probable intentaría el enemigo, un nuevo asalto por la tarde ó al anochecer. Dióle cuenta también de que la guarnición del castillo se hallaba disminuída en más de la mitad de su fuerza, sin poderse reforzar con la de la plaza, á causa de la cortedad de ésta. Después de este exacto informe, le propuso la conveniencia de que la guarnición abandonara el castillo, tomando antes todas las medidas para hacer volar sus baluartes, atracando sus bóvedas, después de cargadas con pólvora, á fin de que el enemigo no se valiera de ellas para batir la plaza; y que si accedía á esta proposición volvería inmediatamente al castillo para acordar con los oficiales de artillería lo conveniente al objeto indicado. El general Alvarez le contestó únicamente, que la guarnición debía conti-

nuar defendiéndose hasta el último trance, como así lo tenía prevenido á sus dos gobernadores; y que él siguiese disponiendo las reparaciones de las obras arruinadas en cuanto lo permitiesen las circunstancias del día.

A las doce cesó el enemigo todos sus fuegos, y viendo las brechas accesibles sin esfuerzo, el frente batido casi enteramente arrasado, y sin fuegos ni directos ni de flanco para defenderlo, tomó las disposiciones necesarias para apoderarse del castillo por asalto. A este efecto una columna de 800 granaderos se situó en la tercera paralela, otra de 1.500 hombres en el camino cubierto que unía las torres de San Narciso y San Daniel, y otra de 1.200 delante la batería grande, en dirección á la brecha nueva. A más de estas tropas y por primera vez desde el sitio de Montjuich, varios piquetes de caballería se situaron sobre el monte, observándose que las ordenanzas no paraban en toda la tarde, yendo y viniendo de una parte á otra, y comunicando órdenes, demostrándose la intención de rodear con la caballería el castillo, durante el asalto, para cortar á la guarnición la retirada.

Observados estos movimientos y viendo la imposibilidad de resistir un ataque, que en opinión de los gobernadores del castillo se iba á verificar al anochecer, como el del rebellín, y cuyo éxito no podía menos de ser igualmente desgraciado, ya que todas las ventajas se hallaban á favor del enemigo, se convocó á los comandantes de los destacamentos que componían la guarnición. Reunidos en el acto celebraron consejo de guerra y enterados de la orden del general Alvarez, considerando haber todos cumplido su deber hasta el último extremo, acordaron abandonar el castillo y retirarse á la plaza.

Tomada esta resolución se dispuso incendiar el almacén de pólvora y los repuestos de municiones y granadas, colocando en ellos salsichas con espoletas de tiempo determinado. Se cargaron en los carros que habían subido víveres, los pocos efectos que quedaban, se clavarón las escasas piezas que continuaban en pié, se destruyeron las cureñas, y se inutilizó todo cuanto podía servir al enemigo ó dañar á la ciudad. A las seis y media de la misma tarde se formó con el mayor silencio la guarnición, llevando cada soldado dos granadas de mano y cuantos cartuchos podía, y los artilleros los fuegos artifi-

ciales, y salieron todos por la poterna y puerta principal. Destacáronse fuertes guerrillas que contuvieron á los enemigos apostados en San Daniel y en las ruínas de la torre de San Juan que hubieran podido incomodar por los flancos la retirada, la cual se verificó con el mayor orden y con poca pérdida, apesar del vivo fuego de cañón, mortero y obús que hizo el enemigo desde las baterías del Puig den Roca cuando vieron salir la guarnición del castillo. Entró ésta en la plaza poco antes de las siete, por la puerta de San Pedro, y fué recibida por la guarnición y vecindario con la mayor alegría, considerándola como un socorro que entraba para unirse con ellos en su defensa.

El general Alvarez había mandado aquella mañana dos despachos de coroneles para Nash y Fournás, con el fin de que viesen en aquella demostración cuanto apreciaba sus méritos y servicios, y para estimularles al mismo tiempo á que continuasen defendiéndose; pero estos jefes, no cambiaron por esto la resolución que con tanto juicio habían ya tomado y al llegar á la ciudad, pusieron en manos del general los dos despachos referidos y pidieron se juzgase su conducta en consejo de guerra. El general, plenamente satisfecho de sus servicios, les dió otra vez sus ascensos y aprobó su resolución de abandonar el puesto.

Al cuarto de hora de evacuado el castillo voló el repuesto principal de bombas y granadas en una bóveda del frente atacado. No sucedió lo mismo con el almacén de pólvora, suponiéndose que quedó cortada la comunicación del fuego.

El enemigo apostado en las trincheras no se había apercibido de la salida, pero la explosión le hizo comprender lo que ocurría. Destacó en consecuencia una pequeña partida de granaderos que al poco rato se presentaron sobre la brecha antigua. No se atrevieron á pasar más adelante, y se limitaron á llamar á los demás. Formóse entonces la columna de 800 granaderos que estaba apostada en la tercera paralela y entró por la brecha indicada extendiéndose en batalla sobre las ruinas del frente atacado, echando sus gorros al aire, y demostrando con sus ademanes y gritería la satisfacción que les causaba el poder posesionarse de aquellos terribles restos del castillo. Al poco rato se dirijieron hacia cada una de las cortinas laterales dos partidas de unos 40 á 50 hombres que con la mayor precau-

ción y á manera de tiradores fueron registrando todos los parages, como temiendo alguna sorpresa; y después de dar la vuelta al recinto se reunieron encima de la muralla de la puerta principal, desde cuyo punto avisaron á los demás de que no había novedad. Sin embargo, estos estuvieron todavía mucho rato guardando su formación de batalla, notándose cierto recelo é irresolución en pasar adelante, apesar de los esfuerzos de un oficial que colocado en frente de ellos, les animaba inútilmente, hasta el punto de que se determinó á salir solo dirigiéndose hacia el interior del castillo. Siguiéronle primero siete ú ocho granaderos, luego treinta ó cuarenta y por último los demás. Al poco rato salió el oficial espresado por la puerta principal, marchando hacia el rastrillo y cerrándolo. Luego repartió por el camino cubierto la columna que iba siguiéndole, coronando la parte que mira á la ciudad, reforzando con mayor número los ángulos salientes que forma el glacis de los baluartes de aquel frente. Verificado esto se puso en movimiento la otra columna que estaba situada en el camino cubierto entre las torres de San Narciso y San Daniel y entró en el castillo por la otra brecha. Lo mismo ejecutó enseguida otra columna que subió de Pedret quedando todos en el interior del recinto.

Al entrar los franceses en Montjuich encontraron 46 quintales de pólvora y diez y ocho piezas de artillería.

Así terminó aquella memorable defensa.

La guarnición de Montjuich se componía de unos 700 hombres, sacados de los varios cuerpos de la plaza y se relevaba cada cuatro días. Los únicos oficiales que sin interrupción se mantuvieron en aquella fortaleza fueron su gobernador D. Guillermo Nash, su segundo D. Blas de Fournás y los oficiales de artillería D. José Taverné y D. José Medrano.

La ocupación de Montjuich, causó una grande alegría en el campo sitiador, dándose como cosa segura que muy en breve se seguiría la rendición de la plaza. En un momento de entusiasmo y llevado de esta confianza, la profetizó Verdier al ministro de la guerra francés para dentro ocho ó diez días, valiéndole las burlas más mortificantes, el cruel desengaño que le otorgaron los hechos posteriores.

Estado de la pérdida que tuvo el castillo de Montjuich durante el tiempo de su defensa.

	Capitanes.	Tenientes y subtenientes	Sargentos.	Tambores.	Cabos y soldados.	Total.
Muertos.	6	11	19	2	492	530
Heridos.	9	17	23	6	373	432
<i>Total.</i>	15	28	42	8	869	962

Tiros que, por un cálculo prudencial, dispararon los enemigos contra la plaza y el castillo de Montjuich, desde el día 13 de junio hasta este día, sin comprender los muchos de cascos y piedras disparados con los morteros contra el castillo.

	Balas.	Granadas.	Bombas.
Contra el castillo.	23130	3092	2590
Idem á la plaza:	14720	2287	7783
<i>Totales.</i>	37850	5379	10373

Contra el castillo y sus torres construyó el enemigo diez y seis baterías, utilizando 58 cañones, 4 obuses, 8 morteros y un pedrero.

CAPÍTULO X

Obras de ataque contra la plaza y socorro entrado en la misma

SUMARIO

Nuevas baterías. — Refuerzo entrado por el capitán Puigmal. — Organización de un convoy para el socorro de Gerona. — Plan de Blake para lograr su introducción. — Acción general. — García Conde arrolla la división Lechi y entra en Gerona con el convoy. — Refuerza la guarnición y sale de la plaza.

Día 12. El enemigo trabajó toda la noche en Montjuich. No hizo más fuego que el de sus baterías contra el fuerte del Calvario.

El Dr. Rovira tuvo una reñida acción con los enemigos en Vilerl, causándoles 20 muertos y cogiéndoles varios prisioneros.

Día 13. Los sitiadores solo dispararon dos bombas desde la batería del *Puig den Roca*. Continuaron empero batiendo con viveza el fuerte del Calvario.

Día 14. Durante la noche, que fué muy quieta, el enemigo construyó un largo espaldón en el frente de poniente del castillo de Montjuich, casi paralelo á los cuarteles de Alemanes. En el escarpado de la misma montaña sobre Pedret, formó otro casi paralelo á la puerta de Francia. La plaza y los fuertes hicieron mucho fuego sobre los trabajos y baterías del enemigo. Se empezó á cerrar con un grueso muro de piedra sillar la puerta de Francia. Delante de este muro se empezó un grueso espaldón por estar roto el puente levadizo y destrozada la puerta.

Día 15. A la media noche anterior hubo movimiento en toda la línea enemiga y desde el amanecer quedaron encendidas muchísimas hogueras en su campo, además de las acostumbradas. Aunque estas novedades, que fueron precedidas de una salva de artillería, demostraban ser solo en obsequio al cumpleaños de Napoleón, se estuvo en la plaza con la mayor vigilancia.

Día 16. Detrás de las ruinas de la torre de San Juan se vió un fuerte muro de piedra ó apostadero para la fusilería. Encima del primer cerro den Roca, empezó el enemigo otra batería, ocultándola con mucho ramaje.

Día 17. Al amanecer se notó que venía un pequeño refuerzo en auxilio de Gerona. Eran 700 hombres que formando parte de una división nuestra que se hallaba en la villa de Olot, se habían ofrecido voluntariamente. Iban mandados por el capitán D. Abdón Puigmal. Habían andado toda la noche pasando por entre mil peligros. Al vadear el Ter todas nuestras baterías se dispusieron para hacer fuego al enemigo, en el caso que intentase algún movimiento desde sus campamentos de Salt para impedirle la entrada en la plaza y se dió el oportuno aviso á las guerrillas.

El refuerzo empero entró sin novedad recibéndolo con mucha alegría los defensores de Gerona.

El enemigo empezó á abrir un camino para carros, en la montaña de Montjuich, desde la torre de San Luis, hasta el espaldón del escarpado de aquella montaña. Creyóse que estaba destinado á facilitar la conducción de artillería para batir el muro de la plaza de San Pedro que no tenía terraplén, y era muy endeble. Se juzgó pues necesario hacer una cortadura en dicha plaza, para defender la brecha que pudiese abrirse, y colocar algunas piezas de artillería contra las baterías que el enemigo tenía en la montaña.

Empezóse á fortificar el antiguo almacén de pólvora, extramuros, convertido en hospital de la sarna.

Día 18. Al anochecer del día anterior se empezó la cortadura en la plaza de San Pedro. Los trabajos del sitiador quedaron también considerablemente adelantados. La batería sobre del Pilar apareció con tres troneras que quedaron muy estropeadas con los vivos fuegos que se le hicieron. La batería del foso de Montjuich tenía también tres troneras hechas y se trabajaba en otra. A continuación

de la dicha batería del Pilar y con dirección á las ruinas de la torre de San Juan habían levantado un parapeto.

Poco antes de ponerse el sol el enemigo empezó á enviar muchas granadas y balas rasas al baluarte de San Pedro, desde la segunda batería de casa Roca. Estos tiros eran los primeros que disparaba contra la plaza desde la tarde del día 11.

Los oficiales del refuerzo que el día anterior habían entrado en la plaza á las órdenes de D. Abdón Puigmal, hicieron cantar un solemne oficio en la capilla de San Narciso, en acción de gracias por no haber tenido contratiempo en su peligrosa y atrevida expedición. Concurrió al acto una buena parte de la guarnición y vecindario, así como el general Alvarez.

Día 19. Se continuó la cortadura, y se principiaron á cerrar las bocas -calles del barrio de San Pedro. Al amanecer el enemigo rompió el fuego con sus nuevas baterías. También lo rompieron las dos de la torre de San Daniel, la de dos obuses situada en el derrame del Puig den Roca, y la de morteros del mismo cerro. El fuego de la plaza y de los fuertes fué vivísimo y muy acertado.

Se publicó un bando para que los vecinos entregasen, como lo hicieron, las telas que tuviesen, incluso los sacos y cortinas de balcones, para hacer saquillos.

Día 20. Se trabajó en la cortadura de la plaza de San Pedro y en otras obras. Dos edificios situados sobre la derecha de aquella, se desplomaron, causando en la misma el retardo consiguiente.

El enemigo empezó á abrir la trinchera contra el frente de la plaza. Partiendo de Montjuich, construyó un zig-zag á la zapa volante compuesto de dos ramales de 113 gaviones cada uno, á la derecha del camino mirando desde la ciudad.

Nuestros fuegos hicieron volar el repuesto de municiones de la batería de encima del Pilar.

Día 21. Los enemigos prolongaron su zig-zag con dos ramales más hacia la ciudad.

Día 22. En el campanario de la catedral, que domina toda la parte de la montaña de Montjuich, se colocó una guardia compuesta de algunos sacerdotes escojidos de entre los reputados como más hábiles tiradores. El general Alvarez nombró comandante de aquel respetable cuerpo á D. Sebastián Pérez de Campos canónigo de la misma iglesia.

Día 23. El enemigo, aunque muy molestado, reforzó sus ramales de trinchera y la pared que tenían empezada detrás de las ruinas de San Juan.

Día 24. El enemigo rompió el fuego desde Montjuich con cuatro piezas, además de las otras baterías.

Murió gloriosamente D. Joaquín de Mendoza. Este anciano general, pidió que se le emplease como comandante ó soldado en uno de los baluartes. Alvarez accedió á su petición dándole el mando del baluarte de Sarracinas. Mientras observaba la trinchera desde la puerta que de los claustros de la catedral conduce á dicho baluarte, fué mortalmente herido en la frente de una bala de fusil, muriendo poco después.

Día 25. En el foso del castillo de Montjuich, cerca la puerta principal, colocó el enemigo dos morteros, con los cuales y con las demás baterías hizo un fuego muy vivo.

En el cuartel viejo de Alemanes, se pusieron en batería tres cañones que rompieron el fuego sobre los ataques.

Día 26. Una columna enemiga de unos doscientos hombres, subió desde el monasterio de San Daniel y se apoderó de las casas extramuros situadas junto á la torre Gironella, desde las cuales estuvo haciendo fuego á la cortina de muralla del frente. Retiróse la guardia avanzada que había allí por ser muy inferior el número. Los enemigos se entregaron al saqueo llevándose á los habitantes que pudieron cojer. Sabedores de esta novedad los gobernadores de los fuertes de Condestable y Capuchinos, enviaron cada uno una guerrilla de 50 hombres al mando de D. José Navarro subteniente del primer tercio de Gerona, y unidos á los de la guardia que había tenido que desamparar el punto, atacaron á los enemigos á la bayoneta, desalojándoles de las casas y obligándoles á retirarse con mucha precipitación y desorden soltando los prisioneros y los objetos que habían robado, y abandonando muchas armas, mochilas y otros efectos. Se les mataron cuatro oficiales y diez soldados y se les hicieron veinte y nueve prisioneros. Los nuestros no sufrieron otra pérdida que la de tres hombres.

Al remate del último ramal, en un pequeño olivar de la montaña de Montjuich, construyó el enemigo una batería con tres troneras. Los sitiados le dieron el nombre de batería del olivar.

La de Montjuich demolió en pocas horas la pared de Alemanes en que se habían colocado nuestros tres cañones, cayendo las vigas del edificio y desplomándose los techos del segundo piso que sepultaron entre las ruinas á dichas piezas, salvándose milagrosamente los que las servían. Ante la imposibilidad de rehabilitar esta batería, se empezó otra sobre la bóveda de la iglesia catedral. Tal vez no tenga ejemplo este esfuerzo de los sitiados.

Como el enemigo con una mediana batería podía en cuarenta y ocho horas abrir brecha en la muralla de Santa Lucía, se empezó un foso interior. Con los terrenos y piedras que se sacaron formó un parapeto sobre el borde de la misma.

Día 27. Se empezó otra batería capaz para tres cañones en un huerto que el canónigo Sr. Manegat poseía á la espalda de la muralla de San Cristóbal.

En el mismo camino carretero del castillo de Montjuich y más arriba de la batería del olivar, empezaron los enemigos otra, paralela á la muralla de San Cristóbal y capaz para dos ó tres piezas.

Su fuego fué más vivo que en los días anteriores. La plaza y los fuertes contestaron con igual viveza.

Día 28. Desde el anochecer del día anterior, las baterías enemigas hicieron un vivísimo fuego. La plaza y sus fuertes contestaron con igual vigor, produciéndose un estruendo espantoso.

El enemigo consiguió concluir la batería del olivar, rompiendo el fuego con cuatro piezas de á 24, contra el muro del cuartel nuevo de Alemanes, de modo que al anochecer había ya una brecha capaz para entrar por ella 50 hombres de frente, formando las ruinas una rampa practicable. Las balas rasas pasando por el claro de la brecha, iban á dar contra el muro interior formando otra brecha y otra rampa por donde era fácil bajar al patio del cuartel.

La plaza y los fuertes contestaron con igual viveza al fuego del enemigo, logrando destrozar la batería del olivar.

Día 29. El enemigo reparó sus trabajos, colocó dos piezas en la batería del olivar y acabó la que estaba levantando de la torre de San Juan, en la que colocó cuatro cañones, distando solo del muro de Santa Lucía poco más de un tiro de pistola.

En la plaza se concluyó la batería de Manegat, en la que se colocaron dos cañones. A fuerza de barrenos y picos se demolió el mu-

ro que existía delante de la misma y que la ocultaba de la vista del enemigo. Acto seguido rompió el fuego.

Al amanecer las once baterías enemigas, que contenían 33 piezas, empezaron á disparar con la mayor viveza.

Las nuestras contestaron con la misma actividad y con mucho acierto.

Subiéronse dos cañones sobre la bóveda de la Catedral, por medio de una máquina compuesta de un tímpano ó cilindro con su rueda.

Al espirar el día los fuegos enemigos habían causado los mayores destrozos en Alemanes. En la muralla de Santa Lucia, resultó abierta una brecha bastante capaz que el declive del terreno hacía accesible por la parte de fuera. Sufrieron también mucho la batería de Manegat, el caserío y los parapetos y espaldones de los baluartes.

Por la mañana salió de los fuertes Condestable y Capuchinos una guerrilla destinada á proteger la entrada de algunos viveres, pero habiendo encontrado un número de enemigos muy superior, tuvo que retroceder, después de haber perdido nueve hombres entre muertos y heridos.

Durante la tarde hubo en el campo sitiador mucho movimiento de tropas. Varios cuerpos de infantería, algunas piezas de artillería y fuerzas de caballería se pusieron en marcha, dirigiéndose hácia Vilablareix y Aiguaviva. Todo esto era debido á las operaciones que ejecutaba el ejército de Blake.

Día 30. La guerrilla de Morell causó siete bajas á las avanzadas enemigas.

Los progresos que el fuego enemigo había hecho en Alemanes y Santa Lucia, hicieron temer un asalto durante la noche, por cuyo motivo se tomaron las debidas precauciones. Los paisanos acudieron á la muralla y la poca tropa que no estaba de servicio se repartió en retenes y se formó en las plazuelas y entradas de las casas inmediatas á los puntos atacados. La caballería repartida en piquetes, se colocó en los parages más oportunos para ser útil en caso de necesidad.

Aquella noche se hicieron en la plaza importantísimos trabajos. Se reparó la batería de Manegat, se concluyó la de la Catedral y se abrieron aspilleras en la pared del cuartel nuevo de Alemanes. En Santa Lucia se construyó un retrincheramiento perpendicular á la

muralla, se abrió un foso al pié del mismo, se colocó un cañón para flanquear al enemigo si penetrase por la brecha, y se arregló una tronera cerca del altar de Santa Lucia, en la que se colocó un obús.

Continuó el fuego por ambas partes con mucha actividad, rompiéndolo por primera vez la batería de la Catedral.

Durante el día siguieron los trabajos pendientes. Se cerró la puerta del patio de Alemanes con un parapeto en el que se colocó un cañón, y se abrió un foso al pié de este retrincheramiento, quedando así cortado el paso á la ciudad, en el caso de que el enemigo lograse penetrar en dicho sitio. Para batirle por el frente cuando diese el asalto, se construyó otro espaldón en un medio torreón de la muralla, en el que se colocó un cañón que podía además batir al enemigo cuando estuviese en la misma cresta de la brecha.

La guerrilla de los fuertes Condestable y Capuchinos salió hácia el pueblo de Quart para proteger la entrada de unos víveres que se esperaban, pero fué aún más desgraciada que el día anterior. Atacada y rodeada por fuerzas muy superiores que se hallaban emboscadas y la sorprendieron, tuvo que retirarse en desorden, perdiendo doce hombres entre muertos y heridos y más de 20 prisioneros.

Por la tarde se notaron otros movimientos del enemigo en el llano, debidos al avance de la vanguardia del ejército del general Blake, mandada por D. Enrique O-Donell.

Día 31. Tanto los sitiados, como los sitiadores, trabajaron durante la noche con mucha actividad en sus obras.

Al amanecer continuó el fuego de artillería como en los días anteriores. La enemiga se aumentó con un cañón de á 24. Nuestras baterías consiguieron antes del medio día, hacer callar á la del olivar. Quedóles también muy mal tratada la que abría y ensanchaba la brecha de Santa Lucia

Se observó el mayor movimiento en las posiciones del enemigo. Retiraron muchos efectos del tren y varias piezas de artillería, de manera que en la última batería de casa Roca no había más que un cañón. Esto era debido á los movimientos del general Blake.

La operación que se proponía este general, era simplemente la de abastecer á Gerona y reforzar la guarnición. La junta del principado le instaba para que hiciera levantar el sitio, pero esto no era posible con las fuerzas y recursos con que contaba dicho general.

El sitio de Gerona se llevaba á cabo con todas las reglas del arte de la guerra. Las obras de ataque constituían verdaderas fortalezas, reductos, retrincheramientos, etc. Además del ejército sitiador á las órdenes de Viader, había otro de observación al mando del entendido mariscal Saint-Cyr. Así pues, para levantar el sitio de Gerona era necesario un numeroso y aguerrido ejército, que, á pecho descubierto, debía ir tomando uno á uno los puestos del enemigo, perfectamente rodeados de todas las obras de defensa y resguardos necesarias.

Careciendo Blake de elementos para una empresa de tanta monta y contando con un ejército inferior, se propuso tan sólo, como llevamos dicho, abastecer todo lo posible á la ciudad de Gerona.

Para esta operación, que ofrecía muchas dificultades, puso en movimiento todas las fuerzas armadas de Cataluña y aún dió orden de que se levantasen los somatenes de la montaña de la provincia de Gerona, aunque muchos carecían de armas. Mandó al mariscal de campo D. Jaime García Conde, que reuniese en Olot las tropas de su división para escoltar y conducir el convoy organizado en la misma villa, compuesto de 1.500 acémilas mayores y unas 40 vacas, la mayor parte de aquellas con media carga de vino, harina y algunos otros comestibles. La dirección inmediata de este convoy se dió al esforzado domero de Llorá D. José Bertrán, que iba al frente de un numeroso cuerpo de paisanos armados. García Conde salió de Olot á las 10 de la noche del 30, llegando á la villa de Amer á las 4 de la madrugada siguiente.

Blake combinó el plan de distraer la atención del enemigo por varios puntos á fin de que desconociese por cual pasaría el convoy.

Dispuso en primer lugar, que D. Manuel Llauder, teniente del regimiento de Ultonia, militar de mucha resolución, con el número competente de tropa y los somatenes que pudiese recojer por el camino, se trasladase al santuario de Nuestra Señora de los Angeles y lo ocupase, lo que ejecutó felizmente, lográndose después la entrada por aquella parte de algunos víveres en Gerona. Dió orden á Rovira y Clarós para que con sus fuerzas y los somatenes desarmados, atacasen las posiciones enemigas de la izquierda del Ter, desde Montagut á Salt; y dispuso que el coronel O-Donell con fuerzas del ejército atacase las posiciones de Bañolas, en las cuales el enemigo ha-

bía construído un fuerte reducto y cinco retrincheramientos.

Atacó O-Donell aquellas alturas al frente de dos batallones del regimiento de Saboya, del regimiento suizo de Wimpffem y del tercer tercio de Tarragona. El primer empuje fué irresistible y los enemigos fueron arrollados y arrojados de sus retrincheramientos, viéndose obligados á encerrarse en el pueblo, en el reducto y en el antiguo castillo, desde donde con numerosos refuerzos lograron recobrar después sus puestos.

O-Donell se mantuvo todo el día frente al enemigo en cumplimiento de las ordenes de Blake, y tanta importancia supo dar á su operación, consistente solo en un falso ataque, que el enemigo creyó venía por allí el ejército del general en jefe, y dirigiendo hácia aquel punto sus miradas, le pasó desapercibida la marcha de García Conde con el convoy desde Olot á Amer, que tuvo lugar durante aquel mismo día. Esto era precisamente lo que se proponía y logró Blake con el ataque de Bruñola confiado al valeroso coronel de Ulltonia.

Día 1.º de septiembre. Al amanecer las baterías enemigas no rompieron el fuego, notándose que faltaban muchas de sus piezas y que había muy poca tropa. El enemigo había aprovechado la noche para retirar toda la artillería que pudo al castillo de Montjuich, pues había reunido una parte de las tropas del sitio, á las órdenes del general Verdier para ir al encuentro del general Blake.

Con estas fuerzas y una buena parte del ejército de observación, formó Saint-Cyr una estensa línea de batalla, que tenía su extrema derecha en San Delmay, y seguía la orilla izquierda del Oñar, hasta Riudellots de la Selva, donde estaba su extrema izquierda. Las tropas del general Verdier formaban la retaguardia. Se adelantó una división hacia el camino de Hostalrich, formando la vanguardia.

El vigoroso ataque de Bruñola dado el día anterior por O-Donell y el refuerzo que este recibió de las tropas del general Loygorri, quedando juntos en la parte llana del terreno, como preparando un nuevo ataque, convencieron á Saint-Cyr de que en el presente día daría Blake la batalla é intentaría pasar por aquel punto en dirección á Gerona.

Los franceses desampararon durante la noche las alturas de Bruñola y estuvieron toda la mañana esperando el ataque de los espa-

ñoles, sin poder distinguir los movimientos ni la situación de estos á causa de una espesa niebla que impedía ver los objetos á la menor distancia.

Mientras esperaba Saint-Cyr una batalla que el general Blake no había pensado dar, al oeste y al norte del campo sitiador ocurrían otros sucesos de diversa índole y de mucha importancia.

Ya vimos que durante el ataque sobre Bruñola del día anterior, el general García Conde con su división y el convoy destinado para el auxilio de Gerona, había pasado de Olot á Amer. A las once de la noche después de haber descansado su jente, salió García Conde de Amer, con su división y el tercio de Talarn al mando del barón de Eroles, contando un total de unos 4000 infantes y 500 caballos, sin contar algunos migueletes y una fuerza de somatenes al mando de D. José Bertrán, domero de Llorá.

La marcha fué en extremo penosa y por senderos y atajos, muchas veces, donde tenían que ir á la desfilada, supliéndose este inconveniente en cuanto fué dable, por el conocimiento del terreno que tenían Bertrán y su gente.

García Conde iba á modo de vanguardia, siguiéndole el barón de Eroles con el tercio de su mando que protejía el convoy.

Como el Ter venía crecido no se pudo vadear y hubo de habilitarse un puente con carros, venciendo mil dificultades, y demostrándose en esta operación una vez más la habilidad y el ardor de Bertrán.

Después de un viaje por demás penoso por la oscuridad de la noche, la fragosidad del terreno y una lluvia torrencial que estuvo constantemente cayendo, llegó García Conde á las 10 y media de la mañana siguiente sobre Bescanó, á la vista de Gerona.

Mientras tanto Rovira y Clarós habían avanzado desde el amanecer atacando á las tropas wesfalianas que defendían toda la línea de obras del sitio, al norte y á la orilla izquierda del Ter. A las 7 poco más ó menos emprendieron estas tropas la fuga, acosadas por aquellos dos guerrilleros, que les fueron tomando y quemando sus campamentos, llegando á entrar en las baterías del Puig den Roca. Los wesfalianos, que creían batirse con el ejército de Blake, se retiraron precipitadamente á Sarriá, muriendo su general Hadeln sustituyéndole el general Ochs quien apesar de hallarse enfermo y de te-

ner un acceso de calentura hubo de montar á caballo. Cuantas guerrillas mandó contra el doctor Rovira fueron siempre rechazadas, teniendo que limitarse á tener formados tres batallones en batalla durante el día, en el llano de Sarriá.

Mientras tenían lugar estos combates, le llegó al mariscal del imperio, ilusionado aún con una batalla campal, la noticia de que el convoy atravesaba el llano de Gerona por Bescanó y Salt, ó sea á sus espaldas. Comprendió entonces el ardid de que era víctima y se retiró corrido y airado hacia las posiciones del sitio, sin poder llegar á tiempo para impedir el socorro de la plaza sitiada.

Este sorro se realizó felizmente, apesar de las dificultades que se presentaron.

Llegada la división de García Conde á las alturas de Bescanó, conforme tenemos dicho, las tropas del general Lechi trataron de presentar batalla apoyándose en el pueblo de Salt.

El general español dividió su infantería en dos columnas á derecha é izquierda, dejando la caballería á retaguardia, con un cuerpo de reserva detrás. Seguía el convoy dirigido por el domero de Llorá, custodiado por el barón de Eroles con el segundo tercio de Talarn y una compañía de Iberia. En esta disposición y siendo las once de la mañana empezó el ataque y aun cuando los enemigos intentaron resistir, bien pronto emprendieron la fuga en dirección á Palau Sarcosta perseguidos por nuestra caballería.

Huyeron tan precipitadamente de Salt y con tal confusión, que se recojieron muchos trofeos y equipos militares, incluso los uniformes y condecoraciones del general Souham.

La plaza en vista de estas novedades hizo una salida con una columna de 800 hombres, al mando del coronel D. Blas de Fournás, quien tenía la orden de proteger la entrada del convoy, y procurar la recomposición de la represa de la acequia monar, para que sus aguas pudiesen discurrir otra vez por ella.

En esto, desatóse un furioso huracán, al que siguió una lluvia torrencial, acompañada de un terrible granizo que en breve inundó los caminos del llano é hizo crecer los ríos. Así es que por esta causa y por tener que ir á la desfilada, el convoy avanzaba con lentitud. Entró en el pueblo de Santa Eugenia y allí se presentó un nuevo obstáculo. Un grueso espaldón que tenían construido los enemigos

impedía el paso y fué necesario destruirlo en parte. Vencida esta dificultad, y siendo las tres de la tarde entró el convoy y todas las fuerzas que lo custodiaban, dentro de Gerona.

Es imposible dar cuenta del júbilo con que fueron recibidos por la guarnición y habitantes, que creyendo levantado el sitio, se entregaban á los mayores transportes de alegría y victoreaban sin cesar á sus libertadores.

A las seis de la tarde llegó Saint-Cyr á la vista de Gerona con sus fuerzas, completamente burlado, y acto continuo dió orden para que se restableciera el cerco y se ocuparan los puntos abandonados, lo que se ejecutó con la mayor rapidez.

Por este motivo el coronel Fournás regresó con su gente después de una retirada muy peligrosa por el llano, sin haber podido volver las aguas á la acequia monar, cojiendo el enemigo algunos soldados y paisanos, sin haberse podido recoger á los que habían llegado hasta la represa de Bescanó.

Día 2. Durante la noche anterior las baterías enemigas no dispararon ni un cañonazo siquiera, no observándose tampoco que trabajasen en la trinchera. Solo se afanaban en resguardarse, recomponiendo con mucha actividad las brechas de Montjuich y trabajando por la parte del río Ter hacia Salt en la construcción de una batería, para defender el paso por donde habían venido las fuerzas expedicionarias.

A las primeras horas del día, muchas tropas bajaron por las alturas de levante dirigiéndose con precipitación hacia el llano, vadeando otras el río Ter. A poco se empeñó una viva acción por la parte del camino de Bañolas, con las fuerzas de Clarós y Rovira, que duró hasta las nueve de la mañana.

Entraron en la plaza algunos paisanos con víveres, viniendo de la parte de La Bisbal y otros pueblos que estaban libres de enemigos, protegidos por la tropa que ocupaba la altura de los Angeles.

El entusiasmo de los sitiados no les distrajo de otros asuntos que podían serles de alguna utilidad. Habiéndose advertido que los enemigos habían abandonado el monasterio de San Daniel, el general Alvarez dió orden á D. Enrique Duvivier teniente coronel del regimiento de Borbón para que con trescientos hombres saliese á reconocer dicho punto así como las trincheras de la montaña de Mont-

juich. A las cuatro de la tarde se verificó la salida apoderándose la tropa de todos los ramales de ataque y baterías sin hallar la menor oposición. Una partida de dicha gente bajó á San Daniel, recogiendo y entrando dentro de la ciudad, unas trescientas camas y otros efectos. Los enemigos que se habían retirado á Montjuich, fueron reforzados y saliendo de dicho castillo atacaron á los nuestros, que inferiores en número, después de haber sostenido un vivo tiroteo, se retiraron en buen orden á la plaza. La pérdida que tuvo la tropa en esta salida, fué de 14 muertos y 29 heridos. Entre los últimos se contó al capitán D. Juan de Candi que era uno de los oficiales de más valor de la guarnición. No bien curado todavía de la herida que había recibido en el rebellín de Montjuich del día del grande asalto, quiso formar parte de la salida que acabamos de explicar, y en la misma trinchera enemiga recibió una nueva herida de bala de fusil. De sus resultas falleció algunos días después y su muerte causó un grande y general sentimiento entre los defensores de Gerona.

Los sitiadores dispararon solamente algunas granadas, pudiendo haber causado muchas desgracias, si hubiesen hecho un fuego más activo, pues la mayor parte de las tropas del general García Conde y los paisanos del domero de Llorá, estaban en las calles, por falta de cuarteles, y con la guarnición, habitantes, acémilas del convoy y caballería, llenaban por completo la ciudad.

Por la tarde salió de Sarriá por el camino de Bañolas, un cuerpo enemigo de 500 ó 600 hombres de infantería y caballería. A los tres cuartos de hora de marcha, chocó con una fuerte emboscada que le desordenó é hizo retroceder al punto de su salida.

El general García Conde en cumplimiento de las instrucciones que tenía del general Blake, se puso de acuerdo con el general Alvarez para dejar la fuerza que fuese necesaria para el refuerzo de la guarnición, designándose la siguiente: regimiento de Baza, 1368 hombres; compañías de granaderos de Iberia, 102; primer tercio de Talarn, 362; segundo tercio de Talarn, 354; segundo tercio de Vich, 281; primero de Cervera, 140, y primero de Manresa, 183: total 2790 hombres.

Con el resto de su división, los prisioneros franceses que había en la plaza, las acémilas del convoy y la gente del domero de Llorá, salió al anochecer dirigiéndose hacia los vados del río Ter. Pero en-

contrando bastante crecidas las aguas y guardados los puntos enemigos con mucha fuerza, retrocedió y entró de nuevo en Gerona.

Día 3. Hacia el mismo paraje del camino de Bañolas, donde, en la tarde anterior, una emboscada hizo retroceder á los enemigos, hubo un fuerte tiroteo, y al cabo de algún tiempo regresó á Sarriá una partida considerable de infantería y caballería enemigas, sosteniendo gran número de acémilas cargadas con haces de trigo que depositaron en dicho lugar.

Viniendo de los Angeles entraron algunos víveres en Gerona. Continuó el silencio de las baterías enemigas.

Al amanecer se hizo salir á la caballería y acémilas para forragear y pacer en los campos cercanos á los baluartes del llano, bajo la protección de la caballería de la división de García Conde y algunas partidas de infantería. Con este motivo, una descubierta de diez húsares, al mando de un sargento, atacó con denuedo á una guardia enemiga situada á tiro de fusil del baluarte de Santa Clara, que les estaba provocando. De los 28 hombres que componían dicha guardia, veintidos fueron pasados á cuchillo, incluso el comandante, y los seis restantes conducidos prisioneros á la plaza.

Llevados de su ardor llegaron los húsares hasta Santa Eugenia, haciendo haciendo retirar á cuantas centinelas y guardias hallaron al paso. Regresaron después á la ciudad cargados de despojos.

Urjía que García Conde saliese á la mayor brevedad de la plaza con su gente y caballería, por que, á más de haber consumido ya mucha parte de los alimentos entrados, iba por momentos á verse reducida á los mismos y aún más críticos apuros que antes. Dicho general intentó hacer su salida durante la noche, pero apenas empezó á desfilar cuando algunos disparos de fusil de la parte de Palau Sacosta, pusieron en confusión á las acémilas y caballerías, por cuyo motivo entraron de nuevo en la plaza.

Día 4. A las dos de madrugada el general Alvarez fué personalmente á despertar á García Conde: tanta era la importancia que daba á la salida de éste. Salió en efecto dirigiéndose con sus fuerzas hácia la derecha de la montaña de los Angeles. Los sitiadores al divisarle le dispararon algunos cañonazos, pero mal dirigidos. Pasó felizmente sin ocurrir otra novedad que la de haber alcanzado el enemigo al paisanaje armado que mandaba el domero de Llorá

con las acémilas del convoy. Sostenido por dicho cura el fuego, dió tiempo á que García Conde con la tropa se escurriera á Hostalrich.

Un cuerpo del ejército sitiador, de unos cinco ó seis mil hombres, con algunos carros y bastantes piezas de campaña, se dirigió hácia La Bisbal donde llegó á la tarde, para exigir contribuciones y aprovecharse de un convoy de víveres que se acopiaba para introducirlo dentro Gerona á la primera ocasión que se presentase.

CAPÍTULO XI

Nuevos ataques y asalto general de la ciudad

SUMARIO

Pérdida del Santuario de los Angeles. — Derrota de Verdier por Rovira y Clarós. — Nuevas baterías. — Salida contra las mismas. — Asalto general de Gerona. — Acuden á la defensa la tropa, los migueletes, los paisanos, los frailes, los sacerdotes y hasta las mujeres. — Derrota del enemigo.

Día 5. La ocupación por el enemigo de las alturas de levante impidió que entrase en la plaza un convoy que se habia reunido en los Angeles, compuesto de 200 cargas de harina y algunas de vino y aceite, con varias cabezas de ganado lanar. La fuerza que había de escoltar este convoy consistía en 200 migueletes del tercio de Cervera.

El teniente Llauder dió aviso al general Alvarez de que con la ocupación por el enemigo de dichas alturas, quedaba interceptado y se hacía difícil al convoy emprender la marcha. En su vista el general Alvarez dispuso que el teniente coronel D. Felipe de Fleires, comandante del primer tercio de voluntarios de Talarn y D. Carlos Montignani, gobernador del fuerte de Capuchinos, saliesen con 500 hombres, ocupasen las alturas de Puig-Ventós y casa Estela, desalojando de ella á los enemigos, y franqueasen de esta manera, por una parte, la salida de los paisanos forasteros que habian entrado aquellos días en Gerona y deseaban regresar á sus domicilios, y por otra el paso del convoy reunido en los Angeles.

Verificóse esta salida á la una de la tarde, formándose la tropa en tres columnas. La primera tomó el camino de Castellar, la segunda el de Puigventós y la tercera siguió por la izquierda hácia la misma dirección. Atacaron todos con valor y denuedo á los enemigos que encontraron, desalojándolos completamente de los puntos que ocupaban, inutilizando sus ranchos y pegando fuego á sus barracas.

Salió de los Angeles el convoy, pero habiendo los enemigos recibido considerables refuerzos que les vinieron de la parte de Campdurá y Castellar y sobrevenido un fuerte aguacero que hizo paralizar la acción é impedía ver los movimientos del enemigo, al poco rato se vieron los nuestros atacados por fuerzas superiores que con facilidad podían envolverles. Dispúsose entonces la retirada á la plaza, operación que al principio se ejecutó oponiendo una vigorosa resistencia, pero que después se terminó con algún desorden.

Los fuertes hicieron un fuego muy vivo y algunas descargas de metralla sobre los enemigos, quienes hubieron con ello de detenerse. A su vez el castillo de Montjuich y las baterías de la torre de San Daniel molestaron bastante la retirada de nuestras tropas.

Malogróse, pues, el objeto de la expedición, habiéndose sufrido una pérdida de 13 muertos y 25 heridos. No pudo entonces saberse el paradero de la derecha de la columna de Montignani, que había sido vigorosamente atacada y que no logró reunirse á las otras, ni entrar en la plaza, escepción hecha de los granaderos de Borbón y Baza que con un valor extraordinario lograron abrirse paso. Con este motivo se creía que los tenientes del primer tercio de Gerona don Francisco Comas y D. Matías Ferrán con 33 soldados habían caído prisioneros. No fué así, pues lograron en su mayor parte salvarse en los Angeles. Quedó sí prisionero el teniente coronel D. Latino Fitzgerald que había salido por curiosidad con las tropas.

El convoy y las fuerzas salidas de la Plaza, sostenido por los 200 voluntarios que lo escoltaban, se replegó á los Angeles, regresando luego á sus casas los paisanos con las acémilas.

Las provisiones para carne que había en la Plaza se reducían á 29 cabezas de ganado vacuno y 113 de lanar. Se economizaba esta carne con mucho cuidado, incluso en los hospitales, que eran casi los únicos puntos donde se distribuía. Por este motivo se empezó el suministro de habas á la guarnición, recojidas de los vecinos, reser-

vándose para los enfermos las pocas cargas de arroz que quedaban del convoy.

Día 6. A las 2 de la tarde se observó formada en la altura de casa Estela una columna enemiga como de unos 600 hombres, la cual se dirigió hacia los Angeles, en combinación con otras fuerzas destinadas á posesionarse de aquel punto.

Estas fuerzas se adelantaron tan rápidamente que al salir los defensores de la ermita para reconocer los parapetos inmediatos á la misma, se encontraron con el enemigo formado á tiro de fusil en número de dos mil infantes y 200 caballos. Dispertóse con silencio á la tropa, que dormía por haber estado todos de vigilancia durante la noche anterior y pasaron á ocupar, del modo más disimulado que fué posible, los espresados parapetos quedando sin jente la iglesia y demás parte del edificio. D. Matías Ferrán teniente del primer tercio de voluntarios de Gerona, que en la salida del día anterior se había creído prisionero, pero que no lo había quedado por haber podido escapar hasta los Angeles, fué de parecer que la tropa quedase quieta sin disparar un tiro hasta que el enemigo estuviera muy inmediato y diese una señal á la cual se respondiese con una descarga cerrada, siguiendo después el fuego por cuartas.

El enemigo hizo varias evoluciones adelantándose en batalla hacia los parapetos, y como de ellos no se hacía fuego, creyeron que estaban abandonados, por cuyo motivo avanzaron ya sin formación, dando grandes voces, echando los cascos al aire y haciendo otras demostraciones de alegría. Pero hallándose casi á quema ropa, dió Ferrán la señal y se hizo la descarga que diezmó la avanzada de los enemigos. Retiráronse estos á medio tiro de fusil, donde formados de nuevo, atacaron con el mayor vigor. Rechazado este segundo ataque, lo dieron por tercera vez divididos en tres columnas. La del centro hizo fuego sin moverse, mientras las otras dos avanzaban por derecha é izquierda envolviendo á los defensores de los parapetos que sufrieron mucho. Durante este tercer ataque quedó muerto de dos balazos el citado Ferrán. Mientras tanto, la otra columna que había venido de casa Estela, se había adelantado de tal modo, que algunos soldados rompían las puertas y la pared del santuario y subían por las ventanas, defendidas tan solo por cuatro asistentes. Avisados de esta novedad los defensores de los para-

petos, se retiraron, pero solo en número de 70, por haber quedado muertos ó heridos los 130 restantes. Cerraron entonces las puertas y abriendo las de la parte posterior, el jefe D. Manuel Llauder señaló un punto para la reunión, y dió orden de salir á la bayoneta. Sangrienta fué esta salida, en la que pelearon con desesperación aquellos defensores de la ermita. Solo 25 lograron salvarse. Los demás hallaron allí una muerte gloriosa que hicieron pagar bien cara al enemigo. Vengóse éste degollando á los heridos y prisioneros.

Independientemente del combate de los Angeles, tuvo lugar otro igualmente reñido, pero más satisfactorio para los españoles. Un cuerpo del ejército sitiador, en número de 1500 infantes y 150 caballos, mandado por los generales Verdier y Jouba se dirigió contra los voluntarios que dirigía el presbítero doctor D. Francisco Rovira, quien tenía tomadas posiciones á la orilla izquierda del río Ter á dos ó tres horas de los campamentos enemigos. Atacaron estos por la tarde con denuedo nuestra izquierda, delante del pueblo de Ginestar, pero cinco compañías sostuvieron con serenidad el ataque. Después de mucho fuego acudieron á su socorro las fuerzas del centro y derecha, con las que mandaba D. Juan Clarós y unidos cargaron con tanta intrepidez á los enemigos, que les obligaron á emprender la fuga, viéndose huir á uña de caballo al mismo Verdier, dejando 52 muertos en el campo y llevándose muchos heridos, entre los cuales se contó al general Jouba, un capitán y dos subalternos. El general Jouba falleció después en Figueras, de resultas de las heridas.

Como esta acción se oía desde la plaza y se observó que de los campamentos enemigos salían algunas tropas que iban en auxilio de los suyos, el general Alvarez, con el fin de distraer al ejército sitiador por la parte del llano, salió de la plaza con dos mil hombres de infantería y 25 caballos del escuadrón de San Narciso. Confió el mando de estas fuerzas al coronel D. Blas de Fournás, con orden de adelantarse hacia el pueblo de Santa Eugenia. Fournás destacó dos partidas por su izquierda que atacaron á los franceses acampados cerca del manso Gibert. Estos huyeron á refugiarse dentro la casa desde cuyas ventanas hicieron mucho fuego de fusil.

Otra fuerte partida de infantería atacó el puente de piedra sobre el río Güell, del camino de Santa Eugenia, á cuya espalda los enemigos habían formado un buen retrincheramiento, al abrigo del cual

y de las casas más avanzadas de dicho pueblo, hicieron un vivo fuego de fusil. Como los baluartes de la plaza de la parte del llano, observaron que había mucha tropa en la calle y casas de Santa Eugenia, dirijieron allí muchas bombas, granadas y bala rasa.

Terminada la acción que había tenido lugar á lo alto del río Ter, nuestra tropa se retiró á la plaza,

Día 7. Se quitó la rampa de la brecha del cuartel nuevo de Alemanes, con cuyas piedras se levantó en el interior, un grueso espaldón.

Día 8. Las baterías enemigas no hicieron fuégo.

Se continuó en la plaza la escavación del foso abierto detrás de la brecha de Santa Lucía y se practicaron otros trabajos.

En vista de la excesiva falta de carnes, que perjudicaba mucho á los habitantes y á la guarnición, especialmente á los enfermos, se acordó el consumo de la carne de caballo, echando mano, sin distinción de personas, de los que había en la plaza, sorteando diariamente el número que se necesitase. Se determinó que el sorteo empezaría por los caballos de los jefes, incluso los del mismo general gobernador, y por los de los vecinos más pudientes de la ciudad.

Día 9. El enemigo construyó otro parapeto junto al puente de Santa Eugenia.

Día 10. El enemigo ocupó segunda vez el monasterio y casas del pueblo de San Daniel.

El ayuntamiento elijió á su secretario D. Juan Pérez Claras, para que saliese de la plaza, cuando pudiese, y se presentase al general Blake, á fin de exponerle el estado critico de Gerona, é instarle vivamente para lograr el socorro de la ciudad y el levantamiento del sitio.

Día 11. A la derecha de la batería contra Santa Lucía, apareció un nuevo retrincheramiento, pero quedó luego destruído por las piezas de la cortadura de la plaza de San Pedro.

Día 12. El enemigo reparó la batería del olivar, y más abajo de ella construyó un grueso espaldón, que fué batido por la artillería de Manegat y San Cristóbal consiguiendo destruirlo en parte.

Se empezó una fuerte cortadura en la plazuela de San Pedro de Galligáns.

Día 13. Sitiados y sitiadores continuaron sus fuegos y sus trabajos.

Los vocales de la junta gubernativa fueron á recorrer las calles, pidiendo á los vecinos que entregasen víveres, lo que verificaron á pesar de que todos pasaban grande estrechez.

Día 14. Los enemigos se acercaron á unos quince ó veinte pasos del ángulo de Santa Lucía, con un ramal de trinchera. Terminaron la batería situada en su nuevo espaldón, colocando en ella tres cañones, habiendo acabado la otra más abajo de la del olivar, con dos piezas. Estas baterías y las demás de la trinchera, rompieron el fuego con la mayor tenacidad y viveza, disparando durante el día 1656 balas rasas, 85 granadas y 32 bombas. Quedó demolido casi todo el muro del cuartel viejo de Alemanes y arruinados los reparos hechos durante los días anteriores. Se desplomó la muralla de San Cristóbal, quedando abierta una dilatada brecha. Fué preciso que callasen las baterías de Manegat y de la Catedral, por haber quedado muy maltratadas.

La plaza no se acobardó por tan grandes contratiempos, antes al contrario, contestó con un fuégo muy vivo y acertado.

Al medio día colocaron los enemigos en la altura de Palau Saco, un obús y un cañón, que hicieron fuego á los baluartes de la Merced y San Francisco de Paula, pero el fuego de éstos, les obligó á retirar las expresadas piezas.

D. Juan Pérez Claras, comisionado por el ayuntamiento para ir á reclamar del general Blake el socorro de Gerona, no había podido salir aun de la plaza, pero considerándose la necesidad de esta comisión, se reunieron el estado eclesiástico, el ayuntamiento y la junta, acordando agregarle el canónigo D. Francisco Condom.

O-Donell puesto de acuerdo con Clarós, atacó á los enemigos, tomándoles por asalto la villa de Bascara, obligándoles á encerrarse en el castillo y apoderándose de un gran convoy. O-Donell fué por esta acción ascendido á brigadier.

Día 15. Siguió el fuego aún con mayor viveza, pues el enemigo añadió dos piezas más á la batería del Olivar. Al mediodía llevaba disparadas 1.200 balas rasas, 22 granadas y 14 bombas, que en un espacio de menos de siete horas representan un fuego por demás violento. No hay que decir que las brechas de Santa Lucía, Alemanes y San Cristóbal resultaron sumamente ensanchadas y accesibles.

La Plaza correspondió jugando su artillería con el mayor ardor, resultando un estruendo terrible.

Los comandantes de artillería y de ingenieros, propusieron al general Alvarez que se hiciese una salida contra la trinchera enemiga por la puerta de San Pedro de Galligáns. Aceptada por el general esta proposición, se procedió á abrir dicha puerta, y entre dos y tres de la tarde salió por ella una parte de la guarnición de la plaza en tres divisiones.

La primera, de quinientos hombres, á las órdenes del teniente coronel D. Juan Antonio Velasco, se dirigió á caer por la espalda sobre las baterías del Olivar y trincheras del camino de Montjuich. La segunda, de cuatrocientos hombres, al mando de D. Blás de Fournás, subió por el pié de la muralla, para echarse por la izquierda sobre los retrincheramientos y baterías de San Juan y sus inmediaciones. Iban á retaguardia, repartidos entre las dos primeras divisiones, los gastadores de la guarnición, una gruesa brigada de albañiles y carpinteros paisanos, con picos, hachas y hazadones, y don José Taberner, ayudante mayor de artillería con un sargento y veinte artilleros, que llevaban clavos, martillos, lanzafuegos, mechas y camisas embreadas. La tercera división constaba de 200 hombres y marchó por el camino de San Daniel, al mando del teniente coronel don Ignacio Ramirez de Estenós, con el objeto de tomar la loma de la montaña, á la izquierda de la batería, y contener á los enemigos que saliendo del monasterio intentasen impedir el objeto de la salida.

La acción principió con mucho valor y acierto. La primera y segunda división atacaron, con bizarra intrepidez, las trincheras y baterías enemigas, las cuales fueron abandonadas enseguida por sus defensores, que huyeron á refugiarse dentro del castillo de Montjuich, cuyo puente levadizo alzaron, temerosos de verse allí mismo sorprendidos. Fué tal su pánico en el primer momento, que hasta abandonaron sus baterías situadas en el foso del expresado castillo, retirando á toda prisa cuantos efectos tenían en ellas y entrándolos por las brechas dentro de aquella fartaleza.

Los tropas de la primera y segunda división entraron en las baterías de San Juan y en la nueva colocada entre los dos caminos del castillo, apoderándose de toda la trinchera enemiga.

Los artilleros y trabajadores se ocuparon enseguida en clavar la

artillería, inutilizar las cureñas, pegar fuego á los gabiones y arrasar los parapetos.

Mientras se realizaban estos trabajos, la vanguardia de la segunda división avanzó hasta las inmediaciones del glacis del castillo de Montjuich, y las tropas de la primera entraron en la batería del Olivar. Entónces la tercera, que se componía en su mayor parte de migueles, habiéndose encontrado en el puente llamado del Obispo sobre el arroyo Galligáns, cerca el monasterio de San Daniel, con un piquete enemigo que le hizo algunas descargas, creyendo mucho mayor su número, volvió las espaldas, retirándose con precipitación hácia la plaza, sin que á los oficiales les hubiese sido posible contener la fuga de sus soldados.

Esta retirada desgració algo el éxito de una acción tan felizmente principiada. La tropa de la primera división, que estaba entrando en la batería del Olivar, oyendo el fuego á su espalda y viendo que la tercera división retrocedía, temió verse cortada y abandonando el trabajo se retiró en desórden. Algunos de sus oficiales hicieron grandes esfuerzos para reunirlos y hacerlos volver á la trinchera, pero no pudieron conseguirlo, logrando solo reunir en el camino carretero, próximo á la batería nueva, unos treinta soldados y ocho artilleros, quienes se sostuvieron hasta recibir la órden de retirarse á la plaza, lo que efectuaron sin haber podido clavar las piezas de la batería del Olivar.

Esta retirada de la primera división, precisó á la segunda á verificar lo mismo, si bien esta última la llevó á cabo en buen orden, después de dejar clavadas las piezas de las baterías, incendiados los gabiones é inutilizado cinco cureñas.

Observando los sitiadores la precipitación con que se retiraban los sitiados, se reanimaron, y reforzados con las tropas que oportunamente habían ido en su auxilio, recobraron sus trincheras y baterías, protegidos por el fuego de metralla de dicho castillo. Rompieron desde ellas inmediatamente el de fusil, juntamente con el de obús del Puig den Roca, acompañado de 36 bombas y 65 granadas que durante la acción dispararon contra el caserío.

Las fuerzas que habían salido tuvieron una baja de 34 hombres entre muertos y heridos. Seguidamente se volvió á tapiar la puerta de San Pedro.

Día 16. El enemigo declavó ó sustituyó las piezas de sus baterías, rompiendo un fuego muy activo.

Nuestras baterías, aunque inferiores, correspondieron con la misma actividad.

Día 17. Las baterías enemigas continuaron el horrible fuego del día anterior. Las brechas quedaron sumamente ensanchadas y estendidas, y suavizadas las rampas. La plaza correspondió con mucha actividad.

A las tres de la tarde el enemigo suspendió el fuego y enarboló una bandera blanca en las ruínas de la torre de San Juan, tocando llamada española. Luego se dejó ver un capitán con un pañuelo también blanco en la mano, seguido de un teniente, un subteniente y un tambor, quienes bajaron hasta el extremo de los ramales, junto á la brecha de Santa Lucia, no sin que los fuertes de la montaña les dirijieran algunos cañonazos, siguiendo la orden de no admitirse parlamentarios. El comandante de la brecha de Santa Lucia les intimó para que no pasasen más adelante pues de lo contrario mandaría hacerles fuego, y como realmente se detuvieron, envió un oficial al general Alvarez participándole que el parlamentario enemigo traía un pliego para él. La contestación del general fué: *que el comandante de la brecha haga retirar inmediatamente á los parlamentarios, diciéndoles que nunca podrá ofrecérsele motivo alguno de entrar en correspondencia con sus generales.* En vista de esta enérgica y bizarra contestación los oficiales enemigos hicieron un profundo saludo y se retiraron á sus trincheras.

Comprendiendo que se acercaba por momentos el asalto, dió Alvarez el mando de las brechas de Alemanes á Fournás y el de la brecha de Santa Lucia á Marshal.

Para prevenir el caso de que el enemigo lograse vencer los retrincheramientos de brecha y la cortadura de la plazuela de San Pedro de Galligáns, se empezó á cortar el puente de piedra que existía sobre el arroyo de este último nombre, y se construyó un parapeto en la orilla izquierda y un puente levadizo sobre la parte cortada de dicho puente. De este modo quedó formada una tercera línea de defensa interior.

Durante este día y los dos precedentes las baterías enemigas dispararon 10.650 balas, 204 granadas y 73 bombas, ocasionando en

la plaza 45 muertos, 89 heridos y muchísimos contusos.

Día 18. Durante la noche anterior se continuaron con la mayor actividad las obras de defensa. Desde el medio día el enemigo avivó sus fuegos y disparó bombas á pares, con muchas granadas.

Día 19. Al amanecer de este día, memorable en los fastos de la historia patria, rompió el enemigo el fuego contra los mismos puntos, ó sean las cuatro brechas y el fuerte de Calvario. Treinta y siete piezas enemigas, disparando sin descansar un momento, y dirigidas con extraordinario acierto, causaron los mayores estragos. Al mediodía las brechas quedaban practicables. La de Santa Lucía tenía de diez á doce varas de largo, diez la de San Cristóbal, 47 la del cuartel nuevo de Alemanes y 33 la del cuartel viejo del mismo nombre.

En la batería de Manegat, quedaron inutilizados dos cañones, quedándolo también el cañón colocado encima de la puerta del mismo nombre, que flanqueaba las dos brechas de Alemanes.

La brecha del Calvario, quedó igualmente practicable, pero no resultó destruido el retrincheramiento interior que la defendía.

A estos fuegos añadió el enemigo el de obús y mortero, produciendo un estallido terrible, como el de una gran tempestad.

Al apuntar el día, se reunieron en los campamentos de Salt, bastantes fuerzas de infantería que en su mayor parte se dirigieron hacia Domeny y Sarriá. Un cuerpo de setecientos á ochocientos hombres de los mismos, pasó poco después á Puente Mayor y subió al castillo de Montjuich, alojándose en sus fosos y bóvedas, junto con otras tropas que el sitiador fué sucesivamente reuniendo en aquella fortaleza. En Campdurá se reunieron igualmente otras muchas fuerzas.

A las tres de la tarde se pusieron estas en movimiento. Una columna de más de dos mil hombres salió del castillo de Montjuich, bajando al monasterio de San Daniel. Otra igual se dirigió al mismo punto procedente de Campdurá. La marcha de esta fué descubierta desde los fuertes Calvario y Condestable y reducto del Cabildo, que la molestaron con sus certeros disparos de artillería.

Para ocultar estos movimientos, las baterías de ataque y de brecha avivaron sus fuegos, acompañándolos de una lluvia de bombas y granadas que dirigían indistintamente á todas partes para distraer

la atención de los sitiados. Todo ello producía un ruido espantoso, cayendo una verdadera lluvia de proyectiles, pero sin lograr aturdir á los defensores de Gerona.

Luego que las tropas enemigas destinadas al asalto estuvieron reunidas en Pedret, en la trinchera de Montjuich y en el monasterio de San Daniel, avanzaron hacia los puntos que tenían señalados con una rapidez y decisión extraordinarias, de tal manera que el comandante del campanario de la catedral, temiendo que llegarían antes que los defensores de las brechas, empezó el toque de arrebato con la campana mayor, que fué inmediatamente correspondido por las demás iglesias. Sus lúgubres sonidos, que parecían las voces de la población pidiendo auxilio al cielo, pusieron en movimiento á la ciudad dirigiéndose cada cual á ocupar su puesto. A las brechas de Alemanes acudieron, además de la tropa, la compañía de reserva del general y otros muchos paisanos, frailes y sacerdotes que quisieron hallarse en aquel punto considerado como de mayor peligro. La compañía de eclesiásticos se unió, en parte, al refuerzo destinado á la brecha de San Cristóbal. Los baluartes y lienzos de muralla fueron coronados y defendidos por el resto de la guarnición, por las otras compañías de la Cruzada, y por los demás paisanos.

Mientras tenía lugar este extraordinario y rápido movimiento, el general Alvarez, para prevenir el caso de que los asaltantes consiguiesen forzar las brechas, los retrincheramientos y las cortaduras, mandó colocar cañones de campaña en los cuatro puntos más apropiado de la ciudad; uno en la plaza de la catedral, para recibir á los que pudiesen entrar por Alemanes y San Cristóbal, otro en la calle de las Ballesterías para detener á los que penetraran por Santa Lucía y San Pedro, otro en la plaza de las Coles y el último en la de Ciudadanos, para recibir al enemigo hasta en el mismo centro de la población.

La caballería de San Narciso se distribuyó convenientemente para escoltar estas piezas de batalla, llevar órdenes y ausiliar la conducción de heridos.

Al ruido de las campanas apresuraron los enemigos su movimiento de avance. Las fuerzas de la montaña de Montjuich se reunieron en los retrincheramientos de la torre de San Juan, echándose de improviso sobre la brecha de Santa Lucía que estaba á tiro de

piedra. Unos trescientos hombres atacaron el fuerte Calvario asaltando su brecha. Las fuerzas reunidas en San Daniel ó sean 4200 hombres, divididos en dos cuerpos, subieron por el camino que conduce á la puerta de San Cristóbal.

Al amparo de sus fuegos de artillería, llegaron los enemigos á las brechas, animados con la esperanza de entrar á saco y obtener las gracias y recompensas que en abundancia les habían prometido sus jefes. Allí les esperaban los heróicos defensores de Gerona envueltos en una densa nube de humo, producida por tantísimos fuegos, que convertían la ciudad en una inmensa hoguera. Se entabló la lucha en todas partes, sangrienta, terrible, cuerpo á cuerpo. Nadie huyó, nadie esquivó el peligro, todos lo buscaban y todos querían ser los primeros en bravura y heroísmo. Se peleaba con deseo de exterminar al enemigo, embriagados en sangre y ensordecidos por el estruendo de más de doscientas bocas de cañón disparando á un tiempo.

El general Alvarez recorrió los puntos atacados y quedó asombrado de tanto valor. Dirigióse primero á la brecha de Santa Lucía y halló al bravo Marshal, que necesitaba contener y no animar á la gente que tenía á sus órdenes. Pasó á San Cristóbal y como fuese en momento de gran peligro, la gente le rodeaba suplicándole que se retirase. Examinó después el punto de Alemanes y en todas partes contempló el mismo ardimiento.

La tropa que defendía las brechas de Alemanes, llevada de un valor verdaderamente heróico, se formó en línea sobre las crestas de las mismas, cubriendo toda su anchura, haciendo algunas descargas á pecho descubierto, despreciando las balas rasas y la metralla de las baterías enemigas, y las granadas que al reventar en las rampas levantaban montones de piedra. Muchos de estos héroes y de los oficiales que les mandaban recibieron allí la muerte ó fueron heridos.

Animosos y bien dirigidos los asaltantes, formaron una masa compacta y apiñada, y subiendo por las rampas exteriores, entraron en las brechas, cruzando sus bayonetas con los soldados españoles. La enorme superioridad de aquella mole de gente aguerrida, logró vencer la resistencia de los nuestros y pasando por encima de sus cuerpos ensangrentados, se desbordó por las cuadras y patios de los cuarteles de Alemanes.

Era un momento de cruel angustia. Gerona iba á perecer y sus moradores estaban en el más inminente peligro de ser degollados por un enemigo lleno de ardimiento y bravura.

Pero allí con maravillosa oportunidad llegó un refuerzo de 200 hombres del regimiento de Ultonia, con su sargento mayor D. Ricardo Macarti, junto con muchos paisanos y eclesiásticos. Todos á la vez atacaron briosamente á los que por un instante habían logrado poner á viva fuerza su planta dentro el venerando suelo de Gerona, y á la bayoneta, á culatazos, á pedradas y hasta á brazo partido, les embistieron, les hicieron retroceder, les obligaron á repasar las brechas, y les forzaron á descender desordenadamente por aquellas rampas que con tanta formación habían momentos antes trepado.

Rechazado el primer asalto, avanzó el refuerzo indicado y se colocó como la primera guardia, sobre la cresta de las brechas, á pecho descubierto, despreciando los fuegos enemigos y los techos y paredes que con estruendo á su alrededor se desplomaban, acribillados por los proyectiles de las baterías sitiadoras, bajo cuyas ruinas algunos perecieron.

Los oficiales enemigos abochornados por una derrota que no esperaban, reunieron de nuevo sin perder momento, sus tropas debajo de la torre Gironella, y animándolas con la palabra y el ejemplo, les hicieron dar un segundo asalto. Subieron agachándose hasta la mitad de las rampas, auxiliados por un nutrido fuego de fusil. Nuestra gente no pudiendo contenerse, no quiso esperarles siquiera, y saliendo fuera de las brechas, bajó á su encuentro y atacándoles á la bayoneta les obligó á retirarse con precipitación. Tercera y cuarta vez repitieron el ataque en igual forma, pero al último huyeron todos, soldados, oficiales y jefes, precipitadamente, corriendo sin parar y con el mayor desorden y confusión, hasta el monasterio y pueblo de San Daniel, después de cerca tres horas de combate, perseguidos por nuestra fusilería y por la metralla de dos cañones. En su fuga les acompañó el eco de las aclamaciones de los gerundenses, que celebraban su victoria con vivas á España y á Gerona.

Muchos episodios ocurrieron en tan memorable defensa. El teniente D. Mariano Tur, observando que otro oficial enemigo intentaba penetrar por el corredor que separaba los dos cuarteles, corrió á cortarle el paso, pero impedido de acercársele por las vigas, ma-

deras y escombros caídos al derrumbarse los techos y paredes, pelearon ambos á pedradas, hasta que el oficial francés fué muerto de un fusilazo que le disparó un granadero. La compañía de reserva del general y otros muchos paisanos y eclesiásticos se confundieron valerosamente, como queda dicho, con las tropas que defendían aquellos peligrosísimos puntos. El intendente D. Carlos Beramendi, subió con el comisario D. Epifanio Ruiz á la torre Gironella, y se mantuvo en ella todo el tiempo del asalto, arrojando granadas al enemigo, y como durante el mismo quedó herido el capitán de artillería D. Salustiano Gerona, el intendente le substituyó, tomando el mando de la torre hasta que llegó el oficial destinado á reforzarla.

Las mujeres de la compañía de Santa Bárbara brillaron igualmente en estos asaltos. Sin intimidarse por los horrores del combate llevaron cartuchos, suministraron vino y aguardiente á la tropa, recojieron heridos, transportándolos al hospital. Entre dichas mujeres sobresalieron Teresa Balaguer, Isabel Pi, Esperanza Llorens y María Plajas. Llegaron á tal extremo de valor, que para recojer unos heridos que había, subieron hasta la misma cresta de las brechas á cuerpo descubierto. Fué necesario hacerlas retirar á la fuerza, por que se resistían, y aún así no lo hicieron sin llevarse los heridos.

Demostraron así bien grande arrojo los paisanos José Molíns, Pedro Suyastres, Juan Salabert, Juan Barrasetas, Francisco Rogés y otros que tomaron parte en el sangriento ataque á la bayoneta con que los enemigos fueron echados fuera de las brechas. Era tradicional entre el pueblo el valor y ardimiento que estos y otros paisanos demostraron en aquella ocasión memorable, y en nuestra juventud les oímos nombrar y elojiar por algunos de los venerables veteranos del sitio.

Igual resistencia hallaron los enemigos en la brecha de San Cristóbal. Era ésta más practicable que las de Alemanes, pero el fuego vivísimo con que fueron recibidos los asaltantes, les impusieron de tal modo que sin atreverse á trepar por la rampa, fueron retirándose hacia la parte de Alemanes, donde unidos á los que asaltaban aquellas brechas, intentaron el tercero y cuarto asaltos dados á las mismas.

Al mismo tiempo que se atacaban las brechas de Alemanes y San Cristóbal, la de Santa Lucía era asaltada como queda dicho,

por la división Pino. El avance se hizo con mucha rapidez, pues los ramales de trinchera llegaban á tiro de piedra, sin tener que subir cuesta ni rampa de ninguna clase. Apostáronse en la misma brecha por no haberse podido formar en ella los defensores á causa de la poca capacidad de la cresta, pero no pudieron avanzar más, por el fuego de fusilería que les hizo la tropa desde el parapeto y desde la torre, las ventanas y las aspilleras de la iglesia. Defendían dicho parapeto nueve granaderos del regimiento de Borbón y nueve migueletes del primer tercio de Vich, á las órdenes del subteniente de aquel cuerpo D. Manuel Clercy, quienes auxiliados por los demás fuegos, contuvieron el asalto que por dos veces y con el mayor ímpetu fué dado, contribuyendo grandemente al destrozo enemigo, las descargas cerradas que hicieron los nuestros y las granadas de mano que continuamente estuvieron arrojando ocho granaderos de Borbón colocados sobre los flancos del muro. El coronel que mandaba la columna asaltante viendo que su tropa se retiraba, se puso al frente de ella y se adelantó hasta la cresta de la brecha. Quedó sorprendido al contemplar la cortadura hecha en peña viva. Quiso retirarse pero quedó muerto allí mismo, junto con varios zapadores que empezaban á cubrirse con las ruinas exteriores. Después de hora y cuarto del más empeñado combate, emprendieron precipitadamente la fuga, escondiéndose en sus ramales de trinchera, dejando la brecha y sus inmediaciones sembradas de muertos y heridos.

Igual desastre sufrió la columna que asaltó el fuerte del Calvario. Subiendo cautelosamente la pendiente, se presentó al pié de la brecha. La guarnición, con todo y haber sido reforzada solo se componía de 80 hombres á las órdenes de D. Francisco Giralt teniente del segundo de Barcelona. En vano las baterías de la torre de San Daniel protegían este asalto, pues la tropa apostada detrás del retrincheramiento, resistió con la mayor serenidad haciendo fuego de fusil y disparando polladas y granadas de mano. Después de mucho rato de combate emprendieron la retirada, dejando 16 muertos al pié de la brecha y recibiendo la metralla del fuerte de Condestable y del reducto del Cabildo.

Una columna de 400 hombres de los asaltantes de Alemanes, pasando por el pié de la torre Gironella, se estableció entre los reductos del Cabildo y de la Ciudad, para entretener á sus guarniciones. An-

te estas novedades alarmóse la compañía de frailes que defendía el baluarte de la Merced, rompiendo un vivo fuego.

Una partida enemiga de unos cien hombres, bajó hácia la puerta del Socorro, con la idea de abrirla con un petardo, pero los paisanos armados, que sin pertenecer á la Cruzada, tenían la defensa de aquella parte del recinto, auxiliados por los frailes del baluarte de la Merced, obligaron á los enemigos á retirarse.

Al poco rato salió por la misma puerta el teniente Camps con su guerrilla compuesta de 34 hombres, y atacando á los que tenían rodeado el reducto del Cabildo, les obligó á retirarse y á bajar precipitadamente hácia la torre Gironella. No satisfecho con esto, bajó él también, encontrándose con que los enemigos habían ocupado las casas inmediatas á dicha torre. Atacóles con la mayor decisión y les arrojó de todos sus puntos, obligándoles á reunirse con los que apiñados debajo la torre Gironella intentaban el cuarto y último asalto de las brechas de Alemanes, persiguiéndoles después en su fuga. Fué tan feliz esta guerrilla en su salida que causó ochenta muertos al enemigo, y muchos heridos, debido á que siempre pudo atacar de flanco y á poca distancia.

La retirada la verificaron casi á un tiempo las columnas asaltantes. Los militares y paisanos que estaban en las brechas, les persiguieron á pedradas, mientras estuvieron á su alcance y luego lo verificaron los fuegos de la plaza. Dos partidas de las guarniciones de los fuertes Condestable y Calvario, que sus comandantes hicieron salir al observar el desorden con que huían los enemigos, les picaron la retaguardia hasta el monasterio de San Daniel. Los tiradores de los campanarios de la Catedral y San Pedro de Galligáns, el baluarte de Sarracinas, la batería de la Catedral y todos los puntos desde donde se descubría á los fugitivos, les acompañaron con un vivísimo fuego que acabó de aturdirles.

Mucha y sensible fué la pérdida que sufrieron. Sus desertores la fijaron entre unos 800 á 1.200 hombres. Los partes franceses la callaron de momento, siguiendo su costumbre en los sucesos militares en que les era adversa la fortuna y después cuando lo consignaron oficialmente, fué en n.º de 624. Entre los muertos se contaron los coroneles Ruffini, Mouff y Foresti.

Así fueron rechazados 4.500 hombres de la división del sitio, y

la de Pino, que dirigidos por Verdier, intentaban entrar en Gerona á sangre y fuego, por cuatro estensas brechas defendidas por paisanos estenuados por las privaciones y por soldados que no tenían otro sustento que un rancho de trigo ó habas, condimentado con un poco de aceite, ó una onza de tocino.

La pérdida que tuvo la guarnición fué de 242 hombres: 44 muertos, 158 heridos y 40 contusos.

Entre los valientes militares que pagaron con su vida tan heroica defensa, merecen citarse D. Rodolfo Marshal, comandante de la brecha de Santa Lucia, D. Ricardo Macarti, sargento mayor del regimiento de Ultonia, D. Antonio Codina, capitán del primer tercio de Vich, y D. Salustino Gerona, capitán de artillería.

CAPÍTULO XII

Derrota de un segundo socorro

SUMARIO

Blake organiza un nuevo convoy para el socorro de Gerona. — Son derrotadas las tropas que lo conducían y solo O - Donell logra entrar en Gerona con una pequeña parte. — El hambre. — Los vecinos se encargan de mantener á la oficialidad. — O - Donnell rompe la línea del sitiador y se dirige á Santa Coloma.

Día 20. Durante la noche anterior, hicieron una salida los subtenientes D. Antonio Olivares y D. Antonio Bibern, con 50 hombres, al objeto de recoger los armamentos y despojos de los enemigos. Esta guerrilla se horrorizó tropezando, en medio de la oscuridad, con tantos cadáveres. Arrimaron los heridos á las casas inmediatas á la torre Gironella para poder conducirlos á los hospitales, y recojieron quinientos fusiles y gran cantidad de picos, palas y demás útiles de zapadores.

Al amanecer salió el subteniente D. Francisco Jacobí con 60 hombres, para introducir en la ciudad á los heridos. Pudo verificarlo con algunos, pero no con todos, por no haberlo permitido la proximidad de los enemigos.

Entraron en la plaza varios desertores.

Día 20. El enemigo hizo solo fuego de fusil contra las brechas.

Día 22 y 23. La guerrilla de Camps, cuidó, durante las dos noches anteriores, de que se enterraran, por la parte de la torre Girone-

lla y Alemanes unos 30 cadáveres enemigos. Junto á la fuente del obispo se encontró el de un jefe puesto en una parihuela y tendidos con él, los cuatro que la conducían.

Día 24. Se concluyeron en la plaza varias obras de defensa y resguardo empezados el día 20.

Desde dicho día 20 el enemigo disparó contra la plaza tan solo una bala rasa y tres bombas, pero hizo mucho fuego de fusil contra las brechas.

El hambre hizo crueles estragos, falleciendo por la total falta de alimentos varios individuos de las familias de emigrados.

Hallándose la tropa sin calzado, se echó mano de todo el cáñamo disponible que había en las casas de los particulares, quienes lo entregaron con su habitual desprendimiento, para que la guarnición no careciese de alpargatas.

Entraron en la plaza algunos desertores del enemigo.

El general Verdier, completamente abochornado por los fracasos sufridos, y viendo que su jefe convertía el sitio en bloqueo, lo que equivalía á declarar inútiles sus trabajos, abandonó el campo sitiador y se dirigió á Francia.

Día 25. Entraron en la plaza un sargento y ocho zapadores del destacamento que había quedado fuera de ella el día 1.º de este mes.

Después que el general Blake hubo realizado las operaciones de primeros de este mes, se dirigió con su ejército á la villa de Olot. Sin pérdida de tiempo mandó organizar otro convoy superior al primero. Al anochecer del día 18 se dirigió hacia la marina situándose en la villa de Breda.

El día 22 estaba ya organizado el nuevo convoy, saliendo acto continuo escoltado por el ejército de Blake, que en suma ascendía á unos doce mil hombres. La operación era arriesgadísima. El enemigo reunía fuerzas superiores, se hallaba fuertemente atrincherado, y estaba mandado por el más entendido de los generales del imperio. Blake, por otra parte, no podía contar con las fuerzas de Clarós y Rovira, por los quebrantos que últimamente habían sufrido. De Breda marchó á Hostalrich y Tordera. Dirigióse después á Blanes, pasó por Lloret y cercanías de Tossa y San Feliu de Guixols, descansando en Palamós. De esta villa salió en este día 25 y se dirigió á La Bisbal donde entró aquella tarde.

Día 26. A la una de la madrugada salió el convoy de La Bisbal y se puso en marcha hacia los Angeles. Para proteger su desfile, el ejército se fraccionó en tres grupos. Una división de 1300 hombres con algunos caballos, á las órdenes del brigadier O-Donnell, formaba el cuerpo de vanguardia, para desalojar á los enemigos de sus posiciones y despejar el terreno. Seguía formando el centro, el mariscal de campo D. Luis Wimpffem, con cuatro mil hombres que escoltaban el convoy. A retaguardia estaba el general Blake, con el resto del ejército, ó sean unos 6700 hombres, y la caballería.

A las tres de la mañana entró en la plaza un propio con pliegos para el general Alvarez, quien luego de enterado de su contenido, dispuso que D. Antonio Bivern saliese con 200 hombres y se estableciese entre los fuertes Condestable y Capuchinos, con la orden de adelantarse con dos destacamentos que saldrían de dichos fuertes, para proteger la entrada del convoy.

Al amanecer rompió la brigada O-Donnell un fuerte tiroteo desde Castellar, y atacando con su acostumbrada bravura, logró apoderarse de Puigventós, quemando los campamentos enemigos que encontró á su paso. Las fuerzas salidas de la plaza y de los fuertes procuraron entonces adelantarse en su auxilio.

Gerona ante estas novedades y las noticias que traían algunos paisanos, creyó llegada la hora de su libertad, pintándose el gozo y la esperanza en todos los semblantes.

Sin embargo las horas transcurrieron y empezó á sentirse alguna zozobra. El general Blake no quiso entrar en acción para no exponerse á una derrota, y solo se adelantó hasta Santa Pelaya, distante hora y media del punto de ataque.

Los enemigos que á la primera embestida de O-Donnell habían tenido que retirarse precipitadamente hacia su izquierda, fueron replegándose con la mayor actividad, acudiendo en su auxilio otras fuerzas muy superiores.

O-Donnell estaba en Puigventós aguardando á Wimpffem con el convoy, que tenía que andar á la desfilada por la escabrosidad del terreno. A las diez de la mañana los enemigos lograron rodear á O-Donnell y cortar el convoy que se le iba reuniendo, atacando al mismo tiempo á Wimpffem. O-Donnell viendo que se le envolvía pa-

ra impedir su entrada en Gerona, reunió las acémilas que pudo, en número de 170 á 200, y atacando con la mayor bravura, se abrió paso á viva fuerza y después de mil dificultades pudo introducirse en Gerona. Los enemigos lograron picar su retaguardia, y cortar á la mayor parte de los que habían salido de la plaza y sus fuertes para acudir en su auxilio. Perdió O-Donell en esta atrevida operación 13 oficiales y 170 soldados, que quedaron muertos ó prisioneros, con más 50 heridos que pudo conducir á la ciudad. Por su parte hizo prisioneros á un comandante italiano, llamado Casella, 3 oficiales y 13 soldados.

Los enemigos reforzados con la división que tenían en Cassá de la Selva, cargaron con tal vigor y superioridad numérica contra Wimpffem, que lograron envolverle por el frente y espalda, haciéndole retirar con mucho desorden.

La mayor parte del convoy cayó en poder del enemigo. Muchos bagajeros para huir con mayor ligereza y desembarazo, descargaron las acémilas y montando en ellas emprendieron la fuga. Algunos fueron hechos prisioneros y fusilados, aquella tarde misma, frente la iglesia de Palau.

O-Donell con 1.130 hombres y 11 caballos, acampó entre los fuertes Condestable y Capuchinos.

Malograda aquella tentativa de socorro, se aumentaba, con la brigada de O-Donell, el consumo de los escasos víveres que quedaban en la plaza, pues tanto la tropa como los habitantes pasaban las mayores penalidades. Baste considerar que á la tropa se le daba solamente un cuarterón de pan cada día y un poco de trigo y aceite, sin vino, aguardiente, ni prest.

Día 27. El fuego de los enemigos fué solo de fusil. Se practicaron varias obras de defensa en Alemanes. A la espalda de la batería de Mánegat, se empezó una cortadura con su parapeto y un puente levadizo. A la entrada de la calle de la Rosa, desde la plazuela de San Pedro de Galligáns, se empezó á construir una travesa con su banquetta y un foso.

Como la pólvora y municiones de guerra escaseaban, desde este día la artillería disparó solo cuando se descubrían columnas enemigas.

Se presentó en la avanzada del llano, un oficial de Saboya, que

había caído prisionero del enemigo. Como llevaba un pliego del general sitiador, fué conducido delante del general Alvarez, resultando que se pedía el cange del comandante italiano Casella con otro oficial español de igual graduación. Alvarez desechó la propuesta y mandó al oficial que regresase al campamento enemigo, toda vez que había dado su palabra de honor de volver á él.

La ración de un cuarterón escaso de pan diario, hubo de reducirse á la mitad: ocho onzas de trigo para menestra y cinco de aceite para veinte plazas.

No siendo suficientes los molinos de sangre construidos en el Seminario, se empezaron otros, utilizándose además los almireces, molinos de almendras, sal ó café, y demás útiles análogos, y siendo muchos los que se veían precisados á verificar la molienda con cascos de bomba.

Continuaron muriendo de miseria y hambre, varios paisanos alojados en los pórticos y calles de la ciudad. Para evitar los males consiguientes á la descomposición de los cadáveres de los que morían sin auxilio ó sin albergue, dispuso la junta, que una comisión de vecinos recorriese todas las mañanas la población y recojiese los que encontrase.

La falta de medicinas y la carencia de carnes desde principios del sitio, hacían muy deplorable la situación de los enfermos y heridos, y los sanos decaían físicamente de un modo visible y pronunciado. Para aliviar algo estos males se dispuso llevar á ejecución el acuerdo para la matanza de caballos y el consumo de sus carnes. Para que la tropa pudiese participar de este alimento, se dió orden á los sargentos de brigada de recojer las porciones correspondientes á sus cuerpos, á razón de 6 onzas por individuo cada tres días.

O-Donell indicó al general Alvarez la conveniencia de quedarse unos días, creyendo que el ejército de Blake podía hacer algún movimiento para realizar la entrada del resto del convoy, que no se creía perdido, la cual procuraría facilitar él con sus tropas. Alvarez le contestó que no podía darle víveres de ninguna clase y que por tanto se marchase.

Día 28. A instancias de la junta y con la intermediación del obispo, pudo lograrse que Alvarez suspendiera por dos días la orden que había dado para la salida de la brigada O-Donell, cuidando el pueblo de la manutención de la misma.

Día 29. Empezó el sorteo de los caballos para el consumo de su carne. El gobernador fué el primero en dar el suyo.

Unos 2.000 infantes y 200 caballos enemigos, viniendo de Bescanó, y faldeando emboscados al monte de San Grau, se dirijieron á San Gregorio. La infantería acampada en Tayalá se unió á estas fuerzas y juntas atacaron á nuestras partidas de Llorá. El fuego fué muy vivo y ordenado por espacio de cuatro horas, llegando muy oportunamente una regular columna española, que colocándose en la altura de Montcal, auxilió de tal modo á los atacados, que éstos rechazaron al enemigo y tomando la ofensiva les persiguieron en su retirada. Las fuerzas que habían salido de Tayalá, se vieron ocosadas hasta cerca de su mismo campamento, y las procedentes de Bescanó quemaron en su fuga varios pajares de San Gregorio.

Día 30. A causa de la escasez de caudales, la junta militar acordó que á contar desde el día 1.º del mes de septiembre que finía, solo cobrasen media paga la oficialidad y los empleados.

Durante el propio mes dispararon los enemigos, contra la plaza y sus fuertes, 14.907 balas rasas, 135 bombas y 295 granadas. Eran muchísimos los militares enfermos y heridos que había en los hospitales y muy crecido el número de paisanos á quienes la falta de alimentos, la mala calidad de los mismos y la destemplanza de la atmósfera, saturada de miasmas, tenía postrados en cama. Unos 1.200 había de los primeros en los hospitales, y la guarnición incluyendo aquel número, los convalecientes y los menores, era de 5.970 para la plaza y sus fuertes. A no ser por el hambre y sus efectos, hubiera podido creerse que existía un armisticio entre los sitiados y los sitiadores porque no se disparaba apenas un tiro.

Se multiplicaron las calenturas, complicándose con síntomas nerviosos, padeciendo muchos, en todo el cuerpo, multitud de petequias, ó manchas lívidas y de forma circular que anunciaban la disolución de la sangre. Estas fiebres y demás calamidades hicieron perder mucha gente.

Día 1.º de octubre Los enemigos intentaron sorprender á nuestra avanzada del Cármen. Se les hizo una descarga y huyeron.

Empezóse un segundo retrincheramiento para aumentar la defensa de la brecha de Santa Lucia.

Varios jefes de los cuerpos de la guarnición expusieron á la jun-

ta el deplorable estado de la tropa, por la pésima y escasa manutención que recibía, lo que era causa de que enfermasen los soldados en número alarmante. Atendiendo la junta tales observaciones, propuso al general Alvarez celebrar un consejo de guerra.

Día 2. Celebróse el indicado consejo de guerra, presidido por el general Alvarez, con asistencia de todos los jefes, incluso el brigadier O-Donell, y dos vocales de la junta gubernativa. Se redactó un enérgico oficio, dirigido al general Blake, exponiéndole la deplorable situación de la plaza y de sus defensores, hasta el punto de no poder sostenerse sino tres ó cuatro días más, y requiriéndole para que inmediatamente hiciese levantar el sitio, ó se situase en las alturas de levante, para mantener abierta la comunicación, prescribiendo en otro caso la conducta que debía observar la plaza.

De este oficio se sacaron tres ejemplares que se entregaron á otros tantos oficiales de confianza, acompañado cada uno de un guía y expreso, á fin de que llevando caminos distintos, pudiese alguno de ellos llegar al cuartel general. Salieron en efecto, al anochecer, pero ninguno pudo pasar, por haberse encontrado el paso completamente cerrado y con una vigilancia excesiva.

Descorazonado Saint-Cyr, por la formidable defensa de Gerona, encargó el mando á Souham y se marchó á Francia. Aún no había cumplido un año de su entrada en Cataluña á la cabeza de un brillante y numeroso ejército. Venció en cuantas batallas se dieron, y cuando podía considerar terminada la dominación de Cataluña, hubo de pensar seriamente en el sitio de Gerona. Esta pequeña ciudad apagó el brillo de su gloria. Impotente para rendirla, tuvo que abandonar una empresa que parecía de poquísima monta para las armas francesas, que con tanta facilidad se habían apoderado de las primeras plazas fuertes de Europa, consideradas como inexpugnables y defendidas por grandes y aguerridos ejércitos.

Días 3 y 4. La presencia de O-Donell, y la resolución que tomó de atravesar la línea enemiga y reunirse al ejército de operaciones, engendró entre la guarnición el principio de un mal que pudo traer funestas consecuencias.

A los oficiales alhagaba la idea de O-Donell, y no se recataban de manifestarlo públicamente. Decían que sin la paga y sin recursos

no tenían más esperanza que la de morir de hambre, y su muerte de ninguna utilidad había de servir á la patria, por la cual estaban dispuestos á sacrificarse, pero con algo más útil y honroso que la horrible calma del bloqueo.

Debe decirse en honor de tan heróicos militares, que á ninguno se le ocurrió jamás la idea de rendirse, antes al contrario, preferían salir al campo y batirse cuerpo á cuerpo para abrirse paso.

Los jefes por más que simpatizaban con los propósitos de sus subordinados, procuraban calmarles, aunque esponiendo la verdad de lo que ocurría al general Alvarez. Este se limitaba á contestar: *que se mueran de hambre; ó bien, lo mismo es morir de hambre que en las brechas; perecemos entre estas ruínas ó se levanta el sitio.*

La sequedad de estas contestaciones exasperó á la oficialidad, que aumentando sus cabildeos y reuniones, amenazó un serio conflicto, proponiéndose muchos entrar violentamente en las casas de los vecinos y tomar cuantos víveres se encontrasen, formulándose otros proyectos aún mas atrevidos. Ante la gravedad de estas amenazas, se reunió la junta gubernativa al anochecer del día 3 y encontrándose sin recursos, resolvió dejar el asunto á cargo del ayuntamiento. Llamóse al efecto al regidor decano del mismo, siendo ya las ocho de la propia noche, y enterado de lo que ocurría, convocó á una reunión general para las diez de la mañana del siguiente día 4, en la que se acordó que el vecindario se encargase, durante seis días, del sustento de los oficiales, dándoles comida ó un equivalente en metálico á razón de medio duro cada día.

Para ver si el oficio acordado en el consejo de guerra del día 2, podía llegar á su destino, se ofrecieron tres oficiales á probar segunda vez el paso. Salieron al anochecer, regresando dos de ellos sin lograr su intento por la vigilancia del enemigo.

Días 5 y 6. Para la mejor ejecución del acuerdo de los vecinos de mantener á la oficialidad, se reclamó un estado de los jefes y oficiales, con expresión de los que se mantenían á sus espensas, ó en casas de parientes y amigos, y de los que se hallaban en los hospitales. Diéronse dichas relaciones el día 6 y por ellas se vino en conocimiento de que un gran número de oficiales carecían absolutamente de todo medio de subsistencia.

Día 7. El general Alvarez dispuso que no se suministrase á la

brigada O-Donell, ni el cuarterón de pan para cada dos días, ni la ración de carne de caballo.

O-Donell viendo sitiada así por hambre su gente, hizo matar cuatro caballos. Pidió además á la junta, que le suministrara la indicada ración diaria que percibían los de la guarnición. Empleó la junta para dar este socorro por tres ó cuatro días, cuantos recursos fueron arbitrables para moler trigo, valiéndose de varios paisanos á quienes ofreció grandes recompensas.

Días 8, 9, 10 y 11. El enemigo prolongó su trinchera hasta el escarpado de Pedret, construyó un espaldón con dos troneras detrás de San Juan, y mandó sus enfermos y heridos á Figueras.

Día 12. En la ladera de poniente de Montjuich, colocó el enemigo un obús y un cañón, que molestaron al ganado caballar, que, por falta de forrage, pacía en la Dehesa. La plaza dirigió algunas granadas á dicha batería.

Día 13. El mariscal Augereau llegó al campo enemigo con su estado mayor y bastantes refuerzos de víveres y municiones. Salió de Sarrià con un séquito muy lucido y un numeroso piquete de caballería. La tropa de toda la línea enemiga vestía de gala, haciendo los debidos honores. Desde casa Roca estuvo examinando con mucho cuidado la ciudad y sus alrededores.

Acordóse recoger para la guarnición y los paisanos más necesitados, el tocino salado, manteca, aceite, vino y demás comestibles existentes en los conventos, casas de particulares y edificios ó almacenes, dejando á sus dueños solo lo preciso para quince días. Llevóse á ejecución este acuerdo por una comisión compuesta de vocales de las juntas gubernativa y militar.

Día 14. El brigadier O-Donell había despachado algunos propios á Blake pidiéndole instrucciones. Como no recibía contestación y por otra parte Alvarez le instaba del modo más enérgico para que se marchara, resolvió dejar las 170 acémilas del convoy y atravesar la línea enemiga.

Para ello concibió el proyecto más atrevido que darse pueda. Reunió algunos guías buenos y seguros, con orden de dirigirle directamente á Santa Coloma de Farnés por el camino más corto, única manera de evitar el tiroteo, el consiguiente combate, y la pérdida inevitable de su gente entre las numerosas fuerzas sitiadoras. Podía

él ser víctima de los mismos medios que trataba de emplear, pero nada le arredró.

Aunque se llevó con sigilo este proyecto, no dejaron de tener noticia del mismo algunas familias, especialmente de los llamados espatriados, que determinaron unirse á la brigada de O-Donell y correr su suerte, ya que dentro Gerona veían cercana su muerte.

A las doce de la noche anterior reunió O-Donell su columna, formó con ella una masa compacta, y en medio de la más profunda oscuridad bajó al llano con el mayor sigilo. Tomó el camino de Santa Coloma á paso acelerado, formando á modo de vanguardia 80 hombres, entre los cuales iban los desertores del enemigo y á retaguardia las familias antes indicadas.

Sin disparar un tiro, y sin proferir una sola palabra, avanzó la columna, degollando á cuantos centinelas y guardias se encontraron al paso, hasta que con la repetición de estos actos cundió la alarma en los campamentos enemigos, especialmente en el de Aiguaviva, donde á poco se tocó generala en medio de la mayor confusión. Creían que la guarnición abandonaba la plaza, y á todos les parecía tenerla ya encima, armándose tal desorden, que el general Souham huyó sin vestir y anduvo errante en camisa durante mucho tiempo por los campos, y varios cuerpos sitiadores, tomándose unos á otros por enemigos, estuvieron á punto de destrozarse.

Entretanto O-Donell seguía su camino, y el enemigo hubiera perdido sus huellas á no ser por la imprudencia de algunos de la retaguardia, que contestaron á sus disparos. Sin embargo, solo al amanecer lograron descubrirlos. Cargando entonces con numerosas fuerzas de caballería, lograron cojer prisioneros unos 200 hombres de la retaguardia y varios paisanos, especialmente mugeres, cuya mayor parte quedaron en poder de los enemigos. O-Donell á su vez hizo varios prisioneros y cogió un gran botín en el campamento de Aiguaviva.

Pasando por San Delmay y por cerca Viloví, pudo unirse á Miláns en las inmediaciones de Santa Coloma. O-Donell y Miláns, esperaron á la división Souham, destacada en persecución del primero, rechazándola con mucha pérdida.

Llegaron á Gerona tres espresos del ejército de operaciones con cartas para algunos militares y habitantes. El obispo y el general

Alvarez recibieron también un oficio del general Blake, en el que les aseguraba que pronto enviaría abundantes socorros. Al obispo le añadía que en breve le daría personalmente un abrazo. Esta noticia se hizo pública enseguida y llenó de alegría á la guarnición y á los habitantes.



CAPÍTULO XIII

Gerona en el delirio

SUMARIO

Descontento entre los militares. — Parlamentarios rechazados. — Conato de insurrección militar. — Blake deshaucia á Gerona abandonándola á su desesperada suerte. — Desplome de casas junto al Oñar. — Orden á las segundas líneas de hacer fuego á los que abandonasen las primeras.

Día 15. A las diez de la noche anterior, rompió el enemigo un vivo tiroteo contra el fuerte Calvario, y contra el recinto norte de la plaza, con mucha algazara y gritería. Llamada así la atención por aquella parte, una partida de 200 hombres con 20 caballos avanzó hácia la guerrilla del llano y la gran guardia del Cármen. Logró de esta manera apoderarse del demolido arrabal de la Rutlla.

A instancia de la junta, el ayuntamiento invitó nuevamente á los vecinos para que mantuvieran durante cuatro días más á la oficialidad de la guarnición.

Día 16. Llegó á Gerona el ascenso de Alvarez á teniente general, siendo éste felicitado por la oficialidad, autoridades, corporaciones y personas importantes de la población.

Día 17. Quedaron consumidos los caballos, por lo que hubo necesidad de echar mano de las acémilas del convoy.

El general Blake atentó á la idea de distraer las fuerzas sitiadoras, ya que no le era posible ningún ataque formal, y menos ahora

con el aumento de tropas en el ejército sitiador, hizo avanzar una parte de sus fuerzas hacia Bruñola, mientras una partida de gente atrevida empeñaba un vivo tiroteo por la parte de los Angeles. Augereau reconcentró su ejército al extremo del llano, creyendo que Blake iba á empeñar la batalla. Sin embargo este general solo se proponía la entrada de unos propios.

Día 18. Entraron en la plaza los espresos indicados, con pliegos y 4.000 duros. También entraron algunos paisanos con gallinas. Se observaron grandes hogueras hacia las alturas de Santa Coloma de Farnés, Portsacreu, San Grau y San Gregorio. Eran las fuerzas de O-Donell y Loygorri. A las nueve de la mañana salió mucha tropa de infantería y caballería de los campos enemigos. En vista de todo esto, se creyó en la ciudad que el ejército de operaciones se acercaba para socorrerla, lo cual produjo el consiguiente júbilo.

Quedó terminado el segundo retrincheramiento de Santa Lucia.

Días 19 y 20. Conociendo el enemigo que no intimidaría á los habitantes, aunque lograrse reducir á escombros sus casas, y que no podría tan facilmente entrar en la plaza apesar de sus grandes brechas, disminuyó mucho su fuego de mortero, obús y cañón, activando el de fusil de día y de noche, al que correspondió siempre la plaza. Empleó también el sitiador todo su cuidado en estrechar el riguroso bloqueo, á fin de conseguir la rendición por el hambre y las enfermedades.

Día 21. A la una de la madrugada dió principio el enemigo á un nuevo sistema de bombardeo. Consistía en ir arrojando dos bombas y una granada, con breves intervalos, hasta el amanecer. Se proponía impedir el sueño. Estaban ya tan avezados los defensores de Gerona al bombardeo, que no hacían caso, ni se movían de su descanso ó faenas, motivo por el cual murieron bastantes alcanzados por las bombas y granadas.

Durante estos días se pidió nuevamente á los vecinos que facilitasen algo más para los hospitales, y accedieron enseguida, desprendiéndose de cuanto les fué posible, hasta de sus mismas camas. En dichos establecimientos benéficos faltaban el ajuar, las medicinas y los alimentos, y se ostentaba en ellos la misma miseria que en el resto de la población.

Fallecían diariamente muchos hombres de la guarnición y vecin-

dario. La gente pobre, era la que ofrecía mayor tributo á la muerte. Diariamente se hallaban por las calles y en los rincones de las iglesias, los cadáveres de las víctimas del hambre.

Día 22. El enemigo para estrechar el bloqueo se valió de cuantos ardides le sugirió su ingenio. Durante la noche aproximaba sus centinelas avanzadas hasta las inmediaciones de las murallas. Además, en los atajos y senderos de la parte de la montaña, por donde entraban á veces en la ciudad, aunque con mucho riesgo, algunos paisanos con pan, chocolate y otros alimentos, colocaron perros escojidos entre los de olfato más sensible, y cruzaron cuerdas de arbol á arbol, con cencerros ó campanillas, para producir alarma á sus centinelas en caso de que alguien intentase pasar.

Se valió también el sitiador de la estratagema de hacer penetrar á sus espías, como si fuesen introductores de víveres que acabasen de pasar por mil peligros, si bien los pasaban reales dentro la ciudad, por la inspección continua que hacía la junta de vigilancia de cuantos entraban.

El tiroteo de los días anteriores sobre la ermita de los Angeles, debió engañar al mariscal Augereau, haciéndole suponer que si no le atacaban resueltamente las tropas españolas por el Ter, ó por Bruñola, en que se ofrecían á la vista, era por dirigir sus miras á la introducción de otro convoy por la parte de La Bisbal. Envió pues el 21 unos tres mil italianos de Pino, con la misión de impedir el supuesto convoy y apoderarse de los almacenes allí existentes. No hay que decir si serían escasísimos cuando no hallaron en La Bisbal fuerza alguna que los custodiase. Los italianos después de entretenerse en sus habituales tropelías, regresaron al anochecer de este día 22, cayendo en una hábil celada de los migueletes y somatenes, que causándoles muchas bajas, les puso en gran desorden hasta llegar precipitadamente á su campamento de Castellar.

Día 23. Hacia algunos días que se había acabado el carbón en la plaza, paralizándose así los trabajos en la maestranza. Algunos paisanos se ofrecieron á fabricar dicho combustible en las inmediaciones de los fuertes Condestable y Capuchinos, reclamando tan solo una escolta de soldados que les sostuviesen durante el trabajo. Hízose así: y aunque en muy corta cantidad pudo obtenerse alguna partida de carbón.

Otros dos paisanos, viendo el considerable gasto que se hacía de metralla y balas de cañón de corto calibre, ofrecieron al general Alvarez, fabricar gratis dicho balerío, probando además de hacer granadas de mano. El general admitió tan patriótica oferta.

Día 24. La guerrilla de Pol condujo á la plaza tres cadáveres hallados debajo de Palau Sacosta. Eran de un religioso y dos paisanos que intentando sin duda el paso, fueron asesinados por los enemigos.

Días 25 y 26. Como la inquietud y el descontento aumentaban entre los oficiales y algunos para no perecer de hambre, se veían en la precisión de cometer violencias, se celebró un nuevo consejo de guerra, en el que se acordó instalar una junta de militares que debía reunirse dos días cada semana, para discutir los medios de aliviar á la guarnición, y se eligieron dos jefes, con el encargo de hallarse presentes en los hospitales en las horas de reparto de la comida á los enfermos, y remediar las faltas que notasen.

Indicóse también la conveniencia de oír á los parlamentarios que tal vez enviase el enemigo, pero el general Alvarez manifestó que no podía hacerlo sin orden del general en jefe. Elijióse al sargento mayor de Baza D. Ramón Sureda, para presentarse al general Blake con un enérgico y terminante oficio, en el que se le manifestaba que la plaza no podía sostenerse más que hasta el día 8 del próximo noviembre, por cuyo motivo era necesario que realizase una de estas tres cosas: primera, que levantase el sitio; segunda, que si no se hallaba con fuerzas para ello, á lo menos se situase hácia las inmediaciones de los Angeles, para tener abierta la comunicación por aquella parte, durante algunos días, al objeto de hacer alguna provisión de víveres y sacar á los enfermos; y tercera, que si por último, no podía ejecutar ni lo uno ni lo otro, á lo menos maniobrase, á fin de llamar la atención de los enemigos, pues la guarnición aprovecharía la mejor ocasión que se le presentase para evacuar la ciudad, reunirse al ejército, y continuar siendo útil á la patria.

El general Fontane, después de reconocer las posiciones españolas, retrocedió ante la vanguardia, que él consideraba el grueso del ejército de Blake. En su retirada le siguió O-Donnell con su acostumbrado ardimiento, acosándole sin cesar hasta Aiguaviva y Fornells, ó sea hasta el mismo cuartel general enemigo.

Día 27. Se recojieron los paños y bayetas existentes en la ciudad, para hacer ponchos á la tropa que se hallaba casi desnuda. Igualmente se recojieron los pellejos de los caballos muertos y demás cueros, para hacer albarcas, pues muchos soldados se hallaban descalzos y no había ya cáñamo para fabricar alpargatas.

A consecuencia de las muchas bajas que sufría la guarnición, se ordenó que los jefes y oficiales, escepto los jefes que fuesen ayudantes, hicieran el servicio con fusil como la tropa.

Los enemigos celebraron las paces entre Francia y Austria con una salva general.

Mientras duraba el sitio de Gerona, había estallado la guerra entre dichas naciones. Austria, con ser tan fuerte y poderosa, sufrió la derrota de sus ejércitos, perdió gran número de fortalezas consideradas como las más inexpugnables de Europa y al fin hubo de rendirse á Napoleón: y entretanto Gerona continuaba ella sola defendiéndose, y continuó resistiendo por mucho tiempo más, las embestidas del vencedor de Austria.

Día 28. Quedó agotado el tabaco en hoja, produciendo esta falta un gran malestar, pues muchos soldados consideraban dicho artículo como de primera necesidad. Así se esplica, que repetidas veces se diera el caso de desprenderse de la mitad de su ración de pan, por una pequeña cantidad de tabaco.

Día 29. El enemigo pasó la noche sobre las armas en sus campamentos y avanzadas.

Al disiparse la niebla por la mañana, se descubrieron, en el llano de Salt, varias columnas cuya fuerza era de 4.000 infantes y 350 caballos con muchos carros y algunos cañones. Parte se dirijieron á Bescanó y otros á Aiguaviva.

Estos movimientos animaron á los gerundenses, creyendo que el día de San Narciso sería el señalado para el levantamiento del sitio.

Los enemigos quisieron contribuir también á la fiesta de dicho santo. A las 11 de la noche anterior rompieron el fuego de mortero y obús sobre el caserío, hasta las 4 de la mañana. Arrojaron 108 bombas y 56 granadas.

Por la tarde hubo procesión que el enemigo acompañó con el estruendo de todos sus fuegos.

Día 30. El enemigo empezó un espacioso retrincheramiento en

Puigventós, donde tenía un cuerpo de 2.000 hombres para la custodia de los caminos de Castellar y La Bisbal, únicos puntos por donde algunas veces entraban los propios y la correspondencia.

Día 31. El enemigo intentó apoderarse por sorpresa de las brechas. Al efecto á las 4 y media de la madrugada, una partida de tiradores se acercó á las de Alemanes, otra á la de Santa Lucía, y otra al rastrillo del camino cubierto del baluarte de San Pedro. Su intento salió frustrado, y se les hizo retroceder con mucha precipitación dejando algunos muertos.

Tres oficiales enemigos, con señales de querer parlamentar, se presentaron, cerca del mediodía, á las avanzadas de la Rutlla. Nuestro oficial le intimó que se detuviesen, dando parte al general de lo que ocurría. Mientras el ayudante de la plaza volvía con la orden de Alvarez de hacer retirar al parlamentario, disparó Montjuich una granada. Irritados con esto los de la plaza, dispararon varios cañonazos con metralla, derribando del caballo al trompeta. Los demás, se marcharon sin aguardar la contestación.

A las dos de la tarde otro oficial se presentó al extremo de la trinchera frente á Santa Lucía, con una carta para el gobernador, en la que se le daba satisfacción, según dijo, del agravio de la mañana, pues á su jefe le había sido muy sensible que no hubiese llegado á tiempo al castillo de Montjuich la orden de suspensión del fuego. El comandante de la brecha le previno que se marchase al momento, pues tenía orden de no recibirle.

Repitióse por tercera vez la embajada á las cuatro, por medio de un jefe de graduación, con varios oficiales y un trompeta. Llegó á las ruinas de la torre de San Juan y dijo al comandante de la brecha de Santa Lucía que noticiase al gobernador de la plaza, que el general sitiador tenía que comunicarle un asunto muy interesante, á cuyo fin, si lo permitía, enviaría un oficial general, y si no quería convenir en esto, se sirviera al menos enviar un oficial de graduación de la plaza á su cuartel general. Alvarez contestó que no quería admitir ni enviar parlamentario alguno y así que se retiraran al instante. Hiciéronlo, manifestando que á la mañana siguiente repetirían la misma solicitud.

Durante el mes de octubre cuya relación terminamos, el número de los enfermos aumentó al igual que las calamidades. Aparecieron

el escorbuto, la disenteria y la calentura nerviosa castrense, acompañada de diferentes jugos morbosos, de modo que si en septiembre llegó á morir el 7 por ciento, en octubre subió al 12.

El escorbuto se manifestó primero en los niños y jóvenes. La tropa sufrió mucho de esta enfermedad y de la disenteria. La fiebre nerviosa atacó principalmente á las personas de vida sedentaria y á las de imaginación agitada. Las raras convalecencias que existían se hicieron muy lentas, prolongadas y difíciles. Los facultativos enfermaban á causa del continuo trabajo y asistencia de los hospitales, multiplicando el trabajo de los sanos. La atmósfera se hallaba en extremo viciada. Al principio de este mes se enterraban unos 35 cadáveres diarios, ascendiendo á 70 muy luego el número de los mismos. En los hospitales murieron 793 personas, sin las que fallecieron en sus casas, en las iglesias, debajo los pórticos, y hasta en las mismas calles.

La duración del sitio, sus accidentes, el espectáculo del hambre, la peste y la muerte diaria de tan gran número de personas, eran objeto de la conversación de todos, y algunos menos animosos, no se ocultaban de manifestar que no creían posible la continuación de semejante estado de cosas. La opinión pública bautizó á estos sujetos con el dictado de los *agonizantes*, por sus pronósticos pesimistas.

Día 1.º de noviembre. Por la tarde se adelantó hacia la brecha de Santa Lucía, un oficial general, acompañado de cinco oficiales, uno de los cuales llevaba un pañuelo blanco desplegado en la mano á modo de bandera de parlamento, manifestando que el duque de Castiglione, deseaba enviar un oficial parlamentario. Alvarez contestó que se intimase á los oficiales para que se retiraran inmediatamente, pues no quería recibir parlamentario alguno. Enterados los enemigos se retiraron á sus puestos muy disgustados.

Día 2. En el baluarte de la Merced se hallaron dos soldados muertos de hambre.

El general sitiador solicitó por medio de sus avanzadas de la Rutlla, permiso para enviar un parlamentario á la plaza. Fuéle negado de la misma manera que el día anterior.

A las dos de la tarde, hicieron los enemigos conducir hasta las avanzadas del Carmen, á tres soldados de la brigada O-Donell, que habían caído prisioneros en Santa Coloma de Farnés, llevando un

pliego de Augereau. Alvarez leyó y guardó el pliego sin comunicarlo á nadie.

Poco después se presentó en las mismas avanzadas el farmacéutico de Cassá de la Selva, con su criado, siendo conducido igualmente á presencia del general Alvarez, á quien entregó un pliego de los enemigos. Enterado el general de su contenido, le mandó encerrar inmediatamente en la cárcel. Después fué trasladado al fuerte de Capuchinos, con la orden de que se le formase sumaria. Murió en breve, resultando de la causa que entró en la plaza para informar á su gobernador de lo que pasaba fuera, y persuadirle de la necesidad de rendirse, por que el general Blake no tomaba ninguna medida contra los sitiadores.

Aunque Alvarez no comunicó el contenido de los mencionados pliegos, se divulgó, sin embargo, entre la guarnición y los habitantes, que Augereau prometía acceder á cualquier capitulación, mientras se entregase la plaza.

Todo esto aumentaba la agitación entre los militares. Los conciliábulos y reuniones se hacían más frecuentes, pero sin que propusiese ninguno de ellos capitular con el enemigo, sinó buscar medios, que cada cual proponía más ó menos descabellados, para salir á viva fuerza de la plaza. Efecto de este malestar, fué la aparición del siguiente pasquín, en una de las esquinas de la ciudad:

Gerona, abre el ojo y verás
Que Blake te engaña
Y Alvarez con rigor y saña:
Tu de hambre te morirás.

Día 3. Habiéndose sabido que Sureda había llegado al cuartel general y no viéndose ninguna de las señales convenidas para anunciar el socorro de Gerona, la oficialidad se manifestó en un estado de excitación extraordinaria. Alvarez creyó, equivocadamente, que se trataba de una conspiración contra su persona y autoridad.

Reunióse la gran mayoría de los oficiales, jurando todos que ejecutarían el acuerdo que tomasen. Seguidamente se eligió un capitán de cada cuerpo, con encargo de presentarse á los respectivos jefes de los mismos, exigiéndoles que unidos, restablecieran la antigua junta militar, la cual oyese á los parlamentarios que en lo sucesivo envia-

se el enemigo, proveyese al preciso sustento de la guarnición, y prestase los debidos auxilios á los soldados enfermos y heridos.

Reunidos dichos jefes en casa del más antiguo, asistidos de los indicados capitanes que actuaban á modo de fiscales, menos los del segundo de Barcelona y los del primero y segundo tercio de Talarn que se negaron á tomar parte en la reunión, acordaron representar enérgicamente al general Alvarez la miseria espantosa de la guarnición y el mal estado de los hospitales, proponiéndole, que se recojiesen todos los víveres existentes en la ciudad, incluso los conventos, y se repartiase á todo el mundo una ración igual, sin distinción de personas, que el intendente rindiese cuenta detallada del empleo de los caudales que había recibido, que se volviesen á celebrar las juntas militares, que se proveyesen los hospitales de los artículos más necesarios, y que se oyese á los parlamentarios que en lo sucesivo enviase el enemigo.

El comandante de artillería con su capitán fiscal, teniendo noticia de que se hallaba reunida la junta gubernativa, se prestó ante la misma, haciéndole relación de dichos acuerdos y manifestando que se hacía preciso que la propia junta les auxiliase para el logro de sus aspiraciones.

La junta quedó sorprendida y contestó que lo mejor sería que tratasen ellos el asunto directamente con el general, que era á quien competía, procurando además persuadirles de la necesidad de que desplegasen la mayor energía para calmar aquella efervecencia, por las inmensas desgracias que podía acarrear á la guarnición y al vecindario.

Retiróse el comandante de artillería para dar parte del resultado de la entrevista, á sus compañeros, quienes se presentaron acto seguido ante la junta, insistiendo enérgicamente en que ésta debía protegerles en la ejecución de sus acuerdos.

Viendo la junta que el asunto tomaba un aspecto muy grave, exigió de los jefes que consignasen por escrito sus reclamaciones y que las firmasen ó rubricasen, lo que verificaron en el acto, y ofició al general para que presidiese la sesión que iba á celebrar aquella noche.

Acudió en efecto el general Alvarez; y enterado de lo que ocurría, sin embargo de causarle profunda impresión, conservó sereni-

dad. Debatido el asunto, se acordó oficiar al ayuntamiento encargándole que solicitase otra vez del vecindario, un nuevo socorro por seis días más, para los oficiales de la guarnición, en la misma forma que las dos veces anteriores. Resolvióse también restablecer la antigua junta militar, así como la visita diaria de los hospitales por el jefe de día, buscándose camas y otros efectos para su mejor servicio. Respecto á la recepción de parlamentarios, se acordó esperar la contestación del general en jefe al oficio que se le había pasado por mano de D. Ramón Sureda. No se tomó acuerdo sobre la rendición de cuentas por parte del intendente, y se desechó la proposición de formar masa común de víveres.

Día 4. A las doce de la noche anterior empezó el bombardeo con las baterías de Montjuich. Al ruido del mismo, se acercaron tres columnas enemigas de unos 1.500 hombres, con objeto de sorprender á los baluartes de San Francisco de Paula y de la Merced. Tocóse la generala, y al imponente sonido de la campana, todo el mundo acudió á su sitio, quedando en pocos minutos coronada la muralla.

Como se notaron también algunos movimientos por la parte de San Daniel y Montjuich, se temió al principio un ataque general.

Pero no fué así. Luego que las tres columnas antes indicadas hubieron tomado posiciones, rompieron un vivo fuego de fusil, al que contestó la plaza. Mientras tanto, algunas partidas enemigas subieron á alacar la guarnición del fuerte de Capuchinos, que las recibió á metrallazos. Al cabo de una hora huyó el enemigo á sus campamentos, perseguido por nuestra artillería.

A las seis de la mañana cayó una bomba en el alojamiento del sargento mayor del primer tercio de Gerona, en el momento en que en el salón había 12 soldados, un cabo y un sargento, moliendo trigo para la tropa, en un molino de brazo. Era aquella bomba la undécima que había caído en la casa. Desplomáronse los tres pisos superiores, quedando siete de aquellos infelices sepultados debajo de los escombros y ruínas. Acudióse á su auxilio y se logró sacarles con vida, aunque muy mal tratados.

El general Verdier había regresado de Francia á poco de haberse marchado Saint-Cyr, encargándose nuevamente del cuerpo de ejército del sitio. Pero en este día dejó dicho mando y se encargó de la división del general Souham, siendo reemplazado por el general Amey.

Días 4, 5 y 6. El enemigo hizo solo fuego de fusil.

Sitiados y sitiadores trabajaron en varios reparos y en otras obras.

Día 7. Durante la noche anterior, se propuso el enemigo alar-
mar á la guarnición y tantear las brechas de Alemanes y Santa Lu-
cia. Al efecto á las 10 y media, desde la trinchera, rompió un vivo
fuego de fusil, y á los gritos de *avancez, avancez*, destacó guerrillas
contra dichas brechas. Al toque de generala quedaron en un mo-
mento ocupados los puntos por la tropa y los paisanos. Al mismo
tiempo empezó el bombardeo que duró hasta las seis de la mañana,
arrojando 81 bombas y 23 granadas que arruinaron algunas casas.
Se hizo mucho fuego de fusil, pero nuestra artillería, á causa de la
escasez de municiones, solo disparó algunos tiros de metralla y ba-
la rasa.

Partió del campo sitiador la división Pino, dirigiéndose contra
Hostalrich. Como esta población tenía muy escasa defensa, pudo el
enemigo penetrar en ella por asalto. Los paisanos y algunos migue-
letes, se encerraron en la iglesia, donde lograron sostenerse.

Entonces se desarrolló la escena de siempre. El saqueo más es-
pantoso, con todas sus horribles consecuencias y maldades. Pegaron
fuego á la población, avivándolo de manera que tomaran las llamas
proporciones enormes y se vieran desde Gerona.

Pino quería rematar su obra apoderándose del castillo, anun-
ciando á su gobernador D. Julián Estrada la rendición de Gerona,
la derrota de Blake y amenazándole con degollar la guarnición. Es-
trada le contestó con un vivísimo fuego de artillería y el general ita-
liano hubo de retirarse viendo hondear la bandera española en el
castillo, y recibiendo en sus espaldas la fusilería de los defensores
del pueblo encerrados en la iglesia. Al llegar á Fornells enseñó á Au-
gereau la llama del incendio, y le propuso el asalto de los fuertes de
Capuchinos y Condestable, la escalada de algunos baluartes del Mer-
cadal, ó el ingreso en la plaza por el lecho del Oñar, durante la os-
curidad de la noche, prometiéndole pasar á cuchillo á los defensores
de Gerona. Enterado Augereau de lo ocurrido, calmó tales ardores,
ordenando que la división expedicionaria fuera á dormir en sus cam-
pamentos.

Día 8. Durante la noche anterior continuó observándose la

grande hoguera de Hostalrich, y las centinelas francesas cuidaron de abultar á las nuestras lo ocurrido.

La batería del escarpado de Pedret tiró muchos cañonazos contra el campanario de la Catedral, para molestar á los eclesiásticos tiradores apostados en el mismo.

Día 9. El enemigo no hizo más fuego que el de fusil. En la plaza continuaron los trabajos pendientes como en los días anteriores.

Día 10. Por la mañana entró en la ciudad un espreso del cuartel general con pliegos para el general Alvarez y la junta. Decía en ellos que su ejército no era suficiente para libertar á Gerona, por lo que el gobernador y la junta podían conducirse con aquella prudencia que tenían bien acreditada. Realmente el ejército de Blake era muy inferior al de Augereau.

Procuróse ocultar el contenido de estas comunicaciones, pero apesar de ello se hizo público, sembrando la consternación, por verse que tan grandes y sobrehumanos esfuerzos habían de resultar inútiles. La tropa y los paisanos se llenaron de tristeza, desesperanzados de verse socorridos, y de consiguiente, expuestos á la dura precisión de capitular por la total falta de alimentos y municiones.

Reunióse enseguida la junta gubernativa, presidida por el general, y se acordó enviar un correo con una exposición á la junta suprema del reino, pidiendo auxilios á toda prisa.

Día 11. Por la tarde se presentó á la avanzada del llano un fraile con un pasaporte del general enemigo para pasar á la ciudad. Fué conducido á presencia del general Alvarez, ante el cual no supo esplicarse con desembarazo, por cuyo motivo y para evitar algún engaño lo mandó el general al P. Cúndaro para que lo examinara á fondo. Repuesto el fraile de su aturdimiento, esplicó que venía de Santa Coloma de Farnés y creyéndose seguro en un molino, fué hecho prisionero por un soldado de caballería perteneciente á la división enemiga que incendió á Hostalrich, de donde se había retirado el general Quadrado sin disparar un tiro al acercarse los enemigos, quienes se habían apoderado del numeroso acopio de víveres destinado á esta plaza.

Con la noticia de que el general Blake se declaraba impotente para libertar á Gerona, volvió á reproducirse el descontento entre los oficiales de la guarnición, clamando por víveres que las autori-

dades no podían darles. Ocurrieron con este motivo algunos actos de violencia, y entre otros el de presentarse unos veinte oficiales en las casas de D. Juan Pérez Claras y D. Antonio Torres y Pellicer, forzando puertas, abriendo aposentos y llevándose lo poco que allí encontraron.

Día 12. La junta de guerra dispuso que se socorriera á los oficiales con tres pesetas diarias, además del cuarterón de pan y de las ocho onzas de trigo, comprendiendo, empero exclusivamente en este socorro á aquellos cuyos patronos, se hallaban sin recursos, que eran los más. Hízose también entrega de 48 cuartos, por una vez, á cada soldado para que asociándose por grupos pudiesen comprar algún tabaco, caso de encontrarlo.

Día 13. A las cuatro y media de la tarde se desplomó un trozo del muro de la orilla derecha del río Oñar, entre la plaza de las Coles y la calle de la Platería, derrumbándose con ello cinco casas de tres y cuatro pisos y quedando enterradas 16 personas, consiguiéndose tan solo sacar vivo á un asistente.

Resultó con esto una nueva brecha de treinta varas de largo, cuya rampa llegaba hasta la mitad del río, pudiendo con facilidad introducirse el enemigo. Para evitarlo, se construyó un paredón de piedra en seco de 8 piés de grueso, sobre el cual se levantó un parapeto con su banqueta.

Apesar de la espantosa miseria que reinaba, se acordó que los vecinos continuasen por seis días más manteniendo á la oficialidad.

Día 14. Con motivo de las fuertes y continuadas lluvias de los días anteriores, el río Ter tuvo una avenida bastante regular, de modo que sus aguas arrastraron el puente que los enemigos tenían construido cerca del pueblo de Salt, para la comunicación de los campamentos de una y otra orilla.

Día 15. A las tres de la tarde varios oficiales salieron por la puerta del Areny, como para dar un paseo, dirigiéndose hácia la avanzada de la Rutlla. Como siguieran un poco más adelante, algunos de ellos dijeron á los demás que se desertaban á los enemigos, echando á correr hácia éstos. Salieron á recibirles un oficial y varios soldados enemigos.

El general Alvarez enterado de esta novedad, dijo, *que los cobardes no hacían falta alguna para la defensa de la plaza.*

SECRETADO
ADJUTANTE DE ARTILLERIA

Al anochecer la división italiana acampada en las alturas de Palau, iluminó un arco triunfal, así como todos sus campamentos, en celebridad de los días del príncipe Eugenio virrey de Italia.

Día 16. A las diez de la noche anterior, unos 60 hombres se presentaron en la carretera de Barcelona haciendo fuego contra la guerrilla de Morell, al que se les contestó con viveza, haciéndoles retirar. En el mismo momento, los enemigos situados detrás de los parapetos de Montjuich, hicieron también mucho fuego, dando grandes alaridos.

Se acabaron de consumir las acémilas. Solamente se guardaron trece para el servicio de la artillería, de la real hacienda y de los molinos de sangre. Se habían reservado también los caballos del escuadrón de San Narciso como está dicho.

Día 17. Al amanecer entraron en la población una muger y cuatro paisanos con algunos víveres. Comprendiendo el gobernador que podían ser espías del enemigo, dispuso que fuesen detenidos y conducidos á su presencia para examinarlos por sí mismo.

Era tan crecido el número de enfermos que ya no eran admitidos en los hospitales, por no tener cabida en ellos, ni existir medicinas para su curación. Morían todos los días en gran número los soldados, algunos en sus propios cuarteles, en los cuales había de permitirse á la tropa que encendiera hogueras durante la noche, por carecer enteramente de velas y aceite para el alumbrado, y ser además necesario el fuego por el excesivo frío que sentían, así por lo adelantado de la estación, como por la debilidad extrema que todos padecían.

Solo en este día murieron 63 de estos infelices en el hospital, dando un total de 729 desde el día primero.

Durante la noche anterior pudo salir de Gerona, con dirección á Sevilla, el correo acordado el día 10. La junta gubernativa le prometió una onza de oro para cada hora que adelantase, tanto á la ida como á la vuelta, después de los días calculados como necesarios para este viaje.

Día 18. Como el fuego enemigo había arruinado los alojamientos del fuerte del Calvario, se empezó á construir un barrancón para la tropa, apesar del fuego de los enemigos.

Un trompeta con algunos oficiales sitiadores, se acercaron á la

calle de la Rutilla, pero como apesar de ésto continuaba el fuego contra el Calvario, el fuerte de Condestable les ahuyentó disparándoles una granada.

Día 19. Durante la noche anterior se ausentaron de la ciudad tres frailes y un clérigo. Este último cayó en poder de los enemigos y á la mañana siguiente nuestras avanzadas del llano recogieron su cadáver acuchillado.

En la orden general de este día se comunicó lo siguiente:

«Todas las tropas que cubren las brechas, cortaduras y demás obras de defensa en la primera línea, deben tener entendido que las que guarnecen las segundas cortaduras, se hallan con la orden de hacer fuego contra cualquiera que venga de las primeras, sea francés ó español, y así sucesivamente; pues todo el que huye de su puesto debe considerarse como enemigo. — Alvarez.

«El señor Gobernador manda que se entere á la tropa de esta orden por tres días consecutivos á la hora de la parada y á la lista de la tarde. — O-Reilli.»

Día 20. El enemigo se propuso aumentar las molestias y desgracias de los sitiados, privándoles del corto descanso de la noche, tirando al efecto una bomba cada hora hasta la salida del sol.

La extraordinaria duración del sitio de Gerona, y la demanda de auxilio que continuamente hacían sus defensores, llegaron á mover á la junta superior del principado de Cataluña, y aunque tarde, trató sériamente de llevar á cabo el socorro de la ciudad sitiada. Decimos que era ya tarde, no solo por el deplorable estado de la plaza y de sus defensores, sí que también por lo adelantado de la estación, pues los rigores del invierno y la cortedad del día, no eran circunstancias las más apropósito para una expedición militar que se intentaba realizar con el paisanage que estaba desarmado y en sus casas. Dirigió dicha junta una enérgica representación al general Blake, manifestándole los apuros por que pasaba Gerona y las fatales consecuencias que su pérdida ocasionaría á Cataluña, comisionando á uno de sus vocales para pasar á Sevilla en demanda de ausilios para seguir la guerra. La junta llamó á los vocales que estaban ausentes y convocó á dos representantes más por cada corregimiento, para discutir la manera de continuar la campaña y hacer frente al enemigo. Aceptaron los corregimientos el pensamiento y enviaron sus re-

presentantes á la ciudad de Manresa, como punto designado para la reunión.

En este día veinte abrió sus sesiones aquel congreso y en su primera deliberación, fué decretado por unanimidad y aclamaron el socorro de Gerona á toda costa. Para ello se resolvió levantar en masa al principado, presentando cincuenta mil paisanos armados, como auxiliares de las operaciones del ejército, y exigir un préstamo á las personas pudientes de Cataluña en cantidad de dos millones de duros, la cuarta parte desde luego y el resto dentro un mes y medio. Tomados estos acuerdos, despachó el congreso un propio, dando parte de los mismos á la junta de Gerona.

Día 21. El ayuntamiento dispuso la entrega de lo recaudado para la manutención de la oficialidad, resultando que muchos no pudieron contribuir con cantidad ninguna, apesar de haberlo hecho anteriormente.

Se recogieron las prendas de ropa que los habitantes no necesitaban para su uso, y las de los fallecidos sin sucesores inmediatos, entregándolas á los hospitales, para los enfermos que estaban sin abrigo y tenían que sufrir los rigores de la estación, que era fría y lluviosa.

Días 22 y 23. Recojióse el trigo que tenían los vecinos, dejando solo á cada uno lo necesario para la manutención de la familia, encontrándose solo para seis días.

Día 24. Entró en la población el expreso despachado desde Manresa participando los acuerdos para el socorro de Gerona. Esta noticia se hizo pública enseguida y llenó de alegría á la guarnición y vecindario.

Salió de Gerona, huyendo de los horrores del sitio, un fraile con dos guías. Descubiertos, fueron los tres acuchillados cerca de Palau, recibiendo de veinte á veinte y dos puñaladas cada uno.

CAPÍTULO XIV

Agonía de Gerona

SUMARIO

El enemigo se apodera de la calle del Cármen y del reducto de la Ciudad. — Convoy para los fuertes y combate á que su conducción dió lugar. — Abandono del fuerte del Calvario y reducto del Cabildo. — Alvarez gravemente enfermo. — Es viaticado y resigna el mando.

Día 25. Durante la noche anterior salió de Gerona D. Narciso Massanas, con pliegos del gobernador para el general Blake, pidiendo auxilios á toda costa, y explicándole la situación desesperada de la plaza.

Al amanecer se observó que el enemigo había construído, en la falda de Montilivi, una batería para dos piezas, á la que dirigió la plaza algunos cañonazos.

Día 26. Nuestras escuchas del llano recojieron muchos ejemplares de una proclama del enemigo. Su contenido se hizo público, y en vez de intimidar, afirmó más á la tropa y habitantes en su resolución de defenderse hasta el último extremo.

Día 27. Presentáronse en la plaza dos soldados enemigos en concepto de desertores. El general Alvarez los mandó encerrar en el calabozo, dejándolos incomunicados.

El enemigo intentó cortar la retirada á la avanzada de la calle extramuros del Cármen, pero la artillería de los baluartes le dejó burlado.

Intentó también apoderarse del hospital de la sarna, establecido en el edificio llamado *La Pólvara*, pero fué completamente rechazado.

Día 28. Una bomba cayó cerca de la cocina del convento de San Francisco de Asis, en el cual se hallaba acuartelado el tercio de Talarn. Mató siete soldados é hirió otros siete.

Día 29. Por la tarde, el mayor general del ejército enemigo acompañado de muchos oficiales. se acercó á nuestra avanzada de la Rutlla. Adelantó un trompeta diciendo, que el duque de Castiglione solicitaba se hiciera saber al general gobernador que enviase luego un oficial de graduación á parlamentar con él, pues tenía que comunicarle asuntos muy interesantes para la plaza y para la guarnición. Alvarez mandó que se intimara á los oficiales enemigos que se retirasen luego, y de no verificarlo, se les hiciese fuego.

Día 30. Los enemigos no hicieron fuego. Se les vió trabajar en la batería y retrincheramiento de las ruínas de San Juan.

Durante el mes de noviembre cuya relación terminamos, murieron en los hospitales militares 1.378 individuos de la guarnición, incluso siete oficiales.

En el vecindario existían los mismos horrores que en los hospitales, pero subían de punto entre los que carecían de hogar, bien por habérselo arruinado las bombas, bien por ser de los expatriados. Eran estas familias en número de unas seiscientas y al finalizar dicho mes ofrecían el aspecto más desconsolador. Habían fallecido la mitad de sus individuos, y los restantes, llevando doble y triple luto, vivían hacinados en los pórticos, ó en los rincones de las iglesias. Allí personas hasta de regular posición, yacían en la más espantosa miseria, juntamente con los pobres mendicantes de la ciudad, sin abrigo, sin víveres, sin recursos; enfermos y moribundos estaban tendidos al lado de los cadáveres que esperaban la luz del día para ser trasportados á los cementerios. Era el más espantoso cuadro de desolación, hambre y miseria; sombras verdaderamente estigias como las del averno.

Día 1^o de diciembre. Una guerrilla enemiga se acercó al hospital de la sarna, pero fué rechazada.

Día 2. El fuego, por ambas partes, fué lento y solo de fusil, como en el día anterior.

Día 3. Noticioso Augereau de los acuerdos de Manresa, á la

vez que de la terrible situación de la plaza, determinó extremar sus ataques, á fin de entrar en ella á viva fuerza.

A las siete de la noche anterior, las tropas de las trincheras se adelantaron atacando con un vivo fuego de fusil, á las brechas y á todo el recinto norte, dando grandes gritos y voces como si trataran de dar el asalto. Por la parte del arrabal de la Rutlla, hicieron lo propio, con igual gritería, disparando al mismo tiempo sus baterías.

El estampido de los cañonazos se confundió bien pronto con el toque de arrebató, y todo el mundo acudió á ocupar su sitio en la muralla y baluartes, incluso muchos convalecientes y otros que estaban ya con la calentura. Una columna enemiga atacó la calle extramuros del Cármen, que estaba indefensa y ocupada solo por las avanzadas, que se replegaron á la plaza. Los enemigos pegaron fuego á las casas de dicha calle, más cercanas á la muralla, y ocupando las restantes hicieron mucho fuego desde las ventanas. Con los muebles que sacaron de ellas formaron un espaldón en mitad de la calle, detrás del cual y en los puntos inmediatos, colocaron muchos tiradores.

Con la ocupación de dicha calle no pudo utilizarse el cementerio del rey. Habilitóse el huerto del abad de San Pedro de Galligáns, pero luego resultó insuficiente y quedó solo convertido en depósito de cadáveres, que se iban después enterrando en varios puntos.

La batería de Montilivi, compuesta de un cañón y un obús, rompió el fuego y lo sostuvo muy vivo, especialmente contra el puente de San Francisco.

Día 4. El enemigo empezó una batería en el campo llamado de la Sinia, á tiro de fusil de la muralla del Cármen.

Cubrió también con un espaldón la puerta del cementerio del rey, reforzándolo con los muebles que arrojaba desde las ventanas de las casas de la calle del Cármen.

Durante el día hizo desde sus apostaderos y puntos últimamente ocupados, un vivísimo fuego de fusil, al que contestó la plaza con el fuego de metralla, balas rasas y granadas, que permitía la escasez de municiones. Todas las baterías enemigas sostuvieron un vivísimo fuego de bombas, granadas y balas rasas que causaron gravísimos daños.

Se coronó con barriles, cajones y sacos de cuero, llenos de tierra y piedras, el antepecho del puente de San Francisco, con la orden

de que sirviesen dichas piedras para arrojarlas á los enemigos, en el caso de que entrando por el cauce del río atacasen la puerta del Areny.

Un desertor del campo enemigo, que se pasó á las fuerzas sitiadas, manifestó que en el pueblo de Salt había doce cañones para los ataques por la parte del llano. Fué encerrado en el calabozo de Santa Clara.

Se empezó una segunda línea de defensa en la puerta del Carmen, abriéndose un foso, con un grande y sólido espaldón, y una tronera para un obús. Se cerraron los arcos del cuerpo de guardia hasta la altura del fusil y se empezó á cerrar la calle inmediata con un parapeto.

Era tal el estado de la guarnición en este día, que todos los individuos que se hallaban en disposición de hacer el servicio, estaban de plantón y sin relevo en sus puestos, por no haber más gente que pudiera sustituirles. En los cuarteles solo permanecía un capitán, con el objeto de reunir, en caso de alarma, á los convalecientes del hospital y acudir con ellos al refuerzo de los puestos atacados.

Día 5. Junto á la casilla del barquero del Ter, empezó el enemigo una batería contra los retrincheramientos de la brecha de Santa Lucía. Esta obra, constituía un peligro incontrastable para la plaza. En efecto: las líneas interiores para la defensa de dicha brecha, seguían un plano inclinado, conforme al terreno, cuya parte superior era la cresta de la brecha, y desde la nueva batería descubrían interiormente los enemigos todas aquellas defensas, batiéndolas, unas de lado y otras por la espalda, de modo que la tropa no podía ocupar sus puestos en caso de un nuevo asalto.

El enemigo sostuvo durante el día el mismo fuego que en el anterior, agregando varias secciones de tiradores en los apostaderos de la montaña, detrás de la calle del Carmen.

Día 6. Apesar de la suma escasez de pólvora, se hizo mucho fuego contra la nueva paralela del campo de la Sinia.

Día 7. Poco después de la media noche anterior, los enemigos en número de 500 hombres se acercaron con el mayor silencio al reducto de la Ciudad, subiendo desde las casas del Carmen. Atacaron aquel punto con el mayor vigor, mientras una parte de los mismos amenazaba asaltar los fuertes de Condestable, Reina Ana y Capu-

chinos, y otras columnas hacían lo propio con los baluartes de la plaza de la parte del llano.

La guarnición de dicho reducto se componía solo de 14 migueletes, extenuados por falta de alimento, mandados por D. Manuel Jorge teniente del 2.^o de Barcelona, quien ordenó coronar los parapetos y hacer algunas descargas de metralla con una de las dos piezas colocadas en los ángulos.

Los enemigos rompieron un vivo fuego de fusil para despejar el parapeto, mientras arrimaban escalas al muro que solo tenía de 4 á 5 varas de alto, careciendo de foso y de camino cubierto.

Tocóse generala en la ciudad y todo el mundo acudió con la mayor prontitud á ocupar sus puestos apesar del cansancio y debilidad que consumía á la gente.

Una hora seguida estuvieron defendiéndose los quince hombres del reducto, haciendo fuego de fusil y echando granadas de mano, pero los enemigos se iban sucediendo, y un grupo de ellos, por medio de petardos, logró hacer saltar la puerta y el rastillo. Viéndose impotentes para continuar luchando con un enemigo tan superior en número, y comprendiendo que no podían ser auxiliados, saltaron de lo alto del muro y abriéndose paso á viva fuerza, lograron refugiarse en el Condestable, seis de ellos con su comandante.

Entraron entonces los enemigos en el reducto degollando á los que encontraron en él, que, ó por heridos ó por su postración, no habían podido saltar el muro. Después de esta hazaña, dispararon 3 cohetes, y gritaron *viva el Emperador y viva la Cisalpina*, mientras tocaban todas sus cornetas, para anunciar á los gerundenses que habían logrado el objeto de su expedición.

Mientras tenía lugar esta acción, otra columna enemiga procedente de San Daniel, atacó las casas extramuros de la Gironella, ocupadas por una avanzada de 20 hombres al mando de D. José Camps, quienes ante la superioridad de los enemigos, se retiraron y entraron en la plaza por las brechas de Alemanes.

Posesionados los enemigos del reducto de la ciudad, empezaron un vivo fuego de fusil contra los baluartes de la Merced y San Francisco de Paula, á los que dominaban por la espalda y desde grande altura. En vista de ello, inmediatamente se empezaron á construir algunos espaldones.

El sitiador prolongó algunas toesas más, la paralela de la parte de la Rutlla y el espaldón de la Barca.

Con la pérdida del reducto de la Ciudad y del arrabal de Gironella, quedaba interceptada la comunicación de la plaza con los fuertes, cuyas guarniciones no tenían víveres y sacaban la ración, diariamente de la ciudad. El general Alvarez, haciéndose cargo de la necesidad absoluta de socorrerlos sin pérdida de momento, lo acordó así con la junta, organizándose un convoy con las 13 acémilas existentes, cargadas con 400 raciones de pan y una porción de trigo para menestra, ó sea, provisiones para tres días. Ofrecióse un duro, vino y queso á los soldados que voluntariamente quisiesen tomar parte en aquella peligrosísima expedición, presentándose unos 120. Dió Alvarez el mando de esta pequeña fuerza á D. Antonio Bivérn, poniéndose á sus órdenes los oficiales D. Antonio Pol, D. Jacobo Martinell, D. José Macip y D. Francisco Jacobí.

El general ordenó á Bivérn que atacase el reducto de la ciudad y mientras tanto procurase introducir el convoy en el Condestable, sin perjuicio de apoderarse de aquel punto si lo hallase descuidado, é hiciese lo propio con las casas de Gironella á ser posible.

Salieron aquellos hombres á quienes el P. Cúndaro califica de esqueletos, por la puerta del Socorro, entre diez y once de la mañana. Bien pronto se rompió el fuego por una y otra parte, sosteniéndose con extraordinaria viveza, según el plan concebido, mientras el convoy adelantando cuanto podía el paso, y subiendo por la cañada existente entre los reductos de la Ciudad y del Cabildo, entraba felizmente en el Condestable, en medio de los vivas y aclamaciones de los gerundenses que contemplaban ansiosos aquella arriesgadísima acción.

Mientras las acémilas dejaban su carga y regresaban rápidamente á la ciudad, nuestra gente tomó por lo serio la empresa de tomar el reducto, siendo así que su misión había terminado.

Aun cuando la guarnición era á poca diferencia en igual número que los que les atacaban, estos fueron adelantándose hasta el pie del muro y después de una viva resistencia, se apoderaron del tambor y de las mismas aspilleras, desde las cuales hacían fuego á dentro contra la guarnición. Desgraciadamente la puerta y el rastrillo habían sido recompuestos y no llevaban petardos ni escalas, razón por la cual no se pudo entrar, ni escalar el muro.

Apesar de esto algunos soldados de la guarnición empezaban á arrojarse y huían, y hubieran hecho lo propio los demás á no haber llegado súbitamente un refuerzo enemigo de las casas del Carmen, que obligó á los nuestros á encerrarse dentro la plaza.

Se perdieron en esta salida 35 hombres entre muertos y heridos. Entre los últimos se contaron D. Leonardo Osma y D. José Macip.

Mientras este refuerzo subía hacia el reducto, otra columna enemiga venía también en su socorro de la parte de San Daniel y al observar que ya no era necesario, se dirigió contra el fuerte del Calvario, que no era más que un montón de ruínas. Había en él una guarnición de 41 hombres con 7 artilleros, todos á las órdenes de D. Vicente Llorens teniente del 2.º tercio de Barcelona. Este oficial, temiendo ser vencido y acuchillado, lo abandonó con la guarnición sin clavar la artillería, ni volar su repuesto de pólvora y se retiró al Condestable.

La columna enemiga entró en el fuerte y después de dejar la debida guarnición, fué á reunirse con la otra subida del barrio del Carmen y juntas se dirigieron contra el reducto del Cabildo. Había dentro de este punto 24 hombres y dos piezas de artillería, con las correspondientes municiones al mando del teniente del 2.º de Barcelona D. Mariano Tronche. Siguiendo éste el ejemplo del fuerte Calvario, cerró la puerta, se arrojó del muro con su jente y se retiró también al Condestable.

Alvarez, á quien lo ocurrido ocasionó una indecible exasperación, depuso de su empleo al comandante del fuerte Calvario y le mandó que hiciera el servicio de soldado en el Condestable.

El enemigo había determinado un asalto general para aquel día, á cuyo fin una numerosa división salida de Puente Mayor, se alojó sigilosamente en el barrio de Pedret. Desistió sin duda por no estar concluída la batería de *La Barca*, y por que las ventajas que acababan de obtener, ponían á la plaza en la precisión de no poder continuar por más tiempo una resistencia, que no tenía ya esplicación satisfactoria desde la pérdida de Montjuich, como no sea la decisión y entusiasmo de que se hallaban poseidos los defensores de Gerona.

Con la pérdida del expresado fuerte y de los dos reductos, quedó enteramente interceptada la comunicación entre la plaza y los fuertes Condestable, Reina Ana y Capuchinos, únicos que continuaban

ocupados por los españoles, teniendo los sitiadores, un castillo, un fuerte, cuatro torres, dos reductos y todos los barrios y avanzadas exteriores.

Día 8. Durante la noche anterior, el enemigo empezó una mina para acercarse por debajo tierra á la torre Gironella y volarla, por cuyo motivo se arrojaron muchas granadas y algunas bombas sobre los trabajadores. Al amanecer se observó que habían construído al rededor de la misma torre, varios retrincheramientos y arriado algunas vigas al muro, formando blindaje con ellas.

El general Alvarez se hallaba muy preocupado por el aislamiento en que quedaban los tres únicos fuertes que continuaban defendiéndose. La idea de que iban indefectiblemente á sucumbir, le hacía estar sumamente agitado. Mandó organizar un segundo socorro, cuya conducción confió á Bivérn y á Pol, con sesenta hombres que se prestaron voluntariamente para tan arriesgada empresa. Salieron durante la misma noche, siguiéndoles otra partida armada que escoltaba una corta provisión de pan y trigo. Pero el enemigo, que presumía habían de intentarse estos socorros, estaba sobre el aviso, teniendo el paso estrechamente cerrado, con mucha fuerza y vigilancia, así es que fué necesario retirarse para que no cayeran en su poder aquellos escasos víveres.

La plaza hizo un vivo fuego, durante el día, á los nuevos trabajos del enemigo, el cual, apesar de ello, concluyó la batería apoyada á la casilla del barquero, en la que se notaron dos troneras. Abrió igualmente otras dos al extremo de la nueva paralela en el campo de la Sinia. Prolongó la batería de brecha delante de las ruínas de la torre de San Juan abriendo en ella dos troneras.

Como podía abrir más troneras en la paralela de la Sinia, para batir igualmente el baluarte de San Francisco de Paula, del que distaba unas doscientas varas solamente, se empezó á construir un retrincheramiento, dentro del huerto de los PP. Mínimos.

En vista de estar cortada la comunicación con los fuertes Condestable, Reina Ana y Capuchinos, los cuales debían sin remedio entregarse por falta de víveres y no poder socorrerles, preveyendo que el enemigo desde aquéllos batiría fácilmente el baluarte de la Merced, se fortificó la puerta del propio baluarte, á cuyo efecto se empezó á aspillerar la pared de una casa, y á construir dos parapetos.

A las tres de la tarde un oficial enemigo, de los apostaderos situados en las ruinas del arrabal de la Rutlla, se arrimó al baluarte de San Francisco de Paula y de parte de su general dijo que si se rendía la plaza, se le concedería una honrosa capitulación, pues una guarnición tan bizarra, era lástima que se expusiese á ser sacrificada en los nuevos asaltos que se iban á dar; y que de lo contrario el ejército sitiador entraría en la plaza á sangre y fuego. El comandante del baluarte intimó al oficial enemigo que se retirara al momento, lo que verificó enseguida.

Murieron en este día en los hospitales de la población, 73 militares, muchos de ellos por los proyectiles enemigos. Murieron también gran número de paisanos.

Con motivo del recrudecimiento del fuego enemigo las vías públicas del centro de la ciudad ofrecían el aspecto más miserable que pueda imaginarse. Los paisanos que desde el principio del sitio se encerraron en la plaza, ya se ha dicho y repetido que ocupaban los porches de las plazas del Vino y de las Coles y de la calle de Esparteros. Habían sufrido una mortandad horrible, y los que quedaban estaban casi todos enfermos de la epidemia que sufrían la guarnición y los habitantes, y por los terribles efectos del hambre. Formaban montones de seres humanos demacrados, macilentos y moribundos que yacían en el suelo, entorpeciendo el paso y la circulación. Apesar de que parecían rodeados por una atmósfera que mataba, se les unieron en estos días gran número de habitantes que huían de sus casas para no quedar sepultados entre sus ruinas ocasionadas por los nuevos fuegos del enemigo. Todo ello era causa de que reinase bastante confusión en las calles y plazas, acrecentándose el llanto de los débiles, niños y viejos, y los ayes de los enfermos y heridos tendidos en el suelo. El enemigo que lo observó desde las alturas que dominaban la ciudad, hacía caer una continua lluvia de balas de fusil, en las calles y plazas, matando é hiriendo á la tropa y habitantes que circulaban por ellas.

Escojióse á uno de los militares más resueltos y conocedores del país y se le hizo salir de la plaza, á las primeras horas de este día, con encargo de que procurara por todos los medios salvar la línea de circunvalación del enemigo, y obtenido esto, se encaminara rápidamente hacia Vich, por la parte donde era presumible que el ejército

emprendería su prometida marcha hacia Gerona, y tan luego como divisara la vanguardia del mismo, avisara con unas señales convenidas.

Aunque se tuvo la seguridad de que dicho militar logró pasar, por conocer el terreno en sus menores detalles y estar muy enterado de todos los puestos del enemigo, no se vió ninguna de las espresadas señales, ni en este día ni en la noche siguiente.

Consignan algunos autores que en este día había en Vich 2.400 acémilas del convoy que se organizaba para abastecer á Gerona, y unos 20.000 paisanos, que se instruían en el manejo del fusil, si bien muchos de ellos estaban desarmados.

No eran convoyes lo que debía organizarse, sino un ejército que hiciera levantar el sitio. Dudamos mucho que estuviesen reunidos los 20.000 hombres que se suponen.

Lo que había sí, en Vich, era la guerra civil entre los generales y el elemento civil.

Día 9. Durante la noche anterior los enemigos trabajaron en concluir las nuevas baterías, y en romper el muro de la torre Girone-lla, apesar de que desde la misma se arrojaron bombas, granadas, piedras y toda clase de fuegos para incendiar el blindaje ó cuando menos retardar el trabajo de la mina que abrían.

La plaza hizo bastante fuego sobre todos los trabajos enemigos, en particular el baluarte de San Francisco de Paula, contra la paralela del campo la Sinia.

Al amanecer la batería apoyada á la casilla del barquero del Ter, rompió el fuego con dos cañones, contra el baluarte de San Pedro y contra el primer retrincheramiento de Santa Lucía.

Poco después, la batería de las ruinas de la torre de San Juan, aumentada por su derecha con dos cañones de á 24 y con las demás piezas, empezó á batir el muro de su frente, más abajo de la brecha de Santa Lucía.

Todas las baterías del castillo de Montjuich y las establecidas en la trinchera, rompieron el fuego contra las brechas de San Cristóbal y de Alemanes.

Dos obuses volantes que los enemigos habían colocado al abrigo del margen de un campo, entre el camino de Barcelona y el pueblo de Santa Eugenia, tiraron á desmontar la artillería de los baluartes de San Francisco de Paula y de la Merced.

El cañón del fuerte Calvario, lo colocaron los enemigos en la cresta de la brecha. Con él y con el otro del reducto del Cabildo, empezaron á batir de flanco y de revés los retrincheramientos del cuartel de Alemanes, quedando así imposible la defensa de estas brechas.

Las fusilerías enemigas de los nuevos apostaderos de la montaña del Condestable, de los inmediatos á la torre Gironella, y la guarnición del reducto de la Ciudad, rompieron un vivo fuego contra dichos retrincheramientos, y contra los baluartes de la Merced y San Francisco de Paula, así como contra la muralla y torre del Carmen, cuyos puntos dominaban. Así mismo, las tropas apostadas en las ruinas del arrabal de la Rutlla y en las casas extramuros del Carmen, empezaron un vivo fuego graneado de fusil.

La artillería de la plaza y de los tres fuertes ya muy inferior á la del enemigo, por las piezas desmontadas ó desfogonadas y por la falta de pólvora, no dejaba sin embargo de corresponder al fuego de los enemigos, y lo mismo toda nuestra fusilería de los puntos batidos y atacados.

Escojióse también á uno de los militares más decididos y prácticos del terreno y se le hizo salir de la plaza á las primeras horas de este día, con el mismo encargo que se había dado al salido en el día anterior. Se creyó igualmente que por sus especiales condiciones había podido salvar la línea de bloqueo, pero tampoco se notó ninguna de las señales convenidas para anunciar que el ejército de Vich se ponía en marcha para venir á libertar á Gerona.

Además de todas las desgracias que caían sobre la infeliz ciudad, se añadía otra no menos sensible. El general Alvarez desde mediados de septiembre, venía padeciendo una calentura intermitente, cuya curación se había hecho difícil por las atenciones y trabajos del gobierno de la plaza. El día 27 de noviembre había sido atacado de una fiebre continente gástrico nerviosa, que al tercer día le puso en grave postración, repitiéndole el ataque el día 4 del mismo diciembre. Aunque el general hacía esfuerzos para sobreponerse á su dolencia, la pérdida del fuerte del Calvario y de los reductos del Cabildo y de la Ciudad, le causó tal trastorno, ante la idea de no poderse prolongar más la defensa y tener que rendirse, que el día anterior, ó sea el 8, se exacerbó su enfermedad y tuvo

un síncope. Restituído de él, quedó su vida en peligro y sujeto á un subdelirio que padeció toda la noche, diciendo continuamente, *¡no quiero rendirme! ¡no quiero rendirme!*

De esta novedad, tuvo noticia la junta militar y como no era posible que en momentos tan críticos quedase la defensa sin jefe, pues ni se sabía á quien dar los partes, el brigadier D. Julián de Bolívar, se puso á ejercer de hecho el cargo de gobernador militar interino. No podía ejercerlo en momentos de mayor angustia.

Apenas tomó el expresado mando, se vió acosado por los continuos avisos de los comandantes de los puestos, dándole cuenta de los rápidos progresos de las baterías enemigas.

En vista de ello y de la horrible situación á que había llegado la ciudad, creyó Bolívar, conveniente oír el dictamen de la junta militar. Reuniéronse sus vocales entre diez y once de la mañana. Tomó la palabra el comandante de artillería exponiendo: que los fuegos que defendían las brechas eran batidos, de revés, y de flanco y dominados por las nuevas baterías: que las pocas piezas colocadas en estos puntos, serían luego desmontadas, sin que quedase el arbitrio de rehabilitarlas, por la falta de cureñas: que no le quedaban pólvora ni municiones para un fuego activo: y que la mayor parte de los artilleros estaban en los hospitales, ó convalecientes en los cuarteles, y los demás, que eran muy pocos, se hallaban muy debilitados por el sumo trabajo y falta de alimento, de modo que con ellos apenas podía cubrir los puntos más precisos.

El comandante de ingenieros, manifestó muy detalladamente las nuevas obras de ataque, y las que podría construir el enemigo en la montaña después de haberse apoderado del Condestable, contra el débil recinto de aquellos puntos, que carecía de terraplén y estaba al descubierto desde su retreta, sin fuegos de oposición. Esplicó los rápidos progresos de las baterías de brecha, ensanchando mucho más las antiguas, y batiendo de pié el muro de Santa Lucía, un trozo del cual se desplomaría al día siguiente, sin más defensa que la del retrincheramiento en la segunda línea, el cual también estaba enfilado por la batería últimamente construída por el enemigo á la orilla izquierda del Ter; sin que fuese posible hacer una cortadura, en el corto tiempo que se requería, por ser el terreno en aquella parte un puro peñasco. Consignó, además: que no quedaban ya

soldados trabajadores para las obras, pues hacía un mes que el mayor general no se los podía dar, por la falta que hacían para cubrir los puntos más amenazados: que los trabajadores paisanos que quedaban útiles, eran en corto número: que se habían consumido todos los sacos de tierra, faginas, salchichones, pipas y barriles, y casi todas las blindas, una parte de las cuales se habían quemado en los hornos para cocer el pan de la tropa, por la total falta de leña: y que el trabajo de la mina en la torre Gironella, podía concluirlo el enemigo en dos días, y volada esta obra quedarían descubiertos por su espalda los retrincheramientos de Alemanes. Esplicó por último las nuevas obras de defensa hechas detrás de la puerta del Carmen y del baluarte de San Francisco de Paula, anunciando que la batería de la Sinia rompería el fuego al siguiente día. Terminó el Sr. Minali su informe, proponiendo que en el caso de no poderse mantener la tropa en las defensas de la primera línea, se retirase á la segunda, á las cortaduras de las plazas de San Pedro de Galligans, de la puerta de Francia, del patio del cuartel de Alemanes y á las transversas de las calles.

Los comandantes de los cuerpos de la guarnición, hicieron presente á la junta, que su tropa estaba muy debilitada por la falta de alimento y muy fatigada del excesivo servicio, ocasionado por la baja de los muchos enfermos y convalecientes, de manera que en caso de un nuevo asalto, no podría rechazarlo con el mismo vigor, que antes había manifestado.

Estando aun reunida la junta, los comandantes de las brechas y de otros puestos más amenazados, pidieron que se les reforzara con más tropa, pues no tenían la mitad de la que les correspondía. En su vista se pidió un estado de la gente de la guarnición que podía emplearse en el servicio diario.

Mientras se obtenía este estado la junta deliberó acerca de la enfermedad del general Alvarez, mandando comparecer á los facultativos señores Viader y Nieto Samaniego. A fin de que estos pudiesen dar su opinión con toda soltura, se comisionó al vocal D. Julián Cufí, canónigo, para que, encerrándose en un departamento, conferenciasen los tres solos.

Ambos facultativos declararon que el estado y la salud del general, eran incompatibles con el mando y con el cuidado de su persona y método curativo.

Mientras tenía lugar esta conferencia reservada, se recibió el estado de la fuerza de la guarnición que podía emplearse en el servicio diario, observándose que eran sólo 1.500 hombres, ó sea la misma fuerza de que se componían las guardias. No quedaba por consiguiente, cuerpo alguno de reserva para reforzar los puestos atacados.

A fin de acabar de formar concepto del estado de la plaza, mandóse llamar al ministro de la real hacienda. Este funcionario hizo presente que los comisionados para la recolección del trigo entre los habitantes, apenas habían podido recojerlo para tres días, y que no le quedaban arbitrios para la curación de los muchos enfermos, habiéndose consumido todas las medicinas y las drogas que se guardaban, además de la total falta de carne que hacía imposible suministrarles cantidad ninguna de caldo, por cuyos motivos la mayor parte de los enfermos y heridos morían de desfallecimiento.

La junta militar preguntó á los dos vocales de la gubernativa que estaban presentes, y al vocal de la del principado, si se podía confiar en que la plaza sería á la mayor brevedad socorrida. Los tres señores interpelados contestaron: que no habían omitido, ellos y la junta gubernativa, medio alguno para instruir al capitán general del ejército de Cataluña y á la junta del principado, del infeliz estado de la plaza: que en vista de sus representaciones las juntas de todo el Principado habían elejido comisionados, quienes reunidos en Manresa, habían acordado el día 20 de Noviembre, levantar toda la Cataluña en masa para contribuir con el ejército de operaciones á socorrerla, antes de que se viera precisada á capitular por la falta de víveres: y que se debía esperar que esta determinación tendría el deseado efecto, á la mayor brevedad, pues, además, la junta suprema del reino, había mandado á los capitanes generales de los ejércitos de Valencia y Cataluña, que hicieran todos los esfuerzos posibles para evitar que Gerona cayera en poder de los enemigos.

A todos los presentes en aquella junta, lo mismo que á la guarnición y habitantes, tenía desesperados la idea de que no cabía más remedio que rendirse, así es que ante la sombra de esperanza que encerraban estas últimas manifestaciones, se acordó continuar la defensa del mayor modo posible, disponiendo que el ministro de la real hacienda tuviese pronto un convoy para socorrer con pan y tri-

go á los fuertes, en la mañana del siguiente día, y que quedasen permanentes en la sala de la junta gubernativa, dos jefes de la guarnición, para ausiliar al presidente de la militar y gobernador interino, en aquellas críticas y extremadas circunstancias.

De mucha responsabilidad era este acuerdo, puesto que ante la debilidad de la poca tropa y vecinos que quedaban en aptitud de empuñar las armas, y la imposibilidad de sostener las brechas de Alemanes y Santa Lucia, por estar sus defensas batidas de flanco y de revés, y en su mayor parte destruidas, no cabe duda, que si aquella tarde las hubiese asaltado el enemigo, con su numeroso ejército, las habría forzado, entrando á sangre y fuego en la ciudad. Sin embargo el acuerdo de la junta obedecía al sentimiento general, pues aún reconociéndose imposible ya la defensa, no querían rendirse los defensores de Gerona.

A cosa de las dos y media de aquella tarde, los médicos Viader y Samaniego pasaron á visitar al general Alvarez, y ante la gravedad del mal, ordenaron que debía ser viaticado, por el fundado recelo que tenían de que en el crecimiento de la calentura, llegase á perder el uso de la razón y falleciese, como sucedía entonces á los que padecían aquella enfermedad.

La hora señalada para el Viático fué la de las cuatro de la tarde. El general mandó que le vistiesen de uniforme y de esta manera recibió la Sagrada Comunión.

A las seis, viendo que iba á entrarle el crecimiento de la calentura, entregó el mando de la plaza al brigadier D. Julián de Bolivar.

A las tres de aquella misma tarde hubo suspensión de fuego en los tres fuertes ocupados aún por nuestras tropas, y en los dos reductos y fuerte del Calvario que se hallaban en poder de los enemigos. Seguidamente un oficial francés del reducto de la Ciudad, pasó á hablar á uno de los nuestros que había salido del Condestable. Esta novedad causó una grande zozobra é hizo sospechar que se trataba de capitulación por parte de dichos fuertes, más no fué así, porque luego se continuó el fuego por ambas partes. Lo ocurrido fué que el oficial enemigo intimó en nombre del general sitiador al gobernador de los fuertes de Condestable y Capuchinos á que se rindieran, diciéndoles, que estando del todo cortada su comunicación con la plaza, debían considerarse como independientes de ella y que

si se entregaban no serían tratados como prisioneros de guerra, y de consiguiente después de rendidas las armas se les permitiría pasar al ejército español, ó bien á donde les acomodase. Los gobernadores de los fuertes contestaron, que jamás se separarían de la guarnición de la plaza, queriendo seguir la suerte de ésta, cualquiera que fuese, y si se les permitía enviar un ordenanza á la plaza, darían parte al gobernador de esta determinación. Los enemigos no condescendieron á ésto, por lo que, como queda dicho, continuó el fuego por ambas partes.

Al anochecer el trozo de muralla de Santa Lucia se hallaba muy maltratado. Las balas habían atravesado el espesor del muro desde la retreta. Casi todo el camino de ronda quedaba destruído. El retrincheramiento que flanqueaba por la espalda la otra brecha, ó sea la antigua, estaba medio arrasado. El campanario de la parroquia de Santa Lucia, desde el cual se observaba al enemigo, era batido por el pié, y en disposición de desplomarse al siguiente día, con lo que sus ruínas cegarían el foso de la cortadura, desapareciendo así las defensas de la brecha.

En Alemanes eran también grandes los estragos causados por las baterías enemigas. Las granadas que rebentaban entre los escombros y tierras, habían extendido y suavizado más las rampas. Las balas habían acabado de demoler los trozos de muro en las cuadras que cubrían el flanco derecho de su retrincheramiento, de manera que la tropa colocada en ellos, se hallaba vista y batida de revés por la fusilería enemiga, apostada en las inmediaciones de la torre Gironella. El cañón del torreón existente en el patio del cuartel de Alemanes, que defendía la brecha del cuartel nuevo, estaba casi inservible por los muchos escombros que lo cubrían.

En la brecha de San Cristóbal quedaba igualmente más rebajada y estendida su rampa, y el resto del muro en disposición de desplomarse por la parte interior, cegándose así el foso que se había abierto para su defensa. Además el cañón que la flanqueaba estaba medio desmontado.

En la plaza se continuó el retrincheramiento empezado á la espalda del baluarte de San Francisco de Paula. Se limpiaron las calles inmediatas á las brechas de los muchos escombros que imposibilitaban el paso. De las guarniciones de las brechas fueron muertos y heridos muchos soldados.

Al anochecer los dos jefes de día informaron al gobernador interino, de que una parte de la tropa de varios puestos, había acordado reunirse en el baluarte de Figuerola á media noche, forzar su portena y evadirse de la plaza, vadeando el Ter, debiéndose juntar á ella muchos habitantes de todas clases. Fué preciso tomar las más activas y acertadas disposiciones, para contener este desorden, que hubiera expuesto la plaza al mayor peligro, quedando las brechas desamparadas. Esto era hijo del sentimiento general: todo el mundo estaba convencido de que no podía resistirse más, pero nadie quería rendirse, prefiriendo probar de abrirse paso por entre las líneas enemigas, sin querer escuchar la consideración de que con esto dejaban abandonados y en una horrible situación á los enfermos, heridos, viejos, niños é imposibilitados, que hubieran sido pasados á cuchillo.

La guerra civil existente en Vich, entre los generales y el elemento civil, dió por resultado, que en este día el general Blake, fundándose en motivos de salud, dejara el mando del ejército, que recayó en el general marqués del Portago.

Ni un solo paso se había dado para la salvación de Gerona.

CAPÍTULO XV

Capitulación

SUMARIO

Viveza de los fuegos enemigos. — Reunión de la junta militar. — Vista la imposibilidad de la defensa, se manda un parlamentario al campo enemigo. — Se firma la capitulación. — Una parte de la guarnición y muchos habitantes intentaban atravesar la línea enemiga. — Entran los franceses en Gerona. — La guarnición es conducida á Francia. — Martirio de Alvarez. — Conclusión.

Durante la noche del 9 al 10 de Diciembre los centinelas de los fuertes Condestable y Capuchinos, y los vijías del campanario de la catedral, estuvieron con la mayor vigilancia, para ver si se descubrían las señas convenidas para anunciar que el ejército de Cataluña salía de Vich y se ponía en marcha para venir á libertar á Gerona. Ninguna señal se descubrió, infundiendo en los ánimos el horrible convencimiento de que Gerona no tendría más remedio que rendirse. Hizose salir también, al igual que los días anteriores, un oficial de la mayor confianza y muy práctico de los atajos y recodos del terreno.

Durante la propia noche se colocó una escala detrás de la muralla de Santa Lucia, para apostar un centinela que vigilase las brechas. Se sacó el cañón que estaba en el retrincheramiento y se arriñó á la segunda defensa para colocarlo en ella. Se quitaron los escombros que habían caído en las cortaduras, los cuales llegaban á cubrir la artillería.

Un miguelete del primer tercio de Gerona se ofreció á llevar un pliego al gobernador del Condestable, en el que se le preguntaba por lo ocurrido en el parlamento del día anterior, pues aún se ignoraba en la plaza. Salió á las 9 de la propia noche y á las 11 volvió con la contestación.

En toda aquella noche el enemigo hizo un continuo fuego de fusil mezclado con algunos cañonazos.

Al amanecer todas las baterías del sitiador rompieron el fuego con la mayor actividad. Habiendo concluido la batería construída en el campo de la Sinia, empezó su fuego con dos piezas.

Empezaron igualmente los enemigos un vivo tiroteo de fusil desde las trincheras, casas de la calle del Cármén, arrabal de la Rutlla y demás apostaderos de la montaña. La plaza contestó debilmente con su fuego de cañón, tanto por la falta de pólvora, como por la de artilleros y sirvientes.

El gobernador interino recibía á cada instante partes de los comandantes de los puestos batidos y atacados, anunciándole los rápidos progresos de las baterías enemigas, dándole cuenta de los muertos y heridos que sin cesar tenían, participándole que la tropa estaba muy débil por falta de alimento, y haciéndole saber que ya no les quedaba abrigo en las primeras líneas de defensa para contener al enemigo, por lo cual era necesario que se les mandasen refuerzos, protestando de que en otro caso no respondían de sus puestos.

En vista de tan alarmantes noticias, el gobernador interino, convocó la junta militar. Reuniéronse sus vocales entre ocho y nueve de la mañana. Los comandantes de artillería y de ingenieros, expusieron el mal estado de las brechas las cuales por razón de la actividad de las baterías enemigas, antes del medio día, quedarían más ensanchadas y accesibles sus rampas, desplomándose de pronto un trozo de la muralla de Santa Lucía de 30 varas de largo, sobre cuyas ruinas podría penetrar el enemigo, en formación. Añadieron que la tropa parapetada en el segundo retrincheramiento, no se podría mantener en él, enfilada como estaba por la batería enemiga construída en la casilla del barquero, cuyos fuegos habían demolido las paredes de las casas que hasta entonces la habían ocultado de su vista quedando así batido el propio retrincheramiento de frente por la batería de brecha, cuyas balas habían atravesado aquel muro.

Terminaron diciendo que los enemigos habían trabajado toda la noche en la mina de la torre Gironella, hallándose muy adelantada su faena, y que los retrincheramientos de las cuadras de Alemanes, habían quedado muy maltratados con los fuegos del enemigo.

Mientras la junta militar se hallaba en estas angustias, se presentó el ayudante del comandante de la brecha de Santa Lucía, dando parte de que se había desplomado parte del campanario, cuyas ruinas habían inutilizado y cegado la cortadura, sin que le fuera posible limpiarla, por el vivo fuego del enemigo, que había muerto y herido muchos soldados, y no siéndole posible tener centinelas en parte alguna para observar al enemigo, por que todos los puntos estaban al descubierto, de manera que hasta el que tenía junto al obús emplazado dentro de la iglesia, había sido muerto por unos tiradores enemigos que saliendo del ramal de trinchera más inmediato, habían subido hasta la cresta de la brecha.

La junta resolvió contestar á dicho comandante, que después de hacer todos los esfuerzos posibles para mantenerse en aquel puesto, se retirase en buen orden á las cortaduras y á las calles inmediatas, disputando el terreno paso á paso al enemigo.

Entre diez y once de la mañana, estando aun reunida la junta militar, entró en la plaza un espreso despachado por los representantes de los corregimientos de Cataluña reunidos en Manresa. De orden de los mismos, hizo entrega de dos pliegos, dirigidos uno al gobernador de la plaza y el otro á la junta gubernativa. El primero era un oficio de remisión del acta confirmando el nombramiento de generalísimo á favor de San Narciso, previniendo que la junta de Gerona celebrase una función solemne en la capilla del santo. Ya se comprenderá que no estaba Gerona para estas solemnidades.

En el otro oficio le participaba que á consecuencia del acuerdo del veinte del mes anterior, el día 29 se habían despachado comisionados para levantar todos los pueblos de Cataluña en masa.

Este oficio descorazonó á la junta militar, convenciéndose una vez más, de la falta de actividad de la junta del principado, y del llamado congreso de Manresa. Nueve días había necesitado para despachar á los comisionados. De aquí que contando nada más que el tiempo absolutamente necesario para la reunión de la gente, su armamento y marcha con el ejército, la plaza no podía ser socorrida,

antes de quedar consumido el poco trigo que quedaba, único alimento de la tropa y de los habitantes.

En vista de tan desconsoladores hechos y consideraciones, la junta militar preguntó á los comandantes de artillería y de ingenieros, su modo de pensar acerca el estado en que se hallaba la plaza. Ambos jefes contestaron, que en vista de los rápidos progresos de los nuevos ataques, de la inevitable pérdida por falta de víveres, de los tres únicos fuertes que se conservaban, del estado de desfallecimiento de la guarnición y habitantes, postrados y sin fuerza para rechazar los asaltos que darían luego los enemigos á las brechas, amenazando al mismo tiempo los baluartes, para distraer á los defensores y dividir sus fuerzas, y por la falta de pólvora para un fuego activo indispensable en estos casos, declaraban que la plaza se hallaba en el mayor peligro.

Uno de los jefes de la guarnición, muy reputado por su valor y talentos militares, manifestó que la tropa no quería capitular para no tener que quedar prisionera de guerra, y solo esperaría el socorro hasta el anochecer, intentando entonces abrirse paso, de lo cual podía resultar una catástrofe para la ciudad.

La junta militar estuvo dudosa acerca la determinación que debía tomar en tan desesperado trance. La situación se hacía por momentos más crítica y deplorable por todas partes, recibéndose á cada instante avisos de los comandantes de las brechas, de los trozos de muralla que se desplomaban, de los muchos muertos y heridos que tenían, y de la escasa y débil fuerza que les quedaba.

Algunos vocales fueron de parecer, que el enemigo volvería á enviar un parlamentario con la oferta de una capitulación, en cuyo caso se debía entrar en negociaciones. Pero los comandantes de artillería é ingenieros, recordaron el desprecio que el general enemigo había siempre recibido al solicitar parlamento, el estado de las brechas y sus defensas, las nuevas y ventajosas posiciones que acababa de ocupar el enemigo, la fundada esperanza que éste debía tener de apoderarse en breve de los tres únicos fuertes que se sostenían, la lentitud que estaba observando en el fuego de nuestras baterías, que debía de demostrarle la falta que realmente había de municiones, y finalmente los muchos espías que so pretesto de introducir víveres había mandado á la plaza. Dedujeron de todo esto que el enemigo

no podía menos de estar bien enterado de los poquisimos y malos medios de subsistencia que quedaban, y de la epidemia que diezma-
ba diariamente á los defensores; por lo cual no enviaría parlamen-
tario alguno, y continuaría sus operaciones de ataque, hasta intro-
ducirse á viva fuerza en la plaza.

En vista de estas incontrovertibles observaciones y de los demás antecedentes, la junta militar, de acuerdo con el vocal de la junta del principado y de los dos vocales de la junta gubernativa, resolvió que se enviase un parlamentario al general enemigo, preguntándole por lo tratado en el día anterior con los gobernadores de los fuertes Condestable y Capuchinos, ya que estos dependían de la plaza, de la que estaban incomunicados. Los comandantes de artillería é in-
genieros, propusieron que antes de abrir la correspondencia con el enemigo, se hiciese salir el pequeño convoy para dichos fuertes, que se hallaba ya pronto en la puerta del Socorro. Puesto este pun-
to á votación, á pluralidad de votos, se resolvió diferir la salida de dicho convoy, y abrir con el enemigo la comunicación, partiendo de la pregunta expresada.

A pluralidad de votos también quedó elejido para esta misión D. Narciso Rich, pero no habiéndosele encontrado, se nombró al brigadier D. Blas de Fournás.

Hecho este segundo nombramiento, volviósese á discutir la forma y manera como dicho parlamentario debía desempeñar su cometido, y se resolvió que saliese y se presentase á las avanzadas enemigas, pidiendo se comunicara al general sitiador, que el gobernador inte-
rino de la plaza, había observado que el día anterior un parlamen-
tario suyo se había presentado al pié del fuerte del Condestable y que ignorando cual pudiese ser su pretensión, deseaba saberla. Se le previno también que si se le instaba para pasar al cuartel gene-
ral, accediera á esta invitación.

Cerca la una de la tarde, salió D. Blas de Fournás por la puerta del Areny, dirigiéndose á las avanzadas enemigas del arrabal de la Rutlla, y hecha la señal con un tambor, fué acogido como parlamen-
tario. La plaza y sus fuertes cesaron el fuego y poco después cesa-
ron también los del enemigo.

Conducido Fournás al cuartel general enemigo, le recibió Augereau rodeado de su estado mayor, y enterado del objeto de la entre-

vista, se limitó á contestar que concedía á la plaza una hora de término para extender su capitulación, y concluído dicho tiempo, mandaría continuar el fuego y las demás operaciones de ataque.

Al cabo de una hora volvió Fournás á Gerona, y presentándose á la junta militar, dió cuenta de la contestación del general sitiador. Varios fueron los pareceres que se emitieron, por lo que se convocó á los vocales de la junta gubernativa, quienes aunque convencidos de la imposibilidad de defenderse por más tiempo, y del peligro que corría la vida de los extenuados defensores, si se intentaba prolongar la defensa, aconsejaron, para ver si se podía ganar tiempo, que volviese el mismo parlamentario al campo enemigo, y enterase al general Augereau, de que las proposiciones se reducían á acordar entre ambas partes beligerantes, un armisticio por veinte días, por diez, ó por seis, si más no se podía conseguir.

Los comandantes de artillería é ingenieros, hicieron presente que si el general enemigo llegaba á admitir semejante proposición, lo cual no era creíble, no permitiría, según práctica en la guerra, que se socorriesen los fuertes durante la suspensión de armas, como se lo figuraban la mayor parte de los presentes, y por tanto, para no morir de hambre, tendrían que abrir sus puertas.

Ante semejante observación, se acordó pedir al general enemigo, por medio del mismo parlamentario, una suspensión de armas, y presentar en el término de 24 horas los artículos de la capitulación, ofreciendo cumplirla siempre que la plaza no fuese socorrida, como esperaba, antes de expirar dicha tregua.

Con esta determinación, volvió D. Blas de Fournás al campo enemigo á fin de dar cuenta al general Augereau y concertar las bases de la capitulación. Augereau recibió al parlamentario como la primera vez, rechazando toda proposición de armisticio, diciendo que concedía dos horas de tiempo á la valerosa guarnición de la plaza, para extender la capitulación, bajo bases honrosas que en síntesis esplicó al general de brigada Rey, su mayor general, á quien comisionó y dió plenos poderes para presentarse en Gerona con el parlamentario de los sitiados y redactar bajo dichas bases la capitulación.

Veamos lo que ocurría mientras tanto en la desgraciada Gerona. Tan luego como hubo salido Fournás por segunda vez, se con-

vocó á los vocales de la junta general, así como al obispo, dignidades de la catedral, prelados de las órdenes religiosas, priores, cónsules y prohombres de los colegios y gremios, para que todos tuviesen conocimiento de lo que ocurría y del último extremo á que había llegado la plaza. A las tres y media de la tarde se hallaban reunidos la mayoría de los convocados. Armóse con tal motivo una gran confusión. Todo el mundo hablaba y nadie se entendía, dando cada cual su parecer que era combatido por los demás. Muchos militares decían en alta voz que ellos no pensaban hacer falta en sus puestos, otros censuraban la conducta de la junta militar, no faltaba quienes decían que preferían la muerte á la rendición, y algunos reconocían la necesidad de cesar en una defensa imposible y temeraria.

Por fin pudo calmarse un tanto la excitación del primer momento y dar á la reunión alguna forma de asamblea. Entonces el secretario de la junta gubernativa, leyó lo actuado y acordado por la militar, y dió cuenta del nombramiento y salida del parlamentario, contestación del general enemigo, y segunda salida de aquel.

Algunos prohombres de los gremios desaprobaban que se hubiese abierto la correspondencia con los enemigos, á lo que contestó la junta militar: que sus acuerdos se habían dirigido á salvar al pueblo de los horrores y estragos de un segundo asalto general que preparaba el sitiador, y no era posible resistirlo por parte de la guarnición á causa de la debilidad á que se hallaba sumida: que si el pueblo no estaba satisfecho de este modo de pensar, la guarnición defendería las brechas hasta morir todos, cuyo sacrificio no era necesario para demostrar la probada fidelidad al rey, á la patria y á la ciudad, pues tampoco con él quedaría ésta salvada: que si apesar de ello querían todos ir á semejante sacrificio, que no libraría á la ciudad de caer en poder del enemigo, después del degüello general, era necesario que todos los habitantes, sin distinción ninguna, se presentaran con la guarnición en las brechas, y sucesivamente en los retrincheramientos de segunda y tercera línea, para ir conteniendo al enemigo, si era posible: y que si el pueblo se conformaba con esto, la junta militar se negaría después á oír cualesquiera otra intimación.

Mientras duraba la reunión de los individuos de la junta general y demás convocados, llegaron á formarse grupos frente la casa en

que estaban deliberando, pero como se instó á la gente para que, aprovechando la suspensión de hostilidades, pasara á examinar los destrozos que había causado el horroroso fuego que sin parar había hecho el enemigo desde la noche del 2, fueron muchos á recorrer los baluartes y murallas, observando con dolor que no había absolutamente medio alguno para defender las estensas brechas y débiles muros, y que el asalto había de producir inevitablemente la toma de la ciudad y el degüello general.

Las avanzadas del campo sitiador, situadas á medio tiro de pistola, les veían pasar por brechas y murallas durante la suspensión del fuego, y algunos soldados enemigos, sintiendo compasión, se adelantaban ofreciéndoles víveres que algunos aceptaban estimulados por el hambre.

No solamente inspeccionaron las brechas y demás puntos atacados, las gentes del pueblo, sí que también lo hicieron varios eclesiásticos y prohombres de los gremios, que formaban parte de la junta general. Vueltos á ella, y convencidos con el mayor dolor de que la defensa era imposible, y constituía una verdadera temeridad, y el degüello general había de ser inevitable, lo hicieron así presente, y aunque mal de su grado y con el sentimiento más vivo y doloroso, convinieron en que se capitulase, maldiciendo la suerte aciaga, y la falta de actividad y energía del ejército de operaciones, de la junta de Cataluña y de la junta suprema, que en siete meses de un sitio sin igual, no habían tenido tiempo para organizar y llevar á cabo la salvación de la plaza.

Gerona caía desplomada como un cuerpo muerto, aniquilada por el hambre y las enfermedades: iba á rendirse de la misma manera que el héroe lleno de heridas mortales, pide en su agonía que acaben de matarle para no sufrir más la atrocidad del dolor.

Gerona era un montón de ruinas, debajo del cual yacían sin vida más de diez mil gerundenses ó forasteros refugiados en su recinto, y más de cinco mil hombres de su guarnición.

Las calles desempedradas, salpicadas de hoyos profundos causados por las bombas, estaban obstruídas por los escombros y por los charcos de inmundicia. Más de la mitad de las casas estaban desiertas y todas mostraban las señales del bombardeo, hundidos los tejados y entrando por todas partes la lluvia, el viento y el frío.

El barrio de San Pedro estaba aplastado, el de la parte alta cerca la torre Gironella y San Cristóbal, completamente inhabitable y las calles que dirigían á estos puntos, interceptadas con muchos espaldones y transversas para disputar el terreno á palmos.

Veíanse por todas partes techos de casas suspendidos en el aire próximos á caer con los muros laterales, pisos solo retenidos por un lado, puertas, balcones y ventanas destrozadas y restos de muebles en desorden. Las bóvedas de los templos, almacenes, cuarteles y hospitales, hundidas ó taladradas.

Las familias más acomodadas, aquellos que se consideraban en más seguros refugios, estaban amontonados en los sótanos, cuevas y demás parajes subterráneos y á prueba de bomba, húmedos y sin luz, mal ventilados y con una atmósfera viciada y hedionda. Otros se tenían por bastante dichosos con poderse amparar debajo de los portales, y muchísimos no tenían más morada que las calles y las plazas, formando un miserable conjunto de víctimas del hambre, alargando inútilmente una mano trémula, moribunda, en señal de pedir un socorro que nadie podía dar.

Hasta los mismos vegetales demostraban tomar parte en la horrorosa catástrofe de Gerona. Apenas habían dado flores las plantas de los jardines, ni madurado las frutas, ni prosperado las hortalizas y legumbres. Los animales domésticos, tristes, enflaquecidos, mal pelechados, con las orejas caídas y divergentes, lentos en su paso y movimiento, sin manifestar el retozo, relincho ni otro signo de alegría, todos enfermos y sin señales del estímulo de la propagación. Los perros no ladraban, tendidos al lado de sus amos, sin tributarles signos de gratitud en sus alhagos, sumidos en la postración de los demás seres vivientes.

El hambre era tan extraordinario que se arrebatava el pan de la mano al que no lo llevaba escondido, y se robaba á los asistentes la comida que conducían á los oficiales de guardia. Se allanaban con frecuencia las casas en que se creía poder encontrar algunos víveres. Y no se crea que á estos excesos se entregara la humilde plebe, pues hasta personas de estimación y de honor los realizaban, pero sin que jamás se diera el caso de atropellar á las personas.

Los ratones se tenían por manjar exquisito y se vendían á ocho reales cada uno. Por un gato llegaron á pagarse 180 reales. Cuando

penetraba algún paisano ó espía enemigo, con víveres, se compraban éstos á precios exorbitantes y aún cuestionando los compradores entre sí. Por una gallina se pagaba una onza de oro, por un par de tordos en estado de descomposición, se dió un duro: un porrón de aguardiente malo valía setenta reales, de cuarenta á cincuenta si era de vino común, una libra de arroz siete pesetas cincuenta céntimos, una onza de tabaco tres pesetas. Todo se compraba en tales casos sin regatear y aun pujando los precios.

Las personas que no yacían enfermas, tenían una palidez característica que tardó mucho tiempo en desaparecer; presentaban también una hinchazón remitente, voz lánguida, paso lento, respiración frecuente, pulso débil y contraído, abatimiento físico y moral, carencia de orgullo y amor propio, y poca inclinación á la sociedad, la cual solo tenía por objeto, la ponderación del hambre, el recuerdo de los horrores sufridos, el temor de un fin aún más horrendo y el desahogo del sentimiento y del llanto. Las mujeres sufrieron aún más trastornos: como si hubiese muerto ya todo gérmen de vida, no se veía ninguna embarazada y casi todas habían perdido sus manifestaciones ménstruas; la mayoría de las que habían ido de parto, fallecieron juntamente con el fruto de sus entrañas, y muchas hubieron de pasar por el horrible trance de ver morir de hambre al tierno hijo, pendiente de sus pechos, después de cansar inútilmente sus débiles mandíbulas buscando el alimento de que carecía la madre sumida en lágrimas.

Los mismos horrores ofrecían los hospitales, y como hacia ya mucho tiempo que en sus ruinas no cabían los enfermos, los heridos y las víctimas del escorbuto y de la disenteria, habían tenido que ampararse en los templos, cuarteles, y hasta en los pórticos de las calles y plazas, yaciendo en el duro suelo, sin abrigo, expuestos al frío, á las inclemencias de la lluvia y á la dureza del viento norte, sin medicinas, sin alimentos y hasta sin asistencia médica.

Gerona estaba convertida en un hospital inmenso, en un cementerio pavoroso. La planta no podía posarse en parte alguna, sin hollar la fosa recientemente cerrada de algún mártir de la patria. Por todas partes se percibían hedores infectos, miasmas de putrefacción, y la vista se horrorizaba no descubriendo más que ruinas, residuos de incendios, cascos de bomba, fusiles rotos, cureñas destrozadas,

vestidos manchados de sangre, enfermos y moribundos, viudas y huérfanos sumidos en el mayor desconsuelo, miembros humanos desgarrados, cadáveres insepultos: tristes reliquias de un heroísmo desgraciado que Gerona moribunda rendía á sus poderosos sitiadores.

Poco antes de las cinco de la tarde volvió Fournás con el general Rey, acompañado de un ayudante de campo. Antes de entrar en la plaza, por la puerta del Areny, se les vendaron los ojos, y de esta manera fueron acompañados é introducidos en la sala donde estaba reunida la junta general. El general Rey quedó muy sorprendido al ver tanta diversidad de gente allí reunida, comprendiendo que todos tomaban parte, con interés, en la suerte de la ciudad, como todos habían tomado parte en su defensa. Había creído encontrarse solo ante el gobernador y los principales jefes de la guarnición, cual se acostumbraba en casos análogos. Saludó é hizo los debidos cumplimientos al obispo, al gobernador, á los jefes de la guarnición y de los cuerpos, y dijo: que se hallaba con plenos poderes del mariscal Augereau, duque de Castiglione para tratar de la capitulación, concediendo al efecto en nombre del mismo, dos horas de término á la valiente guarnición de la plaza para que extendiese su capitulación, espirado cuyo tiempo sin haberlo hecho, mandaría continuar el fuego y las obras de ataque: que consideraba á todos los defensores militares, como españoles, sin tener en consideración á los extranjeros que formaban parte de la guarnición, á los desertores que se hallaban en la plaza, ni á los criminales de su ejército que se habían refugiado en ella: que olvidaba todas las ofensas recibidas: que el pueblo sería respetado y quedaría tranquilo en sus casas, conservando sus bienes y propiedades: que la religión sería conservada y respetada: y que de consiguiente bajo estas bases se estendiese luego la capitulación.

En vista de estas terminantes proposiciones, fué mucha la confusión y variedad de opiniones entre los presentes, lo que se explica por pertenecer á tantas clases, cuerpos é instituciones diferentes. Cada uno hacía preguntas al parlamentario sobre su suerte venidera. Cada cuerpo quería una capitulación separada.

La junta militar rodeada de tantos debates, no tuvo un momento de sosiego para extender los artículos de la capitulación en debida regla y según práctica; hasta que acercándose las siete de la noche,

D. Blas de Fournás hizo presente que debía volver al cuartel general enemigo con la capitulación firmada; en vista de lo cual se extendió en la siguiente forma.

«Capitulación de la ciudad de Gerona y fuertes correspondientes, firmada el diez de diciembre de 1809 á las siete de la noche.

«Art. 1.º La guarnición saldrá con los honores de la guerra, y entrará en Francia como prisionera de guerra.

«Art. 2.º Todos los habitantes serán respetados.

«Art. 3.º La religión católica continuará de ser observada por los habitantes y será protegida.

«Art. 4.º Mañana á las ocho y media de ella la puerta del Socorro y la del Areny serán entregadas á las tropas francesas, así como las de los fuertes.

«Art. 5.º Mañana 11 de Diciembre á las ocho y media de ella la guarnición saldrá de la plaza y desfilará por la puerta de Areny. Los soldados pondrán sus armas sobre el glácis.

«Art. 6.º Un oficial de artillería, otro de ingenieros y un comisario de guerra entrarán al momento en que se tomará posesión de las puertas de la ciudad para recibir la entrega de los almacenes, mapas, planos, etc.

«Hecho en Gerona á las siete de la noche el 10 de diciembre de 1809. — Julián de Bolivar. — Isidro de la Mata. — Blas de Fournás. — Joseph de Layglesia. — Guillermo Minali. — Guillermo Nash. — El general en jefe del estado mayor general del 7.º cuerpo. — Rey.»

La junta militar hizo presente al general parlamentario, que la guarnición se hallaba con el mayor disgusto por tener que entrar en Francia prisionera de guerra, á lo que contestó, que se consignaría en uno de los artículos adicionales que sería cangeada con igual número de jefes, oficiales y tropa francesa, de los prisioneros en las islas Baleares, á cuyo fin el mariscal Augereau dispondría que la propia guarnición no pasara del Languedoc, hasta que ambos gobiernos tomaran la debida resolución sobre este punto.

La junta entregó á D. Blás de Fournás una minuta de los artículos adicionales, para que los extendiese en forma al hallarse en el cuartel general enemigo y los hiciera firmar por el mariscal Augereau.

Inmediatamente salieron de la ciudad los dos parlamentarios, á

quienes se les vendó los ojos antes de salir por la puerta del Areny. La junta general se disolvió, hasta el día siguiente.

Mientras en Fornells se firmaban la capitulación y las notas adicionales, en muchos puntos de Gerona se notaba un movimiento impropio de una ciudad reducida á tales extremos. Era que algunos de los más intransigentes, animosos y atrevidos, habían acordado salir armados y romper el círculo de hierro del sitiador, para no tener que doblegarse bajo su yugo. Ya hemos visto que de mucho tiempo venía siendo este el deseo de la mayor parte de la guarnición y de no pocos paisanos, y que en la noche anterior hubo conatos de realizarlo. El punto escojido fué el baluarte de Figuerola, como más apropósito, por razón de la puerta que en él existe. Antes de la media noche se hallaba lleno de paisanos armados, mugeres y religiosos. Al poco rato llegaron veinte caballos del escuadrón de San Narciso y unos cuatrocientos soldados de todos cuerpos, con varios oficiales, al mando de D. José Palés, capitán del segundo batallón de Barcelona. Abierta la puerta salió aquella desigual columna de gente desesperada, formando vanguardia los veinte caballos, y siguió la orilla del Ter hasta el paso llamado *den Benet*. Al llegar allí, entraron dentro del agua, pero descubiertos al momento por las centinelas enemigas, se formaron las guardias y rompieron un mortífero fuego de descargas cerradas contra aquella masa á la que era imposible defenderse desde dentro del río. Algunos, sin embargo, treparon la opuesta orilla, atravesaron por medio de los campamentos y encontraron su salvación en las vecinas montañas; muchos recibieron la muerte dentro las aguas del Ter, y el resto hubo de volver á la ciudad á toda prisa y en la mayor confusión, perseguido por las balas enemigas.

Al ruído de la fusilería se alarmó la ciudad, temiéndose que los enemigos, atribuyendo á disposición de la junta la referida fuga, después de haber capitulado, no se valiera de este pretexto para romper la capitulación, dando el asalto á la plaza, en la que hubiera penetrado sin dificultad, por hallarse desguarnecidas las brechas y los retrincheramientos interiores.

A las siete de la mañana del día 11 volvió á la plaza D. Blás de Fournás con la capitulación y los artículos adicionales. El gobernador interino D. Julián de Bolivar, envió órdenes á los gobernadores

de los fuertes del Condestable, Capuchinos y Reina Ana, para que los entregasen á los franceses, y con las guarniciones bajasen á la ciudad. Igualmente mandó á los jefes de los cuerpos, que formasen sus tropas en la plaza de las Coles, con armas, banderas y caballos.

A las ocho y media entró el general Rey con muchos ayudantes de campo, y las guardias que debían ocupar las puertas del Areny, de Francia y del Socorro.

Verificado este acto, la tropa salió por la puerta del Areny. El ejército francés estaba formado en batalla en el campo, frente al baluarte de San Francisco de Paula, donde en la actualidad existe la calle llamada de Ronda. La guarnición desfiló delante del mismo y depuso las armas, banderas y caballos del escuadrón de San Narciso. Muchos soldados rompieron sus fusiles al entregarlos. La oficialidad conservó sus espadas, caballos y equipajes, y la tropa sus mochilas. Esta se dirigió á Sarriá por el puente de campaña del Ter.

Al tomar posesión de la artillería de la plaza, observaron los franceses que la mayor parte de las piezas estaban desfogonadas por el incesante fuego. En la ciudad y en los tres fuertes, encontraron 100.000 cartuchos de fusil, 65 quintales de pólvora, 2.300 granadas de mano, 60.000 balas rasas y 143 granadas reales. Las balas rasas eran casi todas procedentes de los disparos de las baterías enemigas. La mayor parte de los paisanos rompieron sus fusiles y los tiraron á la calle.

A medio día hizo su entrada en la plaza el general Augereau, con muchos generales, ayudantes de campo y un escuadrón de dragones.

Si alguno de nuestros lectores pudiera creer, que realmente el ejército libertador se hallaba en marcha hácia Gerona, desengañese, sabiendo que en este día 11 el nuevo general en jefe, marqués del Portazgo, desde Vich, daba á la imprenta una proclama, declarando que, recién venido á este país, no había podido reconocer los puntos que ocupaba su ejército, ni los del enemigo, pero que había celebrado una junta de generales y jefes para enterarse del estado de Gerona y acordar su socorro. Resúmen: que se tomaba otra vez el acuerdo del día 20 de noviembre anterior.

La guarnición de Gerona pasó la noche en un campo cerca de Mediña. El 12 durmió en el castillo de San Fernando de Figueras,

el 13 en el de Bellagarda y el 14 llegó á Perpignán, siendo encerrada en los cuarteles, á escepción de la oficialidad, que fué alojada en las casas de los habitantes. Compadecidos estos de ver á los defensores de su rey y de su patria, tan extenuados por la falta de alimentos, y admirados de su brillante defensa, querían socorrerlos con víveres y prendas de vestuario, pero las guardias no lo permitieron.

Desde Gerona á Perpignán se escaparon unos 150 hombres, de modo que al llegar allí, deducidos los oficiales, solo se contaron 2.783 entre sargentos, tambores, cabos, soldados, músicos y menores de edad é inútiles.

Como según lo pactado en la capitulación, la guarnición de Gerona debía ser cangeada, quedó detenida en Perpignán, hasta la resolución del gobierno de Francia. Al cabo de ocho ó nueve días recibió la orden de continuar su marcha hácia la Provenza, menos la oficialidad que fué conducida al departamento de la Borgoña. Unos y otros tuvieron que sufrir la dura suerte de prisioneros de guerra hasta 1814.

El general Alvarez continuaba enfermo en cama cuando entraron los franceses en Gerona. Ordenó á dos ayudantes que pasaran á cumplimentar á Augereau. Este le devolvió la atención, junto con una guardia que titulándola de honor, se convirtió en guardia de vista.

Durante la noche del 21 al 22 de diciembre fué Alvarez metido en un coche y conducido á Figueras. Los frailes de Gerona acusados de conspiración le seguían, custodiados todos por soldados franceses. Iba también con ellos el canónigo Giménez á quien se hacia expiar el delito de haber sido el principal redactor del Diario de Gerona.

Llegaron á Francia, tratados siempre con la mayor desatención. Los frailes sufrieron una emigración durísima hasta la conclusión de la guerra en 1814.

Alvarez llegó á Narbona el día 18 de Enero de 1810, después de sufrir el más grosero tratamiento, y de dormir en calabozos y cuadras inmundas. A la mañana siguiente recibió la orden de regresar á Gerona. Privado de su ayudante y de los criados que hasta entonces le habían acompañado, fué conducido de cárcel en cárcel, como un malhechor, y por último encerrado en una cuadra del castillo de San Fernando de Figueras, donde se le halló muerto al siguiente día de su llegada, ó sea el 22 del mismo mes de Enero. A su cadáver se

le dió sepultura desnudo, envuelto solo en una sábana.

D. Salvio Banchs, capellán que fué del general durante el sitio, explica la muerte del héroe de Gerona en los siguientes términos: «Colocado que estuvo el caudillo en el calabozo, le pusieron guardia, destinándole un centinela con bayoneta armada á cada lado para que le impidiesen el sueño; y con tanta exactitud lo cumplieron, que al venirle el sueño, uno de ellos le acometió con un golpe de bayoneta: con tal herida el paciente se revivía, pero no tardando el sueño en vencerle, el otro centinela le acometía del mismo modo; y así iban alternando en martirizarle, por manera que su cuerpo empezó á padecer continuas convulsiones. Estando en tan deplorable estado entre el sueño, el martirio y la muerte, llegó la hora de mudar la guardia. Entonces el sargento entrante, al ver aquel tan triste espectáculo, aquel martirio tan atroz, se horrorizó con sombra de compasión; y en tono de lastimosa exclamación dijo que no tenía valor para presenciar un cuadro tan horrendo, y que más valía que muriese de una vez. El sargento se fué á buscar un vaso con agua, en que puso veneno, lo llevó al paciente, le dijo que bebiese, bebió; á poquisimo rato las convulsiones se le exaltaron más y más; y en tan amarguísimo estado, dentro de breves instantes rindió el alma al Divino Redentor».

La oficialidad de la guarnición, sufrió durante el sitio 160 bajas en la siguiente forma: muertos 48, heridos 65, contusos 35, quemados 3, y prisioneros 9.

La guarnición de la plaza se componía en 6 de mayo de 1809, de 5723 hombres, los cuales quedaban reducidos el día de la capitulación á 2008.

Durante el sitio entraron 3648 hombres de refuerzo, de los cuales quedaban 2240 al rendirse la plaza.

En esta ocasión había más de 1600 enfermos de la misma guarnición, sin contar los convalecientes y otros de gravedad que estaban en los cuarteles, por no caber en los hospitales. Unos 500 enfermos y heridos quisieron seguir la suerte de sus cuerpos cuando estos fueron conducidos á Francia como prisioneros de guerra, de manera que quedaron unos 1090 hombres que absolutamente no se pudieron levantar por sus enfermedades ó heridas.

De Gerona á Bellagarde murieron unos 35 hombres.

Además de las baterías contra Montjuich y sus torres, de que se dió cuenta, construyó el enemigo 22 más contra la plaza y los fuertes de la montaña, con 52 cañones, 8 obuses y 14 morteros.

Computo de los disparos que tiraron los enemigos, según los partes dados por los vigías de la catedral.

	Balas.	Bombas.	Granadas.
Disparos contra la plaza. .	47000	9280	3798
Idem contra los fuertes. .	4000	30	»
Idem contra Montjuich. .	23000	2600	3100
Idem contra las torres. .	6000	»	500
<i>Totales. . .</i>	80000	11910	7398

Según este cálculo gastaron los sitiadores, en sus 99.308 disparos de artillería, 6.000 quintales de pólvora.

La artillería de la plaza, castillo, torres y fuertes, se computa que tiró 20.000 balas de todos calibres, 12.000 granadas y 8.000 bombas, consumiéndose también 10.000 granadas, un millón y medio de cartuchos de fusil y más de 3.000 quintales de pólvora.

Dispúsose por las nuevas autoridades de Gerona que se cantase un solemne Te-Deum en la catedral. El vicario general, al querer entonar el himno, prorrumpió en sollozos. Resultó un acto triste y solitario.

Unos comisarios de la nueva dominación se presentaron en la capilla de San Narciso, abrieron el sepulcro y despojaron al santo de las insignias de generalísimo y de la mayor parte de las alhajas.

Los franceses impusieron á los gerundenses una contribución extraordinaria de un millón de pesetas. Hubo de echarse mano de la plata de los templos destinada al culto. Los vecinos tuvieron que empeñar sus bienes y fincas para pagar una parte de sus cuotas, y al último los mismos franceses hubieron de condonar el resto.

Todas las familias llevaban tres y cuatro lutos. La ciudad quedó largos años despoblada. Sus habitantes completamente arruinados.

La nobleza y los grandes propietarios huyeron de Gerona. A tal extremo llegó la despoblación que en 1815 solo había 4551 habitantes.

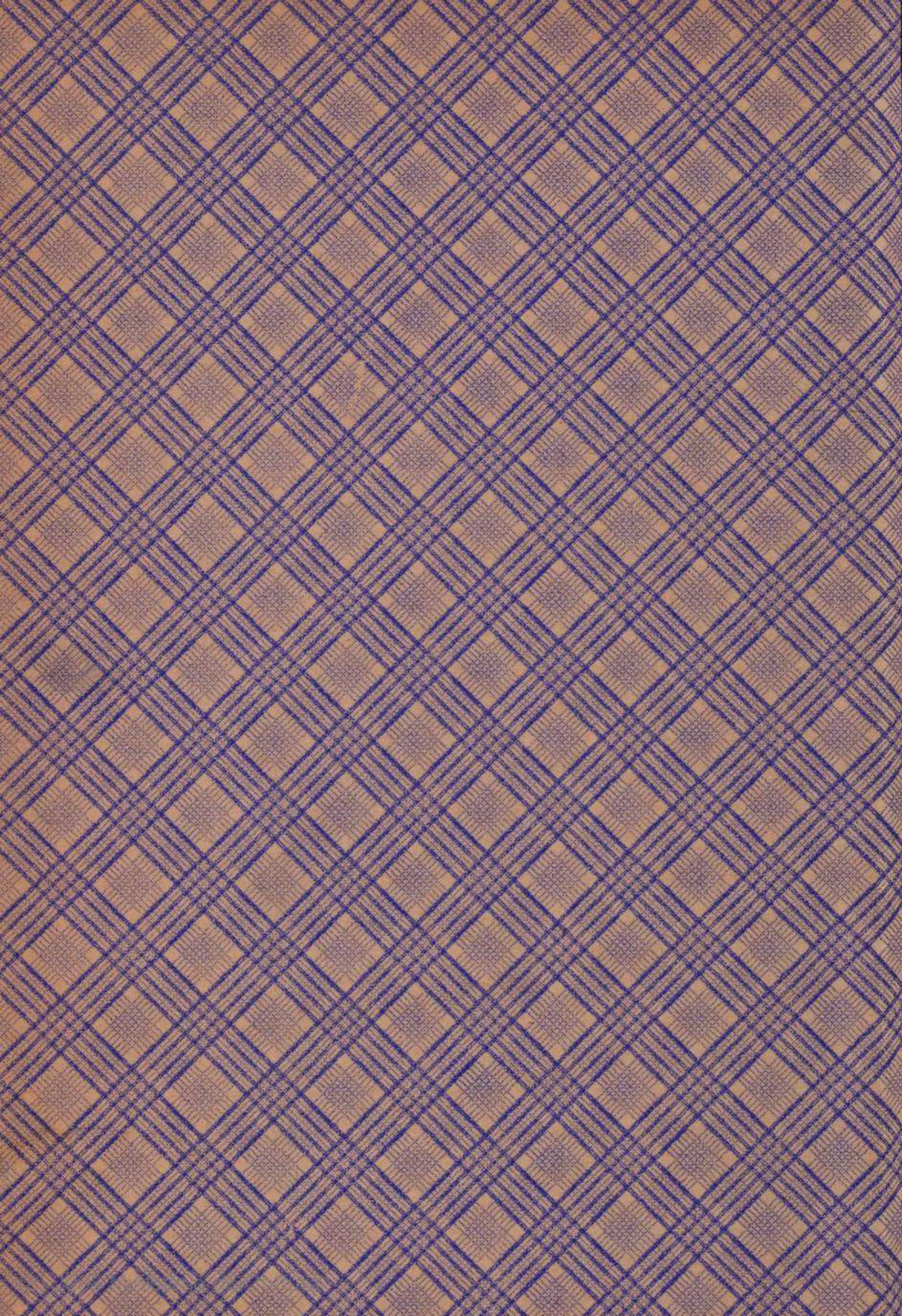
Gerona abandonada á su suerte durante el sitio y después de la capitulación, quedó en la ruína y en la miseria.

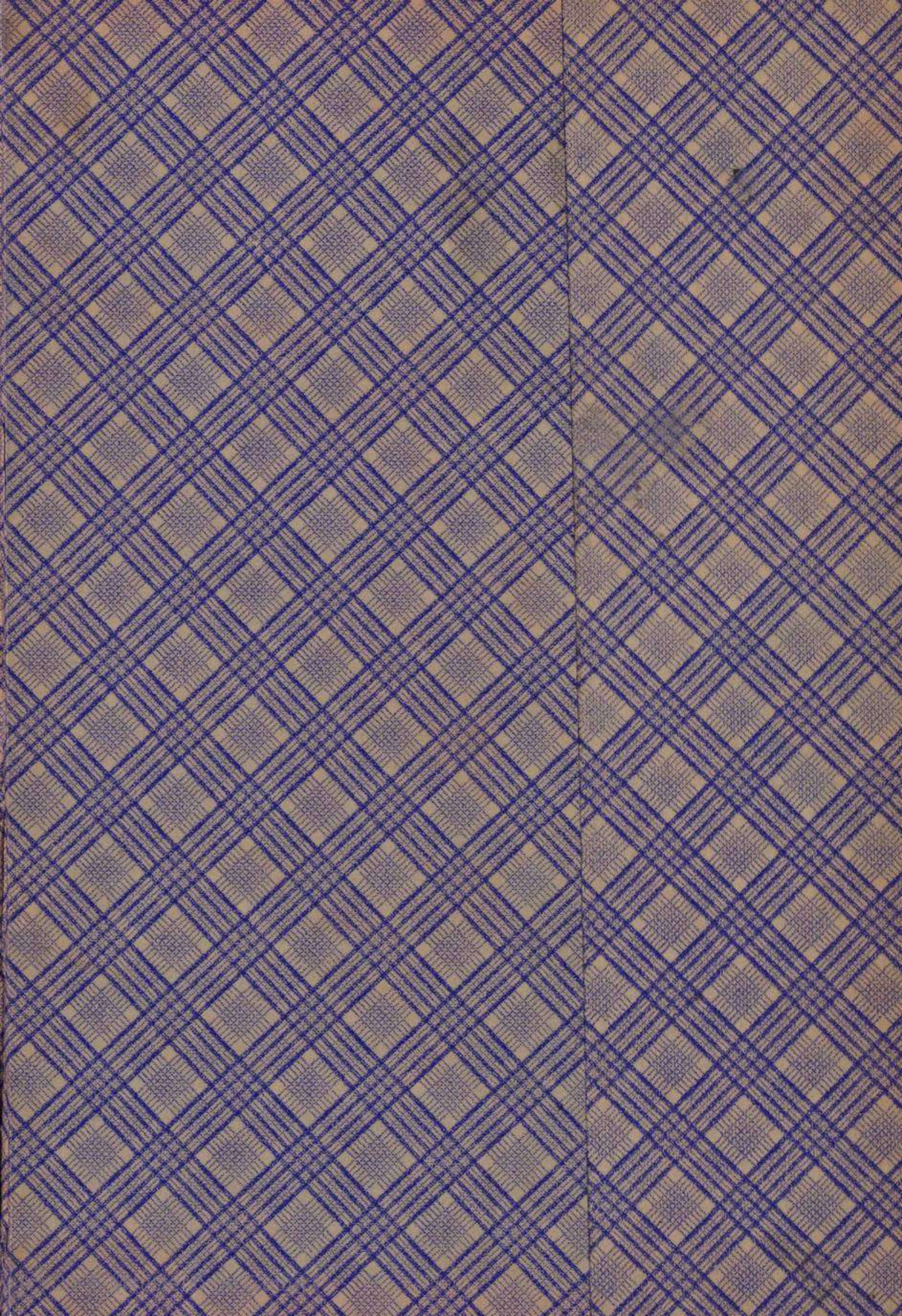
La junta del reino, primero, y después las córtes de Cádiz, mandaron que se erijiese en la plaza principal de Gerona un monumento, para memoria de su defensa; y semejante monumento no lo ha erijido aún el Estado. La propia junta suprema ordenó que se reedificasen los edificios públicos con toda magnificencia; y los edificios públicos de Gerona, arruinados, en ruínas quedaron. La promesa que también se hizo de quedar los gerundenses libres de tributos por diez años, quedó escrita en los reales decretos, sin llevarse á ejecución.

El grande sacrificio de Gerona por la independendencia patria no ha sido aún premiado.

ARCHIVO
ACULTATIVO DE ARTILLERIA

FIN





6^a

GERONIMO
MAY 1896

GERONIMO

1896
Gerónimo
23
●

GERONIMO
MAY 1896
GERONIMO

21